ENSAYO
DE LA
HISTORIA CIVIL
DEL
PARAGUAY, BUENOS-AYRES Y TUCUMÁN

ESCRITA POR EL DOCTOR D. GREGORIO FUNES,
DEAN DE LA SANTA IGLESIA CATEDRAL DE CÓRDOBA.

---*

TOMO SEGUNDO.

---*

BUENOS-AYRES:

IMPRENTA DE M. J. GANDARILLAS Y SOCIOS.

(1816)
ENSAYO
DE LA
HISTORIA CIVIL
DEL
PARAGUAY, BUENOS-AIRES Y TUCUMAN.

LIBRO TERCERO
CAPITULO I.

Entra D. Manuel de Prias a gobernar el Paraguay; sus disturbios con el obispo; vence a los Payaguas; es llamado Prias a la audiencia de Charcas; su muerte en Salta; gobierno de D. Luis Cárdenas Xeray; es llamado a Charcas por sus excesos; le sucede D. Pedro de Lugo; venceen los Guaraníes a los Túpac; gobierno de Himostroza; sus disgustos con el obispo Cárdenas; muere este al Paraguay en tiempo de D. Diego Escobar de Osorio; se hace gobernador; expulsa los jesuitas del Paraguay; D. Sebastian de Leon es provisto en el gobierno; vence las tropas episcopales; el obispo es privado de su dignidad por el conservador; entra Garabito al mando; vencen los Guaraníes, a los Túpac; viene un visitador a la provincia.
la instalación de otro en Buenos-Ayres, entró en posesión del primero D. Manuel de Frias, a quien Hernandarias había hecho pasar a la corte a negociar la división. Hallándose éste casado con Doña Leonor Martel de Guzman, hija del famoso Ruiz Díaz Melgarejo. Fuese por el te- dio que muchas veces engendra un cansado ma- trimonio, ó por otras causas que han silenciado, los historiadores, no vivían estos consortes en unión conyugal. Había diez años que Doña Leonor resi- día en Buenos-Ayres separada de su marido. El obispo D. fray Tomás de Torre se creyó en obli- gación de restablecer la vida maritana de este matrimonio. No alcanzando las insinuaciones a vencer la resistencia de Frias, vino luego al triste recurso de las censuras. El gobierno por su par- te opuso los remedios extraordinarios con que en casos semejantes favorecen las leyes a los cono- mulgados; pero no produciendo otro efecto que la obstinación del prelado, lo declaró incurso en la pena de las temporalidades y extrañeza del reyno. El choque escandaloso de estas dos autorida- des era preciso que causase en la república vivas alteraciones. Los ciudadanos se dividieron en bandos con todo el odio mutuo que inspira el espi- ritu de partido. La impostura, la violencia y la calumnia eran los sentimientos injustos que alimen- taban en sus corazones. El prelado, que debía dar ejemplo de la mansedumbre sacerdotal, propia de su carácter, fué el primero que se ente- tegó sin medida a los excesos del odio; y mul-
CAPÍTULO I.

tuplicando las censuras, multiplicó la discusion. La audiencia de Charcas tomó conocimiento de la causa y decretó la comparecencia de Fria, la que verificó con sentimiento de la mayor parte de la provincia.

A la verdad, su valor, su cortesania, su prudencia y su noble desinteres lo hacían acreedor a la estimacion publica. En medio de esos disturbios domésticos no se adormeció por la seguridad de la patria. Los perjudicados Payaguas intensaban los campos desde el tiempo de la conquista sin serle soportable el yugo español, ni menos lo que oian de una religion que contrariaba sus pasiones. Habiendo Fria obtenido el real beneplacito para hacerles la guerra, la ejecutó como gran capitán y bravo soldado. Persiguiendo al enemigo hasta sus mas remotas madrigueras, lo dexó muy escarmentado: accion tanto mas valerosa cuanto menos repetida. Los atrevidos Guaycurúes, siempre combatidos y siempre obstinados, vieron venir sobre si las armas vencedoras de Fria, y previnieron el golpe por medio de una paz simulada. Pardonoseles por esta vez a condición de entregar en rehines cierto número de jóvenes, hijos de los mas principales. Reunía este arbitrio tres fines saludables; la quietud de los bárbaros, la educación de los jóvenes y el que estos enseñasen á los doctrineros su propio idioma, para ponerse en estado de catequizar su nacion. Todo se iba logrando felizmente, quando as aborrecidas inquietudes de la capital, dando
ocasion a la ausencia de Fries, desconcertaron la armonía de esas justas medidas. Viéndose sin freno el odio implacable de los Guaiquiries, fallaron a los empeños de su palabra, y pusieron en peligro la provincia, cuyas fuerzas se hallaban sin vigor en las manos de unos magistrados ultrajados por las censores.

La ciudad de la Asunción dirigió en 1626 a la audiencia de Charcas un memorial lleno de quejas muy sentidas por la ausencia de su gobernador, en el que, refiriendo el por menor de sus importantes servicios, pidió fuese restituido al ejercicio de un mando que hacía felices a sus compatriotas. Sin duda debió ser bien acogida esta súplica. Fries obtuvo despachos favorables en aquel tribunal; pero regresando a su provincia, murió en Salta año de 1627.

En la ausencia del gobernador levantaron los vecinos de Villa-Rica un cuerpo de milicianos. Díbase por causa de esta providencia la venganza del enemigo Tayaoba, insultado de los bárbaros. En vísperas de venir a las manos con el enemigo se alojaron nuestras tropas en un ingenio al parecer abandonado. Su sorpresa fue grande, cuando se viéron inundados de un diluvio de flechas, arrojadas por mano oculta. Haciendo uso los españoles de sus escabrosas luego que fueron descubiertos los bárbaros, les rechazaron hasta un bosque vecino y se arremeteron. Los enemigos recibieron refuerzos de día en día, con que aumentadas sus tropas hasta cuatro mil combatientes,
CAPÍTULO I.

tenían en gran aprieto a los españoles. Después de haber arrojado contra la fortaleza hasta la última de sus flechas, se retiraron; pero siendo perseguidos por los neófitos con las mismas flechas recogidas del enemigo, quedaron aquellos al abrigo de todo insulto.

Los neófitos de que se ha hablado eran indios de esas célebres misiones, que iban fundando los jesuitas. Aunque estos hombres singulares trabajaban sin descanso por recoger y civilizar esas gentes vagabundas, su proyecto tenía contra si toda la actividad de la avaricia. Un nuevo exterminador, mas inhumano que las fieras, se dexó ver en la persona del gobernador D. Luis de Céspedes Xeray el año de 1638, que tomó posesión de la provincia. Por motivos que dictaba la política se hallaba prohibido, que ninguno penetrase estas Américas tomando la vía del Brasil. Céspedes sin respeto a las leyes, dio este paso vedado, y anunció desde luego lo que debía esperarse de su carácter. El trato con los portugueses y las nuevas relaciones que contrajo casando en el Janeyro con Doña Victoria Correa de Saa, le hicieron advertir lo que podía valerle una sola condescendencia criminal. Reglando su manejo por esta sordida esperanza, puso en precio la libertad de los indios que cautivase y redujesen a esclavitud los Mamelucos de san Pablo. Lograron los portugueses la primera ocasión de este permiso infame cautivo al Paraguay con el motivo recomendable de conducirle a Céspedes su consorte, y logró
LIBRO III.

sintiéndose el mismo esta conjuración para hacer ver, que salía formarse un título de honor con el ultraje de la religión y las leyes. Por un delirio sin ejemplo salió a recibir la comitiva con el real estandarte, y hizo la muerte conducida su muger hasta de palio. Supone este hecho una desvergüenza sin límites, y no se concibe como los siusivos portugueños pudieron tolerar tanto insulto. En premio del mérito contraído por los portugueses conductores, se les autorizó para que pudiesen pillar indios, de los que debían ponerle seiscientos en sus ingenios del Brasil. Al abrigo de este indulto y del contrato con los Matelucos entrarán estos al Guará los años subsiguientes, asolando la tierra y destruyendo hasta once poblaciones de las nuevamente erigidas por los jesuitas. Céspedes no daba oídos a las reclamaciones, porque las voces de la ganancia sofocaba la de la justicia; y no contento con autorizar estas atrocidades, hacía se restituyesen los infelices a quienes una suerte menos esquiva había proporcionado una evasión. Por cálculo de D. Estevan Dávila, gobernador de Buenos-Ayres, desde 1638 hasta 1636 se vendieron en el Jareyro sesenta mil indios cautivos. Las piezas de los indios llegaron a los estrados de la audiencia de Charcas. Céspedes fue llamado y años después quitado en doce mil pesos e inhabilitado por seis años para ejercer empleos públicos. Castigo siempre inferior a sus delitos. Pertenecen también a estos tiempos desgraciados la despoblación de Villa-Rica y Ciudad-Real, causada
CAPÍTULO II.

por los mismos invasores.

A ejemplo de los Mamelucos las naciones errantes al rededor del Guairá reconocieron, que era más fácil proveerse de subsistencias por el robo que por la labranza, y mataron sin piedad a quántos se oponían a sus bárbaros latrocinios.

Con estas destrucciones, que sólo podía reparar el curso tardío de los siglos, concurrieran otras, mas lentas es verdad, pero no menos funestas a la humanidad. De esta clase eran las que causaban los encomenderos, principalmente cuando la ley y la autoridad se hacían servir a su vil interés. Así evolucionó en el gobierno de Martín López de Baldráma provisto por la audiencia de Charcas y confirmado por el vicerrey del Perú, conde de Chinchón, que empezó en 1535. Luego que hubo llevado a efecto la emigración de los dos establecimientos de Villa-Rica y Ciudad-Real, fundando en Caraguata a Villa-Rica del Espíritu Santo, ostigado por los vecinos del Paraguay, se dedicó, aunque en vano, a reducir a encomiendas los indios de Misiones, cuyo vasallaje nada debía a las armas, sino a la persuasión. Era sabido, que desde los tiempos del visitador. Alfaro se les empeñó a estos indígenas, la real palabra de no ser encomendados a los españoles; y porque, siendo frontísimos, fueron reservados a la corona; y porque en ellos a precaución de no caer bajo la tiranía, limitaron a este preciso caso su homenaje voluntario. Con todo, Baldráma, llevado de un afecto indígeno, insistía siempre en un.
propósito, que no podía dexar de suítar violentas tempestades. Gracias a las firmeza de los jesuitas, quienes reohazaron sus vexaciones. Es preciso no perder de vista estas causas, cuando se trata de averiguar las de la despoblación de estos países.

La corte de Madrid se hallaba inquieta con las empresas atrevidas de los Mamelucos y Tupies brasileñses. No ignoraba, era su ánimo destruir nuestros establecimientos por todos los medios que pueda sugerir una codicia atroz y sanguinaria. Para enfranar estas demasias se puso la mira en D. Pedro de Lugo Navarra, joven que había hecho concebir, en las aulas, esperanzas bien fundadas de su aptitud para el mando. En 1656 tomó posesión de este gobierno; y aunque en la generalidad de su manejo obró ajustado a sus obligaciones, con todo, no llenó el concepto que le había merecido su elección. Quinientos Mamelucos y dos mil Tupies se presentaron de nuevo en el teatro de la guerra. Advertidos de su peligro los indios de las Misiones situadas sobre el Uruguay, imploraron la protección de Lugo, quien, a la sazon visitaba la de su comprehensión en el Paraná. La prontitud con que los proveyó de algunas armas y vino de diligencia de socorrerlos, prometía una deliberación seria de entrar en el combate; pero á media legua del enemigo lo abandonó el valor. Los indios del Uruguay estaban animados de todo el entusiasmo que inspira la religión: su vida frugal, activa y morigerada les había dado esa constitución robusta, compañera,
CAPÍTULO I.

de la virtud viril. Aunque desamparados de Lugo, ellos resuelven acometer, y lo ejecutan con tal denudo, que logran una victoria completa. De dos mil y quinientos agresores sólo treinta volvieron a San Pablo.

Muy ufanos los vencedores vinieron a poner a los pies del cobarde gobernador los despojos de su triunfo, esperando el reconocimiento a que les daba derecho un servicio tan señalado. Lugo no veía en esta acción gloriosa, sino un presagio de nuevas hostilidades con que irritado el poder lusitano, llevaría la provincia a su último exterminio. Lejos de reconocerse obligado, les impuso a delito la defensa, y puso en libertad los prisioneros. Sólo se mostró sensible en quanto a dos mil cautivos que rescataron de los enemigos; no para confesarse agradecido, sino para repartirlos entre la soldadesca de su afición como por premio de su cobardía. Debe confesarse que los españoles de estos tiempos no eran ya lo que habían sido en la época de la conquista: sus almas se hallaban enervadas con los placeres, que siempre siguen a las empresas felices de la crueldad. La corte no pudo aplicar a Lugo el castigo a que se había hecho acreedor por haber desatendido el objeto encargado de su misión, porque acabado su gobierno y regresando para España, murió en el camino.

Sucedióle en 1641 Don Gregorio de Hinostras, natural del reyno de Chile, cuyo mérito era bien conocido en la guerra, con los Araucanos en-
tre quienes sufrió catorce años de cautiverio. Dés-
de que la autoridad civil y la autoridad religiosa,
puestas en distintas manos, se han reconocido
independientes en su línea, se ha devido sentir
una perpetua rivalidad siempre funesta a los
estados; no porque de suyo sean irreconcilia-
bles, sino porque las pasiones de los hombres
no permiten muchas veces distinguir sus justos
límites. Las estrepitosaas competencias de este
gobernador con el prelado diocesano, unidas a
otras harto frecuentes en esta provincia, no dexa-
rán dudar de esta verdad. Era este prelado Don
fray Bernardino de Córdenas, natural de la ciudad
de Chuquisaca. Dotado de un temperamento muy
fácil de inflamarse, de una imaginación viva, de
da memoria feliz y de un ingenio no vulgar,
profesó desde su tierna edad la regla de san Fran-
cisco. Después de un estudio sobre la teología y
los cánones, a más de superficial, adulterado con
todas las preocupaciones de su siglo, tomó el mi-
nericio de la palabra, al que acompañando la
austeridad, el entusiasmo y el lenguaje de un
hombre inspirado, se adquirió muy en breve una
reputación más brillante que sólida. Hecho obis-
po del Paraguay, y no sólo consagrado sin la ex-
hibición de sus buenas, contra el dictámen de los
catedráticos jesuitas de la universidad de Córdo-
va, sino también poseído de esta silla, vi-
no a causar en esta provincia una de las mayo-
res convulsiones de que se ha visto agitada.

Las singularidades de su genio, llevadas has-
Título I.

La extravagancia no podían conciliarse con la índole de Hinoestrosa, siempre recomendable por su mansedumbre, su modestia y honestidad de vida. Nada pierde la historia en pasar por alto el por menor de estos fastidiosos debates. Basta saber que la tertulia del prelado dio mérito a su extrahamiento; el que se verificó en 1644.

La pasada refleja con los Mamelucos tenia en continela la vigilancia de Hinoestrosa. Mientras subsistiese el odio y la perfidia, temia justamente que los muchos portugueses avieindados en la Asuncion llegaseñ a juntarse a favor de un sosiego, que podía dexar tranquilo al general y a los soldados. Guiado de esta sospecha los desarmó a todos, y se previno de cualquier insulto.

Aunque al principio de este gobierno habían celebrado paces los indomables Guaicuriúes, con todo, queriendo aprovecharse de las discordias civiles, se coligaron con otros bárbaros, y provocaron nuestras armas. Los Guaranís de las Misiones jesuíticas se habían hecho ya muy recomendables por su valor y fidelidad. No pudiendo ignorar el gobernador que el terror de la confianza dependía de un golpe asegurado, hizo venir a la Asunción seiscientos de estos bravos guerreros, a quienes dio su orden para que se aproximasen con cautela al punto en que los bárbaros tenían señalada su reunión. Con la posible agilidad volvieron los Guaranís al combate: dada la señal, mataron a quantos se resisten, y persiguieron a los demás en su derrota. Esta acción con otras meno-
LIBRO III.

...res, que ya habian precedido, detuvo el curso de las naciones bárbaras, que vacilaban entre la paz y la guerra, y afianzaron por ahora la seguridad de la provincia.

La calma exterior de los estados siempre es precursora de las agitaciones intestinas. Las que precedieron entre las dos potestades, habian derizado una levadura que fermentaba en secreto. El obispo Córdenses, desde su retiro en Corrientes, todo lo ponía en movimiento fiín de conseguir su regreso. Sus pretensiones, sostenidas por los ruegos de la mujer del nuevo gobernador D. Diego Escobar Osorio, obtuvieron la preferencia sobre los mandatos régios. Apénes restablecido a su silla el intractable obispo, soltó la rienda a su altivez con tanta mayor seguridad, cuanto era cierto que el alma débil del gobernador en un cuerpo externado por sus achaques, excitaba en igual grado el desprecio y la usurpación. La provincia sufría mil inquietudes, sin que su peligro fuese capaz de sacar al gefe de su letargo. Para colmo de los males, en esta indolenza le cogió la muerte. Entonces fue cuando el prelado tiró sus líneas más arriba, para reunir en sus manos toda autoridad. Fiodo en el predominio que le daba su puesto y su altanería, se hizo elegir gobernador á virtud de un antiquado privilegio del emperador Carlos V. En siete meses que le duró el mando hizo revivir hasta sus mas pequeños resentimientos, y gustó por entero el placer de la venganza.

El exterminio de los jesuitas era el objeto ca-
CAPÍTULO I.

pital a que se dirigía su odio envenenado; pero con mañoso artificio dispuso las cosas de manera, que se creyese necesario para llenar los votos públicos. Los que juzgó de los ciudadanos opuestos, ó menos adheridos a su causa, unos fueron desterrados, otros ganados por algo. Para dar un nuevo impulso a su proyecto destructor, celebra do pontifical en su iglesia, y teniendo al sacramento, en sus manos habla al pueblo de esta manera: »¿creéis que en esta hostia consagrada está el cuerpo de nuestro señor Jesucristo?» Responden todos hallarse aparejados a defender con sus vidas esa verdad; con sacrilega impiedad añade entonces: »con igual prontitud debéis creer, que yo tengo cédula del rey nuestro señor para expeler de toda esta provincia a los jesuitas.» Dispuestos así los ánimos, y alentados con la esperanza de recibir en premio de sus servicios grandes despojos de los expulsos, hizo tronar el prelado la muerte y la excomunión contra todo aquel que rehusase tomar las armas en la mano. Asisten todos en aparato bélico bajo las órdenes del teniente, quien quechimandando su esquadron al colegio de estos religiosos, entregados entonces a la oración, quebranta sus puertas, y sin perdonar ultraje los conduce a la ribera del río, a cuyas aguas los arroja en pequeñas canoas desprevenidas de todo auxilio. Evacuado el colegio de los jesuitas se entregó todo al saqueo y a las llamas, las que aunque respetaron mucha parte del edificio, quedó este en adelante hecho un receptáculo de fue
ras y un lugar de abominación.

No era posible que unos excesos tan escandalosos, y tan apartados del orden común de los delitos, dexasen de provocar la indignación de los tribunales reales. En efecto, la audiencia de Charcas y el virey de Lima, a pesar de que el prelado se armó con todos los sofismas y documentos que podían favorecer sus intenciones, cuando los jesuitas sólo se apoyaban en su virtud, supieron discernir de parte de éstos el único lenguaje de la verdad, y del de aquel el de la mentira que a todos los irrita; y declarando por intruso y temerario al nuevo gobernador, proveyeron la vacante en D. Sebastian de Leon y Zárate el año de 1649 con expreso mandamiento de restituir a lo jesuitas. El implacable prelado llevó su audacia hasta la locura de quererle resistir la entrada. Un cuerpo de ciudadanos, a quienes había persuadido que una legión de ángeles vendría en su socorro, fue lo que opuso al nuevo gobernador. Este veía en esta guerra poca gloria que adquirir si vencía, y mucho deshonro si siendo vencido: la obligación la hacía inevitable. Con un ejército compuesto de todos los españoles dispersos y de tres mil indios de Misiones, se presentó a la frente de las tropas episcopales, a quienes reunió en toda forma distantes de su temeridad. Pero hablaba en verdad; los episcopales veían en esta guerra el carácter de una verdadera cruzada, y aspiraban a la muerte del gobernador Leon como a una cierta expiación
de sus pecados. El fruto de los requerimientos fue romper ellos el fuego. Dióse entonces la señal, y se encendió el combate. Los rebeldes, creyéndose invulnérables, resistieron el primer choque con toda la firmeza que inspira el fanatismo; pero viendo que los ángeles no venían, unos se entregaron, otros huyeron. El gobernador entró en la ciudad, despojó al intruso, y lo obligó a que compareciese en los estrados de la audiencia de Chancas.

Entretanto no se habían descuidado lo jesuitas, de nombrar un juez conservador, que debiese reparar sus injurias (a). Fray Pedro Nolasco, provincial entonces de la Merced, pronunció sentencia definitiva, por la que fue declarada su inocencia y llevado el rigor del juicio contra el obispo hasta la privación de su dignidad. Exceso de ignorancia y aterrizamiento, de que la historia no presenta un ejemplo en los siglos más bárbaros. Fue reprobado este atentado por la silla apostólica. El gobernador León repuso a los jesuitas en su colegio el año de 1650, y resarcio cuanto pudo su crédito y sus haberes.

Dado expediente a estos grandes asuntos, convirtió el gobernador sus atenciones a las insidio-

(a) Por breve de Gregorio XIII era concedido a todas las religiones el privilegio de nombrar un juez conservador apostólico, para los casos en que fueran gravemente ofendidas en su reputación y sus bienes.
sas operaciones de los Payaguaes, tanto mas de
temor, quanto mas disfrazadas con el disimulo y
el engaño. Llegaba su artificio a tal perfección,
que imitando el canto de las aves y el rugido de
las fieras se pusieron en estado de cazar a los
mismos cazadores. Con no menor seguridad y as-
tucia hacian sus hostilidades en el río; porque
omitiéndose entre las densas ramas encorvadas
hacia las aguas, se arrojaban con impetu sobre
los desprevenidos navegantes. El gobernador Leon
dirigió contra estos enemigos los mismos Guara-
nics de Misiones, que habían triunfado de los
rebeldes, y consignó que desapareciesen. El man-
do de Leon era precario; por lo que acabó lue-
go con la entrada del licenciado Don Andres de
Leon Garabito, año de 1650.

Era este sujeto natural de Lima, donde conclu-
yó su carrera literaria, adquiriéndose la reputa-
ción de ser uno de los mas profundos literatos
en la ciencia de las leyes. (a) Desde su entrada
al gobierno causó a su antecesor por las diez y
ocho muertes acacidas en la guerra civil contra
el prelado, en cuyo asunto sus émulos le sus-
citaron delatores. Los talentos militares que-
dan siempre ignorados en el seno de las letras
y de la paz, donde se encuentran a un nivel los
bravos y los cobardes. Garabito hizo ver que no
le eran desconocidos cuando lo exigía la fuerza

(a) El autor del erudito memorial discursivo.
del deber. En los Mameluços y Tupies, aunque descalabrados, no se había amortiguado su feroz cinialidad, ni su avaricia. Mas inflamados que nunca hacen el último esfuerzo, juntando un grueso ejército en San Pablo, para apoderarse de todas las Misiones y extender lejos el pillaje. Dispuesto en cuatroacciones, se dirigieron dos de ellas al Uruguay y las otras dos al Paraná. Los Guaranies que vieron venir este nublado, se resolvieron a conjurarlo, saliéndoles al encuentro por los mismos rumbos que dirigian sus marchas. Llenos de aquel coraje que sabe desafiar la muerte misma, penetran las filas del enemigo, lo desordenan, lo baten y captan la victoria. Los vencedores quedaron dueños del campo y del bagaje; pero lo más apreciable de la presa fueron sin duda esas cadenas y colleras que traían destinadas para ellos; como también esas contratas en que, contando con el triunfo, habían sido vendidos por esclavos. Todo se llevó a la Asunción con la relación exacta del suceso, donde se creyó digno del aplauso, y de tributar gracias al Señor. Los Mameluços perdieron desde aquí su nombreada, porque creyendo trabajar por su propia gloria, acrecentaron la de su enemigo.

En este mismo tiempo, que corresponde al año de 1652 despacharon los portugueses otro trozo considerable contra las Misiones del Itatin. Los indios de estas Misiones se hallaban animados del mismo espíritu que los demás: uno fue su valor, y uno su éxito. Escarmentados los Mamelu-
cos desistieron por algún tiempo de semejantes tentativas, deixando tranquilo el Itatí. Los Guarani
curios considerando que las guerras de los Mamelucos dexaban un libre curso a su animosidad, dispo
nen también con un odio envenenado otra irrupción subitanea contra la capital. Pero el go
bernador llamando de nuevo un cuerpo de Guaraníes, y uniéndolos a las milicias españolas, hi
vio una entrada con que introdujo el espanto, y dexó pacificada la tierra. Todas estas victorias, acu
muladas al discreto manejo con que se condu
xo Garabito, hicieron feliz su gobierno.

A pesar de esto los españoles de la Asunción no podían disfrutar de un reposo permanente. Las naciones bárbaras fixaban su felicidad en destruir ésta raza enemiga. De aquí provenían esos fitro
ccinios en las campañas, esas escursiones en han
dadas, esos ataques por sorpresa y esas guerras continuadas. Una cruel y voraz peste, que había abatido la provincia en los años de 1654 y 55, dio ocasión a los Mbayas y Nengas para que confederados con otras naciones fronterizas ejecu
tasen todo género de estragos. El gobernador D. Cristóval de Gaitay y Salvedra, natural de Santa Fó de la Vera Cruz, nieto de su ilustre fundador, y casado con otra nieta de Don Gerónimo Luis de Cabrera también fundador de Córdova, había tomado posesión de su empleo en 1655. Quanto jo permitía el estado decadente de la provincia, procuró juntar tropas y restablecer la antigua dis
cliplina; pero no siendo bastantes las españolas
para la facción que meditaba, apeló a los Guaraníes. Con estas fuerzas se proponía satisfacer la obligación que debía a los Garayes y Cabreras, cuyos nombres fueron siempre respetados entre los híbridos. En efecto puesto en marcha el ejército, y viniendo a acampar en tierras del enemigo, fue tan severamente castigado, que en muchos años no se atrevió a infestar nuestras campañas.

La prosperidad con que caminaban las misiones de los jesuitas, y su rápido adelantamiento, empezaron ya por estos tiempos a despertar el monstruo de la envidia. Los desengaños, repetidos por más de un siglo desde el primer descubrimiento, habían llevado a la última evidencia la fabula de esas minas, con que la fantasía enriqueció algún tiempo el Paraguay. Sin embargo, ella aparece de nuevo con toda la probabilidad con que el engaño sabe disfrazarse a lo lejos, cuando hay interés en propagarlo. En ambos mundos se hizo resonar que los jesuitas del Uruguay eran propietarios exclusivos de estas riquezas. Queriendo la corte formar sobre este y otros puntos un juicio asegurado, confirió el gobierno del Paraguay al bien acreditado oydor de Charcas, D. Juan Antonio Blasquez de Balverde, con facultad de visitar todas las misiones, aun las del río la Plata. Entró a su gobierno en 1657. El odio de los malos es el mejor título para la gloria y la inmortalidad. Sin apartarse una línea de las obligaciones que le imponía su comisión, practicó el gobernador su visita, y no encontrando más mi-
LIBRO III.

Mas que el producto de una vida activa, manejado por una juiciosa economía, se vio salir mas gloriosa la verdad del seno mismo de la calumnia. El mismo éxito tuvieron las demás imputaciones. Después de empadronar los indios, tasar sus tributos y evauar todas las demás diligencias, que se confiaron a su zelo, convirtió sus atención al gobierno, que dirigió con desinteres, sagacidad y prudencia. Con todo, su timida conducta, dexando sin castigo el alzamiento de los dos pueblos de Caazapá y Yuti, que le negaron la obediencia, sin permitir su empadronamiento, dio alguna materia a la censura. A la verdad, era averiguando, que la peligrosa rebelión de los de Arejay fue un puro efecto de aquel ejemplo contagioso.
CAPITULO II.

Establecense la aduana en Buenos-Ayres: entra en ella por la gobernación de esta provincia y sus dis- gustos con el obispo, los indios de la Concepción del Bermejo, la destrucción, el gobernador, Dávila, ante quién establecer, y se extiende a gobernar D. Martín de Cueva; hata la con los Caracopas; otra con los del Bermejo; muere D. Martín de Cueva y hata la con los Mayas y los gobiernos de Lamas y su encuentro con el prelado; gobernó Bátzgorri, y lo que en él ocurrió.

En la lenguada de esto se resuentía de haber sido la monarquía española y el vigor de las naciones extranjeras, todo era de recelar con respecto a estas Américas. Pero por una parte la distancia de unos mares poco practicados, y por la otra la instalación de un gobierno en Buenos-Ayres, abogaba este puerto: aquél regía la importancia, y dieron el cuarto de sus empresas; nada digno de la historia presentan los dos gobiernos de D. Diego de Gongora y D. Alonso Pérez de Salazar, si abres la voluntaria sujeción de los indios de Unquiu y en tiempo del primero, y establecimiento de las aduanas en el del segundo.

Los holandeses, que se habían apoderado de la Habana, capital por antonomasia de los establecimientos portugueses y a quienes devoraba el deseo de riquezas, no podían mirar sin inquietud los tesoros peruanos. Este concepto bien fundado ator-
mentaba el ánimo de D. Fray Antonio Céspedes elegido gobernador de Buenos-Ayres en 1824, quien se resguardó, y su arribo en el Junín, del desgraciado suceso de la Bahía, consideraba en mucho riesgo la capital de su provincia. Creyéndose culpable de un prevenció, si no actuaba prontamente a defenderla, a pesar de los riesgos a que en su travesía se exponía, no habría un momento entre la infancia y su peligro. Finalmente, tomó el puerto y convocó todos sus vecinos a su defensa. Verdad es que no tenía esta plaza una guarnición competente; pero muy prontamente, la tuvo conociendo tropas del Río de la Plata y Córdoba, y a quienes Céspedes saludó con palabras y ejemplos. Los vecinos, aunque estuvieron el puerto, no se atrevieron a empezar una acción, contentándose con asomar en la playa, pidiendo inductivos a favor de la libertad. No había llegado el tiempo en que estos habitantes pudieran confiar un deseo tan noble y generoso la virtud consistía en tener por delito recibir injurias y acusarles porque no conocían los derechos, que luchaban por ellos, y el soberano los puso en libertad. Si no, la escudera sta pequeña alba en el admirativo de esta gran casa.

(*) Con todo, el mismo tratamienrno que estos gobernados habló a los Charrúas, que, habiendo ganado a los Governmentales, dijeron en su país para que parecían tratar con salvajes. Estos salvajes a fin de escucharlo, tuvieron experiencia; habían enseñado que parecía pensado
CAPITULO XI

verbo de conquistas; el medio de los conquistadores más esclavizadores del mundo; los pueblos, que en sus entrañas, sus obligaciones, y sus desvelos, en el arte de ganar los corazones, estaban siempre al cuidado, y cuantos pueblos de los de los indios, se encierran y pueden, conducían a reconquistarlos. Aunque no podamos asegurar, que Gánses trabajaba con toda su dedicación en la virtud de los enemigos, se que, poniendo el uso del ansia y de la miseria, las autoridades venían a la delincuencia de los Charrúas, y hacer que los Charrúas, los Yerbas y los salvajes de Más de la mano, se acerquen al pago.

Habiendo sido el gobierno de Gánses una de las más gloriosas y en lo habían abiertando uno de esos momentos de las dos potestades, en que obran por lo común mañas y prepotencias pueblos, el amor de sí mismos, que el verdadero se debe acierto. En 1822, habiendo tenido posiciones de este catedral, obispo
mentaba el animó de D. Francisco Céspedes elegido gobernador de Buenos-Ayres en 1694, quien cerciorado, a su arribo en el Janeyro, del desgraciado suceso de la Bahía, consideraba mucho riesgo la capital de su provincia. Creyéndose culpable de un previamente, si no actúa prontamente a defenderla, a pesar de los riesgos a que en su travesía se exponía, no abandonó un momento entre la inmunidad y su peligro. Falsamente tomó el puente, y convirtió todo suscitados a su defensa. Verdad es, que no tenía esta plaza una guarnición competente; pero muy prontamente, la tuvo concuerdando tropas del Rumichay, Corrientes, Santa Fe y Córdoba, a quienes Céspedes alentó con la palabra y el ejemplo. Los asentados, aunque estuvieron el puerto y no se atrevieron a empezar una acción, conteniéndose con el ser jurar en la playa, papeles inductivos a favor de la libertad. No había llegado el tiempo en que estos habitantes pudieran consagrarse a un deseo tan noble y puro: la virtud consistía en tener por delito recibir injurias y soñarles; porque, como conocían taxes, que bien del suyo, y el soberano los pobres indios y las feas, se había de hacer en favor de los indígenas, debía ser el cabildo de esta gran casa. 

Con todo el ánimo tranquilo y que este gobernador habló a los Charcas acuñándose, del El Rosario, diciéndome lo que para crecer que pretendían humanizar, estos salvajes: en su tiempo -había, escuchando que para puegbe
CUBITUM XIX

verbó de conquistar y el medio de los cattquistas era
más; más fácil que el de las armas. César
Prades. Almandé, estaba, grande empresa. A los reli-
giosos de la orden Franciscana, quienes lo desempeñaron,
como solo digno de su instinto, sujetando mas de mil infieles y
levantando tres poblaciones. De las que, una estableció en
San Do-
mingo, otra en la isla del río negro. Desde el día de Hugo, los jesuítas habían penetrado
el Uruguay, y fundado el pueblo de la Concep-
tión. El gobernador no podía desentenderse de
tanto hombres adultos y personas mer-
tos, reducidos a sus obligaciones, y consi-
dados en el ardiente grito de los corazones. A ellos con-
fió también estas ciudades, y quiso pueblos, que
los del mismo se hacían pronto, y prontamente, de
poderes de un modo energico, pronto conducía a
recomendarles. Aunque no podamos asegurar,
que César Prades trabajaba con todos, el desempeño de
la virtud, lo cierto es, que poniendo sus movimientos
hubo y el pensamiento: logró que se
obstinaron de los Charrua, y hacer que los Charrua, los
Y oros y los salvajes de Malabonado e hicieren
al pago.

Hubiere sido el gobierno de César Prades uno de
los mas gloriosos si no hubiera abolido uno de esos
movimientos de las demás puebchas, que en
obrar por lo común mas las preocupaciones de
los Charrua, y el amor de sí mismos, que el verdadero
miedo de hacerlo acierto. En 1628, había tomado pos-
bición de esta catedral episcopal, su primer obispo
D. fray Pedro de Caranza, prelado de probidad conocida. La buena armonía de santos geses iba menguando por grados, desde que insinuados a su confianza hombres malaventurados con el sospecha; hacían del chisme y las delaciones la materia de su mérito. Era uno de ellos Juan de Bergara notario del mismo oficio y ansioso de cruzada, hombre rico, sospechoso y relacionado en el pueblo. Por estos motivos que se ignoran, predicó el gobernador a Bergara. Intimidad los confidentes del prelado y le hicieron concebir este golpe como dirigido a su persona, y dispusieron su ánimo para que, albergase las reclamaciones que del hacían sus comisarios respectivos. El prelado, renunciando los respectos de paz, mandó ponerlo en libertad; pero resistiéndolo el gobernador, apeló aquel al triste remedio de las consuiras. Véase aquí como al espíritu de fachon arraiga el uso de las armas espirituales. Las odiosos se acrecentaban en proporción de una causa tan empeñada. Estrechóse entonces la prisión, de Bergara con indicios, aunque infundados de peligro, su vida: pisaba la ciudad entre dichos toñosos; arrebato, pero sin fruto: violencia a mano armada la carcelería por el obispo con su clero, y se puso al preso en libertad; el gobernador por su parte, no pudiendo sufrir un insulto que lo cubría de ignominia, acostó a su palacio, dos piezas de artillería: tronó el anátema y en su todo se puso en combustion. Un supersticioso temor de las censuras tenía aterrados los ánimos. Esto fué el qué manejado con destreza, dió la victoria al
CAPÍTULO I

prelado, dexando acreditada la máxima, que por lo común es más fuerte el imperio de la opinión. La corte calificó por excesos los procedimientos del píratado. El tiempo cicatrizó esos ánimos, ulcérados, y concluyó el gobierno de José de Céspedes después de haber mandado más de siete años.

Las ordenanzas equitativas del visitador Alfaro, no en todas partes se hallaban en vigor. Los vecinos de la Concepción del Bermejo, no contenían haber despojado á los indios de sus posesiones, los condenaban á unas fatigas superiores á sus alientos. A esta sordida tiranía debía esta ciudad una existencia, si no sólida, a lo menos florida. Cultivando en abundancia el algodón, la cera, el cañamo y otros artículos, había re concentrado en si el comercio, y abierto las fuentes de la prosperidad. Pero los indios, exterminados con el trabajo, no daban de conocer, que una usurpación tolerada por mucho tiempo, no podía ser un título de propiedad. Ellos, pues, se resolveron á sacudir de sus hombros este pesado yugo: coligíronse al efecto con las Lagunas, Mo hones; Frontones y Calchaquies, y, después de haber guardado un secreto impenetrable, cayeron de improviso sobre la ciudad y sus habitantes, entregándola al asedio; á la matanza; y al desastre, hasta destruirla arrasada. No bien satisfecho su

(a) Solórzano se decide á favor del obispo pero injusta-
como padresaron a sus amos prisioneros a la mucha en desgracia de sus señoríos. Los de mayor rango que pudieron escapar llegaron por gran dicha a la ciudad de Corrientes, donde se asentaron.

Este trágico suceso aconteció el año de 1651, el mismo en que Don Pedro Estavés Dávila esta-laba dispuesto a tomar posesión de este gobierno. Dávila intentó vengar este agravio, y para solucionar la ciudad, que por entonces era la más considerable de su provincia, pero todo fue en vano. Las dos expediciones que con buen número de tropas se dirigieron a este objeto, no hicieron más que ser derrotadas y fuga vergonzosa que dejarían gran presa de caballeros en enemigo, y quitar toda esperanza de reconstrucción aquel punto. La Concepción del Bueno dejó de existir para siempre. Aun así, si se hubiese puesto el mismo gobernador en em- pañía por una empresa que lo merecía, hubieran sido otra su suerte. Pero los riesgos a que esa puerta se expone con su ausencia; estando tan cerca de los enemigos, hizo que al cabildo de Buenos-Ayres le protestase esta salida, y quedara sin efecto.

Fue uno de los choques más espantosos al que tuvo que enfrentar con Don fray Cristó-bal de Aróstegui, segundo obispo de Buenos-Ayres. Lleno de vanidad y desden por un vicio de carácter y educación llevó tan a pecho el figurado agravio de no permitirle el prelado pudiese suscitarse en la iglesia, que creyó debían concurrir los
mala y venganza. Bostezó en su mismo resentimiento, encontró las que le parecieron suficientes para extrañarlo del tezno, y procedió á su captura. Quiso la suerte de este príncipe que desistiere de su loco empeño: pero no fué sino después de haber turbado el orden y la tranquilidad de la república.

Contribuía á las desgracias de la guerra el lamentable estado, en que estaban todos los pueblos de estas provincias la opresión y dureza del gobierno español. Una vista rápida sobre los principales objetos de la administración dará á conocer sus caracteres por estos tiempos: La propiedad de estos pueblos, pero principalmente de Buenos Ayres, sólo podía extenderse á campos, arroz, sebo, ovejas y lanas. Si ellos hubiesen podido gozar todo el beneficio de aquellas sus avenidas prosperidades, había sido más deplorablemente. Pero ¿cuántos acorazadores se conocían de preferencia al propietario? Reconcentrándo el comercio en las únicas manos privilegiadas de los comerciantes de Cádiz y Sevilla, ellos eran los que establecían el precio con arreglo á su coincidencia, y disfrutaban la mayor parte del producto. Mas, el comercio español sólo hacia sus espeleolociones sobre el artículo de la pestaña por conglombrado y monopolizado; salidos los demás frutos tenían a quedar sin valor en la realidad más absoluta.

Las naciones bárbaras que con defecto de valor sustituían las abundancias, se aprovechaban de la
catacálida de los tiempos para desvanecer las campañas y tener en consternación los pueblos débiles. El sucesor de Dávila, que fué en 1637 D. Mendo de la Cueva y Benavides, hombre no menos ilustre por suacción que por sus proezas militares en las guerras de Flandes; hubiera podido reparar estos males de tanta consecuencia, a no haber visto aprisionado desde la entrada de su gobierno por uno de los mayores abusos que hacía sufrir la superstición de los tiempos. Apenas iban corridos algunos días de su llegada a Buenos-Ayres, cuando se vio excomulgado y puesto en tabillas por el obispo D. fray Cristóbal Arceti. No había circunstancia que no hiciera temerario este procedimiento del prelado. Esta pena eclesiástica, la más fuerte de cuantas se conocen por cuanto separa al excomulgado del cuerpo de la iglesia y de la comunicación de los fieles, exige por su naturaleza delito proporcionado a su importancia y gravedad. Con todo, una leve retardación de cierto auxilio pedido por el prelado, acaso con injusticia; fue todo el crimen que provocó su indignación; y lo llevó hasta el extremo de fulminar su censura las mismas vísperas de la natividad del Señor. Mas aunque, según el espíritu de los verdaderos cánones, la excomunión es una pena puramente espiritual, y por consiguiente sin ningún efecto civil, a pesar de esto, desde que en los siglos obscuros se le dio una extensión que no tuvo en los de luces, había ya pasado también a interesarse hasta la misma
CAPÍTULO II.

defensa y seguridad de los estados. Un magistra-
dado excomulgado debía ser abandonado de sus sub-
ditos y excluido aun de la sociedad civil. Por
estos principios, que aunque absurdos daban el
tono de su siglo, es preciso conocer los peli-
gros en que se hallaría esta provincia con su go-
bernador excomulgado, viéndose a un tiempo com-
batida de los indios, y amenazada del holandes,
dueño de Pernambuco. Hacia cinco días que D.
Mendo de la Cueva veía entredichas sus funcio-
nes, sin que la intimación de la primera y segun-
da carta que dispone las leyes para la absolu-
tión, pudiesen ablandar la dureza del prelado.
Así es como estos hechos pintaban al natural
su carácter y sus principios. Perplejo, pues, el go-
bernador entre el temor de abandonar una pla-
za confiada a su cuidado, y la vergüenza de ocu-
parla sin ejercicio ni decoro, se resolvió por fin
á dar la vuelta para España. Para detener el cur-
so de las de gracias á que iba á dar lugar la au-
sencia de D. Mendo, se juntó el cabildo de Bu-
enos-Aires, y después de una juiciosa discusión,
resolvió hacerle las más serias protestas sobre el
abandono de su puesto en situación tan peligro-
sa. D. Mendo desistió de su pensamiento, y las
guas, aunque con tropiezo de los mismos escollos,
yolvéron á tomar su giro natural.

Los Carácaras, Capasalos, Mepenses y Galqui-
laros, á quienes las islas de la gran laguna Ibe-
rá, (situada en el distrito de Corrientes y tiene qua-
renta leguas) garantían de los asaltos, eran los que
mas hostilizaban la ciudad de Corrientes, y contra quienes debía dirigirse el castigo. Con cién españoles y docientos treinta Guaranies de Misiones partió a esta jornada el general D. Cristóbal Garay y Saavedra. Atravesado aquel inmenso largo á fuerza de constancia, pudo apresarse una canoa de dos bárbaros, y por ellos se supo el lugar donde los demás se habían refugiado. Un trozo de ciento y cincuenta Guaranies acompañados de veinte españoles, fueron contra ellos. Requiriéseles por el gozo que se rindiesen, prometiéndoles serían tratados con clemencia, pero no fue sin un combate que pudo conseguirse. Los enemigos osaron arriesgarse y no dierón hásta ver sin efecto su último esfuerzo. Entre los prisioneros que se cogieron fueron seis indias ancianas, para quienes ni el sexo ni la edad pudieron ser estorbos que les impidiesen empuñar armas cuando la reclamaba su libertad. El general con el resto del ejército se avanzó contra los Caracaras, resuelto a causar en ellos una matanza, que sirviese de escarmiento, si se obstinaban, ó a dar lugar á que se aplaudiese su humanidad si se rendían; pero los bárbaros eludieron el golpe huyendo á los desiertos.

Lisonjeadó el gobernador con este suceso próspero pretendía el año de 1659 llevar personalmente la guerra contra los Calchaquies (a) que con

(a) Distinta parcialidad de la mencionada del Tucumán.
CAPÍTULO II.

sus sangrientas incursiones alcanzaban á la jurisdicción de Santa Fé. Pero la odiosa traba de una excomunión fulminada por el provisor en ausencia del obispo (a) volvió de nuevo á ligarle las manos. Una timida circunspección de parte del gobernador sin duda daba aliento para cometer estos excesos en circunstancias en que la patria, rodeado de peligros, temía verse sepultada entre sus ruinas. La parte que tomaba el cabildo de Buenos-Ayres en atajar estos males públicos, retabló la tranquilidad. Sería muy estéril nuestro trabajo en referir estos hechos, si sólo pretendiéramos cargar con ellos la memoria. Es preciso, pues, mirarlos con ojo filosófico, y caracterizar cada siglo por estas experiencias morales sobre el género humano.

Con el justo designio de contener las devastaciones de los bárbaros juntó un ejército de seiscientos Guaraníes de las Misiones jesuíticas, trescientos indios de otros pueblos y cien españoles. Hecho el apresto necesario, entró en 1639, al valle que poblaban los enemigos. No les faltaba resolución á estos bárbaros para el combate; poniendo en seguridad los niños y mugeres, se presentaron á la acción, con la esperanza que por un éxito desgraciado, los hosqueles les servirían de asilo.

(a) Por una extravagancia propia de su genio había partido á Chuquisaca á prestar el juramento en manos del metropolitano.
pero como advirtiesen después, que la mayor parte de nuestro ejército se componía de Guaranes, cuya agilidad era conocida, temieron ser envueltos en la fuga y desaparecieron el campo. Con todo, no pudieron evitar el estrago, porque siguiendo los Guaranes rápidamente el alcance; los batieron, y les tomaron ciento catorce prisioneros. A favor de otras medidas que después se tomaron llegaron, estos hasta trececientos, y fue bien grande la mortalidad. La gloria y el interés de la presa es siempre el doble motivo de las acciones guerreras. Como si lo ignorase el gobernador, dexó a los Guaranes victoriosos sin recompensa, pues apropiándose todo el botín no les adjudicó otro premio que el honor de haberlo servido. Concluyóse la campaña con la construcción del fuerte de Santa Teresa, el que sirvió por muchos años de defensa a Santa Fé.

La guerra contra los infieles poseía lleno el corazón de D. Mendo, y eran de esperarse grandes progresos; pero en 1640 fue relevado de este gobierno por D. Ventura Moxica. Su temprana muerte, acuchillada antes de cinco meses, arrebató las esperanzas que se habían concebido de un gobierno feliz. Con todo, la memorable victoria del Mbororé lo dexó bien señalado en los fastos de esta provincia. Los Mamelucos de san Pablo, que habían casi arruinado los lugares límites del Guairá, siempre animados de su avaricia y ferocidad, deseaban con eficacia verse dueños de las misiones del Uruguay para alimento de sus vicios,
CAPÍTULO II.

Su arrogancia más que su valor les hacía dar a esta empresa una facilidad que no tenían. Entregados, pues, a la loca intemperancia de sus deseos, juntaron un ejército de quatrocientos portugueses y dos mil setecientos Tupís, que embarcados en trececientas canoas bajaron por el Uruguay hasta donde le tributa sus aguas el Mbororé. Los Guaraníes se habían apercibido de algunas armas de chispas, y de unos cañones de gruesas cañas aforradas en cuero. Con esta prevención le presentaron la batalla al enemigo. El choque fue de los más obstinados, quedando indecisa la suerte por todo aquel día. Al rayar el alba del siguiente volvió a renovarse el combate hasta la una de la tarde, en que murieron ciento y sesenta portugueses y casi todos los Tupís a manos de los Guaraníes, dió un vuelo la victoria y vino a coroarlos. Los docientos quarenta Manuelucos y los pocos Tupís que escaparon las vidas, puestos de regreso al Brasil, habiendo recibido un refuerzo considerable, se animaron a tentar de nuevo la fortuna. Encaminadas sus huestes por otro rumbo, construyeron dos fuerzas, que llamaron de Tobati y Apiteribi, en que se creían más al abrigo de los reveses. La vigilancia de los Guaraníes los puso fuera de toda sorpresa. Después de haber reconocido las fortificaciones, y protegiéndose de todo lo necesario para el asalto, los embistieron una tras de otra. La emulación fue tal que en breve tiempo trastornaron las palizadas, y haciendo una horrible carrnicería, quedaron dueños de estos puestos.
LIBRO III

Desde 1641 hasta el de 46, todo se mantuvo en perfecto reposo a favor de las medidas de seguridad que se tomaron contra los enemigos enteriores y domésticos. La sublevación de Portugal contra la España, que desde 1640 había producido todo su efecto, era un motivo de temor inquietantes para los que mandaban esta provincia. Don Geoñoimo Luis de Cabrera, descendiente del fundador de Córdova, había entrado a este gobierno después de otros varios que provisoriamente lo ostentaron. Este hombre activo, vigilante, y firme, obligando a los portugueses, residentes a salir de estos estados, poniendo la real fortaleza en mejor pie de defensa, y teniendo sus tropas bajo una estricta disciplina, pudo a cubierto esta plaza de todas los peligros a que la había expuesto aquel suceso extraordinario.

A esta calma civil se siguió luego una de estas agitaciones que siempre engendran las quiebles de jurisdicción. El sucesor de Cabrera, que lo fue en 1646 Don Juan de Lasía, y cuyo carácter era formado de todo lo que puede escatuar a la violencia, al rencor y los desacuerdos, vino a descargar sobre este otro las antipatías envidadas contra su estado. Eriegiéndose en legislador armó la toda enajenación de bienes reales hecha a la iglesia ó sus ministros; privó á estos, que en calidad de actores pudieron promover sus acciones en los juzgados reales; y, en fin, se propuso no respetar un saco que abrigaba, según esta diócesis por este tiempo el obispo Don fray Crist...
CAPÍTULO XI.

[texto en español que describe una situación y personajes, mencionando su conducta y el respeto a las costumbres de la época. Hace mención de un prelado y su comportamiento, el cual es juzgado y excomulgado.]
ciones, se hallaban desmantelados; que los americanos eran una raza de hombres más propios para arrastrar cadenas, que empuñar armas; y que los españoles en el seno de la blandura y la sensualidad habían degenerado de su antiguo valor. Poseída de estas ideas, destinó a estos mares una esquadilla de tres fragatas al mando del caballero Timoleon de Osmat, con orden de apoderarse de este puerto. El gobernador Baígorry, instruido por los acaecimientos anteriores, se hallaba aparejado con un cuerpo respetable de tropas auxiliares, entre quienes los Guaraníes de Misiones daban la norma y el ejemplo. Los holandeses, que con permiso de Don Juan de Austria habían echado el ancla en este río, a condición de purgarlo de los piratas que lo infestaban, no pudiendo observar sin admiración el servicio de estos indios, confesaron de buena fe tenían en ellos el rey de España muy bien asegurados estos dominios. Con cuerda este concepto con el del mismo gobernador, quien en una orden expedida al capitán Luis de Zayas se explica así: «es- tese con toda diligencia y cuidado con estos indios, tratándolos como es razon, pues nos enseñan a ser fieles.»

Los intrépidos franceses fueron bastante prudentes para renunciar un empeño, que los acercaba a una desgracia; y tomaron el partido de retirarse; pero ella seguía de cerca sus aguas. El capitán Ignacio Malco, que comandaba un registro con destino a este puerto, tuvo la casualidad de
CAPÍTULO II.

avistar una de las fragatas de la esquadra francesa, y creyendo ser barco de su nación se puso a tiro de sus fuegos. La descarga de la fragata lo sacó de su engaño, y aunque tarde, se aparejaba para batirla, cuando forzando de vela se puso fuera de sus alcances. Con todo, auxiliado el capitán Malco de un Inuque holandes al mando de Isaac de Brac, entraron en combate con la capitana, la que después de una vigorosa resistencia en la que perdió su comandante con la mayor parte de su gente, arrojó bandera y se rindió.

No fué este el único suceso militar que honró los tiempos del gobernador Baigorri. Los neñitos de las reducciones jesuiticas sostenían con su conducta la buena opinión que habían merecido. Cuarenta españoles con seisientos Guaranies, destinados por el genio de la provincia, salvaron en seis meses la ciudad de Santa Fe del último peligro a que los fieros Calchaquies la habían reducido. Pudieron estos bárbaros haber tomado mejores medidas que las pasadas; pero se precipitaban guiados de un instinto ciego, y renovando sus antiguas faenas, renovaban sus muchas insensibilidades. En esta guerra fue terrible el destrozó que se hizo en ellos. Así se vengaban los españoles de los indios á expensas de su propia sangre.

Con todo, bajo el gobierno de Baigorri se halló siempre bien protegida la libertad de los que se rendían. Mirándolos los españoles como una especie degradada, intentaron á favor del patrocín...
...ni que les dispersaba un ministro de Chaves, despojándolas de los títulos de su nobleza. Baigorri salió a la defensa, y alcanzó del rey severos favoresables a sus propiedades. No era posible, que con una virtud tan constante no surgieran las penas de los que no comprendían sino los que sus intereses. Descalificaciones de la real hacienda, jurisdicciones a la cárcel, todo género de malabarismos, aquello fue poco para destruir tanto el empeño de calumniales. Muy desesperada: debía ser la causa de los que ocurrían a medios tan bajos: pero ellos seguían la máxima de los que dicen: «la culpabilidad no se prueba en lo que se sospecha». En efecto, estas declaraciones, aunque injustas, dieron motivo a la cortesía, para que mandase a D. Manuel Muñoz de Guzmán por juez, resguardador de su conducta. La verdad son dos voces, una, que en sí y la sentencia del juez, aprobada por el rey, debió desvanecer la más ligera sospecha. Pero este triunfo de la verdad no bastó para granjear la calma. Tomando nuevo brio, desplegó todo el fuego de la persecución. Baigorri no pudo evitar verse en prisión, ni en oír sentencia definitiva, por que su muerte preñó este último suceso.
CAPÍTULO III.


La historia de la provincia del Tucumán no va a presentar sino un quadro de concesiones, intrinciones y guerras implacables. Un acto in- justo y contumazoso es el soplo que restituía un fuego mal apagado, origen de este incendio. Era costumbre en esta provincia que al arri- bo de cada gobernador bajaran los caciques a tributarle los respectos del vasallaje, como ministros del rey. Habiendo tomado posesiones de este go- bierno en 1627 Don Felipe Albornos, fueron los de Calchaquí los que se aprestaron a practicar ese obsequioso rendimiento. No os bien averiguado, que motivó pudiendo inducir al gobernador para mandarlos azotar y tumbarlos; pero si lo es que reflexionando los Calchaques lo que se de- bían á sí mismos, se resolvieron a vengar un at- raje mus-insoportable que la muerte. Conciencia, también, nos enseñaba el mal trato; que daban los encomenderos á los indios, siempre víctimas de su codicia.
LIBRO III.

Fácil es persuadirse que libres los caciques comunicarían a sus gentes un odio llevado hasta la ceguera, y las resolverían a emplear sus esfuerzos en la venganza. En efecto, después de haber hecho un gran acopio de armas, y tomado todas las medidas para asegurar el éxito, cayeron a un tiempo sobre las jurisdicciones de Jujuy, Salta, y Tucumán, Londres y la Rioja, haciendo sentir en todas partes el pillaje, el cautiverio, la desolación y la muerte.

El gobernador conoció su error, y se propuso estar al resar de sus consecuencias. Nombró por gobernadores a Don Alonso de Ribera y a Don Jerónimo Luis de Cabrera, nieto del fundador de Córdoba, ambos de un corazón grande, a quienes nada igualaba por su experiencia y su valor. El primero debía cubrir las fronteras de Jujuy, Salta y Esteco, y el segundo las de Londres, y la Rioja, entretanto que entrando el gobernador Albornoz con un ejército bien formado a tierras de enemigos, encendiese el fuego de la guerra en el centro de su valle. Bajo este plan se emprendió la marcha, yendo por maestre de campo Juan Xuarez Balbiano, vecino encomendero de Santiago del Estero, a quien treinta y seis años de servicios le habían adquirido lucas y reputación. A vista de este ejército la consternación se amparó de los bárbaros, y lejos de venir a las manos, entregaron a discreción de Albornoz algunos de los culpados en quienes hizo exemplar castigo. Seducido el gobernador con este buen éxito, creyó
CAPÍTULO III.

la guerra concluida, y se retiró con su tropa, dexando un buen presidio de soldados, que mantuviese en respeto la osadía de los bárbaros.

Las medidas violentas del gobernador, no hacían más mas que agravar la llaga harto profunda, que aquejaba á los indios. Bajo una calma engañosa hicieron nuevas convocaciones, nuevos preparativos, nuevas juntas, y se pusieron á esperar el primer momento favorable á su venganza. Veinte y seis españoles con el caudillo de la fortaleza, que menos recaudados se habían separado de ella, fueron todos degollados. Este golpe de mano, no sólo restableció el valor y la esperanza de los Calchaquies, sino también atrajo á su partida á todos los indios domésticos que servían en las ciudades. Las levá de gentes, que su hicieron en toda la provincia, no la salvaran del peligro: los bárbaros consiguieron algunas victorias, y llegó á sospecharse, que su ruina era inevitable.

Como la tiranía de los encomenderos se había hecho sentir mas en los partidos de Loudres y la Rioja, fué aquí donde principió con más actividad la llana del enojo y la discordia. Los Andegalas, Fanatinos, Copayanes y Guandacoles fueron todos convidados á la alianza por medio de la flecha. Celebraron estos bárbaros su congreso, y después de haber pintado á los españoles como unos hombres execrables, que autorizaban con su ejemplo todo género de maldades: después de haber reflexionado sobre el oprobio con que los cubrían sus injusticias, sus usurpaciones y su ti-
...raía, y en fin, después de haber considerado la necesidad de prestarse mutuos auxilios para restaurar a la patria su antigua libertad, quedó resuelto exterminar el nombre español. Muy seria debiendo ser la resolución de estos bárbaros, pues asustada a su usanza con juramento, la pusieron por obra, introduciendo un incendio al que entregaron todos los edificios del campo, sagrados y profanos, desde el valle de Calchaqui hasta la cordillera de Chile. Sequearon, a más de esto, las haciendas, talon los campos y mataron a quienes se les veían a las manos, sin distinción de sexo, condición, ni edad, ni aun las mismas indias que hubiesen concebido de español.

A detener el curso de estos males salió por la frontera de Londres con buenas fuerzas el general Calleja. Su intención era sujetar primero el valle de Andalgala para abrirse paso al de Calchaqui, que sac a sus espaldas. Los bárbaros corrieron todos a las armas, y aunque en los diferentes reencuentros recibieron bastante daño, fue también muy considerable el que causaron a su enemigo. Calleja no pudo superar la resistencia que le hicieron, y vio que era preciso retroceder; pero los bárbaros le pidieron la retaguardia hasta encerrada en la ciudad de Londres. El valor de los indios crecía en proporción de sus ventajas; por lo que resolvió poner sitio a esta plaza. Queda puede sugerir, el empeño más resuelto, todo se paso en práctica para rendirla. Corrándolo las aguas, retirándole los consumos y dán-
Dole repetidos asaltos, pusieron a los sitiados en el último apuro. Estos necesitaron de todo valor para no someterse; y aunque rechazaron a los bárbaros, les fue preciso conocer que era inevitable desamparar con tiempo la ciudad para no expor-
tarse a caer en manos de un enemigo que no sabía capitular ni dar cuartel.

Aunque expuestos continuamente a nuevos peligros, dieron solitaria la ciudad, y se retiraron a la Rioja, donde llegaron a favor de los esforzados Don Juan Gregorio Bason y Don Diego de Herrera, quien vino en auxilio con su compañía. Presentaba esta marcha un espectáculo bien tierno; ancianos, niñas y mujeres, huyendo de sus hogares entre gemidos, lágrimas y sol-
resaltes.

El coraje de los bárbaros se inflamó de muer-
vo a esta huida, y vuelven sus armas victoria-
ses contra la Rioja, a quien pocos sitio. Apenas los afligidos riojanos vieron el enemigo a sus puertas, cuando se prepararon a la defensa. Tres asaltos que les dieron con impetu de fieras, y en que fueron rechazados, sólo fue para que perdiesen los más bravos de sus soldados. Tomando un muerto, acometieron los sitiados, se arrojaron al enemigo y, fuerza, alarma, llevando por candil el valeroso D. Luis de Cabrera(a) y le ganaron una victoria que debió gallaquear mucho sus fuerzas. Sin em-
bargo, el poder de los bárbaros era formidable, y no hacían ánimo de desistir, sin haber agotado todos sus recursos. Con su obstinación ordinaria pusieron fuego a la ciudad para reducirla a cenizas; pero la vigilancia de los sitiados dio en efecto este desenlace quantas veces lo intentaron. Duenos de la campaña los bárbaros, no era el hambre la menos temible de sus armas, ni en la que menos confiaban la rendición de la plaza. Llegó á tal extremo la miseria, que no exceptuó gatos ni perros la importuna ley de la necesidad. Fué de aquí sin duda que tuvo origen otra calamidad. Una peste contagiosa graseó en toda la provincia, llevándose lo mas florido, y la incertidumbre en que dexaba á los sitiados por ignorar de quien por fin recibirían la muerte, aumentaba la confusión y los pesares. Los valerosos riojanos sin desmayar en esta lucha prefirieron recibir la de manos de la suerte, primero que rendirse. El sitio continuaba, y el mal, que ya no respetaba á los bárbaros apagando su ardor guerreño, los obligó á retirarse.

Fué común el azote del hambre a las ciudades de Tucumán, Salta y Jujuy. Ocupadas casi todas las campañas con una inundación de Calchaquies, se hallaba desterrado el reposo y suspendidas las ocupaciones rurales. Ganados fugitivos, fuegos casi apagados, hombres errantes que corren á apoyarse de un puesto mas seguro, es la imagen triste que estos campos presentan. A este infortunio se unió otro más para llenar de consternación.
CAPÍTULO XV.

El temblor de tierra acontecido en 1632, igualó con los suelos la tercera parte de la ciudad, y estuvo a punto de ser devorada. Para colmo, de los males, la discordia civil se introdujo en los ciudadanos, quienes mas ocupados de sus affairs que del peligro de la patria, convirtieron contra ellos mismos esas armas, que debían emplearse en sus contrarios. Sea por estas causas, sea también porque las pérdidas sufridas habían reducido los combatientes a pocos brazos, los cuales, es decir, los mismos se hallaba descuidado, el importante objeto de la guerra...
religión; cómo la católica, que tenía por destino hacerlos felices. Los salvajes no pudieron oír este discurso sin enarbolarse en cólera. Los derechos de la patria, sus antiguas libertades, sus alianzas, sus dioses tutelares, todo lo vió ultrajado, y se creyeron obligados a castigar un tenaz error que a precios de ilusiones pretendía hacérselos esclavos. De los signos viniéron á las obras; desmudado de sus vestidos esté buen hombre, y colgado en un árbol, murió asaetado. El ruido de las cornetas con que los bárbaros celebraron este triunfo brutal, advirtieron al general español el éxito funesto de esta empresa; quien sin detenerse en nuevas deliberaciones, dio la señal de reco- mendar, y se trazó el combate. Resistieron los bárbaros con deniego; pero fueron rotos, vencidos y puestos en huérf. Con todo, sus esperanzas se refugiaron á un momento menos desventurado. Reunidos los dispersos a la coalición, renovaron con igual brío la pelea en diferentes encontros, pero siempre con la misma desgracia. Al temor de los combates unía Cabrera el terror de los castigos, con lo que haciendo su nombre formidable, logró infundir un espanto, que trajo al ene- migo á sus piezas. Aunque cansado de recoger heridos viendo bien vengados los pasados infortunios, suspendió las hostilidades por alquilar la desierta ciudad de Londres. Para más asegurar la paz en la frontera, dispu- so el general Cabrera pasar al valle de Pacipa, A la firma de su nombre precursora de nuevos
CAPÍTULO III.

nos en el momento mismo, en que debían conocer la maquinación que fueron. El general Cabrera se aprovechó de las pequeñezes de su enemigo y las dilaciones del suyo para someterlos con más resistencia. Las cosas más notables de esta guerra son las casas atroces con que la concluyeron, mandando acabar con muchos de los indios rendidos, y después de vivir por cuatro meses a hambre, colgaron de los mangoles en el sitio de la Coromilla. La noble alta voz que algunos de ellos habían usado se presentaron a sufrir el castigo, y los sufrirían sin quebrantar el voto con que insinuaron a sus verdugos. Cabrera, finalmente, les concedió que no faltaba la inocuidad en estas almas, con lo que se conformaron. Al oír esta noticia, el conquistador general Cabrera, que se había referido a lo que del enemigo meditaba, comenzó a meditar lo que acababa de hacer, y después de referirlo a sus vecinos, decidió hacerlo con ellos. Hizo esto, movido por el arrebatado amor de los Copayanes, quienes estaban enemistados con ellos. Cabrera se hizo cargo de la toma de la resolución de la empresa, que defendió con sus armas. Los dos campesinos que habían visitado a la vista, que eran hijos de los indios del nombre de Merced, llamados Pablos y Pablo, no podían oír a pesar de la lumbre de la opinión. Al morder la vaina, aunque con repugnancia, se presentó a los bárbaros, y los recibieron con un ruego de los españoles, que en la justicia del rey se presentó al enemigo para persuadirle con la idea de que se rendirían, y que en fin, en el bien inestimable de una
con aquel género de sujeción, que sólo dura lo que el temor y la violencia. Fue muy probable que estos indios, después de dar su vuelta prematura al gobernador, subministraron armas y gente al famoso cacique Chelmin para la fachada que intentaba contra un pueblo numeroso de indios amigos en las cercanías del Tucumán. Sea de esto lo que fuese, escondiendo el bárbaro su alevósia, con las sombras de la noche, venía en diligencia a dar el golpe cuando le sorprendió la luz de la día. Este accidente no hizo más que obligarlo a variar de objeto. Durando el pueblo animado, se arrojó sobre otro igual llamado Incaumatinas, donde hizo una carnicería bastante para dar a conocer de lo que es capaz un bárbaro, que desconoce la humanidad. La guarnición del Tucumán siguió el alcance de estos alevosos, quienes no pudiendo evadir el golpe, se prepararon al combate. Dibió de ser bastante porfiriado; con todo aunque con alguna pérdida, recubrieron los autóctonos los despojos, mataron a doce cuadrillas y hirieron otros muchos. Cumplí con cobrar.

Las pérdidas de estos bárbaros parece que eran una razón más de combate, siempre que le quedase una esperanza, aunque lejana, de mejor suerte; pero como nunca corrían su sistema militar, su misma obstinación les empujaba al precipicio. No tardaron mucho tiempo en dexarse ver sobre el Tucumán los de Amorquiña con ánimo resuelto de asolarla. Para custodia de esta plaza había venido de la Rioja Don Feliz de Mendoza y Luis de...
CAPÍTULO III.

Cabrera con el cargo de teniente gobernador. No era de recóler que el servicio militar fuese desatendido bajo la conducción de un gafe tan bien acreditado. Reservándose para si la defensa de la plaza, dió orden a su hijo Don Antonio que atacase al enemigo con un cuerpo de sus milicias. Este joven valiente se arrojó con su tropa a lo más despecho de los batallones, y los puso en vergonzosa fuga. El famoso Chelemín quedó prisionero. Resumió después á Londres, cayó en manos del sobero general Cabrera, quien con una muerte cruel le hizo expiar sus animosidades. Con esta ventitud de suceso ya próspero, ya adverso, se fué continuando la guerra, cuya dirección por sin se puso en todas partes á cargo del general D. Gerónimo Luis de Cabrera, menos donde asistiese personalmente el gobernador Albornos. Su duración fué de diez años. Tales fueron las consecuencias funestas de un indiscreto mancebo.

Las cosas quedaron así pacificadas; pero tan estreposa la provincia, que era de temerse nuevas calamidades, sin otro auxilio mas poderoso, que el de las armas. Reflexionando sobre lo mismo D. Francisco Avendaño, sucesor de Albornos en 1637, juzgó que era preciso cautivar á los indios haciéndoles gustar las comodidades de la vida y las ventajas de la libertad, sin experimentar su veneno. Para esto echó la vista sobre los jesuitas; cuya feliz industria y valor sostenido, habían logrado en otras partes á conseguir esta resolución desconocida en las reglas comunes. Sin
cambieranse debían dirigirse principalmente contra los sequaces de Chelemín, y las otras parcialidades referidas no bien avenidas con la paz. Establécidos estos misioneros en el fuerte del Pantano, hicieron su deber; pero las crueldades del general Cabrera habían ulcerado de tal modo los ánimos, que recibiendo siempre algún engaño, prefirieron a todo bien el de su seguridad. El gobernador había prometido dar con su presencia un fuerte impulso a esta grande obra; mas no pudo desempeñar su palabra, porque obligado el vicerrey Marbuz de Mancera, tuvo que encargarse del gobierno de Buenos-Ayres, mientras Don Mendo de la Cueva entendía personalmente en la guerra del otro valle de Calchaquí vecino a Santa Fe.

Hasta el año de 1642 en que por el vicerrey de Lima, tomó posesión de este gobierno D. Baltazar Pardo de Figueroa, no se volvió a agitar con interés el grave asunto de ganar las naciones bárbaras por el imperio de la razón. A su regreso de Buenos-Ayres, donde para la defensa de este puerto, condujo las tropas nacionales del Perú y Tucumán, procuró con el mayor cuidar, que aplicados los jesuitas a la educación de los Calchaquies, no volviesen a repartirse las escenas sangrientas que habían afillgado la humanidad.

El Tucumán tranquilo, recogía los frutos de este sabio gobierno, cuando en 1644 le sucedió Don Gutiérrez de Acosta y Padilla. El sistema de las reducciones se hacía tanto mas necesario, quanto mas.
CAPÍTULO XIV.

se reflexionaba sobre la odiosidad de la guerra, y la debilidad de nuestras fuerzas. Los bárbaros, que a pesar de esto siempre se reconocían impo-
tentes para triunfar sólo a mano armada, discur-
rieron aprovecharse de esos mismos arbitrios para
libertarse en parte de unas gentes, que a la vio-
lenza establecían su dominación. A solicitud del
obispo Maldonado, dos jesuitas habían tomado
sobre sí el arduo empeño de desarmar el odio de
los de Sanogasta, Mulfín, Tumbalá y otros, y
reducirlos a la obediencia del César. El obispo
Maldonado, creyendo que su presencia sería un
fuerte estímulo para adelantar este proyecto, pasó
en persona al frente del Pantano, donde debía
ajustarse todo el plan de subordinación. Los bár-
baros, habían recibido a los dos jesuitas con to-
das las señales de una amistad verdadera, y el
ayre de candor con que se prestaban a sus ins-
sinuaciones, hacían concebir que procedían de
buena fe. Para dar a su traición más colorido de
honestidad, salieron al frente del Pantano con los
dos jesuitas algunos indios principales de aquellas parcialidades, y agradeciendo al príncipe que les sirviese de amparo contra el rigor de las mul-
mas, se ofrecieron a recibirlo en sus pueblos con
las consideraciones debidas a un mediador de la
paz. La esperanza de sacrificar a sus enemigos
militares, y personas de calidad de que se con-
pondría esta comitiva, hacía que se apuraran los
artificios del disimulo. Nadie hubo que percibiese
el lazo que tendían, y todos favorecían el des-

signo de los bárbaros. El maestro de campo Juan Gregorio Basau, de Pedrana, el sargento mayor D. Isidro de Villafañe, vecinos encomenderos, y el capitán Antonio Calderón, con algunas de sus familias, se adhirieron; aquellos en compañía del padre Diego Soto, y este en la de los indios; que iban en comisión de aderezar el camino. A fin de asegurar en las caciques un trato áereo atento, formaban iglesias provisorias en que ofrecían sus hijos el bautismo; cuando los indios que acompañan los caminos, precipitándose sin tiempo, descubrieron su proyecto. Con más celeridad que consejo, dijeron muerte a Calderón, quien con demasiada confianza se había echado a sus brazos. Por dicha de Basau y Villafañe, llegó en secreto esta novedad á sus oídos, y pudieron evadirse para tomar el fuerte del Pantano.

Viendo los bárbaros frustrado su designio, recurrieron á otro engaño, qual fué divulgar en todo el valle de Yocabil la efectiva muerte del obispo y su comitiva, para que temerosos de un común infortunio, se eligiesen con tiempo, y car- yesen sobre los españoles. Mandaba en este valle D. Francisco Ukimba, cacique de Eneuma, de una fidelidad incorruptible. Con sus luces bastante despejadas pudo persuadir á los indios, no temiesen la ira de los españoles teniendo entre ellos dos jesuitas, que les servían de garantes, y que sobre todo, no era cordura entrar en una guerra de que podían arrepentirse. Los insurgentes quedaron solos por esta vez, y el general Pedro Ni-
CAPÍTULO III.

... volvieron Brimela, recibió órdenes del gobierno para volver en su castigo. Fueron bien-executados estos mandatos a pesar de la valerosa resistencia de los bárbaros, siendo su último resultado arrancarse de sus sitios los tres pueblos de Mal sustained, Abugana y Singun, que por algún tiempo fueron transladados al de Pichana.

Los españoles trataban de su gloria y su engran decimonoto, al paso que los indios de sostener una libertad que agrandaba. No debe sor pre extraño que a pesar de tantos desafíos, y de una pur unicamente firmada, hicieron nuevos esfuerzos para salvála. Fué en estos tiempos cuando varios pueblos de Calchaquíes, fronterizos del Tucumán, rompieron los tratados, e intentaron someterla por sorpresa. El capitán Bernabé Ibañez del Castillo, defendió con mucha gloria suya, hasta que acudiendo con un gran socorro de gente el mismo gobernador, hizo marchas sus tropas contra el enemigo y la venció.

Nada prueba mejor la desdenencia sensible, que ya por estos tiempos padecía la raza de los indios, como las órdenes que se recibieron de las cuatro partes por que se decision de Santiago se redujeron a menor número. Muchos de ellos habían perdido sus casas, de servidumbre y de amistad, sin que pudiesen soportarse la pesada carga de tantos parrocos. Venciendo con mucha disensión no leves dificultades, se desembarazó el gobernador Gutiérrez de este doloroso suceso...
LIBRO III.

babaros abrazasen la fe católica, habia hecho sistemáticò el empeño de las reducciones. Con una dedicación que sus inmediatos predecesores lo protegió el gobernador D. Francisco Gil de Negrete desde 1650. No hubo resorte de una política insidiosa que omitiese, para cantivar el juicio de los bárbaros, y obligarlos a una sujeción que aborrecían. La comparecencia de estilo con que los caciques calchaquies iban a felicitarlo por la entrada de su gobierno, le pareció buena ocasión de este estudioso manejo. Al intento el gobernador se dejó ver acompañado de su oficialidad y de la nobleza santiaguena puesta de gala. Se pretendía con este suntuoso aparato infundir en los caciques un respeto proporcionado a la alta dignidad que se les daba del gobierno, y lisonjear al mismo tiempo su vanidad, haciéndoles concebir la atención que merecía su presencia. Tomando después un tono serio y majestuoso, les habló del rey y de sus órdenes para que solicitase, que abjurando sus antiguos ritos, abrazasen el cristianismo, cuya enseñanza recibían de sus doctrineros jesuitas. Hallábase presente uno de estos, y a fin de dar a los caciques una lección del culto con que debían venerarlo, sin permitir que el jesuita se levantase de su asiento, se puso a sus pies y le besó la mano, como en otro tiempo el gran Cortés; haciendo lo mismo a su imitación todos los de la concurrencia. A esta supersticiosa humillación se unió otra de los caciques, quienes fueron intimados con imperio se cortasen el cabello.
CAPÍTULO IV.

y lo hiciesen cortar á sus vasallos. Esta mezcla de
bajeza y dignidad, de verdadero culto y de su-
gerstion, de bruto y humano, en fin, de sen-
erdumbre y libertad, nos figura en parte á esas
lustrosas coronaciones, en que los romanos dis-
tribuían á sus propios dueños los otros que les
habían robado á título de consuegra esclavos, y
no conocer otra fortuna, ni otro destino, que sus
amos. En el lenguaje de la sinceridad pudiera
el gobernador haberles dicho lo que Neron á Ti-
ridates: » yo os felicito de que hayais venido, á
gosar de mi presencia. Este es el que vuestra par-
dre no ha podido darse vos en que los esfuerzos
de vuestros hermanos no han podido manteneros,
yo os lo doy. Yo os hago rey de Armenia, á fin
de que sepáis amos y otros, que depende de mi
mano quitar y dar los reynos. » Este es lo que
más he citado, si lo menos se mucho. Re nos ob-
Este medio del gobernador Negro, no sig-
tráron de intimidar á los indios, y pudieron pre-
nder el deseo efecto de una inseguridad per-
tante á ellos, su muerte prometida, prodigiosa,
formoso, angustiosa, calamidad, de que gobernó á
la verdad, menos ridícula, pero no menos sensi-
ble, En esta en la provincia en 1583 que la
encandela el gobernador D. Bárbara Nuñez, Agua-
do y por esto apartado de la de la vuestros.
Si se ha de dar crédito á las quejas dirigidas al
rey, éste era uno de los muchos mandatarios,
que, siendo en las Américas á hacerse memorables
por el distinguído talento, de habiendo Juscinia, an-

LIBRO III.

...y las encomiendas, todo se sujetó a la venalidad. Haciendo robar los benéficios en los pervertidos, discutió al delincuente y se creando arribicio de creer, porque deponiéndolos prontamente a duras penas, de exigirlos así el bien público, hallaba la ocasión de renovarlos a otros como ellos, o peores. De manera, que en este circo, vienen los pervertidos, por robar y por soborno los deponían. Se refiere que una orden del vicerrey para que los portugueses de esta provincia fuesen emigrados a la de Charrúa, lo frustró ingentes cantidades, con solo poner en precio los indultos. Bien puede asegurarse, que estos éstos serían sin duda de más valor las cartas de manutención que expedía... siendo cierto, que eran las únicas privilegias que en su tiempo, a las del rey. A uno a uno tan desahogado, no podía darlo de los que de necio esto, de comprar barato, y vender caro. Es sabido, que habiendo comprado una gran partida de yerba de Paraguay, estancó en toda la provincia este artículo, perjudicando por medio de un valor irreal su éxito y su bondad. Habiendo llegado a la Península, que padecieron el nuevo público, tanto más, menos tan impúes. Acostumbrado a toda suerte de capacidades, encendidamente en el vicio de pecado y comiendo a mano fueran las cosas, restar con las reclamaciones de sus ministras (1).

(1) Parece que faltan unas mil pasos los que conducen...
CAPÍTULO IV.

Si hay algo que admirar es, que por un consenso de armonía política entre los calpos y sus jugadores se hayan casi siempre, disimulando en América estas maldades. La historia nos instruye, que el ladrón de Nestares, halló en su juicio de residencia todo el favor que necesitaba para lograr la impunidad. Siempre estará abierta esta llaga de la América, mientras haya una distancia que se la oculte al único ojo que la puede curar. Si hasta las intenciones más rectas degeneran en la distancia ¿que sucederá con las que no lo son? Favopeceda de los enemigos, cual más, cual menos, a todos alcance.

CAPÍTULO IV.

Mientras a gobernar el Paraguay D. Alonso Sarmiento, sublevación de Arequía: carácter del cacique Yaguey: sitio que los indios ponen a los españoles: son encendidas suspiciones que se mandaron hacer por Sarmiento: los que no escarnecen a los Guácharos, quienes tienen sobre los Pitahayas del Guácharo su gran miedo: dad que sufren los Guácharos, son reprendidos por la corona y se le da sucesor a Sarmiento.

Debemos que la debilidad de D. Juan Antonio Blasquez de Balcarce, gobernador del Paraguay, causó en este golpe de estos pueblos atrociados de Guácharo y Yari, empezó de nuevo a respirar ahí ceso los indios el odio a los españoles y el espíritu de rebeldía, que presidía aquí descenso por...
una prueba de flaqueza común, se entregaron a una indiscreta licencia de no entregar los tributos, ni consignar con el servicio a que las había sujeto su destino. Este era el estado de la provincia; cuando en 1659 entró a gobernara D. Moisco Sarmiento y Figueroa. Este prudente magistrado advirtió desde luego, que dirigirse por principios muy severos en estas críticas circunstancias era poner el pie en falso, y arriesgarse a perniciosas consecuencias. Con suma cordura procuraba que los remedios suaves impidiesen los efectos de una libertad quejosa. Pero considerando al mismo tiempo, que era justo estar prevenido contra las invasiones de los bárbaros, cuyas fuerzas podían implorar los rebeldes, resolvió visitar todos los pueblos fortificados de la frontera a fin de reparar las brechas del tiempo y del descuido. Por una de sus observaciones militares, echó de ver, que un nuevo castillo en el peligroso paraje de Tapuá no podía dispensarse, según leyes de seguridad y defensa. Mandó, pues, que para la construcción de esta obra consu- númena indios de toda la provincia. La puntualidad con que fue obedecido, parecía calmar los recelos de miras agresoras, y afianzarse la tranquilidad; pero bajo de esa sumisión simulada iba a conspirarse el medio de romperla.

Entre los pueblos asistentes a la construcción del castillo fue uno de ellos el de Arecayá. Los indios de este pueblo sólo eran cristianos en la apariencia; pues no habían profesado el cristian.
CAPITULO IV.

mismo por apurar el partido de la verdad; sino
por motivos pasados que creyó desgraciar el úlmo
do y la sugestion. Por consiguiente a la estupi
des y grosería de sus antiguas rúas y veladas re
cibo se había estirado de que habían tenido conside
ramen piezas menudeadas, alentándolos y amenabdo del
un culto, que corrompa su espiritu de superstici
ción. Se distingue sobre todos; más por sus atri
butos personales que por su poesía; el encique
de este pueblo. B. Rodrigo Vegalirguen. Aun mis
mismo tiempo fiero, conservista, superstici
sioso; tan enemigo del yugo español como ami
taba de la dominación, capaz de conducir una en
pleja y triste relación de misión, bastase el oprejo y
lentolencia; yace ser el hecho de una subleva
tional esencia a y adelanto ob reprimiéndose.

—Dios perseverando de quanta conviene a un impás
to corrigir; antes un vulgar escolpido de hombre
insinuado, y decía sobre su tiempo el cual por
impresión de supersticiones; se hacía saberes por sus
índices por: el Dios verdadero del milagro por santos:
María la mayor y la dicha por santos, María la
chica. Algunos adelantos de sus descendientes hasta
y auténticos, a pesar de estar en poder de sus ateni
nacionales adelantando casi de naturalmente el empeño
que de estos mismos vecinos muy favoritos; el
hijos de inspiraciones; no había nada de desmesurado;

—Por último las iniciales deben considerarse muy
que trabajar a fin de inspiraciones, a los espíritu
s; el Nuevo Testamento es la dicha interpretación de hablón
amplificado, esmaltado y llamado de cosa es quedaras en
tenía prohibido a sus vecinos cincuenta varas
unilateralmente españoles con sus veci-
ños, llamados también de irrecuatro la inmensidad del gobierno.
Rodrigo, Christóbal Garay y, a su vez, uno
razonamiento semejante perdiendo obispo
los distritos y aniquilando las poblaciones de Ébano
y Villa Rica. Mientras se expresan con gran
~b~. Contenidos dispuestos, paseadas, al socaire.
Rodrigo lo garantizas mediante pedidas esqueletos
considerados, de Taliban. Estafado. Gobernar conceinas
de recibir en confección. Se expone en
aquí hay alguna de tribunales para nosotros y, tras
hechos insuspiços, informes y más, duros, y es tan
do que me quedó al quedar sucesos. No es posible
que este pueblo esté disuelto pues estaría bajo un
subordinación de españoles, y a quienes la misma
sociedad de sucesos, recta, a su vez, de levant
es, que pasaron la noche, y luego, las vidas de mil
apenas que. Estas mismas al manifestar, se preguntó,
pues la paz es imposible: se rehabilitó, medio,
propios mismos, convenientes que nosotros
los, pueblos en el momento de ser emprendidos
pueden el gobierno más seguros de su éxito y
que, ya estaba publicada, en el mismo lugar de Almacén.
Rodo estableció una indudable bondad del castillo, se
retiraron a un lugar que no es trágico emp
La posibilidad de la tierra al servicio de los indi
dis. metiado hizo y que, el gobierno de Samaniego,
CAPITULO IV.

precipitase la salida del exiliado, siendo mas acabada, a la vez que veinti y seis, saliendo, dándose cuenta de los glosó en el nombre, del general Pedro Ramírez; y el ministro del estado, doctor García y el equiparador en Dure. Por una imprevista y propria de una historia estampado, dirigió, convenciéndolo que no se trataba en parte en proyecto. En el camino por andar, en un frío indiferencia y, de una manera, presentar al padrón, sino puramente en generosidad, advirtiéndole el gobierno de su inmunidad, de algunos enmendados. Contenido por entonces, se repartieron sendas tierras con alta, cebó al aliviado de las demás. Por encima el silencio de la visita mandó el gobernador publicar el acto de esas, provocando, a los que tenían grávidos de sus enemistades, y ayudando sus prometida separación, y previo el consentimiento de estos, se dio a los muiños por solventes de todos suena atrazada. Los indios de Arecay, estaban resueltos a hacerse justicia por sí mismos, y para conseguirlo cobando un velo sobre sus miras, afeciones no tener quejas que producir. El gobernador de descifrar de sus intenciones colmo de burlagos y de obsesiones a las indias. Queriendo después dar un pronto curso a la visita, solucionar las pueblos de Atique, Xapan y Guarambaré; pero se mandó pretender regresar pronto para dirigirse a las poblaciones de Villa Rica, decidiendo Arecay, uno el bagaje. Seguidamente que estos indios se entumecieron yendo bien aparentado en facciones, los indios, y uno cayó auxilio-cortesía.
...
CAPÍTULO XV.

para aquella noche alternaron las sentinelas entrando al mismo en su vez. Toda esta vigilancia no fue bastante para impedir que los indios de su confederación, puestos de inteligencia secreta con dos conjurados, robasen algunas armas de fuego y se incorporaran a su partido.

Entretanto, los baríbaros ocupados en tres tareas, y frecuentados de la oscuridad, se aproximaban al pueblo que ocupaban los espíritus. Cuando creyeron que tenían pleno asegurado el éxito de su empresa, dijeron: facciosas acometer. Fué tal el ardor de la confusión, que despues de haber arrebatado una espesa nube de chichas y dardos, y una circunlocución de escabuces, empezando las armas cortas, vinieron a las manos de sus constructores. No podían menos los españoles que oponer a esta acuñada terrible una resistencia enmarañada. La singular presencia del ánimo con que se gestó el alvargal menos, y la generosidad con que eligió para el puesto menos arriñagado y aqua un modelo de conducta militar, que sin destacarle debía inimitar. En efecto, las fuerzas bien dirigidas en contra de lifetime. En los baríbaros, y debiéram en consecuencia a no ser tan decididas, en ellos, al empuje de la ventaja. Mas señalados tanto, que nunca parecieran apoderar del puesto el poderoso sentido, pero encontrando siempre la misma heroica resistencia, repulsaron el ataque sin desistir de sus esfuerzos. En medio de la confusión que había tenido la aventura, se presentó, según a la escena, el sol, radiante en la herida española.
Saínamento, que huyendo del incendio sus compañeros, hacían con sus manos. El gobernador echó de ver que en este momento crítico, no le quedaba otro partido que abrirse paso por entre más de mil indios, y refugiarse con su gente a una capilla inmediata. Reconozco, pues, sus soldados de manera que diesen espalda en espalda, y aunque algo maltratado de un maestría ro, echaron al hombro el mismo un barril de pólvora, se arrojaron todos al peligro, sin la menor turbación. Los bárbaros cargaron sobre los españoles logrando en el calor de la acción matar cuatro de estos; y herir a veinte y seis, pero no pudieron impedir la consecución de su intento.

Los españoles en su retirada habían abandonado algunas armas de fuego y municiones, con las que los indios formaron tres baterías en otras tantas casas, que hacían frente a la iglesia. Desde aquí, contando por suya la victoria, insultaban a sus contrarios en términos los más descomunidos. Al paso que estos oprobios aumentaban la idea del peligro, provocaban también a la venganza unos ánimos acostumbrados a mandar como amos y señores. En los cinco días continuos, que duró el asedio de este puesto, fueron tan varios como señores los esfuerzos de valor, con que por una y otra parte aspiraban al triunfo. Después de este castillarse el gobernador lo mejor que pudo, menos de abrir trincheras sin las paradas de la iglesia para el más seguro ejercicio de sus escabrosas y
CAPÍTULO VI.

pero los indios despistando la muerte se retiraron a picanteros cercanos para abrir una brecha por donde llegar a destruirlos. Los muchos cadáveres que retiraron a la, de ocultar a sus enemigos el daño recibido, sólo sirvieron de nuevo estímulo. Ungiendo introduciendo sus tiraderas, por las troneras para lanzar sus arcabuces, otros arrojando gran cantidad de flechas, otros que sin ocuparse en poner fuego al edificio, se sentían con esto listos a sugerir el empacho mas sostenido. Los españoles por su parte teniendo a su frente un gasto, para quien eran promiscuas las funciones de general y de soldado; y que calculando en las dos naciones por vecinos todo lo previendo dieron bien fundamentadas las diligencias de sus concentrados cuerpos cansados de la fatiga, se retiraron por ahora a su campo.

- No les acabó la tediosa marcha de señores; las armas de fuego se armaron, y la rabia de que ya ellos sentían hambros. Aunque buscando fuera de la trinchera pasecas buscar la inmortal por sus propios pasos; sin embargo y con escasa resistencia tomó el gobernador a su cuenta estabilidades. Acompañado de algunos esforzados soldados, y los, salió del fuerte. A tiempo que por su parte se había, unido al sueno la misión, partió de los enemigos. Quiso tambien la trinchera ser parte de la mayor precipitación de sus puentes, y caballos, y sin más como lo después. Las pérdidas esporádicas de que ya las se contaron, los.
res, los hicieron conocer que era necesario proseguir una nueva invención de parapetos móviles, construidos de tablas y canteras, renovar sus ataques. Sin embargo, esta extraña novedad no descontentó a los españoles, antes bien, persuadidos de que el enemigo había aumentado sus fuerzas con un arbitrio desconocido, se acercaron a ellos a aumentar las suyas con un nuevo grado de heroísmo, dirigiendo su resistencia con mayor acierto, y se harían a su tiempo de las máquinas y sus inventores. "Un sitio" era poco favorable a los bárbaros los obligó a retirarse, conteniéndose con sostener las tres baterías fronterizas al puesto que ocupaban los sitiados. No pudieron disimular con los bárbaros su mantener mucho tiempo. Una fea salida de los españoles bastó para arruinárselas. Este accidente que debía ahorrar de tanto el valor de los bárbaros, los sirvió de medio para hacer un último esfuerzo. El transporte de desesperación ellos se arriesgaron contra la fortaleza, y lograron inundarse el único punto del techo que servía de asilo a los sitiados. Aquí fue el mayor peligro. Llevándole por una parte, el impetu de los bárbaros pasó, ya de un árbol a otro tras de la puerta, ya de escalera a escalera de los parapetos; entonces, la acción simultánea de los sitiados. Por entonces hicieron vano, que las fuerzas bárbaras se mostraran enemigos no asistidos con desespero; no consiguieron presillas, sino en el elevación de sentimientos que, acometidos con los peligros, produjeron nuevo pánico. Todo parecía
CAPÍTULO IV.

dió; y la fortuna siempre poco escrupulosa en los fines, coronó los esfuerzos de los más atrevidos. Los bárbaros sólo trataron en adelante de poner en salvo sus vidas con la fuga, pero no pudieron conseguirlo.

El peligro en que se hallaban los españoles, se extendió bien pronto de pueblo en pueblo, y todos se apresuraron a venir en su socorro. Aunque estéril y tardío para la defensa, no lo fue para perseguir los fugitivos. Todos sin excepción del famoso Rodrigo Yguariguay fueron puestos en presencia del gobernador Sarmiento. El jesuita Lucas Que-sa, que con sus indios del Caguazú era uno de los auxiliares, viendo acercarse el fin funesto de tantos infelices, procuró excitar en el corazón del gobernador la virtud de la clemencia. Pidiendo un indulto de las vidas para aquellos que astra- xieron sus insinuaciones, fue bien acogida su sii-
plica. En esta gracia no eran comprendidos los principales autores de lo que se llamaba rebelión. Se juzgaba necesario atemorizar a los indios con espectáculos de terror, y que consternados los partidarios de la libertad, renunciase para siem-
pre sus deseos. El pueblo entero de Arceyá, ó lo que parece mas cierto, ciento setenta y ocho de sus familias, oyeron la sentencia de desnaturali-
ción, debiendo ser transportados a la capital para que expiasen en servidumbre sus atrevidas pretenciónes. Pero aun esto era poco para derruir extinguido el odio implacable que excitaban las cons-
piraciones peligrosas contra un poder asentado.
sobre las bases frágiles de la violencia y la usurpación. Antes de emprender el pueblo y las familias su emigración, ya habían dado principio los suplicios capitales por un portugués panista, fiero sectario de los insurgentes. Estas escenas trágicas se repitieron en todo el viaje para que se gustase con medida los tristes trágos que preparaba el sentimiento de ir perdiendo por grados amigos, padres y patria. A las márgenes del río Itay fue abordado Yaguariay con mueve de sus compañeros. En Tobati otros cuatro más, y en la Concepción los restantes cabezaleros. Pacíficos poseedores los españoles de un mando afirmado con tantos crímenes, se creyeron en obligación de levantar sus manos ensangrentadas a presencia de los altares, para dar gracias al Dios de paz por tantos beneficios. Ningún escrúpulo les quedaba; estando persuadidos, que daban un apoyo a la religión y al imperio. Con procesiones y novenarios terminó este drama revolucionario el año de 1660.

Aunque estos castigos terribles causaron impresiones muy profundas en los indios de toda la comarca, no bastaron a contener los inolvidables Guaiquiranes. Su odio mortal contra los españoles les hacían más aborrecidos a sus pertenentes compatriotas, que prestaban sus manos en su dominación. Irritados por los había de Itahuasi-guay, cayeron de espada el insignio y sobre las ruinas de Nuestra Señora de Iruy, sub Ignacio, desde entonces, es el capitolio que No.
LIBRO III.
CAPITULO V.

Sucedio extraordinario del impostor Bohorques en el Tucumán: gobierno de D. Alonso Mercado: la de protección a Bohorques: se reprendió por el virrey: el impostor se finge Inca y subleva a los indios.

Apenas convaleciente la provincia del Tucumán de los males con que la habían estropeado esos días de sangre y desolación, que presentó la guerra del fiero Calchaquí, cuando un nuevo acontecimiento, sin duda el único en la historia de América, y tan extravagante en su género, como funesto en sus efectos, vino a renovar las calamidades.

Aspirar al puesto supremo, y llegar a conseguirla por unos medios, que debían cerrar la entrada para siempre: despojar al rey de España de su autoridad, y conseguir se autorizase esta usurpación: encontrar recursos en el genio para acreditar el embuste, y carecer del talento necesario para llevarlo hasta su fin: ser el ídolo de muchas gentes, y convertirse en objeto de desprecio: en fin causar la ruina de muchos y de sí mismos en vísperas de la mayor prosperidad: vease aquí el diseño de los desastres que va a presentar la historia de esta provincia. Pero antes de entrar en el detalle de esta famosa conjuración, es necesario trazar el retrato de aquel, que hace el principal papel.
CAPÍTULO V.

- Pedro Boborquez, aun mismo tiempo simple y estuto, timido y atrevido, sagaz para un enredo y torpe para la solución, sin principios, pero de eficaz persuasión, y sobradamente dichoso para hacer que gustasen sus delirios aun a algunas personas cuerdas, nació en la Andalucía de padres muy humildes. Apénas le amaneció la luz de la razón, cuando empleó sus primeros pasos en el aprendizaje del embuste, a cuyo arte se inclinaba por genio. La América, siempre el asilo de los malvados, le presentaba un teatro mas veitajoso para exercitarse en la carrera de vida tan odiosa. Habiendo pasado a ella en 1620 casó en Pisco con la hija de un sambo (a) llamado Pedro Bonilla, adquiriéndose en breve la reputación de hombre bullicioso, charlatán, embustero y entregado a todo género de vicios. Los Andes le ofrecieron un asilo a sus delitos; y le abrieron el paso hasta las naciones bárbaras. Aquí recogió un caudal de noticias sobre el fabuloso país del Payatí, origen del Marañón, tan celebrado por sus tesoros imaginarios, y del país de la Sal, que era en su fantasía uno de los imperios más opulentos del orbe. Facil es concebir el crédito que se adquiría Boborquez en el espíritu del pueblo con unas patrañas tan lisonjeras de la codicia, y tan gratas a la común inclinación por lo maravilloso. Los tristes desengaños que algunos adquirieron, tocando por

(a) Hijo de india y negro, o de negra e indio.
si mismos: los efectos de su imprudencia credulidad, no siempre fueron bastantes para preservar a otros de los lazos que les tendía este insigne impostor. Nos devían demasiado de nuestro propósito el empeño de referirlo a todos. Baste saber que sus enemigos lo mordieron por gran dicha el presidio de Valdivia, y que evadió de este destino á fuerza de artificios y ficciones, tomando siempre por instrumento de mensajería, vino á desplegar en el Tucumán el designio más fraudulento y atrevido...

Los nuevos crímenes; con que en el rey de Chile se hallaba cargada su memoria, le hicieron temer fuése apprehendida su persona; á no ehirle la vigilancia de los jueces, tomando por sendas extraviadas. Estas lo condujeron, por los años del 1650, á los valles de Guantamer, Copoam, Famatina, Catamarca y San Miguel; del Tucumán. Por igual motivo de precaución se desviaba cuando podia del trato con los españoles, abriéndose con mas franqueza al de los indios, entre quienes hacia su principal mansion. Por medio de este trato, y de un reflexivo examen sobre la índole y costumbres de estos gentios, pudo ponerse en estado de conocer sus intereses, y averiguar su confianza. Cuando Bohorquez se oyó haberlos descubierto, estimó que ya con tiempo de arriesgar entre los indios algunas proposiciones que indicasen su descendencia de los Incas, sobre cuya ficción se prometía una fortuna menos esviva que la que hasta entonces había...
CAPÍTULO V.

de entre sus manos. La buena acogida que tuvieron sus primeras insinuaciones, lo resolvieron a explicarse más sin recaudo. Tomando un ayre de gravedad, a que unía una vanidad sin intoxican, contaba por sus progenitores a los antiguos monarcas del Perú, y se apellidaba Gualpha Inca. Para dar mas importancia a esta invencion original, añadía también que había sido reconocido por legítimo sucesor en el gran Pañati, donde dexando a un hijo suyo pacífico poseedor de aquel imperio, venía en solicitud de recuperar su herencia usurpada y libertar a los indios de la opresión en que gemían.

Para ganarse concepto entre los españoles, sin descubrirles por entero estos designios, sólo se hacía admirar por el lado que le recomendaba el título de descubridor de estos grandes estados, cuyos planes topográficos ponía a la vista. Ellos a la verdad eran fantásticos, pero producían en no pocos inconscientes los efectos de la verdad. Los indios en especial recibían sus palabras como de la boca de un oráculo, y se felicitaban mutuamente por el hallazgo de su libertador. Entre los que más se lo aficionaron fué D. Pedro Pivanti, uno de los principales caciques de Culchaqui, por encima medio atravesado de partido esta gran parcialidad. Animado Bohorquez, con tan felices auspicios, determinó introducirse en Culchaqui, lo que le fué de facil execución á la sombra de Pivanti, y de otros quatro caciques, que le adherían en su marcha; Aunque antes de ir paraída se hallaba...
LIBRO III.

divulgada la voz entre los españoles de ser Bohorquez descendiente de los Incas, ninguno, a excepción del teniente Ordoñez, desconfiaba de un hombre, cuyo exterior pacífico removía todo temor de alteración. Al abrigo de esta conducta simulada sondeó él las disposiciones de los pueblos, encontró partidarios, y puso su persona en seguridad a despecho de Ordoñez, que lo solicitó para prenderlo. Bohorquez se dexó ver en medio de los Calchaquies acompañado de una mujer robada a quien daba el nombre de Colla y con las tintas mas vivas pintó el dolor que le causaba la miseria y la servidumbre de una nación que en otros tiempos había sido idólatra de su libertad, los hijos arrancados del seno de sus padres, las mujeres de los brazos de sus maridos, y en fin los labradores trabajando siempre entre sobresaltos, sin saber quien recogería el fruto de sus sudores. Este discurso que de quando en quando animaba con suspiros, lágrimas y gemidos, y algunas veces con gritos de indignación, vino por fin a terminarlo exhortando a los Calchaquies a que huyan su legítimo dominio restableciesen a un tiempo los derechos del trono de los Incas, y los que, como hombres libres, se debían a sí mismos. Una dulce eugenación se apoderó de los indios al oir este discurso, quienes en señal de vasallaje le abrazaron las rodillas, le besaron las manos, y lo reconocieron por su señor natural.

Cuando Bohorquez se vió bien establecido en la afición y respeto de los de Calchaqui, se acer-
CAPÍTULO V.

vó a visitar a los doctrineros jesuitas de aquel pa-
go. Sea que temiese las consecuencias de su usur-
pación, ó que desearía más tiempo para asegurar
su grande empresa, convirtió todos sus cuidados
a conseguir que por su mano aprobase su conduc-
ta el gobernador de la provincia. A nadie deba
aturdir esta pretension, porque debe reservar to-
do su asombro para el caso de saber haberla con-
seguido. El superior de estas doctrinas no pudo
excusarse de hacer presente a Bohorquez la sor-
presa que le causaba una novedad tan inaudita,
cómo el hacerse reconocer por Inca. Pero mu-
dando de lenguaje el impostor, esforzó toda su
eloquencia a fin de que se mirase ese procedi-
miento como la prueba más concluyente de su fide-
lidad. «Por el espero, dijo, hacer que pasen a
las arcas reales las huacas y tesoros del Inca, cu-
ya manifestación siempre deseada, y nunca conse-
guida, se me ha ofrecido; y con no menos fun-
damento conseguir que fructifiquen a favor de la
religion los trabajos hasta aquí estériles de tantos
misioneros. Mi lealtad al rey, y mi respeto a sus
ministros, será siempre invariable. No moveré ma-
ño sin el consentimiento del gobernador de la pro-
vincia, a quien doy parte de mis designios. Su apro-
bación me será segura, si, como espero, os diga-
ais patrocinar mis intenciones.» Para el candor,
de este hombre religioso debía ser un misterio im-
penetrable el doble manejo de Bohorquez. El no
advertir, sino esfuerzos de un zelo activo por la
propagación de la fe, y el aumento de los habla-
11
res reales. Su gran acierto le hacía esperar que reuniría las pequeñas parcialidades de los indios para tomar un cuerpo de nación, cuyos movimientos dirigiría en utilidad de sí mismos, y de ambas mages.tades. Guiado de estos principios, acompañó cartas al gobernador en apoyo de las que le dirigía Bohorquez.

Desde 1655 hallábase el gobierno de esta provincia en manos del europeo D. Alonso Mercedo y Villacorto. Era este hombre uno de los genios más peligrosos para el mando. Idólica de sus pensamientos creía haber llegado a un tal punto de penetración y sagacidad, que le daba derecho para exigir se subordinasen a sus conjeturas los juicios más sólidos y probados. Entrando siempre en su manejo esta altanería dominante, había ya puesto la provincia en cruje agitaciones. Estas, llúso principalmente contra los eclesiásticos, cuyos, fueros intran, llevando á mano fuerte los antojos de que le presentasen sus títulos, le dijere la paz con la patena y le tributase un culto poco menos que adoración. No fueron más felices las demás clases del estado. El aire de soberanía que afectaba, aunque lejos de aumentar su poder no hacía más que desacreditarlo, le hizo cometer el atentado de alterar los principios del gobierno; citando á su tribunal los jueces ordinarios, y queando magistraturas que desconocían las leyes. No creemos que puedan ser cubiertas estas faltas por el esmero que pase en desagüiar los menores y y descubrir nuevos minerales. A lo menos hasta
MANIATADO V.

... horas del de Alcazay, aunque de bastante logro; sirvieron para inquietar a los vecinos Calchaquíes, teniendo fuesen obligadas a un trabajo el más ahorreado... 

"Pero de todas las faltas que cometió en su gobierno el gobernador Mercedo, ninguna entera en paralelo con la de haber aprobado la usurpación de Baharquez, hasta el extremo de aplaudir su gran zelo, y en el entretanto a que continuase en hacerse más digno de la estimación pública. Verdad es, que el impostor apuro, en su carta al gobernador, todos los resortes del fraude a fin de sustentarlo. El deseo de riquezas, esa tentación de efectos inmensos en un corazón podrido virtuoso, fue entrañado qué consiguieron provocar. En ella le representaba más de las grandes ventajas de la religión, las que disfrutaría el estado con las ocultas riquezas que él había podido adquirir a sus pies y de que eran prueba nada equivoca dos huidas; 6 tesoros, que ya se habían demorado. Es admirable la sagacidad con que así para acreditar sus deshonestas y falsas de la rey, como para paliar con más vivaces la cédula del gobernador, le había el haberlas defendido, pareciéndole más seguros venerarlos de lejos, y reservar su confío a la fel mía de sus ministros. Los soldados tesoros con que se obtuvo Bañada en otro tiempo de este desatendido Núñez, no lo transportaron en..."

(...)}
mayor gozo, que el que sintió Mercado con los quiméricos que le ofrecía Bohorquez. Aunque decidido a dar fomento a este Inca tan fabuloso como sus tesoros, quiso afectar Mercado las precauciones de la prudencia, oyendo en materia tan espínosa el dictámen de los más cuerdos. Lo era sin duda el obispo diocesano D., fray Melchor de Maldonado y Saavedra, cuyo juicio debió guiarlo por senda más segura, a no habersele exigido como por fórmula. Sin las lisonjas que sugiere a las almas serviles el deseo de complacer la credulidad de los que mandan se opuso este prolatado a la pretensión de Bohorquez. Fundándose en que llevaba su proyecto todo el carácter de la impostura, y en que siempre reprobaba la prudencia haber expuesto el estado a nuevas guerras con la introducción de un nuevo Inca, aventurando de este modo la paz presente por la asunción de un bien sin esperanza.

Sintió Mercado vivamente este golpe; pero su partido, estaba ya tomado, y no era genio que rindiese homenajes al juicio de otro. Aprovechando los momentos, partió de Córdoba la vispera de Corpus, y se puso en Poman, frontera de Calchaqui, donde tenía emplazado a Bohorquez, con otros caciques de su séquito para el ajuste de los artículos de que debía constar cierto tratado. Entretanto el obispo Maldonado mandaba interesar al cielo con oraciones públicas, como se acostumbra en los grandes peligros de la patria. Bohorquez convocó todos los caciques del
CAPÍTULO XV.

valle, quienes en número de ciento diez y siete y gran multitud de criados, lo acompañaron en su marcha. Por su séquito y aparato este era un monarca que visitaba sus estados. Mercado por su parte había hecho preparar en Poman un hospedaje sumptuoso para su huésped y los caciques de la comitiva, mandando al mismo tiempo concurrieren los vecinos feudatarios de Londres y muchos de la Rioja. Parece que Mercado no se halló presente a este recibimiento; lo que hay de cierto es, que habiendo dispuesto hiciere Bohorquez su entrada pública en Londres, anticipó su venida a esta ciudad. El fingido Inca se aproximó con toda la pompa que exigía su puesto. Un concurso numeroso de caballeros decentemente vestidos, una compañía de infantería y otra de caballería; en fin, todas las gentes de la comarca presididos del gobernador, fueron en su encuentro a media legua del pueblo. Luego al punto que se avistaron los dos cuerpos hicieron los Calchaquíes una salva a su usanza, a que correspondió nuestra infantaria. El gobernador mostró entonces ejemplos, á un brioso caballo que montaba, hasa ponerse en presencia del Inca, á quien saludó con toda cortesania, y desmontado inmediatamente, lo introdujo en su carruaje para llevarlo á la ciudad, entre mil gritos de aplauso y aclamación. En las escenas que siguieron se procuró colmar al Inca de honras y beneficios. Desde que entró en el valle de Conan, corrian todos los gastos de cuenta del gobierno. Antici-
pudiéndose Mercado á disfrutar el bienaventurado, se prometía tener en breve con que sobresalía su prodigiosidad, y la esperanza de enriquecer la provincia, viró a ser causa de su pobreza.

Los repetidos festos no interpretaban las comisión señaladas sobre los graves asuntos, que debían deslizar y liberarse. En un congreso compuesto de muchas personalidades de calidad, pero donde los juicios se nivaban menos por la verdad que por la adulación, fue resuelto que Bohorques volviese á entrar en Cajamarca revestido con los títulos de jurisdicción mayor teniente, capitán general del valle; y con los resoluciones que le daba la calidad de juez.

Este pontificado de la autoridad a favor de un vil usurpador, tan entusiasta en sus fines como irracional en sus medios; aunque en la realidad daba á Bohorques su puesto ilimitado de que se resentría la provincia, se quejaba consternado, creyendo que los indios, puestos á sus pies, les mostrarse los obedecerían; la autoridad real se mostraba á sus ministros y obligaba premurosamente al valle á la primera insinuación, promover la religión católica, suministrar á los indios en sujeción de los embajadores, y descubrir los nombres de sus ocultos hasta allí. La ciudad había su proclamas daba bien á conocer el jamún ente de cumplirlas. Con tan felices resultados regresó Bohorques al valle, haciéndose de tener base su mando de los indios y españoles.
CAPITULO IV.

...Mercado, siempre amartelado a sus dictámenes; y siendo no poco en la confianza que le inspiraba el aplomo de sus baxos aduladores, aunque por reglas de una conducta circumspecta, debía aguardar que el virey de Lima y la audiencia de Chávez aprobasen todo lo obrado, sustituyó prematuramente estos sus juicios á los agentes, y lejos de dudar de su condescendencia, se creía con derecho del reconocimiento. Imbuído en estos conceptos, y luego que se retiró de Londres á la Ríoja, mandó construir coronas de plata con figuras simbólicas del sol, masas parea, y vestidos dorados al uso de los Incas. Estas y otras presentaciones la impundencia de anularlas en la persona del sargento monarca, y para que mantuviese la magestad del imperio persano. No parece sino que Mercado, habiendo tomado de su cuenta afirmar á Bohorquez una audacia, que mirando al mismo con horror, le detenían sus peligros: No fueron estas las únicas demuestraciones, sino que procuraba cautivar la voluntad del sargento monarca. Aunque estos ciertos vecinos de Chávez, por parte de algunos indios para quienes se apreciaba su persona y consiguió de Mercado lo proveyese de cuatro armas de fuego; y cantidad de palos, Al parecer que el gobernador se enteró de la inmudicia en ellos de este misterio, ordenó las desconfianzas de los hombres más cuerdos. Bohorquez, que nada ignoraba por qué a ellos se alzaba u ordenara hasta los indios domésticos de los agarrados, que la ausencia de...
LIBRO III.

provocar al gobernador á una segunda entrevista; en que se prometía disipar los recelos y envolverlo mas entre sus redes. Verificóse esta comparación en el pueblo de Tafi á fines de 1657, y nunca mejor pudo jactarse Bohorquez de haber asegurado tan bien su presa. Cierto es, que hablaban contra si las pruebas mas demostrativas, pero á todas satisfacción, no tanto por la fuerza de sus razones, quanto porque temía Mercado salir tan pronto de su dulce ilusión. Los hombres examinaban poco lo que descaban; pero no tardó mucho en ver su desengaño.

No se había descuidado el obispo Maldonado de instruir los tribunales en un sentido contrario al de Mercado. La fuerza de sus razones á las que daban un gran peso, mas que la dignidad, un manjo lleno de nobleza y una eloquencia no vulgar, hiciéron ver al virey de Lima en los pensamientos de Mercado uno de esos proyectos, que sugeridos por una política avara, y muchas veces engañosa, hace abrazar partidos nuevos y peligrosos. En términos los mas apretados expidió sus órdenes á Mercado, año de 1658 imputándole á delito una conducta, que á mas de ser injuriosa, al rey de España, comprometía la paz del reyno. En su consecuencia concluyó, procediese á la prisión de Bohorquez y su remisión á Potosí. Mas ya era tarde para esta diligencia en asunto tan empeñado.

Desde su vuelta á Calchaqui el fomentido Bohorquez en nada pensó, mas que en poner su per...
CAPITULO V.

una fortaleza en el valle de Tolombón, pertrechada con seis piezas de artillería, que aunque de madera, no dexaban de hacer su efecto, dispuso un gran acopio de armas; mandó exploradores á los confines de la tierra; sublevó los caciques vecinos; dirigió á otros la flecha hostil; convirtió todo el valle en un receptáculo de transfugas; reanimó entre los indios las costumbres de la gentilidad para tenerlos por este medio más sometidos á sus leyes. En la premura de no poder llevar mas adelante su engañosa fidelidad, apuró sus malignas induciones para poner los pueblos en estado de guerra, y poder sin temor levantar la máscara que lo cubría. Fueron estas correr la posta el mismo hasta Famatina, afirmar en la sublevación aquellos pueblos; hacer que en el altar de una capilla se colocase una de sus flechas teñida de su propia sangre, para que adorada por los bárbaros, recibiese la guerra el alto carácter de sagrada, y en fin nombrar por generalísimo de sus tropas á un mestizo, llamado Luis Henriquez, que en la guerra pasada había militado contra los Calchaquies con crédito de valiente. Dadas estas disposiciones, quedó entre ambos ajustado el plan de hostilidades, y se retiró el Inca á Calchaqui. Entraba en este plan el asesinato de D. Luis Curaca de Machigasta, yerno del mismo Henriquez, cuya muerte debía ser preludio de una invasión formal contra la Rioja.

No logró sus intentos el pérfido suegro, porque
supo D. Luis penetrar con tiempo sus intenciones alevosas, y refugiándose a Londres con su familia, descubrir los planes combinados del enemigo.

Gobernaba este pueblo el teniente Francisco de Nieva y Castilla, quien con toda diligencia lo puso en noticia del gobernador, y tomó por su parte las medidas de seguridad que estaban a sus alcances. Era esto a tiempo que Mercado reprobó hechicido por el virey, trataba de reparar sus propios desórdenes. Creyendo que era camino más seguro sorprender a Bohorques a favor del disimulo, afectó no dar asomo a las hostilidades de que se decían amenazados los pueblos de Londres y la Rieja: sin embargo, previno al teniente Nieva lo que creyó más oportuno. Este que aprehendió el peligro con más viveza, citó gentes de Catamarca, Londres y la Rieja con sus auxilios, levantó un fuerte en Andalgala destinado a la común defensa.
CAPÍTULO VI.

Prosigue la materia del capítulo antecedente: Mercado vio perdida la esperanza de apoderarse de Bohorques sin el recurso de la suerte; los jesuitas son echaos de Calahagui por Bohorques; pues en ar-
riendo esto a todos los indios; salen el gobernador la cam-
paña y la suerte; se retira y pide un indio; se
llamado a Lima: resultan que desde en Calahagui la
comunicación con Bohorques; guerras que se suscita-
ron en esta ocasión y en que los indios fueron vence-
cidos.

Las órdenes repetidas por el virrey de Lima
para la prisión de Bohorques y la dificultad de
executárselas pusieron el gobernador Mercado en
la situación más crónica: Abrir para conseguirlo
el temor de la guerra, más de ser peligroso a
una provincia extrema, era demostrar un rap-
pio que se le exigía con imperio, y confesarse el
mismo por aunque de esta calamidad. Probar el
medio de rendir por engaños a quien siendo tan
dientes en fabricarlos, se había pronunciado más de
una vez, era entrar en una lid muy desigual, y
no pronosticar otro fruto que el sentimiento de
haberla perdida. Con todo, Mercado se decidió
por este último partido. Conviene pues a Bohor-
quex por medio de una carta, la más suelta y li-
eguiera, para que salga a Choromoros, no como
quien viniese á tirar los cargos que le, formaba la
opinión pública, sino á recibir en el despues
con que los miraba, un nuevo testimonio de su amis-
tad. Eran muy clásicos los delitos de este impos-
tor, y muy bajos los quilates de su espíritu, para
que se entregase a esa seguridad que acompaña
a las almas inocentes y magnánimas. Sagazmente
tudió la salida, y dio a conocer al gobernador
que no era tan falso de consejo para no penetrar
sus designios. En el empeño de reparar Mercado
sus negligencias por cualquier camino que fuese,
adoptó el medio del asesinato. El capitán Antonio
de Aragón y Juan Jordan de Trejo, alentados con
el premio de las dos mas pingües encomiendas,
se ofrecieron a ejecutarlo. Fué en vano su preven-
ción de dagas y venenos, porque instruido Bohor-
quex por las relaciones ocultas que mantenía con
los domésticos de Mercado, tuvo a su discreción
las mismas vidas de los que atentaban contra la
suya. Cierto es, que por sus miras políticas no
las sacrificó a su venganza; pero dexando burfa-
dos sus intentos, se dio por satisfecho. El mismo
resultado tuvo otro ensayo de este género; aun-
que por distinto motivo.

Mercado vió perdida la empresa de apoderarse
de Bohorquez, sin el recurso de la fuerza. Im-
partidas sus órdenes para que al primer aviso
marchase en tropas de Tucumán y Esteco a unirse
con las de Jujuy y Salta, partió al ingenio de
Acaj, donde con término perentorio hizo la últi-
tima tentativa de citarlo. Su resolución era de caer
prontamente sobre el valle en caso de no tener
efecto esta invitación. Bohorquez siempre suspiroz,
CAPÍTULO VI.

evitó este peligro; pero viendo acercarse el nublado de la guerra, hizo valer su dignidad de Inca, y habló a sus vasallos de esta manera: «conspiran, hijos míos, los españoles a terminar mis días con una muerte ignominiosa; pero ¿qué es mi crimen? vedlo aquí: conservar en mi real persona la ilustre descendencia de los Incas, y reclamar una corona que el rey de España les usurpó sin otros títulos, que sus ambición y su violencia. Es otro de mis delitos oponerme a que se amparen de esas vuestras hucas ó tesoros, que miran como su patrimonio desde que os tratan como siervos. Esta tiranía bárbara que nunca ejercitaron vosotros impunemente, quieren ahora establecerla a sombras mias. Por los medios más pacíficos he procurado desviarlos de sus intentos y que me dexen gozar en paz lo que adquirieron mis mayores, mas por la equidad que por la fuerza. Todo ha sido en vano. Ellos rompen la guerra; pero la rompen en su propio daño. Una heroica venganza asegurará vuestros derechos y los míos. Ningun español quedará con vida en todo el reyno, porque en todas partes tengo seguidas de mi justicia. Vosotros reconocéis en mi persona un descendiente de vuestros Incas: corre de mi cuenta haced ver por mi valor su espíritu y su fuerza. Ayudadme, y no desmintais el concepto de esforzados, que tan justamente habeis merecido.» Los indios se entregaron a los transportes de su rey orador con un entusiasmo sin límites.

No era posible que en tan deshecha borrasca
gozase de calma los doctrineros jesuitas. Con pena de la vida se puso en entredicho su comunicación, y cercóseles de guardia su morada. El superior de estas misiones, que lo era el padre Patricio, se resolvió a ponerse en su presencia y tratarle de algún ajuste, Bohorquez manifestó en esta ocurrencia, que sólo había nacido para monarca de teatro. Tan presumuoso, como cobardía, tuvo la humildad de reducir su ambición a los estr éticos límites de un indulto bajo el que ofrecía renunciar su reagrandamiento, y abandonar aquel valle. La comisión de este convenio partió de Cañchaqui el jesuita Patricio. Sea que Mercado advirtiese un nuevo fraude en esta propuesta, o que la interpretase por una prueba de la flagrante, no dado otro partido a Bohorquez que el de entregarse a disgresión.

Al mismo tiempo que daba disposiciones para la guerra, procuró espaciar papeles entre los indios, adviéndoles el engaño de tener a un traidor español por Inca verdadero, y llamando a los de Lándres por medio del perdón. Esto era deshechar su propia obra, y quedar que pretende una verdad amarga sobre un engaño hilaronjero. Aunque en algunos indios, y en especial en general Heinriques, empezó á oírse la rebeldía, pronto volvió á absuñirlos el impostor. Indignando con el gobernador orden por vengarse. Lé era preciso dar un nuevo impulso á la guerra, pero sirviéndole de un grande obstáculo los mismos indios, los separó del valle á protesta de solicitar
CAPÍTULO VI.

por su maro un indulto general.

Luego que el fingido Inca se vio libre de unos hombres, cuyas sugerencias temía, entregó al sa-eco sus colegios; mandó ahorrar a D. Bartolomé Celsapi, cacique de Amoyabamba, y rompió una guerra general contra los españoles; Después de ha-ber avisado con su eloquencia ordinaria los ma- leos de la vergüenza y la servidumbre, despachó va-ríos destacamentos a los puntos principales. Qui- nientos indios se apostaron en un estrecho hacia la parte de Lómbrres, con destino de hacer fren-te al capitan Francisco de Nieva, que debía acor- meter por Andalgala. Con mayor número hizo co-ver la frontera del Tucumán, por donde se es-pe-raba, que el capitan Juan de Zebaltos Morales hiciera sus incursiones. El grueso de la fuerzas Cal-casqui se reservó para rechazar las que por Sal-te anunquñaban con el gobernador. Persuadido es-te que los pueblos Pularas mantenían su antigua fidelidad al español, siempre con solos ochenta sol-daados en la quebrada de Escoupe; pero en bre-vi reconoció su engaño. El capitán Francisco Arias Velasquez, que con doce hombres, partió en re-conocimiento de esos pueblos, fue asaltado de im-proviso. Aunque con tan pocas fuerzas se defendió varonilmente, contra quinientos enemigos al abrigo de una capilla, que le deparó su fortuna. Los indios, trataban de un asalto en que sorroso-mente, hubiese perecido con los suyos, a no ha-ber sido avisado de su peligro por D. Bartolomé Garnes de Chiquimuy, y escapándose aquella noche.
LIBRO III:

a favor de la obscuridad. Obligados a ceder a un número, que los órmos se diéron a la fuga, llevando consigo el espanto al campo español. Valió mucho esta noticia a los del ingenio de Acay, quienes pudiéron ponerse en salvo antes que los Calchaquíes desolase aquel puesto, como lo hicieron. Bohorques se entregó a un gozo indiscreto por este primer suceso, sin advertir que las tragedias empiezan dichosamente para tener en llantos.

Recobrado el mismo Francisco Arias de su primera sorpresa, y no siéndole tolerables las consecuencias infelices de la depredación a que estaban expuestas sus haciendas de campo, armó cincuenta soldados esforzados, y buscó a los Calchaquíes con igual temeridad que denuevo. En número de quinientos hallábase éste en emboscada, quando tuvo Arias la felicidad de descubrirla por cuatro espías que apresó en su marcha. Sin embargo, queriendo los Calchaquíes desempeñar la palabra dada a su Inca, avanzaron por entre el fuego con resolución y coraje, hasta venir a las manos. No desocupóst a los españoles, este impetu terrible. Empuñando sus espadas y retrocediendo en buen orden, lograron atriunfarse en una palizada inmediata. Desde aquí jugaron de nuevo sus arcebuces, con los que derribaron mas de ochenta indios de los mismos trevidos. Estas muertes no desalentaban a los Calchaquíes, porque la esperanza de la victoria agitaba vivamente sus almas. La noche terminó este postiado combate... Los españoles...
CAPÍTULO VI.

Les se aprovecharon de sus sombras y del descuido de un enemigo, que sin poner centinelas se entregaba al descanso para huir precipitadamente, llevando al mismo tiempo el desconcierto de no haber rescatado ninguna parte de la presa.

Aunque los Calchaquies no quedaron muy ufanos con una victoria que siempre huía de sus manos, tampoco lo estaba el gobernador, considerando por una parte la debilidad de la provincia, y sabiendo por otra, que ocupado Bohorquez de su propio peligro, trabajaba sin descanso en persuadir a los indios prefiriesen la ventaja de morir con gloria a la desgracia de vivir con ignominia. Poseído Mercado de estos pensamientos, entró en consejo con los capitanes y personas cuerdas. La dificultad consistía en encontrar el difícil medio de cortar los progresos de una guerra devastadora, en que por todas partes resonaba la muerte, el hierro y el terror. Medidas respetuosas y dignas no era lo que se buscaba: así es, que sin decoro alguno abrazó Mercado el mezquino arbitrio de brindar al usurpador con un acomodamiento tan entero, que más venía a ser premio del mérito, que indulto del delito. El jesuita Pascacio tuvo orden de volver a Calchaqui, llevando empeñada la real palabra, por la que se ofrecía a Bohorquez, a más de un salvo conducto para pasar a España ó al Perú, una ayuda de costa y una remuneración competente siempre que desase tranquilin el valle. Mas barato vendría antes este Inca su corona. Fué del todo inútil esta di-
LIBRO III.

ligencia, porque no encontrándose a Bohorquez, quedó sin efecto el parlamento.

Habiéndose situado el gobernador a la boca de la quebrada de Escoype con ciento y veinte hombres que pudo sacar de Esteco, Salta y Jujuy; todo les era poco favorable. Sin parapetos, sin armas las bastante, sin tiendas y sin viveres, debieron su salud a la inadvertencia de Bohorquez, quien poco acometerlos con ventaja y no lo hizo. La escasez de viveres obligó a muchos a separarse de su gefe; nada tenía este que oponer a la enérgica voz de la necesidad, y así tuvo bastante cordura para licenciarlos. Con todo, los vecinos de Salta, algunos de Jujuy y los comerciantes de otras ciudades, cuyo número llegaba al de sesenta, perseveraron constantes a su lado. De estos, y de algunos pocos indios de Ocloya se compónia el pequeño ejército del gobernador. Las noticias de las convocaciones que hacía Bohorquez eran sobradamente averiguadas; pero se ignoraba por cual de las fronteras descargaria el golpe. Esta incertidumbre multiplicaba las atenciones y los remores. Todos de acuerdo, en que la frontera de Salta sería el primer teatro de la guerra, se trasladó este campo a un sitio entre el fuerte de San Bernardo y un parapeto de piedras, obra antigua de la gentilidad. La falta de pólvora y municiones era causa de acabar el ardor guerrero y redoblar el espanto del combate; pero quiso la suerte favorecer a los españoles, introduciendo oportunamente en su campo estos artículos; pro-
CAPITULO VI.

vistos por el presidente de Charcas. Tres horas después de haber llegado este socorro se supo la proximidad del enemigo. Desde que fue sentido hizo Mercado avanzar diez ginetas en observación de sus movimientos, y advirtiendo que no volvían, miró este acontecimiento como presagio cierto de una invasión cercana. Roto el fuego a la una de la noche; el ayudante Juan de Tobar, sufrió correspondido por tres arcabuceros de Luis Henríquez. Se estremece entonces la tierra al tropel de los enemigos, quienes por todas partes ponen cero a los españoles. El gobernador tuvo tiempo de exhortar a sus soldados por todo lo que el honor y la patria tienen de más interesante, y de formarlos en orden de batalla. En su serenidad y valor daba a la gente unos preceptos puestos en práctica mucho más eficaces que sus palabras. Embragando su adarga y espadas, dio al romper el alba la señal del combate, y empezó la refriega. Por el contrario el cobardo Bohorquez exhortaba sus tropas de muy lejos. Con todo, la esperanza de ver salir el campo español, principió a los barbacoas llenos de resolución y coraje. Su cercanía trazó a los pies del gobernador un calabazo nuevo; cuya cabeza segada por uno de sus soldados fue levantada con una lianza. A su ejemplo hizo lo mismo otro apaleado. Los Calchaque sus flaquezas se hacían impenetrables con la filo de flechas y la pérvida de sus más valientes y esforzados, creyéndoles en estas vinganzas esculpido por los españoles el ejemplo de la victoria; y consternan-
LIBRO III.

dos cayeron de ánimo. Por otra parte la vista de
los diez ginetes que regresaban al campo, les hi-
zo concebir venía sobre ellos un nuevo ejército,
y aumentó su turbación. Después de tres horas de
combate se retiraron los bárbaros maldiciendo
la confianza con que se habían entregado entre
los brazos de un cobarde impostor. Aunque siem-
pre con recursos contra esta adversidad, por te-
ner Bolorquez en el valle un cuerpo de reserva,
no fue posible empeñarlos en otra acción, ni por
la autoridad, ni por las súplicas. Resueltos antes
bien á darle muerte por haberles hecho esperar
mas de lo que debía de su valor, lo hubieran pues-
to en obra á no intervenir la mediacion de Luis
Henriquez. Los españoles celebraron la victoria re-
cibiendo en premio los encomenderos una tercera
vida en sus feudos.

Desde que el Inca cómico experimentó esta
derrota de sus tropas y la insubordinación de
los indios, ya no vió sino esclavos cerca de sí,
y que sólo tenía qué elegir entre infelicitades.
El reunía maravillosamente todas las calidades de
un conspirador y todos los defectos que pue-
den inutilizar una empresa. Las circunstancias le
decidieron por aquel partido, que era mas ana-
logo á su carácter vil, disimulado y sin fe. Re-
tirado á los confines del Calchaqui, dispuso im-
plorar misericordia á la real audiencia de Char-
cas. Hizo pues traer á su presencia á Simón de
los Santos (era este un prisionero español res-
vado á toda prevención, con la riqueza úniqa
CAPITULO VI.

este mismo lance, que no veía muy lejano) y dándole una carta para el presidente D. Francisco Nestares, lo despachó por Casavindo. En ella se esforzaba a que cargase con toda la odiosidad de estos sucesos el gobernador Mercado, cuya sangrienta venganza, decía, lo había puesto en la triste necesidad de armar los indios para su defensa. En conclusión ofrecía, que dexándole la vida se entregaría en manos de un real ministro, como no fuése Mercado, y dexaría la provincia en tranquilidad. Entretanto, que por su agente negociaba este indulto, discursió el medio de paralizar las operaciones de Mercado, cuya acti-

vidad siempre temía. Fuélo éste el de escribirle una carta en que después de lisonjear con la más ridicula baza su valor, su pericia militar y hasta la finura de su pólvora, lo convidaba a un armisticio, mientras que la audiencia de Charcas deliberaba sobre su indulto. La simulación y la falsedad era lo sublime de su política. Al mismo tiempo que ofrecía el gobernador guardar por su parte inviolablemente la tregua, infestó por la suya la frontera del Tucumán. Con noventa y tres de sus soldados, cargó de improviso sobre el fuerte que guarnecía el capitán Juan de Zavallos. Fué este encuentro de los más peligro-
sos para uno... y otro. Zavallos, que sostenia el sombrero, cayó al suelo con Bohorques, iba a ser víctima de su enojo, cuando José de Súeldo lo libertó del riesgo acertando á sacarlo de la silla, con un bote de lanza; mas con todo repa-
rándose Bohorquez prontamente lo dexó á sus pies de una estocada. No es fácil combinar esta acción gloriosa con otras muchas de su vida infame. Acaso consistió su valor en que Zevallos era más cobardes: Por lo que hace al soldado Suedo, asegura la historia que lo puso á su descansión una caída. Otros soldados de Bohorquez dijeron por Andalgalá, mataron dos hijos de Barroqueño, y se apoderaron de las virtuales que conducían á esta fuerte. De estos movimientos más inquietos, que razonables, dió algunas excusas; pero frivolas. El gobernador conoció bien á su costa, que Bohorquez sólo renunciaba á medias sus proyectos, y que siendo insidiosas todas sus tentativas, nunca deixaría el valle. En este concepto siguió mas que nunca los aprestos de la guerra; mandando hacer levas de soldados y solicitando munición, armas y dinero.

Reflexionada por el virrey de Lima la materia del indulto con toda la madurez que exigía su importancia, obtuvo el fingido Inca decretos favorables. Se pretendía liberar por este medio muchas inocentes víctimas de la crueldad. El negocio fue remitido á la audiencia de Charcas, para que con inhibición del gobernador Mercado lo llevase hasta la conclusión. El oyente D. Juan de Reutera dexó hasta Salta con este encargo: Después que Bohorquez prometió otro indulto obra de la simpatía; pero luego al parecer que lo tuvo en sus manos; acompañado de algunos encíclos principales se puso en marcha con ingeniosa prontitud.
CAPÍTULO VI.

Idad. Verdad es que se entregó en manos del oydor, y lo es también que a su partida de Calchaquí y de Salta, exhortó a los indios a la obediencia del rey de España. Con todo, los que conocían la duplicidad de su carácter y el genio de estos bárbaros, dudaban mucho de su sinceridad. Por lo que hace a los Calchaquies, ellos reflexionaban, que su odio inveterado a los españoles, jamás les permitiría renunciar su independencia, y que antes de someterse a unos dueños que los invadian con la fuerza, preferirían a un Inca por despreciable que fuese. Los sucesos acreditaron la verdad de estas conjeturas. Después de haber dado el oydor sus disposiciones para que fuese conducido a Lima su prisionero, partió de Salta en 1659 con más precipitación de la que se debía.

Cada procedimiento de Bohorquez sólo servía para multiplicar sus embarazos y sus peligros. La medida de sus desaciertos era la de sus pasos. Familiarizado con las conjuraciones, intentó otras nuevas en su marcha, y aun en el seno mismo de su prisión. Éstas frustraron todos los efectos del indulto, y después de un largo arresto lo condujeron al suplicio.

Todas las señales de los Calchaquíes inducían sospechas bien fundadas de alguna trama maquinada por Bohorquez antes de su partida, y despertaba el recelo más adormecido de los pueblos. El espíritu de independencia había hecho tales progresos en Calchaquí con la inexistencia del
siguido Inca, que juzgó el gobernador Mercado no podérlos tener en sujeción, sino juntando sus principales fuerzas y penetlando hasta los senos más ocultos del valle. La experiencia de tantas campañas había demostrado, que a un enemigo cuya principal defensa consistía en sus cerros inaccesibles, era preciso atacarlo, cuando obstruidos por las nieves los conductos de sus guaridas, no les era permitido tomar con sus familias este recurso. Juntadas pues las tropas de lo mas florido de las ciudades, y provistas de todo lo necesario, dispuso el gobernador su plan de entrada; entretanto que la frontera del Tucumán quedaba al cargo del bien opinado D. Felipe de Arguiñara y Munguía, debía dirigirse por la de Londres el maestre de campo D. Francisco de Nieva á quien se le dio el mando en jefe de este tercio, compuesto de gente de la Rioja y cuatro compañías de Catamarca, bajo los capitanes Estevan de Contreras, Andrés Ahumada, Francisco Agüero y Alonso Doncel. Por la de Salta debía entrar el mismo gobernador con otro tercio formado de sus milicias, las de Esteco, las de Jujuy y algunos voluntarios de calidad.

Saliendo el gobernador con su tropa por la quebrada de Escaype, vino á acampar en el pueblo de Chicoana perteneciente á los Pulares. Por el medio, no imaginado de una esclava, cautiva poco antes entre los Calchaquíes, llegaron á su conocimiento los planes agresores que tenían estos levantados bajo las instrucciones secretas que les dixo Bohorquez. En compendio se reducían á que
CAPITULO VI.

Franqueada la entrada á los españoles hasta el pueblo de Tolombon, desde se les daría un buen asiento, se les pondría estrécho sitio, y costaría la agua para que persiguieran á los filos de la necesidad. Por lo que respecta á los que entrasen por Lándres, reunidas las parcialidades confederadas de Yocabil, Augnian y Quirraes, debían ser batidos en sitio ventajoso, y quedar sus contrarios dueños de sus despojos. Díó crédito á esta noticia la conducta simulada del cacique D. Pablo. Con el fingido pretexto de recoger un hijo suyo que se educaba al lado del gobernador, había venido á la ciudad de Salta, trayendo por disimulo expiar los movimientos de la plaza, y asegurar la confianza por una amistad disfrazada. Encubierto de esta exterioridad engañosa, acompañó al gobernador en su marcha; pero se apartó de su lado á una jornada de Tolombon, á sombras, de ir á disponer el hospedaje. Debía tener por premio la traición del cacique el que le alargase su mano una hija de Luis Henríquez, sustituto entonces de Bohorquez. En el exceso de su alegría estúpida se vomitaban exequencias contra los españoles, y se daba por asegurada su muerte. Con todo, estos entraron en Tolombon, guiados de un caudillo, que había prevenido contra sus asaltan-zas, se hallaba en estación de estudiarlas. Bien acumulado de flechas con plumas, se agruparon, firmando, á la mira, de cualquier suceso. Los Chahuales les temían, y de jubiloso y prodigioso, porque eran de una diferencia servil.
los que les asaltó una aduación más estudiada.

Aunque esperanzados de un buen suceso por la parte del Londeo, retardaron la ejecución de su proyecto hasta la vuelta de los españoles en que se hallarían más asegurados: A la mañana siguiente se pusieron en marcha el ejército español, llevando el gobernador la retaguardia. Los Calchaquíes recibieron de pronto una resolución, y los atacan por todas partes antes que se le inició la retaguardia. Por una y otra parte se hacen esfuerzos muy señalados de valor. Defendidos los Calchaquíes por las estribaciones de un terreno fangoso y costado, se hallaban advertidos de ser atacados por la caballería. En esta batalla, bien apurado para los españoles, no fué pequeña dicha suya haber podido resistir paso, aunque comprendida, y mejorada su situación. Con todo, los persiguieron hasta que fatigados de la marcha y del combate, tuvieron a reconocerse.

Durables muy poco a los Calchaquíes la gloria de este atuendo en parte verdadero. Su entrada proporcionó a sus enemigos la ventaja de reunirse y entrar en mejor suerte. Hecho consejo de guerra por los españoles, tomaron el partido de regresar a Tulumbón, ansiada situación les era ya muy conocida. Advertidos de este movimiento, los Calchaquíes se disponían con diligencia una emboscada, el gobernador la descubrió por fortuna; con la compañía del su guardia, tomó por un extremo con el objeto de separarles, lo consiguieron. Entonces se guisó emboscada de sus tropas a los soldados.
CAPÍTULO VI.

...
ría de tan caros objetos hizo desear una comum
muerte á los fugitivos, y trató de entregarse.
Rástigos en presencia de los suyos, les habló así:
la vieja madre de Pivami. ¿En esto han venido:
á parar cobardes vuestras faunfarronadas? Acostum-
bradas nosotras á la mala fortuna, mirábamos co-
mo más funesta la guerra, y repentinamente los
proyectos de libertad que ardían en vuestras
cabezas. Si la patria, la libertad y el honor no eran
para vosotros sino unos nombres vanos, ¿por qué
os atrevíais á ímpolos aí? Si era precisa la guer-
ra, y la hubiese confiado á nuestros brazos, á lo
menos vendiendo caras nuestras vidas, hubiésemos
conservado la honra. Pero vosotros, cobardes, por
gozar de la seguridad, nos hubieris dexado el opro-
biuo. ¿Cómo os llamáis? Compatriotas? No, por-
que acabáis de echar nuevos grillos á la patria; ¿Dída
que sois Valencianos? A la verdad vos veo en
este tierno; pero vuestras viles acciones os desmien-
ten, y nos hacéis sospechar si sois enemigos en-
culpiertos. Sabrémos en adelante, que si alguna
tez recobramos, la libertad perdida, será para no
esfollar á vuestras manos.» Estas sentidas razones,
al peso que llenaron á los indios de terror, con-
fusión, los decidieron á rescatarlas por algunos
poclo que se pasaban al interés tan estrechado á su
causa. Postrados ante el gobernador, pidieron
la libertad de sus mugeres y de los suyos, protes-
tando (para en adelante la fidelidad mas cinta)
Sargaz Mercedo, prometió hacerlo; consintió que los des-
tos pueblos, enemigos, canjiviesen otras tantas perç
CAPÍTULO VI.

...bien, que con esta traza mirándolos los demás bárbaros como otros tantos traidores, armados contra la libertad de la patria y de sí mismos, debía darles nuevos intereses y afianzarlos en su amistad. Aceptarán ellos el partido, y lo cumplirán, como también el gobernador. ¡Raro modo de hacerse honor con la clemencia, saciando al mismo tiempo la tiranía!

Las paces y alianzas con los Tolombones y Pacciocas, sin duda los más acreditados en el valle, arrastraron otras tribus de menos nombradía. Todas fueron admitidas a la amistad; pero a condición de abandonar su país nativo, y tomar su asiento en las cercanías de Salta. Con la ayuda de tantos aliados, movió sus reales el gobernador a la raya de otras parcialidades, donde con diferentes campos volantes, fatigó a los enemigos sin cansancio. Pero no por esto se daban ellas a partido. Persuadido el gobernador que sin un esfuerzo superior a todos los que habían precedido desde el tiempo de la conquista, serían siempre infructuosos los comunes, inclinó a sus capitanes a buscarlos en lo mas fragoso de sus montañas, y obligarlos a acciones decisivas. Tuvo éxito favorable en mucha parte esta ardua empresa, pasando la sierra, y fuego la mayor parte del valle. La superioridad de los españoles se demostró, no solamente en los llanos, sino en las montañas. No creyéndose por muchos pueblos que fuese sostenible, la guerra, teniendo con...
tra si a los Tolombones, rindieron sus armas al español. Sin embargo, los atrevidos Quilmes, que los demás, se resolvieron a atajar el curso de sus victorias, disputándoles el paso. Merchado se persuadió que esta resistencia contribuiría solamente a dar un nuevo lustre a su gloria, y con todas sus fuerzas se precipitó sobre ellos. Sin asustarse estos del peligro, prepararon sus dardos con una firmeza inaudita, y las rechazaron con muerte de veinte soldados españoles. Muy sorprendida con este suceso la alhíven del gobernador, intentaba segundo ataque; mas sus tropas habían ya perdido todo su afán. Ninguna persuasión fue bastante para empeñarse en nueva acción. Dando unos pasos fuera de las líneas, gritó en voz alta: «los fieles servidores del rey pónganse a mi lado para proseguir la guerra» y los oficiales y gente de obligación lo siguieron, pero el vulgo militar perseveró inmovil en su puesto. A virtud de este acontecimiento tan humillante, dispuso la retirada del valle, descansando sucesivamente por el olvido, y a lo menos por el silencio. Pero, para darse un ayre de decoro, pretextó una excusa de la necesidad en que se hallaba de ir a servir el gobierno de Buenos Aires a que ya estaba destinado.

Siendo pues conocida, la retirada del ejército, se intimó a todas las parcialidades (métodos de Tolombones, y Paracaimas) la de la ley de, abandonar sus hogares, y atenerse en los blancos de Sabin y otros cinco pueblos donde siempre el ojo del
CAPITULO VI.

gobierno. La repugnancia a este despotismo el más intolerante, acabó de vencerla la victoria que en vuelta del ejército consiguieron las armas españolas contra los Huelfines. Era este pueblo uno de los más numerosos y de los más bien consen- tados. Unidos estos con otros sus aliados, vinieron sobre los españoles, quienes los esperaron en orden de batalla con los Tolombones y Pacciosos. Los dos partidos se embistieron con igual du- nuedo que esperanza de vencer; pero los Huelfines fueron rechazados. Puestos luego en derrota, cargaron con todas sus familias, y buscaron el asilo de uno de los corregimientos más inaccesibles. Era este sitio una eminencia rodeada por todas partes de precipicios, sin otra entrada que una estrecha senda, cuyo pie cerraba un doble para- rapeo de piedras. Siguió el ejército español al ene- migo, y pudo acercarse el gobernador a este mu- ro de división en compañía de su capellan, el jue- suita Torrebłanca a la sazón de hallarse allí cierto indio anciano, el alcalde y el cacique del pueblo. Eran estos personajes conocidos de Torrebłanca, y hacían demostración de venir á la palabra. Obstenida la venía el jesuita, se avanzó á ellos, y los exhortó á sujetarse, trayán- doles á la memoria la grandeza de los españoles, el poder de su rey, su justicia terrible contra sus enemigos y su sabiduría siempre pronta para con los rendidos. Por todos contesó el anciano rechazando la propuesta, fundado, al parecer, en los valores de la patria, los de la libertad y de sus
dioses tutelares. Aunque separados sin otro fruto; volvió a la conferencia el jesuita con nuevas proposiciones. Se reducían estas, a que cesasen las hostilidades, y que quedando en rehenes el cacique, volviesen los otros dos compañeros con artículos de paz. Ya se había retirado el anciano. Los dos más dóciles, o menos advertidos, vinieron fácilmente en el ajuste. El silencio de los Hualfines lo interpretó su cacique por un ultraje de su autoridad, y siéndole más soportable la muerte, se arrojó de lo alto de una roca. Desengañados los españoles de todo acomodamiento pacífico, trataron de venir a las armas; pero no era fácil rendir un enemigo tan fuertemente pertrechado. Se discurría sobre los medios, cuando un soldado de hrios generosos, se arrojó él solo por la senda; y ganándole la acción al que la guardaba, dio paso franco a otros compañeros. Aunque luchando a un tiempo con los estorvos de la naturaleza y los del enemigo, ganan por fin la eminencia y se acantonan al abrigo de sus trincheras de cuero. Entonces es cuando haciendo un fuego vivísimo derriban indios por pelotones; introducen el desorden, persiguen a los que huyen y los obligan a rendirse.

Después de esta victoria ya no se trató, sino de poner en obra la expatriación de los rendidos. Los Hualfines fueron repartidos entre los españoles vencedores, y sus bienes quedaron por despojos de los aliados. Los demás pueblos fueron arrastrados como víltes rebabos, que se dispersan y se deguelan.
CAPITULO VI.

veinte y siete leguas quedaron despobladas, y sus campos cubiertos de armas y cadáveres. Nada hay que admirar: los españoles miraban como un artículo fundamental de su política, y aun de su religión, que los indios se hallaban destinados a su servicio. Un temor brutal, y que los males no tocasen en desesperación, era todo lo que respectivamente se exigía. Después de una expedición de cinco meses entró el gobernador Mercado en Salta a 15 de noviembre de 1659.

En el de 1660 le vino sucesor por el virey de Lima, que fué D. Gerónimo Luis de Cabrera. El terror que dieron gravado sus crueldades en la memoria de los indios, les inspiró consejos pacíficos; pero Cabrera nada quiso oir, mientras no fuese suscribiendo la sentencia de su extrañamiento. Por fortuna de los indígenas, el cuidado de las levas, que debían auxiliar el puerto de Buenos-Ayres unido a su temprana muerte, acaecida de un cáncer en 1662, absorvió todas sus atenciones, y no le dió tiempo para levantar el azote.

Aunque cesó por estos tiempos la guerra del Calchaqui, no por eso pudo gozarse de entera tranquilidad. Había entrado a la provincia por provisión de Lima en 1663 el maestre de campo D. Lucas de Figueroa, cuando se dieron ver por la primera vez sobre Talavera los ferozces Mocovies del Chaco. Esta irrupción repentina causó indescendible turbación. Desde luego se vio amenazado el comercio de las provincias interiores. Pero una calamidad de otro género maltrató enormemente...
LIBRO III.

... la ciudad de Santiago, célebre por su antigüedad y asiento, entonces, de los gobiernos. La mayor parte de sus edificios fueron tragados por una inundación de su río; suceso que llenó de espanto a los moradores. La ciudad se repobló por la parte opuesta, dando lugar a que se crea una proyección de San Francisco Solano.

El mismo año entró a gobernar esta provincia D. Pedro Montoya. Habiendo concluido su gobierno un año después, nada digno nos dejó de pasar a la posteridad.

CAPITULO VII.

D. Alonso Mercado es trastocado al gobierno de Buenos Ayres; burla las intenciones de la corte; cae en su desgracia; examen de las causas de la decadencia de España; procura la corte impedir el casamiento del rey de Inglaterra con la hija del duque de Braganza; trabajos de algunos religiosos de la Merced para una reducción en Jusunubí; residencia del gobernador; creación de una nueva audiencia en Buenos Ayres; entra su primer presidente y gobernador D. José Martínez de Salazar; sus cuidados por la defensa de la provincia.

Las naciones extranjeras, dice un filósofo, sólo eran conocidas en este nuevo mundo por sus piraterías. Ellas querían tener parte en las prodigiosas riquezas que corrían de este hemisferio al otro: riquezas que, más de haber destruido esta industria de la España de que debía servirse para...
CAPÍTULO VII.

RA proveer sus Américas, eran el instrumento de que se valía para turbar el reposo de la Europa. Poseída siempre la corte de una avaricia inquieta, se propuso más que nunca cerrar el puerto de Buenos-Ayres al comercio clandestino. El gobernador D. Alonso Mercado Villacorta acababa en este año de 1660 de ser trasladado del Tucumán a este gobierno. Sea que no sintiese la dificultad de la empresa, ó que su facilidad lo convirtiese a prometer aquello mismo de que podía arrepentirse, él burló las esperanzas de la corte con unas seguridades que no halló por licito cumplir.

En los primeros pasos de su gobierno tropezó con este escollo. Una nave holandesa echó el ancla en este puerto, ofreciendo ceder a beneficio de la corona su rico cargamento, siempre que en retribución se le diesen veinte y un mil cueros de toro, diez mil libras de lana de vicuña, treinta mil pesos en numerario y los viveres necesarios para el viaje. Sino es que Mercado reprobara en otros estos convenios porque le fuese exclusivo el derecho de celebrarlos, debió aquí sin duda reflexionar, que no hallándose la abundancia de la metrópoli al nivel de lo que necesitaban estas provincias, no podía privárseles el derecho a las cosas de un uso general. También tendría presente el ingreso considerable con que a su juicio aumentaba la real hacienda. Lo cierto es, que sin acordarse, que contra sus antecesores le había servido esto mismo de materia a sus criníaciones, ni mucho menos los espíritu, en que por un acto irrefr
flexivo se hallaba constituido, admitió la propues-
ta del holandes, y se prometía el reconocimiento
del rey. La corte de España, que, como dice el
mismo filósofo, reconocía por uno de los artícu-
los de su política primero consentir la despobla-
ción de su nación, y que se convirtiese la Amé-
rica en triste cementerio, que dividir sus tesoros
con las demás, no podía menos de reprobar es-
te manejo. En efecto Mercado no hizo más que
atraerse la indignación del rey, y provocar contra
la severidad de las leyes. El título de president
de la real audiencia, que iba a instalarse en
Buenos-Ayres, le fue revocado, y se ordenó a su
sucesor le hiciera sentir en la residencia todo el
peso de esta transgresión.

Concurría al aumento de este real desagrado
saberse en la corte de España por D. Estevan
Gamarra, ministro plenipotenciario cerca de los
Estados Unidos, que a sombras del navío del Con-
siento, habían arribado a aquellas radas otros
dos más, muy interesados con los preciosos frutos
de América; montando a tres millones de pesos
la suma total de lo extraido. Véase en estos
caudales extraviados una de las causas que, a
juicio de varios políticos, influyeron en la de-
cadencia de España. Un examen más profundo la
ha encontrado en las exacciones de la corte, en
las restricciones del tráfico, en su avaricia sin
límites, en su falta de economía y en su polí-
tica desastraída. Se empeñaba el abate Nuix en
indemnizar a la España, imputando a los extran-
CAPÍTULO VII.

...geros sus atrasos. «Examinémoslo todo con imparcialidad, dice (a), y sin duda hallarémos que las guerras de industrias extranjeras fueron el verdadero motivo de que nuestro comercio haya sido oprimido de aquellos pesados impuestos y de aquellas severas restricciones». No se diga el señor Nuix decidir el problema, de si esas guerras fueron injustas por parte de los extranjeros; problema de cuyo desenlace debía pender la justificación o culpabilidad de la España; porque si fue ella la agresora, fue igualmente la causa de un atraso. Por lo que hace a la industria de los extranjeros será la primera vez que se imputa al crimen el uso de las facultades con que el hombre nació. Quería acaso el señor Nuix, que en obsequio de la España se abandonasen los extranjeros a una indolencia estúpida? Si por la conquista de la América se había hecho la España dueña exclusiva del numerario y frutos coloniales, exigía el interés que las demás naciones esforzase su industria para entrar con ella en la balanza: cierto es, que así no podían concurrir las manufacturas españolas con las extranjeras; pero le quedaba a España el recurso de suministrar a los artesanos extranjeros los frutos en naturaleza, y pagándoles el valor de lo que aumentaba la forma, hacerse propietaria de las mercaderías para proveer con ellas sus Américas, y

(a) Reflex. imp. reflexion 1. 6. 12.
disfrutar de sus tesoros. No lo hizo así, sino que en la nulidad de sostener su industria y comercio marítimo, ni podía abastecer las Américas, ni permitía que otro lo hiciese. Pero hubiera consentido siquiera, en que la América se surtiera de su propia industria. A lo menos no podía ignorar que este derecho le venía del que tenía de existir y de las relaciones que se encuentran entre el hombre y el fruto de su trabajo. Nada más opuesto a su sistema destructor. La América no debía cultivar sino para la España, y sólo aquello que le era permitido; no podía consumir sino los frutos y las obras industriales que le viniesen por su mano: su comercio no podía hacerlo por el principio benéfico de una plena concurrencia, sino por el perjudicial y restrictivo a solos los españoles, y estos privilegiados: en fin, la felicidad de la América no debía exceder la medida escasa que le señaló la mano avara del español. No creemos que el gobernador Mercado se gobernase por principios de tan estrecha justicia; pero a lo menos sería sensible a una necesidad que no admitía tregua. Volvamos a tomar el hilo de la historia.

Eran estos tiempos en los que todas las naciones vecinas, conjuradas contra la España habían hecho una liga ofensiva y defensiva. Los mares se cruzaban de esquadras enemigas en busca de las españolas, los corsarios infestaban las costas de América, persiguiendo sus baxeles, y sus puertos se veían amenazados de sus insultos. Mercado,
CAPITULO VII.

echó de ver que sin una aplicación denodada sobre los objetos de la guerra, sería difícil contener el impetu de tantas fuerzas combinadas. A fin de abastecer el puerto de todas las municiones de su defensa, hizo pasar a España á D. Alonso de Herrera, sujeto de toda su confianza, y redujo esta guarnición á una exacta disciplina militar.

Al paso que las naciones europeas vivían desveladas á fin de derrabar el gran coloso de la España, no se desconocía ésta en hacerles frente, poniendo en práctica cualquier arbitrio que le sugería su política. A pretexto de un ajuste matrimonial del rey de Inglaterra con la hija de la duquesa de Braganza, á quien se le daban en dote algunas plazas y capitaneás del Brasil, se aprovechó de esta coyuntura para introducir en este estado la llama de la sedición. El gobernador Mercado recibió una real orden, su fecha 11 de julio de 1661, por la que se le previno, que afectando obviar á nombre suyo, sin comprometer la real autoridad, dirigiese cartas á los gobernadores del Brasil, y esperciasse boletoos en aquellos pueblos, formados por los modelos que se le remitían. El peligro de la religión y el ultraje de unos pueblos católicos abandonados al furor de la heregia, hacían al fondo de estas piezas incendiarias, y era lo que se estimaba de un incentivo poderoso para verlos empeñados en una sublevación que los españoles ofrecían proteger. Véase aquí como la España ha hecho servir siempre la religión á sus intereses particulares. Cierto es, que en el tribu-
nal de la razón debía tenerse por un crimen ceder unos ciudadanos a una potencia extranjera, y mucho más siendo de agena creencia. ¿Con qué derecho dispone un príncipe de unos pueblos que no han consentido en mudar de dueño? Pero con qué derecho una corte extranjera como la España se avanza a meter la mano en los negocios de otra que no le pertenecen?

Las mas de las ciudades de todas estas provincias no debieron su primer establecimiento a la mejor elección. Apenas hay alguna, a la que el tiempo no haya hecho conocer sus desventajas y obligado a abrir nuevos cimientos. La de santa Fé, siempre expuesta a la ferocidad de los bárbaros y nunca en estado de gozar las benéficas influencias del tráfico, mejoró de existencia, trasladándose quince leguas de su antiguo asiento. Debe este beneficio al interés activo que tomó en esta empresa Mercado, y a los suores siempre fecundos de los Guaraníes, conversos bajo la mano de los jesuitas.

El proyecto de civilizar con reducciones los indios vagabundos que corrían las orillas del Uruguay, no decaía en estos tiempos. Mercado dió gran fomento a fray Francisco de Riba Gavilan, religioso mercenario, para una nueva en Itasurubi. El fixó estos hombres errantes, pero los Charrúas, enemigos de toda cultura y del nombre español, embistiendo este establecimiento, hicieron del todo estériles sus fatigas. El alma sensible y virtuosa del padre Gas- vilan imploró el auxilio de Mercado; pero en va-
CAPÍTULO VII.

En su ausencia se dispersaron los neófitos y desapareció esta fundación.

En poco más de tres años concluyó su gobierno D. Alonso Mercado. Hemos visto en otra parte; que la altivez desdenosa hacia el fondo de su carácter. Ella lo hacía decir con sohrodo candor, que sólo dos personas de acertada, gobierno habían pasado a estas Américas, la del licenciado Pedro de Gasca y la suya. Se dice que la fortuna es ciega: será así; pero Mercado nos convence, que ella hace ciegos a los que favorece demasiado. Su prosperidad lo alucinaba, pero no estaban todos de acuerdo con sus juicios. Habiendo entrado su juez de residencia en la pesquisa secreta de su manejo, encontró ciertos descubrimientos de rastros de hacienda, por donde vino a conocer, que a sus manos no les faltaba alguna lepra. Estos delitos de peculado dijeron mero a su captura. Pero tienen de particular estas faltas, que ellas se purgan con lo mismo de que proceden. No es fuera de lo verosímil, que Mercado supiese este secreto. Lo cierto es, que en su mayor conflicto estimando en la corte sus yerros, no tanto efectos de malicia, cuanto de sobrada confianza, fue trasladado de nuevo al Tucumán, a fin de que concluyese la guerra del Calchaquí.

Hacia tiempo que se meditaba en Buenos-Ayres una de esas audiencias, por donde la justicia según su institución debe proclamar sus oráculos. Esperábana que por su medio se liberases en estas provincias de sus recursos dispersos.
la remota audiencia de Charcas, que sirviese de freno al comercio ilícito del contrabando, que las leyes debían ser más respetadas, más asegurada la seguridad individual, más contentos los criminales, y más bien mantenida la tranquilidad del estado. Para la excepción del primer efecto y se pudiera prometer la consecución de los demás? Una tola experiencia había ya demostrado que la elevación de estos puestos, favorecidos de la distancia, daba un nuevo grado de actividad a las personas, y haciendo á sus ministros superiores á las leyes, les aseguraba la impunidad. A pesar de que estas plazas desaban por sí mismas al magistrado, en su medicina, ellas obtuvieron la América en la carrera de la opulencia, y el ejercicio de administrar justicia vino á ser el arte de enriquecimiento. Tantos incesantes del vicio debían necesariamente inspirar el orgullo más intratable. En acuerdo sus ministros han cultivado un culto que ha observado todo lo demás. Nada lo due más bien á entender como la moneda de aquella piadosa emperatriz de Chuquisaca, destinada á solicitar una togue á favor del Santísimo Sacramento.

Partió la formación de este tribunal vino á esta provincia en 1653 de primer presidente y gobernador de Buenos Aires Dr José Martínez de Salazar. Sus prudentes disposiciones hicieron que en el mismo año diése principio á esta fundación; pero acaso es este el mérito que intimo le reconocerá. Como y cercanía y avance del tiempo y familiarización de cuerda prendas ocupaciones del mismo, hizo
CAPÍTULO VII.

necesitó al santo de su gobierno y no tanto en
sacar los males de la patria, cuanto en anticipar
los remedios. Había arribado a este puerto el me-
morable D. Francisco Meneses, previamente
presidente del Chile, muy conocido en el Perú, por el nom-
de de Barrilbas, y por el castigo ignominioso que
exerció en su persona el celebrado virrey quede
Lamas. Por una conducta antojadiza y atrevida,
cayó este hombre arrestado en la tresvaria
tratando de rehacer dos navíos de este puerto, y
pasarse a Chile con ellos por el estrecho de Ma-
gallanes. El presidente Salcedo echó de ver con
tiempo, que todo era posible, para no dejar que
desnaturalizara las mas claras decisiones, y desti-
bluía los buques de la fuerza competente. Por gra-
da que fué el empeño de Meneses para abordar la
nave de san Pedro, no pudo conseguirlo, y que
bado su navío la Mariana. Con no menos
audacia se permitió, otras decisiones a título de co-
mando de cuatro buques que salieran de Cádiz;
pero halló siempre su escarmiento en la firmeza de
Salcedo.

La paz y la seguridad, fueron no menos aten-
didas en la provincia. Despachos de la Mariana, de
membrecado de los demás, fueron por estos tiem-
pos reunidos en esta gran familia. Dio motivo a esta providencia provisionar que miraba el
presidente Salcedo una próxima arriada de Mamen-
lucos brasileños. Estos enemigos implacables del
colón de Misiones, castigados a la piratería y a
las incursiones, fueron obligados a volverse por esta.
ve el valor de la presa que les ofrecían estos dos pueblos. A la sombra de esta protección se aumentaron en breve, y fue preciso subdividirlos. Bien que contribuyó a esto no poco haberse roto las trabas que aprisionaban el comercio de sus producciones. En contradicción de los vecinos de la Asunción, se concedió a todos los indios pudiesen expendir en santa Fe todos los años doce mil arrobas de la célebre yerba del Paraguay. Abierto de este modo el fecundo manantial de la agricultura, se hizo correr la abundancia sobre estos terrenos, favor recidos de la naturaleza, y fue en aumento su población. Aunque la ciudad de santa Fe se había puesto a cubierto de los ataques de los bárbaros, no así del todo de su campaña. Los Abipones del Bermejo y otros la hostilizaron cruelmente en 1668; pero la atenta administración del presidiente los arrojó de sus límites.

Con no menor acierto se tomaron las medidas para preservar la capital de los peligros con que en 1671 la rodeaban las invasiones extranjeras y nacionales. La fama de que los franceses amenazaban el puerto, vino a ser una convocatoria para los bárbaros. Un número considerable de indígenas se desprendieron de las sierras para situarlos por tierra, mientras lo estaba por la mar. El presidente Salcedo llamó en su socorro quinientos bravos y fieles Guaraníes de Misiones, tantas veces probados en los apuros, y los acantonó en el río de Luxán. El temor de caer en manos tan esforzadas, calmó la inquietud de los bárbaros; y des-
concertó todo su plan. Se había dedicado muy de antemano a las fortificaciones de la plaza, siempre con el auxilio de los mismos Guaraníes. Lo andadicio francés no se arriesgó a hacer una experiencia de esos fungos; y dividió sus fuerzas a otros objetos. Los Guaraníes de Misiones acudían a todas partes, donde el peligro se presentaba. A ellos debió también su salvación la ciudad de Corrientes en 1673.

La corte de España reconoció su engaño en la fundación de la audiencia, y que esta no era más que un título vano para decorar la ociosidad y los vicios. Por cédula de la reina madre, "Real de su Santísima Maestad", se ella vino a disolverse a los nueve años de su instalación. El presidente Salcedo acabó su gobierno un año después, que fue el de 1674.
CAPÍTULO VIII

De nuevo retornó a la presidencia el comodoro el cabo de espada de honor D. Juan Pérez de Andino, y desde entonces supo que se le encomendaron varias expediciones que indicaban varias empresas. De Aguadilla, de Isla de la Mona, de las Antillas, y otras islas de esa región.

Habiendo en el año de 1624 el marqués de Villaviciosa y su marina bajado a las Indias, de uno a otro puerto, entró en Cartagena y dispuso que se iniciara la invasión de los islas Manantiales de S. Pablo, que los españoles habían perdido.

Los guaicurús intentaron apoderarse de la Minas de Guaynabo, y los españoles los derrotaron. El marqués de Villaviciosa decidió que el cabildo de S. Pablo fuese despojado de su prisión y su residencia.

Las virtudes y los vicios de un pueblo en el momento que experimenta una revolución, dice el abate de Mably, son la medida de la libertad de la servidumbre, que debe esperar. Sin leyes, sin interés común, sin ideas del bien y del mal, sin moralidad, sin disciplina militar y sin armas iguales a las de sus contrarios, cayó sin duda a estos pueblos salvajes la invasión de los españoles; por consiguiente ellos debían caminar a esa servidumbre que es el fruto de la baxeza de pensamientos, de la estupidez del alma y de la indiferencia del bien público. Verdades que iba corrido siglo y medio de guerras continuadas en que defendieron sus preocupaciones y
CAPITULO XVII.

Liberad.; pero eran éstas por lo común de tan li-
gera importancia, que apenas se hacían dignas de
practicarse, siendo más dirigidas por los
principios de sus respectivas costumbres, y siempre
de un éxito fulano presentando una montaña de
estos casos, en que suscitaba un asesinato; no
pudiendo darse libro alrededor de su plaza. Con todo,
no sabrán íntimamente referirlos: Ellos, cuando menos, hacían
ver, que el sentimiento de la libertad era indepen-
dable del todo, y que no sin agitaciones y var-
vayentes, se sentaron los españoles en su dominio.

1. Los Guaraníes, y los Payaguas no danidaban las
invasiones contra el Paraguay, sino mien-
tras estaban sobre ellos las armas de los españo-
les. Ellos conseguían a lo mismo proveerse de vi-
veres y matar sin pedir a los que se opusieran,
ase que lo hacia un D. Juan Diez de Andino, que
entró al gobierno de la provincia en 1665 hizo con
fortuna varias expediciones a sus sierras. En cinco
días de ellos lo acompañaron los famosos Guaraníes
Misiones jesuíticas, y en una

—Fueron que en el gobierno Andino observaron las
obligaciones de gracia para con estos indios de
Misiones, a las de la justicia, virtud y huma-
nidad; ellos hizo conocer que vivían bajo su pro-
tección. Habían llegado los tiempos en que las rí-
vientes se hallaban en su honor, y eran las que
concebían toda la estimación pública. Cre-
yendo, contagiado de esta peste el gobernador An-
dino, en gran amigo, el ayductor de Buenos-Ayres
Dr. Pedro Ramos y Luna, lo presentó sin saberlo.
una ocasión de acreditar su desinterés. Hallándose este ministro en la Asunción en, secuela del proceso fulminado contra el gobernador Sarmiento, cuando representó a la audiencia, sería bien premiar el trabajo asiduo y penoso de su amigo con el producto que le dexasen todos los años treceientos indios de Misiones, destinados al beneficio de la yerba. Los ministros de este tribunal no podían advertir la indecencia de este lenguaje: el culto que tributaban a las riquezas, ponía desde luego a la vista, que ellas eran en su concepto el bien único digno de ocupar los deseos del hombre. En efecto, la gracia fue concedida, y se libró la provision real. Juzgaba el oyidor Roxas haber puesto en contribución el reconocimiento de Andino, cuando con ella en la mano le habló así: «aquí tiene V. el mejor medio de acumular riquezas». Pero Andino, fué sobradamente sabio para darle a conocer con modestia, el escándalo que le causaba su conducta, y que sólo deseaba distinguirse por una noble simplicidad: «¡no permita Dios, le respondió, que yo, como paniérego con sudores agentes». En una historia de América, donde caminando siempre la codicia europea con la frente levantada, ha tenido el atrevimiento de insultar la moderación de los deseos, se hubiera dado la virtud por agravada dexando de referir los raras exemplares, que pueden como el presente consolarla.

Hacia tiempo que las misiones jesuíticas excita- ban la codicia del ministerio español. El rey ja-
más había franqueado sus territos para poner estos pueblos bajo su imperio; ni su sujeción era el fruto de otra violencia, que la que pudo inducir el beneficio de sus doctrineros sobre un consentimiento libre. Por consiguiente el título de conquista no podía dar derecho para que gravitase sobre ellos un tributo oneroso. A pesar de esto, desde 1649 ya se hallaba dispuesto por el virey de Lima, conde de Salvatierra, que estos indios pagasen un peso de tributo. Al efecto vino a estas Misiones el Dr. D. Juan Blázquez de Valverde, y por el censo que formó, hizo turíse principio esta contribución. Con todo, por más de 8 años hicieron felices a estos indios y a todo el Paraguay las virtudes activas y sociales del Andino, y ese apreciable don de hacerse amar por la afabilidad y los talentos. La capital de Buenos-Ayres le quedó también muy conocida por el auxilio de tropas que condujo el mismo, y que regresó a su destino desaparecido el peligro.

No pudo lisongearse el Paraguay de que la prosperidad del este gobierno se hubiese eslabonado con la del sucesor. Desmejorando sus geses en el carácter, lo fueron también en las operaciones. En 1671 sucedió a Andino en el gobierno D. Felipe Rego Gonzalán. Los Guaiurucés y Altayaces feroz, bravos y caprichudos; siempre vencidos y mudos dominados, hallándose á la sazón de paz; teniendo las derrotas de estos bárbaros nunca las atribuían á falta de valor, y como sus paces sólo eran trégues para convalecer, jamás podían renunciar la espec.
ranza de ser libres y siempre se creían capaces de recuperar una victoria que hubieran perdido por casualidad. A fines de este mismo año atravesaban el río Paraguas y aunque respetaron la capital, por la vigilancia de sus vecinos, asaltaron el valle de Taonumbu, donde mataron cinco o seis personas, y se retiraron cargados de despojos. Había golosina de la pescra y la impunidad con que la alcanzaban, infundieron tan pánico y osadia en estos indios que por cuatro años consecutivos, fueron el asote más duro de toda la provincia. Los pueblos de Tulí, Arecayá, Atirá, con los valles de Pamapitú y Aroquagüí, se vieron extremadamente maltratados con incendios, muertes y robos. En el de Atirá quemaron la iglesia, se llevaron los vasos sagrados con las formas, dijeron muerte al parroco, y entre muertos y cautivos pasaron doscientas personas las que sufrieron esta calamidad. A la venganza de estos agraviros desaprovechó el gobernador varios destacamentos bajo de los generales Francisco Ramírez de Guaman, Francisco de Alvaro Mendoza, D. Francisco de Ledesma y D. Juan Caballero Baza. La insensatez de sus operaciones no sólo resultaron siempre un flaco y reducido número, sino ver la cara al enemigo, obligó al gobernador a una entrada general capitaseada por él mismo. Verificóla el año de 1672 con trescientos quince soldados españoles, mil indios de las reducciones jesuitas, y los quinientos de los pueblos de Ituú y Gazapá al cargo de regulares franciscanos. A las ochenta leguas de
CAPÍTULO VIII.

Asunción hizo alto esta marcha sin suceso alguno digno de memoria, porque una general murmuración del ejército reprehendía altamente el empeño de dormitarse por empresas inútiles; y pedía la vuelta a la Asunción. Después de un largo razonamiento, en que procuró el gobernador justificar su conducta militar, tomando principio desde la entrada de su gobierno, mandó a todos los oficiales, y les rogó como a sus compañeros de armas, no desistieran de un empeño que deshonraba sus puestos. A pesar de esto, insistiendo los oficiales en solicitar la vuelta a pretexto de las necesidades que padecía el ejército, se prestó a sus instancias, y volvió a tomar la capital a los dos meses y medio de su salida.

Siempre en vela la codicia de la corte sobre el aumento de tributos, y sin traer a la memoria los servicios de dichos indios que militaban a sus expensas, autorizó en 1676 a D. Diego de Ibáñez Echevarría, fiscal de Guatemala, para que emprendiese de nuevo las Misiones jesuíticas. Por el censo de este ministro subió la capiación de tributarios a diez de mil quatrocientos treinta y siete pesos; no porque éste debiese ser el menor impuesto de contribuyentes, sino porque excedía de la medida de la razón, comprendiendo en él hasta los niños de catorce años, y a otros que reservaron después las leyes.

Los daños causados por los barbares y por este régimen opresivo, aunque de mucha consecuencia, no igualaron a los que por estos mismos tiempos
pos hicieron sentir los Mamelucos de san Pablou. Formada esta colonia portuguesa de puros malhechores, que huyendo, la severidad de las leyes, buscaron su independencia (a); no conocían otros principios, que la impunidad, el robo y las atrocidades de toda especie. Quanto más conocían que eran odiosos a sus vecinos, tanto más echaban desver, que necesitaban ser soldados. Tomando cierto ayre de valentía se derramaron por las campañas, como hemos visto, en busca de cautivos, y entablaron el tráfico de sangre humana. En persecución de este infame instituto, a principios de 1675, cayeron sobre cuatro pueblos doctrinados por clérigos seculares, reduciéndolos a duro cautiverio. Dado este golpe de sorpresa, pusieron sitio a Villa-Rica, prometiendo levantarlo siempre que se les entregasen las armas para tener cubiertas sus espaldas al retirarse con la presa. Los de Villa-Rica cayeron en este lazo que les tendió su perfidia, y lloraron, aunque tarde, su entera dispersión. Apenas llegaron estas nuevas a la Asunción, cuando aquella república más fácil de alterarse que el océano, experimentó un horrible sacudimiento. Hacia tiempo que el cabildo de esta ciudad había manifestado la acedia de su corazón contra el gobernador Gorbalan y Rege. A

(a) Esta independencia les duró hasta fines del siglo 17, y principios del 18, en que la corte de Portugal los quitó bajo su protección.
CAPÍTULO VIII.

juzgar de sus recursos hasta el trono, la ignavia y floxedad de Rege, mas entretenido en sus ganancias que en la defensa de la provincia, era la causa de unos males, cuyos efectos no podían mirarse con ojo enxuto. El capitán José Leon de Zárate había también pasado a la audiencia de Charcas, donde introdujo quejas muy agridas contra su conducta. A tan reiteradas instancias despachó este tribunal su real provision, encomendando al maestre de campo Juan Arias de Suárez, teniente de la ciudad de Corrientes, la pesquisia y averiguacion de los hechos. Los vecinos de la Asunción con un humor sombrío y desapiedad se aprovecharon de esta ocurrencia para agrandar la criminalidad del gobernador, y pedir su deposicion. El pesquisidor se entregó más de lo que debía a sus seducciones, y con una barra de grillos lo remitió a Charcas (a).

En el interrogatorio quedó depositado en el Ayuntamiento el mando militar y político; más no por eso se suspendió esa cadena de acontecimientos siniestros, que había atajado el curso de las pasadas prosperidades. Villa Rica acabó de perderse; y aunque fué contra los agresores un ejército compuesto de quatrocientos españoles y setecientos Guaranies de Misiones, fué tal la cobar-

---

(a) El padre Lozano en su Historia manuscrita atribuye a movimiento propio del cabildo la deposicion de Rege; pero se engaña.
día del caza, que no se pudo discernir, si perseguía a un enemigo o protegía un aliado. En vano fue que los indios pidiesen con instancia la señal de combate: contenidos por el general se contentó éste con ser un frío espectador de cuatro mil indios cristianos, que iban arrastrando sus cadenas. Los Guaicurúes y Albayés, cuyas pérdidas parecían no enflaquecer sus fuerzas y aumentar su tenacidad, desolaron al mismo tiempo el territorio, y obligaron a unas gentes que habían conquistado tantos pueblos, a defender su capital. Ya no se peleaba por la gloria, sino por defender cada cual su patrimonio y su persona. Todos fueron obligados a tomar las armas por la defensa común, sin excepción de eclesiásticos, religiosos, estudiantes y esclavos.

Examinándose entretanto el proceso del gobernador en los estrados de la audiencia. Algunos cargos se calificaron por legítimos; pero en lo principal no se encontró cuerpo de delito, se tuvieron los movimientos del pueblo y del pesquisidor por demasiado vivos y caprichosos. El gobernador Rege fue restituido al ejercicio de su mando. Por lo referente a los alcaldes y regidores, se templó el rigor de la pena de que eran merecedores, contentándose el tribunal con serios apercibimientos en caso que abusasen de la piedad.

Repuesto en el gobierno D. Felipe Rege, hizo estrechos en defensa de la provincia, tanto mas eficaces, cuanto se creía haber sido grande su inconciencia, y encontró recursos en su genio, que le hizo...
hieran sido desconocidos, sino hubiese precedido su infortunio. Fué su primer cuidado fortificar los presidios que custodiaban los límites de la provincia, y dirigir un ejército de españoles y Guaranes de Misiones jesuíticas con destino a castigar los repetidos insultos de los Guaicuríes. El fruto de esta expedición fué hacer paces con estos bárbaros; pero paces en que reservándose estos el derecho de hostigar mas a su salvo, se aprovecharon del descuido que inducía la seguridad. Baxo la capa de la amistad hicieron grandes daños, y aun consiguieron el pensamiento atrevido de asolar la capital. Al efecto convocaron toda su nación, la que reunida vinieron a situarse en frente de la ciudad sobre la margen opuesta del río Paraguay. Era aquí su ocupación diaria la construcción de armas con una cierta confianza, que no recataban a la vista de la ciudad. Los españoles observaban religiosamente la paz, y no la echaron del todo rota por parte de los bárbaros. Este era el estado de las cosas, cuando una indita de aquella nación, condenada de mal que amenazaba a cierta española su bienestar, le descubrió todo el secreto. Asombrados le que tenían con la astuta resolución de estos bárbaros, lejos de concebir pensamientos nobles y dignos de su causa, disentrieron la traición más vergonzosa. A la verdad, el Paraguay no era ya lo que había sido baxo la conducta de los Iráles, los Chaves y Melgarejos.

Consistía causar sorpresa a los bárbaros, haciendo intervenir un matrimonio simulado entre
LIBRO III.

personas calificadas de una y otra nación. Descubrió pues a los Guaicurúes el teniente gobernador D. José de Abalos los fuegos de la pasión en que se ardia por la hija del cacique principal, y los tomó por mediadores para alcanzar su mano por un enlace matrimonial. Trató el negocio con el padre de la doncella, fue bien acogida la propuesta, prometiéndose los Guaicurúes una alianza más ingenua desde que veían a los españoles estrechados a su causa por el mejor gage de la amistad. Haciendo entonces Abalos una renuncia solemne del traje español, se desnudó de sus vestidos, embrazó el arco y el carea, y se adornó con sus plumajes. De acuerdo con los gejes de las dos naciones, se firmó después aquel contrato, se señalaron los testigos, se indicó el día de las bodas, y quedaron ajustadas las demás circunstancias del aparato nupcial. Al mismo tiempo que se tomaban estas disposiciones, se daban también otras para que ignorasen los indios convidados el golpe y la mano que los iba a sacrificar. Con el secreto convenient se previnieron soldados bien armados en las casas de los padrinos, con orden de atacarles luego que se les hubiese embriagado, y oyese el toque de una campana. Llegado que fue el día emplazado entraron los indios a las casas destinadas, llenos del regocijo a que convidaba la celebridad. Mientras estos recibían los primeros osos, se destacó un cuerpo de infantería y caballería, para que atravesando el río, cayesen sobre las tolderías de los restantes. No pudieron...
CAPITULO VIII.


tos logrará su intento; porque receloso un Guaicurú de algún engaño, puso la gente sobre las armas. Los de la ciudad recibieron la señal, y á su eco quedaron pasados á cuchillo cosa de trescientos Guaicurúes, con cuya sangre se embriagaron los españoles, como lo habían estado los indios con el vino. La circunstancia de haber acaecido este suceso el 20 de enero de 1678, dio mérito para que se atribuyese al patrocinio de san Sebastián, cuya esta quedó jurada. ¡O escándalo del siglo! Hasta cuando debió serle permitido á la superstición profanar lo más sagrado, y hacer al mismo cielo cómplice de sus delitos! Esta naturalidad libertó la ciudad de un inminente riesgo; pero debió producir en los bárbaros un odio mezclado de desprecio hacia unas gentes, que canonizaban un crimen sólo por haberlos sacado del peligro. Siempre reprobará la polícia, que en lugar de este atentado, no se aprovecharan los españoles del lance que les presentaba la suerte, ya que no: para entablar entre las dos naciones un intercambio benigno y recíproco, á lo menos, para ocultar con el halago y el beneficio el yugo que querían imponer, y hacer que los indios dividen cen voluntad entre su patria y sus señores. Este era el medio de entablar sobre mejores bases su dominación. Un pueblo feliz nunca averiguá si es esclavo ó libre, mientras que su dicha durará.

Aunque estas muertes dieron muy irritado en los Guaicurúes el deseo de la venganza, suspendiéronse por dos años en virtud de sus hostilidades.
LIBRO VII.

En su lugar invadieron la frontera los Payaguas. Había esta diferencia entre unos y otros, que los primeros todo lo daban a su valor, mientras que los segundos a sus astucias y sus engaños. Aprovechándose estos bárbaros de la confianza, y los descuidos de los españoles, causaron grandes daños. Pudo contenerseles con la construcción de un nuevo fuerte. Con este servicio concluyó su gobierno D. Felipe Rebol en 1681; mereciendo en la residencia, que le tomó el obispo D. fray Faustino de las Casas, el concepto de recto, zeloso y vigilante.

Vuelve segunda vez a ocupar este gobierno al sargento mayor D. Juan Díez de Anduña, cuyos talentos políticos y militares, le habían allanado la carrera de las magistraturas. Siempre constante Anduña en sus principios, consagró todos sus desvelos a la felicidad y seguridad pública. Se veido por los estimados de su zelo, hizo varias expediciones en tierras de enemigos, a quienes derrotó escarmentados con sus frecuentes victorias. La protección que dispensó a los Guaraníes, y sólo la miraba como un justo tributo debido a sus servicios, y como una señal de honor, que merecían los compañeros de sus armas. En aquella terminó su carrera gloriosa en 1684, abreviando la de su gobierno. Por provision del vicerrecto de Lima, duque de la Palata, cubrió este puesto con la misma gloria D. Antonio de Vera Mexica, natural de Santa Fé. En los puestos subalternos: había hecho muy famoso su nombre,
CAPÍTULO VIII.

ya penetrando con desueldo las tierras de los Calchasques, ya presentándose triunfadores sobre las armas lusitanas, como luego lo veremos. El orgullo de los bárbaros fue siempre reprimido por el valor de Vera. Duró muy poco su gobierno porque fué luego reemplazado en 1665 por D. Francisco Monforte. Humanidad, valor, justicia, desinterés, todo concurre a hacer memorable este gobierno. La fábrica de la iglesia catedral le mereció una de sus principales atenciones. Diariamente presidía por sí mismo a sus trabajos, sin que por eso padeciese detrimento el curso de los asuntos forenses; porque abriendo tribunal en la misma obra, daba audiencia a las quejas del pueblo. El vil interés fue siempre reprimido por sus sentimientos generosos. Exaltado D. Alonso Monforte-hermano suyo, con la esperanza de hacer a su lado gran fortuna, pasó desde España a esta provincia; pero halló en breve su desengaño. Sin inquietarse su amor desordenado a las riquezas por la legitimidad de los medios con que se adquirían, atormentaba al gobernador por indios para sus grangerías. Mas negándole este a sus instancias, le daba en rostro con que pecaríase una fortuna culpable a una honesta mediocridad. D. Alonso echó de ver que había errado la senda de medrar en América, y tomó su vuelta para España. Este famoso desinterés del gobernador Monforte, lo hace digno de que lo coloquemos al lado de esas virtudes mitigado, que acompañando de sus amigos al to-
mar posesión del pucito, les decía: «señores, piedad tened cuidado de los míos.» Sabía muy bien que donde empieza el magistrado acaba el padre de familia. Las atenciones de la guerra nada desmerecieron por estos tiempos. Dos entradas a tierras de Guaiquirí con auxiliares Guaraníes les dieron muy humillados. Emprendióse también en 1688 el desalojo de los Mamelucos, que se habían apoderado de la antigua Xerez. Cubierto de gloria, y amado de todos, concluyó Monforte su gobierno en 1691.

La dicha de los gobiernos rara vez es duradera. La del Paraguay se eclipsó mucho con el de D. Sebastian Felix de Mendiola. Bajo un fiero despotismo pretendía este caballero tener a la provincia en una desventurada tranquilidad, sin acordarse que la paciencia tiene un término al que sucede la desesperación. No acostumbrados los paraguayos a un sufrimiento imbécil lo prendieron, y cargado de prisiones lo remitieron a Buenos Aires, donde perseveró hasta que, por providencia de la audiencia de Charcas, fue repuesto a su empleo. Sirvió mucho a Mendiola este contratiempo. Corregido de sus desórdenes se manejó con moderación hasta 1696 en que dio fin su gobierno. Estos ejemplos nos enseñan, que no siempre es preferible el reposo público a la libertad. Siguiríase a estos tiempos otros menos aciagos...

D. Juan Rodríguez Cota, que sucedió a Mendiola en el mismo año, administró el gobierno con equidad. Sin embargo, la compañía de un
CAPITULO IX.

Entendido suyo lo hizo menos, acepto. Era este uno de esos hombres perversos que les parece no ser nada, si aquel a quien gobernán no es vicioso. Cometieron en tiempo de Cota los Guaraníes sus acostumbradas hostilidades; pero una expedición a sus tierras, compuesta de españoles y Guaraníes de las doctrinas jesuíticas, no dexó de reprimirlos. Duró el gobierno de Cota hasta el año de 1702.

CAPITULO IX.

Vuelve a gobernar el Tucuman D. Alonso Mercado; entra a Calchaqui con un ejército: política astuta de este gobernador: son rechazados los españoles por los Quilmes: al fin estos se rinden por capitulación: todo el valle de Calchaqui es sojuzgado: los indios son expatriados: las naciones del Chaco se alborotan: entra al Tucuman D. Angelo de Pereda: su grande y feliz expedición al Chaco: gobierno de D. Hernando de Mendoza: Mate de Luna: expedición de dos jesuitas con el licenciado D. Pedro Ortiz de Zarate: mítase la ciudad de Londres a Catamarca: gloriosa muerte de Zarate con uno de los dos milicianos: D. Antonio de Vera Múzica toma el mando de las armas: fundación del colegio de Monserrat.

HALLABASE D. Alonso Mercado en Buenos-Ayres el año de 1664; expuesto a todos los enlubores de rivalidad, y a todas las fluctuaciones de la opinión. Asimismo, daban lugar a des concepts el azote que...
y los progresos nada felices de su residencia. Sin embargo, entre la esperanza y los temores, de un instante a otro, mudó de aspecto su fortuna. En esta especie de zozobra se vio de nuevo promovido al gobierno del Tucumán. Las frecuentes incursiones de los Calchaquíes habían quitado toda esperanza de mantener esta provincia en tranquilidad, y se creía inútil todo medio de conseguirlo, si no era el de su expatriación. La guerra bien dirigida por Mercado contra estos indios, hizo que los ánimos de la corté se convirtieran a su persona, para encargarle este negocio de los más serios, y presentarle las ocasiones de restablecer su opinión.

Entró Mercado a la provincia lleno de ese ardor que debía ser consiguiente a una confianza tan señalada. Las lecciones recibidas en la escuela de la adversidad lo habían vuelto muy enmendado; por lo que le fue fácil interesar a todos en una guerra, que debía disipar en adelante temores, incertidumbres. Una Mercado un valor intrépido a una gran experiencia. Fueron sus primeras disposiciones señalar por plaza de armas la ciudad de Estero, convocar las milicias de todas las ciudades, y acopiar los aprestos necesarios a favor de los auxilios pecuniarios que subministró el virey de Lima. Distinguiése también el zelo del estado eclesiástico con un doblevó voluntario en que el cabildo gobernador abrió la puerta con su ejemplo...

...Expidió sus órdenes para que acudiesen a sus respectivas damas las milicias de la Ríoja, Catar,
CAPÍTULO IX.

marca, Córdova y Tucumán, como también dos numerosas compañías auxiliares de Santa Fe, emprendió su marcha el gobernador llevando tras de sí un grueso tercio. Apesar de estas fuerzas tan respetables acaso no hubiera llegado al total logro de sus designios, sin esa política astuta, que promete, libonea, amenaza, divide y hace lucer odios mutuos entre aquellos mismos, cuyo interés exigía estar unidos. A favor de sus halagos se hallaban en su auxilio los Tolombones y Paccioenas. Luego que el ejército venció la primera eminencia desde donde se descubre todo el valle de Calchaquí, dijeron aviso los Tolombones, como los Quilmes en una tranquila seguridad se hallaban entregados al roce de las tierras que disponían para la siembra de sus granos. Por otros que se cogieron de los mismos Quilmes, se aseguró el gobernador en la desprevenencia del enemigo. Con todo, escapados de la custodia algunos de estos bárbaros, pusieron en noticia de los suyos la cercanía del ejército. En el sobresalto que causó a los Quilmes esta noticia no tuvieron de otra cosa, que de poner en salvo sus vidas al abrigo las montañas mas frágosas. Los Tolombones y Paccioenas entraron a su pueblo, y lo entregaron a las llamas. Los Quilmes aunque faltos de su todo, se resolvieron a no abandonar su libertad al arbitrio de unas gentes que pretendían prostituir su existencia al yugo de una obediencia servil. Fortificados del modo posible, esperaron el ataque. No se le habían incorporado, para al gobernador dos divisiones tercios de Tucumán.
Londres, Rioja y Catamarca, y sin todas sus fuerzas juntas no se atrevía a combatir con unas gentes tan intimamente unidas a su patria. Todas por fin en un solo cuerpo se precipitaron al asalto, pero en vano. Los Quilmes se defendieron como hombres libres, y dignos de serlo para siempre. Con un valor heróico rechazaron al enemigo matándole diez hombres de los más esforzados, entre quienes cayó el guapo capitán Mateo Farias, bien conocido por sus crueldades. Al paso que este suceso llenó de nuevos aliento a los Quilmes, hizo caer a los bisoños de los españoles en una vergonzosa floxedad. Persuadidos los veteranos, que excusar el mal es un crimen, les dieron en rostro con su cobardía y haciéndoles entender, que considerarse invulnerables, era una brillante quimera, les recuperaron sus perdidos bríos.

Después de bien calculadas por el gobernador Mercado todas las dificultades de esta empresa, se resolvió a no repetir segundo ataque; pero si a un estrecho sitio en que se fuese al hambre la victoria, que era muy dudosa de las armas. A la verdad, este era el medio más expeditivo y seguro. Al retirarse los Quilmes habían abandonado todas sus provisiones de boca, y se hallaban estrechados de la más urgente necesidad. Puesto el sitio en toda forma, no encontraban recurso alguno contra los estragos de este terrible azote. Verdad es, que para los varones la victoria pasada hacía veces de salud, de abundancia y de todo; desafiando los sufrimientos, y hasta la misq
ma muerte se sostenían imperturbables; pero en los sollos interrumpidos de los niños y mujeres, en sus lágrimas y lamentos, levantaron una barriera sus contrarios a la que no los sufó posible resistir. Después de un largo asedio resolvieron los Quilmes rescatar vidas tan amadas por el subido precio de su libertad. El cacique principal D. Martín Igún salió a tratar de ajuste con los españoles, quienes lo recibieron en su campo con señales de benevolencia. Precedida algunas conferencias, capitulóse por su, que salvas las vidas y las haciendas de los sitiados, abandonarían Agua el valle, y serían encomendados a los vecinos en el lugar que destinase el gobernador.

La conquista de los Quilmes, sin duda los más belicosos y valientes, alivió a Mendoza lo que le faltaba que andar hasta el término de su empresa. Inmediatamente levantó su campo, dirigiendo sus fuerzas a la conquista de Anguínahau, con un apresuramiento ignominioso resolvieron entregarse los indios de ese valle bajo las condiciones que dictase el orgullo vencedor. El cacique D. Pablo Ochoca, fue destinado por los indios para el ajuste de la capitulación, la que se formalizó en los mismos términos que la de los Quilmes, a excepción de no obligarseles a abandonar la patria por su docilidad. La codicia, de los soldados españoles había empezado ya a murmurar. Indios para sus sordidas grangerías era todo el precio en que avaluaban sus servicios, y en cuyo desigual repartimiento hallaban la materia de sus quejas.
Habil Moreado en servirse del vicio de la virtud que las circunstancias exigían, temió su indolencia, y se propuso aprovecharse de sus pasiones para lograr al tiempo consumar su obra, y evitar los resentimientos de los señores. Creyendo pues ventajosa a sus designios esa rivalidad de intereses, dividió entre los terceros de su ejercicio lo que restaba de su conquista, diéndoles en encargos lo que sujette cada cual. Nadie podía resistirse a unas tropas unidas por el común deseo del pillaje. En efecto, el valle entero de Cachcaquí humilló su cerviz; y se entregó a los españoles.

Los del valle de Anguinahn era los únicos que no comprendían la dura ley de la expatriación; pero huyendo estos indios de otra mas dura, reanudaron su privilegio, y se acomodaron al destino de los demás. La calma sombría y soledad en que se hallaba todo el valle de Cachcaquí, le pareció favorable al gobernador para el descubrimiento de esas minas que apoyaba la opinión pública. Algunas muestras, aunque equívocas, dieron motivo a la sedicia para entrar en discusiones; y hablar de labrón. El hombre con miraba los indios de Anguinahn estos abismos espantosos de la humanidad, y el temor de ser un ellos sepultadur, no pudo menos que estremecerlos. Ellos se miraban y comprendían a mirar con serias veneno por las regiones más intratables, y a pasar de su odio tranquilo a la novedad y dureza del extremo de la esperanza. Para evitar pues los males que debían ser consecuencias de esa aplicación...
CAPÍTULO IX.

A/ovicho, pidieron, con encarecimiento, a Mercado, y que abjusdando del la ingratá opulencia de su patria, las señoras terrones donde establecer su mansión. Mercado se aplaudió de un suceso, que favorecía su deseó de despejar del todo a Calchaqui, y los adjudados sitios en Choseneros, Estosí, y Salta.

Aparejadas todas las cosas, se dio principio a la emigración decotada. Ocho mil indios que señalaban el último día de su independencia, el que daba a suceder una serie de signos en que cada momen- to les acordase la triste pérdida de su libertad, son los que se armaron del son de este valle. La pasión de los hombres por el clima, afortunado en que nacieron, jamás iguala lo de los bárbaros por el suyo. De aquí, es fácil colegir el grado de amargura que inundaría sus almas en la concurrencia de tantos motivos que las causaban. A pesar de esta pacífica evasión: del valle, no cabían las incuestionables de Mercado, temiendo confundidamente que los Quilmes, muy edó al español se habían mancomunando en sus almas, volviesen a establecerse en sus monasterios. A fin de desalojar, irremediablemente de su patria y dispuso, de acuerdo, con el presidente D. José Martín de Salazar, que de centenas de familias, de esta parcialidad fueren transportados a Buenos Ayres. El maestro de campo, Gerónimo de Funes (a)

(a) Segundo abuelo del autor.
LIBRO III.

con suficiente custodia verificó esta remisión. Por lo demás los indios disponibles se adjudicarán en esta forma: un buen número de piezas á la milicia de santa fé; ciento y cincuenta familias á la ciudad de Salta; ciento y quarenta á la de Esteco; doscientas á la del Tucumán; ciento ochenta á la Rioja; ciento y sesenta á los Lóndres; doscientas y sesenta á la capital de Santiago; buen número á la de Córdoba y á la de Jujuy; los demás se diéron en encomienda á los capitanes del ejército, y se repartieron por piezas sueltas á varios particulares.

Con estas disposiciones, y la de haber distribuido en propiedad los mismos suelos que ocupaban los Calchaquies, se dió fin á una campaña que había durado nueve meses. En ella dexaron bien señalado su valor, de Jujuy los capitanes D. Francisco y D. Jorge Salcedo; de Salta el maestre de campo D. Tomás Escobar Castellanos, de la Rioja el maestre de campo D. Gabriel de Vega y Sarmiento, el sargento mayor D. Alonso de Ávila y Zárate; los capitanes D. Gregorio de Luna y Cárdenas, y D. Ignacio de Herrera y Guzmán, D. Juan Gregorio Basan, Francisco Díaz de Alvarado, el teniente D. Juan Soria de Mercado, y otros muchos de quienes no hacen especificación mention las historias.

Entre los indios de esta memorable dispersión, los Acalanes eran en los que más labraba la consideración de que después de una virtud penosa, y una vejez infame, sólo la muerte pudie-

\[\text{[Natural text content]}\]
CAPITULO IX.

se terminar sus infortunios. No pudiendo soportar la idea de esta calamidad, se evadieron en silencio, logrando tomar muchos las mas agrias asperezas. En el concepto de los tiranos los pasos hacia la libertad son una rebelion. El infatigable Mercado voló en su alcance, los persiguió por todas partes, y los volvió a unir de nuevo al yugo con coyundas mas apretadas. Pero muchas de las indias no quisieron que amaneciesen a sus hijos unos dias tan luctuosos, y los estrellaron contra las peñas. Ellas y los demas fueron remitidos a Buenos-Ayres a que siguiesen la suerte de los Quilmes.

Aunque por parte de los Calchaquies, no habia ya que temer, no daban lugar a colgar las espadas las naciones bárbaras del Chaco. En un pais inmenso, donde viéndose perseguidos, abandonan sus posesiones y se sepultan en los bosques, nada les era mas facil, que dexar burlados los conatos, y repetir sus hostilidades. Esta alternativa de audacia y de temor era sin duda lo que les hacía inconquistables. Mercado con todas sus fuerzas respetó a estos invasores contentándose únicamente con ponerse a la defensiva. Habia ya hecho muy famoso su nombre en la carrera de aquellos que se hacen memorables, mas por lo que destruyen, que por lo que edifican, y esta gloria le pareció bastante. Cubierto de ella entregó el mando en 1670.

El zeló, por el servicio del rey, de D. Angelo de Peredo que le sucedió, no podia mirar con indiferencia las osadas incursiones de los Mocovíes del Chaco. Entendía perfectamente D. Angelo el méri-
de la guerra, y se hubiera dado por criminal en
el trozo hecho de dudar si debía declararse. Dos
incidentes lo convocaban á entrar en las tierras del
empírico. Los españoles en Esteco (por esto nom-
bra Talavera de Madrid) en cierta conseríía habían
apresado una indígena, que custodiaban en su presi-
dio. Era esta cautiva muger de un indio cacique,
quien salió á reclamar la ofreciendo en recompensa
volver con todos sus vasallos bajo la seguridad de
la paz y la amistad. Una propuesta tan venenosa
decidió al teniente D. Pedro de Ávila y Zárate á fa-
vor de la condiscendencia, y entregó la muger. Fiel
al cacique á su palabra, la desempeñó con bondad,
teniendo á su parentela y á los que movieron sus
persuasiones sostenidas en su ejemplo. Al mismo
tiempo que esto ocurría, hallábase en Esteeco otro
indio llamado Alonso, desertor en su moded del
cristianismo, quien habiendo llegado al cacicato
por el mérito de sus devastaciones, oprimiendo
los años, pedía un salvoconducto para trazar su
parentela. D. Angelo creyó ver en estos dos hechos
bastante fermentado el germén de la discordia en-
tre los mismos indios, y se persuadió fácilmente,
que una invasión á sus terrenos le daría la conquís-
ta de los que fueron disidentes. Intentó pues un
excursión de quatrocientos españoles y otros tantos
indios amigos, que distribuyó en tres frentes hacia
la conducta de los maestres de campo D. Pedro
de Ávila y Zárate, cordovez, D. Pedro Bezan, rio-
juno, y D. Diego Ortiz de Zárate ajeno, empre-
ndióse la salida llevando el mismo gobernador tres
CAPÍTULO IX.

...haciendo compañía de cabos reformados. Después de una dilatada marcha en que no encontró otros obstáculos que los de la naturaleza, a las margenés del río grande, que otros llaman el hermejo, levantó D. Angelo una fortaleza en señal de la posesión con que agregaba este terreno a su provincia. Desde allí despachó cuerpos volantes, quienes debían arrancar de los bosques las familias refugiadas a sus senos. Los indios amigos se empleaban en el espionaje, y hacían las delaciones de los ocultos. Las partidas españolas sorprendieron a estos infelices, de los que unos fueron apresados por violencia, otros se rindieron a la instauración de los suyos, y los demás buscaron su salvación en la fuga. Al mismo tiempo operando bajo este mismo plan el tercio de Jujuy, producía los mismos resultados. Los indios fugitivos a manera de fieras perseguían de cazadores, yendo de un bosque a otro, se encontraban unos con otros, y hallaban el peligro donde esperaban su salvación. En este momento decisivo camaron el único partido que conviene a su debilidad. Los demás se rindieron. A la verdad, el valor que los Guaiquirúes ostentaron varias veces, no se sostuvo en esta ocasión. D. Angelo hizo resena de los cautivos, y se encontraron mil ochocientos...

...Las razones producidas en un consejo de guerra, inclinaron los decidímenes a favor de la retirada, que se ejecutó felizmente. No estaban de acuerdo los ánimos sobre el destino de la presa. Las dos alas y los caballos con que procuró D. Angelo
ganarse la voluntad de los indios, no habían si-
do capaces, de disipar sus desconfianzas. El en-
te, les hizo ver que no se engañaron. En la con-
currencia de otras razones prevaleció siempre
la del interés. Los indios fueron repartidos en-
tre los españoles a título de una tutela que en la prá-
tica andaba equivocada con la esclavitud. Acaso pre-
sirió D. Angelo respetar unos abusos envejecidos
al rubor, de manifestar la impotencia de corregir-
os. Sin embargo, el repartimiento que se hizo
de su orden, procuró que fuese sin esas vexacio-
nen de que se lamentaban los desgraciados Caba-
chaquies. Pretendían los amos de estos indios,
que el derecho de la guerra los había sujetado
da servidumbre perpetua. Condolido D. Angelo de
su infortunio, informó a la reyna madre, gober-
nadora del reino, quien declarando abolido el ser-
vicio personal, protegió este su recurso mas allá
de sus intenciones. Por otras vías tuvo siempre
en su ánimo el desagravio de los indios contra
esos hombres duros, que hizo el yugo más opres-
sivo los alimentaban siempre con la esperanza de
ser felices.

No se puede negar, que D. Angelo de Pere-
do manifestó siempre calidades dignas del ma-
do. Modesto, humano, aplicado siempre a los cui-
dados del gobierno, no hubo ramo de su admi-
nistración, que no le mereciera sus desvelos. En
su tiempo se repitió a 31 de enero de 1674 la
triste escena de la inundación de Córdova por el
rápido torrente de su cañada. Debía a sus cuiz-
CAPÍTULO IX.

dados la respetable muralla de piedra, que hasta el día la preserva de sus estragos. Condujo su gobierno en 1675 se retiró a la expresada ciudad de Córdova, donde murió años después (a).

Poco que sea digno de la memoria nos han dado los gobiernos de D. José de Garro, D. Juan Díez de Audino y D. Antonio de Vera y Muxica. Con todo, en el de Garro se hicieron tres entradas al Chaco, y fueron exterminados muchos indios; pero esto no indujo en ellos el arrepentimiento, llegando su altanería hasta el extremo de introducirse en la misma Esteco y llenarla de confusión y espanto, bien que las pasadas hostilida-des la tenían casi despoblada. En el de Audino se repitió otra expedición militar a cargo del maestre de campo Pedro Aguirre Labayen, quien con muerte de muchos indios llevó su ejército hasta las márgenes del Río Grande. Aterrorizados los bárbaros y sin fuerzas para resistir a los españoles, recurrieron a la traición. Con el lenguaje más seductor ofrecieron rendir las armas: lujo capitulaciones ventajosas a uno y otro partido; pero afectando un terror pánico a las de los contrarios, pidieron se acercasen sin ellas sus dos:

(a) Se le dió sepultura en el colegio de los jesuitas, donde hay una lápida sepulcral con esta inscripción: Hic jacet perillus D. D. ANGELUS DE PERSEO regni Chilen-sis, piecei hujus provincie gubernator. Obit in hac civitate Cardavesi anno MDCLXXVII.
cose: Una temeraria confianza les ocultó a estos su peligro; sobresaltados, se apresuraron a la ribera del río, donde dos aguardaban otros dos indios. Cuidando estos sucedáneos, cruéron con el velo de la perfidia, los entubrieron entre sus brazos, terrorizados pasaban de río en río con armas. Estas embistieron al maestre del campo; cada furia brutal, hubiera hecho de mismo como el sargento mayor: a no defenderlo un indio, a quien había criado desde niño. Este accidente obligó al ejército a retirarse.

Las continuas irrupciones de los salvajes del gran Chaco, se repitieron a menudo a pesar de tantos descalabros: Todos descubrían la pacificación de estos bárbaros; pero se discutía el medio de alcanzarlo. Lo que la fuerza no pudo conseguir. Gobernaba el Tuumán desde 1681 D. Fernando de Mendoza Mate de Luna, natural de Cádiz, y regia la diócesis obispo D. Nicolás Ulloa, ambos capaces de sostener con seis obras todo el crédito de la virtud y de hacer gustar a los pueblos el objeto de su asociación. Por unanimidad de sentimientos se creyó que el medio de las reducciones siempre era previsor al de la guerra, en la llama encendía las más veces una codicia feroz.

Se destinaron a esta empresa dos jesuitas, el padre Diego de Ruiz, cateclumbrado en Córdoba, y el padre Antonio Salinas con el licenciado D. Pedro Ortiz, de Zarate, cura de Jujuy; a quienes el Dr. Marquez hacía descender del infante, Basta hijo del Jacobo rey de Aragon, y primo de Alonso: soy yo...
Apuntando el gobernador, convirtió sus atenciones a otro objeto digno de ocuparse. Era ésta el deseo de establecer la ciudad de Lóndres, en la existencia hacía tiempo que fluctuaba por los peligros de la guerra. Después de bien madurada las actitudes, dispuso que el gobernador y que reunidos los vecinos de Lóndres con toda del valle de Caquamarca, abriesen los cimientos de una nueva ciudad. Todo tuvo efecto en el año de 1685, con la cual hoy se conoce por el nombre de Lóndres, Fernando de Caquamarca, que se comienza a edificar.

Después de haber recibido doce misioneros con una crízada de principios, llegaron por fin un nuevo estable el que se podía recomendar. Sin embargo, D. Martín de Lebostán había aquí los antiguos templos en los que se desaparecían los restos que había sido de los barbados y mantado ciertos españoles, cuyos restos había, no había trabajo. Un apogeo de más favorable desde luego presagiaría a los misioneros en sus nuevos amores. Ellos veían ya alrededor de la quebrada familia dispersas a recibir...
su educación. Fundados en esta esperanza consola-
adora, levantaron una reducción a la que dijeron el
nombre de San Rafael. El temor de que la proximidad
del invierno dejasen sin subsistencia a la nueva
colonia, hizo que el padre Ruiz se encargase de
buscarlas en la ciudad de Salta. Entretanto los otros
compañeros aumentaban el establecimiento con nue-
as reclutas de preséritos. Esto era el estado de las
cosas, cuando se supo que regresaba el padre Ruiz
con un convoy, escoltado por el sargento may-
yor D. Lorenzo de Arias. A esta noticia los dos
misioneros con algunos de los que retenía el licen-
ciaado Zárate, se apresuraron a salirles al encuen-
tro a distancia de seis leguas de la reducción. No-
bién habían arribado a este puesto, cuando un caqui
que Matagnayo, les advirtió en secreto, que los To-
bás y Mocóvies habían resuelto sacrificarlos a sus
iras. Antes de poder delibear sobre su situación
presente, vieron salir de un bosque vecino ciento
y cuarenta Tobás, y algunas tropas de Mocóvies.
Los misioneros se lisonjeaban, que a fuerza de ca-
ricias y agasajos no les sería difícil conseguir
soltasen las armas de las manos. Se engañaron; por-
que acentuándose los bárbaros a sus personas asfixian-
dando un espíritu de paz, los mataron con sus maca-
mas. Dieron doce personas de que se componía la
comitiva, tuvieron la misma suerte, a excepción de
uno que escapado del peligro, llevó la noticia de
esta calamidad al padre Ruiz. Cortadas las cabezas
de los demás, se retiraron los bárbaros a celebrar en
sus crímenes esta victoria. El padre Ruiz con los det
CAPÍTULO VIII.

Contoy llegaron a la reducción por caminos extraviados, y la encontraron toda dispersa.

Luego que estas infaustas nubes llegaron a la ciudad de Salta, inquieto el gobernador Mendoza por las vidas del padre Ruiz y del sargento mayor Arias, hizo tocar al arma, y se puso en campaña. Pero lo previno el teniente de Jujuy, quien salvó todo el convoy, y lo condujo a esta ciudad. Quisieron los jesuitas, como observa Charlevoix, que a fuerza de regar el Chaco con sus sudores y su sangre fructificase verdaderos cristianos, y así pidieron el restablecimiento de esta misión. Pero no estaban las cosas en estado de acometer de nuevo esta grande obra. Por lo demás, creían los españoles que estaba degradado su nombre, dexando sin castigo un insulto, que rebañaba su reputación. A fin de repararla, y hacer entender a los bárbaros, que no sin arrepentimiento suyo podían ofender una nación en estado de hacerse respetar, dio sus órdenes el virey de Lima, duque de la Pala\textsuperscript{la}, para que trasportándose al Tucumán D. Antonio de Vera Muxica, \textsuperscript{a} tomasen el mando de las armas, y vengase las muertes del licenciado Zárate y del padre Salinas. Sintió mucho el gobernador Mendoza, que se manejase con tanta poca miramiento la delicadeza de su honor. El malogro de la expedición de Vera parece que debe en parte

\textsuperscript{a} Acababa Vera de gobernar el Paraguay, por la entraña del propietario.
atribúyéndose a este personal resentimiento. Con cuatrocientos españoles y quinientos indios auxiliarse comprendió este general dicha jornada, en 1685 y a la verdad no correspondió su éxito a las esperanzas que se habían concebido. Cien prisioneros, que los tomando a los enemigos daban mucho auxilio sobre la acentia, y el enemigo; y la pérdida de trescientos caballos que se arrebataron al mismo tiempo los dejó más insolentados. Ellos embistieron después rápidamente el presidio de Esteco, mataron parte de la guarnición, y libertaron sus prisioneros. Lozano en su historia manuscrita aboga la conducta del gobernador Mendoza; pero otros documentos dignos de fe no dexan de persuadir, que su rivalidad con Vera trajo por consecuencia este infortunio. Pondremos aquí una carta del virrey de Lima sobre este asunto. «Por la carta, dice, que el señor maestre de campo general ha escrito al señor presidente de la Plata, y los autos que hizo sobre la entrada y retirada del ejército, que todo mal lo ha remitido y ha visto la constancia y valor con que el señor D. Antonio ha esforzado esta jornada y lo que en ella ha trabajado; aunque le han ayudado tan poco las asistencias del gobernador; inconvenientes que siempre se pueden temer cuando pende el logro de una expedición de quizás piénsa que otro se ha de llevar la gloria... pero aunque el suceso haya sido menos afortunado de lo que esperábamos, no podrá quitar al señor D. Antonio el gran mérito que ha hecho en el servicio del rey.»
CAPITULO IX.

Desprendido de los cuidados de la guerra, el gobernador Mendoza, y en esa especie de calma tan necesaria para trazar y ejecutar proyectos, desplegó con más dedicación sus desvelos sobre las materias políticas encomendadas a su cargo. Haciendo tiempo que los vecinos de San Miguel del Tucumán suspiraban por una situación menos desventurada, que la que les había tocado en suerte, las malas aguas de esta ciudad y su territorio, crían en las gargantas unos tumores conocidos con el nombre de recotos, y se hallaban sujetos, a más de esto, a las invasiones del río. Mendoza trasladó la ciudad al sitio en que hoy se halla, en 1685.

A la verdad, todas las ventajas de la naturaleza, concurren a recomendar la buena elección que se hizo. Esta situada esta ciudad sobre una llanura dominante, que siempre ofrece a la vista sus agradables prados un objeto variado, ameno, y delicioso. Su temperamento es suave, aunque algo ardiente, y se dejan conocer en las beneficas influencias de su aire, los buenos hábitos que le suministra el reyue vegetal.

Casino era menos lastimero el estado de Santiago. Siempre combatida por los desbordamientos de su río, se veía cubierta una gran parte de sus edificios. Los vecinos se conmoveron más adheridos a su fortuna individual, que al decoro de su patria, no cuidaban de repararlos, porque arrasados del interés venal, hacían una mansión en los pueblos de sus señales, cosa total olvidada del lugar, que les sirviera de cuño. El gobernador Meno-
LIBRO III.

daza puso término a este desorden reprobado por las leyes, siendo un término perentorio en que debían repoblar los solares bajo la pena de aplicación al fisco. A favor de este arbitrio, y el de reparar los aqueductos para el fomento de las tierras, recuperó Santiago su pasado esplendor. Con estos servicios acabó su gobierno D. Fernando Mendoza Mate de Luna en 1686.

La fundación del célebre colegio de Monserrat, acontecida en este año, tan distinguida en los festejos de esta provincia, y tan recomendable por los frutos que ha producido, dió a la ciudad de Córdova una gran importancia, y a la instrucción pública un apoyo seguro. Debió su origen al ilustre D. Ignacio Duarte y Quiros, honor de Córdova, su patria, y del estado eclesiástico, quien lo dotó en cantidad de treinta mil pesos, importe de todos sus bienes. Con este fondo se costeaban sus alumnos acreedores a esta gracia por su pobreza, habilidad y juicio, pagando los demás ciento y diez pesos por año. La insigne distintiva de este colegio es una vega encarnada, de que colgaba un escudo de plata con las armas del rey, bajo cuyo real patronato se fundó. Desde su creación se puso bajo el régimen de los jesuitas, a quienes debió su mayor reputación, y la que siempre sostuvo entre sus manos.

Por estos tiempos las ciencias eclesiásticas eran las únicas que se hallaban en honor, porque el estado eclesiástico era la profesión que daba más crédito y más utilidad. De aquí nació que el prin...
CAPÍTULO XXXI

... en el instituto de la colegio de Montserrat... por no decir único, fue proveer los pueblos de buenos ministros. Así por este principio, se hizo porque las constituciones de este colegio estuvieron obra de regularidad y que se quedó convencido que el bien para aquellos ciudadanos, el buen y correcto, era de méritos; de donde se dedujo que faltaba mucho para llegar a la perfección que exigen las obras de estos colegios. Las instituciones de este colegio de educación pública, deben tener por objeto ser una ciudadanía útil en todos los estados y darles el carácter propio de la nación. ¿Podían esas esperanzas que se progresaran, inspirar horror a toda la nación del mundo? Y trabajadas por regularidad, destacar de otras, algun sabor, ¿qué claustró? La formación del hombre, física y moralmente, mostrándose desde capítulos iniciales, a que deben terminarse y del plan de educación para el joven. El primer, que consiste en darles enseñanzas corporales de qué, recibir, la cuerpo, alegres, razones y salud, a que se desarrollan, en ser buen ser. Los ejercicios, ser, dar, propio de un caballero, joven, no podía ser cultivado en un colegio. Algunos, de danzas, de equitación, dejar dar, otros, ejercicios que tanto proporcionan al cuerpo, y de la excrecencia de la mente, que es el y no en, para alcanzar, consacrar en, por si mismo. Este colegio, tanto de un caballero, cuya experiencia se deriva que es una base para elección, su elección, donde un profundo sien- sa debe huir a la esfera de los libros antiguos...
sólo presentaba el de un esfuerzo de mucho esfuerzo, y de mucho trabajo. Por lo que mira a la educación moral, dirigida a prever el desenlace de las circunstancias y las virtudes, necesitamos aprender a los primeros, que no son aquéllas estudios de las literaturas vivas y frutas más de la geografía y la historia. También echamos menos los medios de existencia, sean prinzipios, fomento de saberes, etcétera, y al que en vez de que del genio, deben los grandes progresos. Hablaría decir y se habla una enseñanza de premisas capaces de dar todos sus medios a las potencias de los jóvenes y las técnicas de las épocas. En cuanto al segundo, es decirlo, qué hacer de los jóvenes, de decirles antes de desempeñar el mismo deber ser siempre el medio de educar el espíritu en lugar de enseñarlos. Se quiera adecuar de este modo la fertilidad, para obtener estas alegrías esas gradas y hablemos de suvenencias, llevarán más al abandono en otros mismos jóvenes vestidos por sus tiempos a las grandes nociones del honor. Verdades que no era el fin de esta infancia. Digo veo que se hace es curioso que se hagan más dentro de los jóvenes, que padece en el delirio porque siempre se impone. La maldad, la hipocresía, la falsedad, la ingenuidad; son sus visitas recientes. De vestir tecnología una inmortalidad del alma punitivo que separa las leyes de este cabal. Entonces, parece que la educación bastará asegurados los otros medios de predicar la sencillez que para todos los
días se prescribieron tareas espirituales, mental y emociones de conciencia, tabaco y más. El verdadero cristianismo consta en el cumplimiento de las deberes respectivos de cada estado, haciendo las obligaciones de acuerdo a la suya y la destreza de la ley. De modo que en sus tareas eran impedimentos, de las cuales, como de las escasezes del tiempo. Mas que el hablar y obrar de los padres, en la buena esencia y obra, podría ocurrir que las cosas fueran mejor que lo dicho. Pero si lograr o tener las escrituras de la Iglesia, al tiempo que las ciencias, en unos casos se mejora el estado y las otras, en otros casos, se hacen peores. En esta manera, en el siglo XVII, los fines de los siglos se señalan con el planteamiento de la provincia. En el gobierno de D. Tomás Felix de Argandoña, gaditano, hubo de perecer en su misma cuna la nueva población del Tucumán. Quarenta y tres de sus moradores fueron degollados de improviso por los bárbaros, quienes muchas veces confiadamente se introdujeron en la ciudad. Se colocó en este gobierno el nuevo templo de la catedral de Santiago. En el de D. Martín de Jáuregui, vezcongado, que empezó el año de 1692, aconteció el 13 de setiembre el memorable temblor de tierra, cuyo suceso puso en consternación toda la provincia, y sumergió la ciudad de Estece. Debe atribuirse a la
La ciudad de Córdoba, se dio por estos tiempos digna de la traslación, que a ella se hizo de la villa episcopal, año de 1700. Parece muy probable que con esta traslación se extinguiese el colegio de Santa Catalina virgen y mártir, y que suplidas la competencia entre los predominiados, los jesuítas, perdieron su nombre del de San Xavier, y acaso la suprema el de Lertu, que ahora tiene.
CAPÍTULO X

Era Robles a gobernar a Buenos-Ayres: su cédula; la colonia del Sacramento; su defensa del mundo; primer establecimiento de la Colonia del Sacramento; acción heroica del capitán Juan de Aguilera, santo de Jesús; otro del portugués; Manuel Gelvan, y de su consorte; la Colonia del Sacramento en la corte de Portugal; caricias tropicales a los infrantes; Empleo del oficial que había residido en el mismo sitio; los hermanos de ambos potenciales gobernadores; Carrera de residencia a Buenos-Ayres; gobierno de Robles; nuevas emociones en el nuevo embajador en París, que veremos son las virtudes; los exemplos del mérito, y algunos sermones con que despenzó edificioso a Buenos-Ayres; el presidente Salcedo, no hizo más que abrumar el odio, que prevalecía en la desgracia y la clemencia de su inmediato sucesor. Fue ello este año de 1674. Don Andrés Robles, ingeniosamente distinguido, por sus bravuras, en la carrera militar. El honor en el que salud debía obrar en todas sus acciones, de esta profesión, y de una incomprensible con los sucesivos pasos de la misma, más para los movimientos de las tierras del este; pasiones, cínicas; extranjeros; que nos impresionan, en América, el corazón de Robles? Esto es el gobierno que por lo menos ha traído esplendor a muchos gobernadores, y en el que vino a estrellarse el suyo. Empleos, licencias, extraviós de dinero, todo fué vendible en el gobierno de Robles, sin malograr ocasión de enriquecerse. Ocupado, únicamente...
mante de la santidad del Evangelio, en cuyo nombre hablaba cierto orador del orden de predicadores, dirigió en Buenos-Ayres su censura contra la avaricia de esos magistrados, cuya falta industria, como Dios un gran sabio, sabe dar a un fruto ser una infeliz fecundidad. Rables se apropió á su vez de la censura como el que más la merecía, y convirtiendo su odio imposable contra todo el cuerpo religioso, lo hizo experimentar los efectos de su severa condición. (a) Otros muchos personajes no se visieron tan poco libres de sus ultrajes. La opresión hizo levantar el grito hasta los oídos del trono. Carlos II se creyó en obligación de detener el progreso de estos males, mandando al Obispo de Córdoba se hiciera un peaje de sus monjes y otros eclesiásticos. Debió ser bien castigados, pues se le despide demasiado tarde, siempre pesadumbre, como cabría esperar. (b) Al mismo tiempo sus banqueros exigieron al relámpago sus privilegios, y el soberano no lo asistió. De los muy débiles, Dios se movieron ante de Dios. El hijo de España, por 1678 se hallaba secretamente en la escena de Portugal; sobre el antiguo plan de las discordias de este concierto por las bandas despotricadas del hijo de la Península se despertó en tiempo de escuelas, los titulares flamencos que estas adquisiciones á fines de 1672 y principios de 1680, estableciendo los insinuantes que la primitiva en su forma como las ideadas 
se mantuvieron con lo es, y entonces, por lo que la ciencia y que los asuntos ciertos se mantuvieron con los mismos puntos de tanto en tanto, explicaron, continuaron como 
(a) Llegó hasta el extremo de impedir que la guerra...
CAPÍTULO IX.

Aun Gabriel está Colonia del Sacramento tantas veces negociada por la política, y disputada por las armas. No fueron los asiduos de su Pueblo sino el mismo gobernador del Jedeyroq De Manuel Lobo, quien bien provisto de tropa y artillería, multitudes y demás pertrechos de guerra, abrió en personas de ciudades, de edificios de una y otra

El gobernador García no pudo ver con sorpresa una usurpación tan manifiesta, y unas consideraciones tan presunctorias. Sin la menor duda, como inquiría de Lobo sus designios, y advirtiéndose se venga de tal modo a un establecimiento permanente, el Campolalieno le compraviera de casa de termino las dos ciudades, con

dar lugar a un venenoiusimento a la justa pretensión. Antes de que a las armas se sanción la disputa sobre los derechos respectivos de El Palán y Pimentel. Por toda vez se prohíbe Entre

los linajes, y que según la cosmografía pertenecía, reclamando el rey entre los suelos de la Colonia con sus vastos territorios adyacentes. Por su desgracia era el forró del rey a carta bula que en derrumbamiento de la colonia del país, como Campolalieno. García por lo que parece hizo patentadas las vele

donos de este ardilloso mapa, y luego no pudiendo ajustarse los dos gobernadores contrayendo, concluyendo se aban el obispo del Trinidad, al la sucesión de un obispo en rienda, de supjer, en

El rey volviendo esta manera en 1518 por el portugués Juan de Negraes del que tenían obra, siempre monte el marco dice verse y placentera la colonización de aquella, en algunas partes

los nombres: Arubí, Nave, elíte, inmortalizó a Marías de la
vínculos, discutir los derechos en el consulado y con
secuencias, la misma su decisión. Junto a Greco en
Buenos Aires, creación nominal de intendencia, donde
manifestó su apoyo al presidente, conferenciando con
la presencia de D. Francisco Guzmán y Tardá, pudiendo
responder a esas reglas y detener conflictos. Convoca
a la presencia de los españoles de santa, así como en
Casas del Cien, viendo al general Antonio de
Vera, Musica, entre otros. La decisión fue unánime.

Una legua de la plaza, mandó hacer para el último
requerimiento, al que no cediendo, la perseverancia
de Lobo, se puso en marcha, todo el ejército.
Para inutilizar al primer enjambre de la acción,
le sirvió, dispuesto el general español, que fue el
franco de que tan pronto valientes, demorados,
los esfuerzos, se dejaba la guardia que llevaban:
los tercios, Guaraní, presidencias, de los
cabos nacionales, y de capitanes españoles, ya no
eran esos, y se mostraban, dispuestos a lo
mayoría, a la voluntad, orden, disciplina, Instru-
dos por el general. Veía, se habían agrupar-
ados al manejo del arma, a seguir las instrucciones, y
a cabalmente, los cabos militares, el resto, poniendo
la retaguardia. En medio de la marcha se presen-
tió, que se quebraban los indios por ser llevados al
matadero, inquiridos los motivos de sus quebridas
y sus quejas, se supo los otros, que el conato
se había instaurado, entre los pieles, los caballo,
y luego que sintiéndose heridos se precipitaran sobre
el
filas, y causasen un desorden de que podría aprovechase el enemigo. El general Vera, haciéndose honor de reconocer la justicia y oportunidad del reparto, mandó retirar los caballos. Poco antes de rayar el alba, llegaron los indios a la fortaleza. Aunque se les había comunicado la orden de suspender el ataque, hasta que a la luz del día recibiesen la señal por medio de un tiro de fusil, impaciente en indio de la tardanza, con un valor innóptido se arrojó sobre un balsarte, y destruyó la estancia que encontró rendida al sueño. Mas vigilante la de otro puesto, dispara su arma avisando la cercanía del español. Los Guaraníes, entienden esa señal por la misma que esperaban; la acción se hace general. Embisten la fortaleza por todas partes, y poniéndose unos sobre otros, sirven algunos de estribos a los españoles para escalar los muros. Entra todos se adhirió la admiración. El capitán Juan de Aguileta, vecino de la auténtica Fe, quien a costa de perder un brazo, apresó la bandera portuguesa y emplazó la de Castilla. De los portugueses unos se arrojan al agua; precipitadamente, donde, perseguidos de los indios, los que no van prisioneros, son echados a pique. Otros resisten el ataque con más valor y una energía digna de su antigua gloria. Sobresale entre todos el capitán Manuel Galvan, igualmente, al caballo visita todos los puestos, alza el valor de los más exhorzados, reordena los batallones y anima a todos con su ejemplo. No parecía sino que con estudio buscaba morir, en el lecho, de honor. El
sentimiento que su muerte dejó a los españoles, huró mejor que todo sus funerales. Con valoril
demudó lo imitaba su consorte en esta lucha: jugando a su lado al acero, se había propue-
to dividir con él la gloria y los peligros. Fué en vano que los castellanos la convidasen con la vida. Es-
ta hembra superior á todo elogio, tuvo á menos sobrevivir á un marido que adoraba. Juntaendo to-
das las fuerzas de su alma, lo fué á buscar por la puerta de la inmortalidad. Jamás batalla fué más obsti-
nada. Siempre firmes los portugueses, rechazan por dos veces el tercio de Guaraníes que mandaba el casique D. Ignacio Amsadán. La victoria tú-
tubea; pero este héroe americano la obliga á fixarse de su parte. Todo ocupado en alentar á los
bravos, vuelve el acero contra los que huyen; los obliga á renovar el combate, y lo ejecutan con-
tal desdén, que cubriendo el campo de cadáve-
res, le quitan al enemigo toda esperanza de veint-
as. Lobo con toda la guarnición quedó prisione-
ro de guerra. Los indios habían insultado la persona y casa de Lobo, á no haberlo defendido con espada en mano el general Vara, quien le salvó del desmes y agasajos. Consiguieron esta vic-
toria el 9 de agosto de 1690.

Entretanto que esto sucedía en esta parte de América, la costa de Madrid aunque ignoro del uniu-
sio de sus armas, pero sobradamente instruida de la inscripción clasificada de los portugueses en ter-
mos de su dominio, daba estrechas órdenes al alca-
za Mayerani enviado de Carlos II. en Lisboa, pra-
CAPITULO X.

en que exigiese la satisfacción debida y pronta ejecución del terreno. En dos audiencias que dio al abate el príncipe D. Pedro, gobernador del reino, hizo como se le mandaba los requerimientos más solemnes. La corte de Portugal, que no conocía esa regla que su interés, recurrió a esa política de fraude y de artificio de que la historia moderna provee tanos examplares, y haciendo ver á Maserati con estudiosas dilaciones la inutilidad de sus quejas, se aprovechaba del tiempo para referirse con cuatrocientos hombres la guarnición de la Colonia. Reiteraba Maserati con más calor sus pretensiones, cuando se recibió en LISBOA la noticia de haberse rendido aquel presidio por asalto. Ardiendo en iras el príncipe D. Pedro negó su audiencia á Maserati, arrestó tropas á la frontera de Castilla, y ordenó á su enviado en MADRID exigiese el castigo de GORRO, y la restitución de la plaza. A estas animosidades del príncipe D. Pedro daban acento las sugestiones de la Francia, y la esperanza de que ella sería en esta guerra su consorte. Pero la Francia siempre atenta á alimentar discordias entre España y Portugal, veía con placer una ambición de que se prometía la ruina de ambas corones. No era ya la España en estos tiempos esa potencia dominante, que cada ayer de Carlo V, y Felipe II, habían arraigado el destino de la Europa. Siempre infeliz desde la batalla de Bucaco, abrió por fin los ojos sobre su situación, y no trató sino de conjurar la tempestad por los medios
mas humildes. Celebróse entrec las dos cortes en Badajoz y Yelves, año de 1681 un tratado provisorio, por el que se le devolvía al rey fidelísimo la Colonia del Sacramento, no para que se reuniése a su corona en plena soberanía; sino para que la reteniese en depósito, desmantelada como estaba, mientras que por comisarios se nombrarían; se definiese la legítima pertenencia (a). Era igualmente cláusula, que esto debía entenderse sin perjuicio, no sólo de los derechos posesorios y de propiedad de ambas coronas, sino también del uso y aprovechamientos, que hubiesen gozado siempre los vecinos de Buenos-Ayres.

No perteneció a la historia una discusión jurídica sobre los fundamentos en que cada una de estas cortes apoyaba sus derechos, justos ó imaginarios. Pero la ciencia de las leyes tiene su parte histórica, y ésta es a la que será bien que consagremos un momento. Hecho el descubrimiento de la América por Cristóval Colon, se apresuraron los reyes católicos D. Fernando y Doña Isabel, a conseguir de:

(a) Por el artículo 10 de este tratado, se decía que dentro de dos meses debían ser nombrados estos comisarios, quienes dentro de su nombramiento pronunciarían su sentencia; y en caso de discordia, se ocurriría al Papa. Se congregaron en efecto los comisarios en Badajoz y Yelves; pero insinuosamente, porque nada se decidió. La corte de Madrid recurrió a su Santidad, pero no lo hizo ya de Lisboa.
CAPITULO X.

La idea apostólica un título de conquista; que elevase la usurpación a la clase de derechos. Sea que por aquellos tiempos se hubiese soltado de la mano el hilo de la tradición en muchos puntos disciplinares, o que obligada la corte de Roma a luchar contra las potencias, acostumbrándose a los negocios más espinosos, hubiese convertido en sistema la delicadeza del arteficio; lo cierto es, que inculcando en opiniones falsas, introdujo principios los más favorables al dominio temporal de los papas. Concediendo estas conquistas a los reyes, afirmaban ese dominio, y por lo mismo las hacían para sí mismos. Todos saben que Alejandro VI. en su bulo de 1493, declaró solemnemente pertenecer a los reyes católicos todas las tierras e islas descubiertas y por descubrir al occidente de una línea que debía pasar de un polo a otro, a cien leguas de las islas Asóres y Cabo verde. Por este espacio de 100 leguas se creían preservadas las conquistas de Portugal, cuyo derecho se extendía hacia al oriente. El nuevo mundo quedó así dividido entre dos potencias, cuyas pretensiones, si estuviésemos a la observación de un crítico historiador (a), debían ser siempre dudadas; que no se advirtió por entonces, que lo que era oriente por un lado del globo, venía a ser occidente por el opuesto. No hallamos más en su lugar esta crítica: Después de verificado el descubrimiento de los antipodas y la configuración...
ción del globo, aunque no exacta, ya no se pudo dudar esa m autoral alternativa de orientes y occidentes respectivos. Tirada pues la línea divisoria, y hechas las adjudicaciones insinuadas, claro está, que la que se establecía por una parte del globo, debía entenderse en sentido contrario por el opuesto. Alejandro VI sabía, que hay oriente y occidente racional, y que siendo cada cual uno en su capacidad, bastaba que a éstos se refiriese.

Pero sea de esto lo que fuese, la historia nos enseña, que resuelto de esta partición el rey D. Juan II. de Portugal, recurrió a los reyes católicos en solicitud de otra, que le diese mayor parte en la presa. Los monarcas españoles veían ya acrecentarse su monarquía hasta un punto de grandeza, que después ha sido mirada por un fenómeno como el más singular en hecho de fortuna. Por lo mismo, actuando con generosidad a la propuesta, concedieron por el tratado concluido en Tordesillas en 1494 documentos auténticos legítimos mas, sobre las 100 asignadas por la bula aletancina. Quedó también estipulado, que por profesores inteligentes en la geografía, náutica y astronomía, asignados de una y otra nación, quedaría señalado el sitio donde debía llegar las arrecientes setenta leguas del convenio, como mismos los lugares por donde pasarían el meridiano de demarcación. No tuvo efecto esta diligencia a pesar de las vives solicitudes de los monarcas españoles. Las negociaciones, cuyo objeto se termina a prevenir guerras y querellas, por lo común no hacen otra cosa, que engendrarlas sustituyendo nuevas especie
CAPÍTULO X.

vanza y nuevos temores. No tardó mucho en
trasarse la disputa. No hará una mención de las al-
tercaciones sobre la pertenencia de las islas Molu-
cas de que se trató en el congreso de Badejos y Yel-
ves, año de 1696. Establecidos en el Brasil los por-
tugueses, todo lo veían situado a la parte del orien-
te. De aquí es, que los venimos interrumpirse hasta muy
cerca de los confines del Perú, navegar por el río
de la Plata, y propusarse hasta levantar la Colonia
del Sacramento en suelos notoriamente posesidos
por España. Esta ambiciosa conducta de los por-
tugueses provocó a un examen serio sobre los deno-
samientos respectivos de una y otra nación, y dis
motivo al segundo congreso de Badejos y Yelves, de cuyos
resultados hemos hablado ya. Continuamos el hilo de
las ulteriores negociaciones a fin de no anticiparlas
a sus épocas respectivas, y poder seguir la serie de
los hechos que nos presenta la historia.

El primer artículo de este último congreso te-
sía su tendencia al gobernador Garro. Damasien-
do unida la corte de Madrid, y respetando la dedi-
cación del portugués, le mandó salir de Buenos-
Ayres para la ciudad de Córdoba, donde debía espe-
er nuevos mandatos de la corte. Esta demos-
tración de desagrado no era una que afectada.
El rey reconocía en Garro un fiel servidor suyo
y había premiado su mérito con la presidencia
de Chile, adonde pasó el año de 1682.

Nueve años consecutivos de una profunda paz
darrieron bien señalado el gobierno de D. José de
Herrera, sucesor de Garro; pero los hizo más dig-
nos de la memoria la general aceptación de su
mandato. En 1683 entregó a los portugueses la Co-
lonia del Sacramento a virtud de lo estipulado,
reservándose el cuidado de prevenir nuevas usur-
parciones por medio de la vigilancia más atildada.

Sucedía a Herrera en 1681 D. Augustín de Ro-
bles. La soldadesca inquieta del presidio soltó
por este tiempo la rienda a sus pretensiones in-
moderadas, y se amotinó contra su gehe. El aní-
mo intrépido de Robles sirviendo de correctivo a
sus errados consejos, calmó la sedición. Robles vió
venir sobre Buenos-Ayres a Mr. Poinis con sus
veinte y cuatro baxeles, cuya codicia irritada con
la rica presa que le dexó el saco de Cartagena,
se prometía otra igual en este puerto. Su valor,
su aplicación y su prudencia, pusieron la plaza
en estado de desafiar la tempestad. Dos mil Guara-
rantes de misiones jesuíticas, cuya pericia mili-
tar se hacia admirar de todo el mundo, y lo res-
tante de la guarnición, fué lo que opuso a las,
fuerzas francesas. La paz de Resvies firmada en
1697 acabó de disipar este nublado. Robles dexó
de mandar en 1700.

FIN DEL LIBRO TERCERO.
LIBRO QUARTO

CAPÍTULO I.

Inquietud de los gobiernos de España por los movimientos de los extranjeros; los portugueses se unen con los indios y éstos son descartados; primer asiento de los negros; el gobernador fallece sobre la Colonia del Sur; acción heroica de tres indios; se rinde la plaza de la Colonia; estragos de los Yarés y los Characas; entra a gobernar D. Manuel de Velasco; D. Francisco de Peru derrota a los indios; codicia de Velasco y su prisión; ruidosa competencia acaecida con la muerte de D. Alonso de Arco su sucesor; creación de la plaza de teniente de rey.

Con asombro de toda la Europa concluyó el siglo XVII. viendo á un príncipe Borbon heredero de la España y las Américas. La Italia, las naciones del Norte, la Inglatera, la Holanda y Portugal, reconocieron al duque de Anjou, después el nombre de Felipe V. por legítimo sucesor de los reyes católicos. Dos tratados de división de esta monarquía se han de mantener el equilibrio concluidos entre Francia, Inglatera y Holanda, aun viviendo Carlos II. último rey de los austriacos, habían sospechoso el reconociendo, y daban lugar a muchas inquietudes. La reflexión y perspicacia del nuevo monarca español le hicieron...
ron temer, que la reputación con que corrían las riquezas del Potosí, arrastraría a esta parte del globo las potencias marítimas aliadas de Austria. Con este motivo escribió a D. Manuel de Prado Maldonado, que en este mismo año de 1700 había empezado a gobernar esta provincia de Buenos-Ayres, encargándole pusiese el puente en estado de prevenir los reversos de la guerra. Prado entre otras prevenciones puso sobre las armas dos mil Guaraníes de las reducciones jesuíticas, quienes volaron en su auxilio para acreditar la confianza, que no en vano se prometía al monarca de su fidelidad. Por esta vez quedó en amago el golpe, y los Guaraníes se retiraron.

No había medio de seducción, que fuese desechado por la política de la Austria. En carta de la misma data comunicó el rey al gobernador estuviese prevenido, que á más de otras personas, entre quienes se contaba el secretario del secreto de Harach, ánte embajador de Alemania, dos religiosos trinitarios uno español y otro alemán residentes á la sazón en La Plata, debían pasar disfrazados á estas provincias, y teniendo el hábito de su orden, como también el título imperante de misioneros apostólicos, entrar con sumisiones la fidelidad de estos usallas. 

---

(a) Con la misma fecha escribió el rey al superior de los jesuitas encargándole remitiera al gobernador cada quince días, á los menos, treinta mensual.
CAPÍTULO I.

Sin de impresionar al rey la actividad y el ardid, propias de su genio, autorizó también al gobernador para que persiga en la provincia de toda persona sospechosa, sin excepción de estado, condición ni rango.

¿Cuando el rey tomaba estas justas medidas, que dictaba la prudencia, a cuya cada se recelaba de otro enemigo encubierto, tanto más peligroso, cuanto más cercano a sus estados. Verdad es que por el artículo 6 del tratado de alianza, ajustado entre España y Portugal en 1501, fue excluida a esta potencia la Colonia del Sacramento con derogación del previsión de 1631; pero más es menos cierto que por los procedimientos del Lisboa fue también éste solo en su mismo origen. Con todo, la experiencia hizo conocer que cambiando al portugués, en que Felipe V no quería añadir un enemigo más al corona, aun vacilante sobre su cabeza, se había propuesto no sólo restablecer a ambas de las disensiones la Colonia del Sacramento, sino también traspasar todos los límites de da demarcalción. La profunda impresión, que el autor de los atentados había dejado en los ánimos de los portugueses brasilians e inclusive de adversarios para ensayar todos los medios de instilar en su corazón. Fué uno de ellos confesados con las inicuas Guaranis, asociados entre las seducciones y la Colonia del Sacramento, a quienes siempre han despojado, y de todo lo que tenía para la guerra. Aunque acreditados estos bárbaros con la protección de sus aliados, no se averiguó siguiendo que fueran en los cuarteles, res-
LIBRO IV.

pasados de los Mamelucos, y admirables en el día de su cese. Mas en fin, rendidos a las imparables ayesiones de los portugueses, se arrojan a favor del descuido sobre la población de los rayos, la sorprehenden, y la entregan al saco, sin exceptuar lo más sagrado. Los neófitos de esta reducción se refugiaron a la más inmediata, desde donde imploraron el auxilio del gobernador Prado, quien les suministró uno bien escaso, pero bastante en el concepto de ellos para arriesgar un combate. Un cuerpo de dos mil Guaraníes de las misiones jesuíticas se puso luego en campaña y buscó el enemigo en 1762. Lleno de coraje uno y otro partido, se combatieron largo tiempo con más gloria que virtud; pero empezando a sufrir los infieles, evitaron con la fuga su exterminio. No estaban desanimados los bárbaros: con el auxilio que les dieron los portugueses se presentaron de nuevo a sus contrarios, contando recuperar una victoria que los había abandonado. Los neófitos los esperaban a pie firme, y aunque fueron embestidos con mucho orden y resolución, no fue menos esforzada su resistencia. En este primer choque nada se decidió: los cuatro días siguientes se renovó el combate, porque siempre neutral la suerte, no se cesaba de pelear sino para refrenarse, y tomar nuevo aliento. Por último, el quinto día fueron deshechos los bárbaros, y sus auxiliares, sin que escapase alguno de la muerte, o del cautiverio. Nada adelantaron los portugueses por este lado; pero ante ellos, los indios que aspiraban humanías...
CAPÍTULO I:

tar la masa de sus riquezas con los aprovechamien-
tos de estas provincias. Corresponde a este tiempo
el primer asiento que hubo en este puerto, para
la introducción de esclavos negros. La nación fran-
cesa, como otras muchas de Europa, había adopta-
ddo el vergonzoso tráfico de africanos, y estable-
cido en su seno la compañía de Guinea. Aspiran-
de éstos avaros comerciantes a proveer de escla-
vos las Américas, entraron en ajuste por 10 años
con la corte de Madrid, quien se declaró protetor-
ra de este asiento, y lo introdujo en este puerto
(a). El deseo de aliviar a los indios el pesado yu-
go de la tiranía que les imponían los conquistadores,
bajo que en 1517 se adoptase el proyecto del cele-
bre las Casas, de buscar esclavos en la Africa. Pro-
yectó, a la verdad, que debió tenerse por igualmen-
te inhumano, a no haberse olvidado que los negros
eran también hijos de Adán. La corte así mismo
miraba con temor a ese espantoso vacío, que
había ya destruido en las Américas la diminución de
los indios, y creyó que era preciso reemplazar con
africanos esas desdichadas víctimas de la avaricia,
cuya falta iba cegando las fuentes de la opulencia
y la prosperidad. Nosotros, debemos lamentar
los de la introducción de una raza, sin cuya mezcla se-
rian más puras las nacionales. Por otra parte, acos-
stado a sobre el mero botín, lleno de vanidad
(b). Al efecto se despachó real cédula, en fecha 13 de
noviembre de 1701, en la cual se admite, el clásico error ge-
gráfico de tenerse por isla el puerto de Buenos-Ayres.
también nosotomy viéramos en esclavos, cuyos
almae embarazadas, no podían inseminarse ningún
cimiento de grandeza, era de tener que resultase
sernos una educación de menos. Valívenos a la historia.

En cuanto que los indios consintieran con los
realizas, los portugueses se aprovecharon de la
pasada diversión a fin de fortificar la plaza de la
Colonia por todo lo que el arte, la diligencia y
las circunstancias permitían para hacerlo incomparable. Desde 1705 se hallaba en posesión de ese
gobierno el maestro de campo D. Alonso Juan
de Velasco Jacuten (a), quien residía en el área de Lima, rodeado de los Montes, en 1706 hallóamos
positivas para desalojar los portugueses de la Coloni,
comparó en una empresa todas sus conocimientos militares, y tuvieron las fuerzas que pendían de su mano. Compañieras sus declaraciones
partía de Buenos Aires, era de sus días, era de las
Corrientes, quinientos Cordeleses (b) y quinientos
mil Guaraníes de la diversidad jenízaros, al mismo
do en que del auxilio menor D. Baltasar García
dijo.

él 29 de locubamos uno paso días con todo un abr

(a) Se equivoca Charlevois haciendo sucesor de D.
Mugán de Robles, no siendo sino de D. Manuel de
Frutos Maldonado.

(b) Los quinientos cordeleses habían remitiría la ganancia de Buenos Aires.
Vínculo 5.

cien a la vista de la Colonia. Fue su primera diligencia avisar al gobernador de la plaza el motín de su venida; pero este con una misma almen- sia, dio por toda respuesta, que ya no era tiempo sino de hablar con el cañón; y que por su parte, se aplaudía de tener tan bizarro competidor. Por más y menos era igual el sentimiento de nuestra gente. Dos huchas aparecidas al encuentro y conducidas a Buenos-Ayres, dieron ocasión al gobernador hiciera para ostentar su generosidad. Los dos capitanes apresadores recibieron en premio de su valor, el uso de un collar de oro, y el otro una preciada del mismo misterio; los demás marines mirem disponer por galeones, cien hombres pasos cada uno. Hubo, pasado ya los tiempos hídalgos en que se trabajaba por hacerse dignos de un ramo de laurel, porque un laurel: hacía brillar más que el oro el mérito y la virtud. Causó fuerza de la esperanza el trabajo ac dulce y constante de los indios para abrir los desiertos y casas, los cañoneros, y levantar las seis baterías que sirvieron cien el tiempo del mismo.

Las sociedades, que los portugueses se promovían del Brasil, alimentaban sus esperanzas y deseos mas energías a su resistencia. En efecto, no tardó mucho sin que viésemos arribar tan emboscados dos cazones con chibacas, los indios, y musiqueros. Hizo llamada capitanes de plaza para entregarnos un pliego, en que se felicitaban a nuestro campo con la nueva más refinada, por haberles el español sometido al discreto que Caes en edios.
de los franceses. A favor de este menguido ataque se pretendía que desistísemos de la guerra. El efecto que produjo esta sorpresa fue una resolución bien combinada de apresar también este buque; a pesar de hallarse anclado bajo los fuegos de la fortaleza. Concretadas las operaciones de agua y tierra, una amaca, una lancha y dos botes se acercaron a este buque a la medianoche con designio de abordarlo, mientras que dos mil Guaraníes, que pidieron ser llevados a un entretenimiento militar debían causar una diversion por dos baluartes de la plaza. Aunque sentidas las embarcaciones del abordaje, hicieron en deber. Por entre un fuego vivísimo del buque; desde la plaza y de tres baterías de la playa, a que las sombras de la noche aumentaban muchos grados de terror, se hicieron dianas de la prena; y les pusiéron en franca. 

Entretanto que esto pasaba, dos españoles, uno santafesino, y otro andaluz, anhelando por arrebatar las recompensas, con mas astuciendo que prudencia, sin orden de sus capos, indujeron a los indios a un asalto de la plaza. No consistió tanto su falta; en lo arrojado de la empresa, cuanto en el modo indiscreto de ejecutarla. Alientaron, do, á los acometedores, el uno en voces altas, y descargando el otro su fusil fuera de toda suma, llamaron á un tiempo á la defensa del marco; sin atencion de los sitiados, quienes lograron recha

carlos. Este accidente, sin malo produjo en los Guaraníes un sentimiento mezclado de ira, que a des
pecho de las dificultades, los obligó a renovar el ataque. Con una intrepidez digna de mejor éxito se arrimaron unos a los parapetos, pretendiendo escalarlos a beneficio de sus dardos, mientras que otros, arrojándose al agua y presentándose al extremo, llegaron a introducirse en la ciudadela. Tres de estos fueron cortados, pero peleando con desafuero, no se rindieron hasta que sus heridas los pusieron fuera de acción. Después de un día entero de combate, en que los indios desafiaban a los sitiados para que saliesen a campo raso, donde da Dios la victoria al que la merece, se retiraron por fin con pérdidas de treinta y tantos muertos, y más de cien heridos. No permite la naturaleza de un ensayo referirlo todo. Omítimos detalles interesantes en obsequio de la brevedad, que hacen mucho honor a los indios: mas no podemos desproponer de decir, que haciendo el sacrificio más entero a las fatigas y los combates, cada nuevo peligro desenvolvía en ellos una nueva gracia de heroicidad. Al juicio de un testigo ocular de estas acciones, no es menos admirable la sangre fría de sus capellanes, quienes sin temor a las bolas que pasaban sobre sus cabezas, acudían al indio que cayó para recoger sus últimas almas. El metro, dicho diamante en el que ellos caloría,

Síempre había tenido el gobernador en su ánimo dirigir pos: se mismo las operaciones de esta ciudad, sin por influencia a sus estrategas militares; obrar por instinto, atendiendo a nuestras tropas. El estudio de la astucia militar y de ubicar sus pos...
sencia, y sin dilación se puso en la otra banda; llevando en su compañía a D. Estèvan de Urizar Arespancocheha, electo gobernador del Tucumán. Era de parecer el gobernador, que un avance rápido a la plaza terminase esta porfiada lid; pero como la prudencia debía pesar los juicios por el examen de reglas militares, llevó este negocio al consejo de guerra. La vista de una plaza defendida de altas murallas, cotaduras, terraplenes, parapetos dobles, fagina, un foso profundo, dos baluartes, dos reductos y en fin otras muchas fortificaciones por dentro y fuera, decidió a los del consejo a favor del dictámen, que prefería la continuación de un sitio, en que, debiendo hallarse los sitiados faltos de viveres después de tres meses y medio, era forzoso se rindiesen, sin el sacrificio de tantas vidas que iba a costar el asalto. No sin sumo disgusto oyó el gobernador un dictámen que atenuaba los fuegos de su espíritu marcial, pero le fué preciso conformarse y aplicar todo su conato a continuar los ataques hasta ponerse a tiro de pistola, como lo consiguió... Aunque rehusaron rendirse los sitiados bajo capitulaciones honrosas, no era porque consideraban poder ya mantener un sitio tan fuertemente apretado, sino porque esperaban evadirse en los transmloses de la Janeiro. Para atajar esta clandestina evasión dispuso el gobernador, que nuestra escuadra estuviera compuesta de un navio de registro, el buque apropiado y, un burlota bajo el mando de D. José de Ibarra Lescano, capitán...
CAPÍTULO I.

guerra, saliese al encuentro del enemigo. No tardó mucho en dexarse ver la esquadra portuguesa, compuesta de dos buques grandes, uno de mediano porte y otro pequeño. Trábese entonces un combate naval en que se peleó por parte de los nuestros con bizarría(a); pero no se pudo prever que el enemigo tomase el puerto. Toda la altivez de los portugueses quedó reducida desde este punto á incendiar los edificios de la plaza, y después de veinte y cuatro años, abandónarla por una fuga inconsecuente al decidido empeño de poseerla. Fué evaquada el año de 1705(b) en que los españoles tomaron posesion de ella con toda la artillería y municiones. En esta jornada se hicieron dignos de memoria, á mas del gobernador, el general Ros, cuyo talento y serenidad de espíritu servía de modelo á los demás, el ingeniero D. José Bermúdez, D. Bartolomé Aldunate, hijo de Buenos-Ayres, D. Leandro Luque, andaluz de nación, D. Bartolomé de Saracho, vazcongado vecino de Córdova, D. Luis Guerares, hijo de la misma ciudad, D. Martín Méndez y D. Cristóbal de Ayolas(c).

(a) Los soldados de este combate fueron vecinos de Buenos-
Ayres y de Córdova.

(b) Se equivoca el padre Lonano asegurando que está plán
surreptivamente por asalto, porque sólo en tan pequeños
etc.). Las hermosas y preciosas obras de los Guaraníes deben
juzgarse en su generosidad. Por razón de su inclinación y amó
liado en real y medio diario por cabeza, en por mi parte.
LIBRO IV.

Los continuados triunfos que los Guaranies de misiones daban a los españoles, hicieron que los salvages los mirasen con ceño, y como enemigos de la causa común. Diez y nueve indios de la reducción de Yapeyu, y otros que navegaban el Paraná, fueron pasados a degüello por los Yaros y los Charrúas en 1707. Respirando indignación y venganza docientos indios Yapeyuinos salieron a tomar satisfacción por las muertes de sus hermanos. Creyeron los enemigos haber burlado su designio, refugiándose a una laguna y un bosque inmediato, desde donde haciendo alarde de las muertes pasadas, respondieron a los requerimientos con una risa insultante. No les fue soportable a los Guaranies un ultraje tan descarado. Ellos se miran unos a otros con un ayre de enojo y resolución, y como si hubiesen concertado en secreto desafiar a la muerte misma, se echan a la laguna. Los más arrojados fueron recibidos en las lanzas de los bárbaros, donde hallaron un fin glorioso; pero los más cuerpos se mantuvieron en un cuerpo, y lograron apresar toda la cantidad de niños y mugeres abandonadas de los suyos. Cargaron después sobre los del bosque, de quienes...
mataron los mas osados, y tomaron prisioneros a los demas.

Por este mismo tiempo se coligaron contra las Misiones los Guenos, Moblanes, y otras naciones bárbaras, quienes cayendo de sorpresa sobre los pueblos de la Cruz y Yapeyu, mataron treinta y ocho indios, y cautivaron veinte y seis. Después de este triunfo brutal causaron en los caminos estragos sanguinolentos, y apoderándose de las vaquerías, reducían los poblados a los extremos de la miseria. Ellos habían aprendido el bárbaro derecho de una guerra, que no sabía distinguir al inocente del culpado, ni a los débiles de los fuertes, y en que a aquellos eran más aplaudidos, que más convertían en desiertos las campañas. Fue informado el gobernador Inclán de estas calamidades, quien dio órdenes para que los Guaraníes de Misiones contuviesen a los salvages. Ellos salieron a campaña, y nada omitieron de cuanto se podía esperar de la intrepidez y el arrojo. El primer encuentro no decidió la suerte de la batalla. Los salvages cometieron varias veces, pero rechazados con vigor, quedaron tendidos en el campo quemados y uno de los mayores y muchos prisioneros. A pesar de este fracaso no desistió su obstinación. Por algún tiempo se negaron a todo ajuste de paz, y prosiguieron la guerra con variedad de sucesos. A los calamidades inseparables de la guerra se vino otra de consecuencias muy funestas. Una vez...
Los hechos de sus moradores.

Llegado el año 1703 empezó a gobernar esta provincia D. Manuel de Velasco, caballero sevillano. Hizo memorable estos tiempos el pastoral zelo del jesuita José de Arce. Continuando la guerra de los Guernos, se resolvió a desarmarlos con manifestio peligro de su vida por el suave medio de la persuasión. Entrado a sus tierras puso Dios tanta gracia en sus labios, que consiguió disipen la paz año de 1710. Este suceso pudo consolar la provincia de otros males que la aquejaban.

Obligados los indios del Chaco a ser traydores por las vexaciones que habían sufrido de los españoles ya casi no se miraba en ellos otra calidad que la de esclavos rebeldes, a quienes debía exterminarse. Hacia por estos tiempos su grande entrada al Chaco (como dirémos en otra parte) el gobernador del Tucumán D. Esteban de Urizar y Arepacochea, y, a ella debían concurrir, según el plan concertado por los gobiernos, treceientos santafesinos con otros tantos de Corrientes. El gobernador Velasco encomendó el mando de estos dos tercios al recomendable D. Francisco de Vera, regidor de Santa Fé, quien a fines de agosto se puso en marcha; miró este general con impaciencia el descuido de los correntinos, cuando al incorporarse estos con su gente, sólo se los presentó ciento y sesenta hombr...
CAPÍTULO I.

... do y al temor; valiéndose mañosamente de la frugosidad de los bosques, asaltaron sin ser sentidos el campo de Vera, y consiguieron gran dispersión en la caballada. Al siguiente día del ataque los dirigió este general hasta ponerse sobre sus mismas toderías; pero los indios, después de haber puesto en salvo sus familias, se presentaron al combate con toda la resolución de un pueblo libre; pero con toda la desventaja de sus armas y su indisciplina. Duró el combate desde el mediodía hasta ponerse el sol, en cuyo tiempo tocaron los indios la retirada dejando tendidos en el campo ochenta y tantos de los suyos, y perdieron dos mil caballos de la presa. El ejército español regresó hasta treinta leguas de Santa Fe, y aunque recibió refuerzos considerable, se ignoraba al tanto de sus ulteriores operaciones. Se puede concluir que esta empresa... en muy...probable que no...o no... En esa época se que Santa Fe empezó a ver...olipar su antigua prosperidad. Notiviri, caudilla de una numerosa parcialidad de la nación Moconí, abandonadas...fronteras de Salta y Jujuy, donde...do, suyos y...de su...sangre, vino por esta...medios establecerse en el país de los Abipones, fronterizos de Santa Fe. Movidos...nas...Aguilotes...sucedieron tamb...bien. Es un ejemplo...en que...Notiviri, en las...do, en...medio...común. Este...determinar a Santa Fe con toda su jurisdicción, y...no...muy...distantes...conseguirlo. No se...posibilidad...el gobernador Velaz
co se mostrase sensible las reclamaciones de un pueblo en aflicción.

La sed de riquezas a expensas del tesoro público continuaba en arrastrar pretendientes a las plazas de América. El interés impuro de esta pasión envileció por esta vez el puesto que ocupaba Velasco, quien, entretenido en su ganancia, daba al olvido sus obligaciones. Fueron tan escandalosos sus excesos en materia de extravíos, que habiendo llegado a la corte las más vehemente sindicaciones, se despachó por juez pesquisidor a D. Juan José Mutiloa, con facultad de resumir el mundo político durante su cohibición. Este ministro lo sorpreendió una noche, lo puso preso, le confisca sus bienes, y formado su proceso, se sometió a España el año de 1719. Preciso era que este y otros ejemplos de esta clase que reunía los europeos, comunicando el gusto de las riquezas, corrompieran las costumbres de América. Nada es más cierto, que donde el interés prevalece y extiende los límites de su imperio y se experimenta en las costumbres una revolución sensible. Con todo, en honor de los americanos debía confessarse, que no ha sido tan general el contagio como debía. No en amar el dinero sin pasión dominante; los contenidos que de común con una mediante; ignorar por genio el arte de adquirirlas, y las veía sin mucha lascivia en manos de los extranjos. De aquí ha sucedido, que ellas siempre dieron subsistencia en todo indio, incluso y a sus partes reunidas en ventaja de la paz
CAPÍTULO I.

tría, concurrieron a salvarla en el primer momento favorable. La historia de la revolución, en cuyo tiempo escribimos, hará ver, que el interés individual, efecto primario del amor a las riquezas, estuvo subordinado a ese interés común, que supo contrastar las más terribles contradicciones.

Los tres años y medio que se siguieron, son bien estériles para la historia. Sin embargo no debe pasarse en silencio que el año de 1714, en que tomó posesión de este gobierno D. Alonso de Arce, de resultas de la paz de Utrech, se celebró entre la corte de Madrid y la de Lüdres un nuevo ajuste por el que se concedió a los ingleses el permiso para el asiento de negros, que establecieron en este puerto. Véase aquí como la corte de Madrid en contradicción con ella misma, al mismo tiempo que dictaba las leyes más severas para cerrar la puerta al contrabando, se la abría de par en par con sus propias manos. La historia nos hará patente esta verdad. Todo era efecto de su flaqueza. La muerte prematura de Arce acortó los plazos de su gobierno, y dio lugar a unos movimientos inconsiderados, que pusieron a Buenos-Ayres en la más turbulenta situación. Su cabildo, teniendo a la frente al alcalde de primer voto D. Pablo González Quadra, D. Manuel Barranco, cabo de la caballería, y D. José Bermúdez, sergente mayor de la plaza, entraron simultáneamente en pretensiones del mando. El nombramiento de gefe militar y político, hecho por Arce a favor de Bermúdez, se creía por este un título sobradamente legítimo para aspirar al
Libro IV.

Puesto; mas con todo Barrancos hallaba mejor título en su empleo, y en la superioridad de su grado por el mando militar, a que limitaba su ambición; no creyéndose el cabildo con menos derecho para el político, lo depositó en el alcalde González. Había conseguido Bermudez que aun sin ser recibido por la ciudad, se registrase su nombramiento en los libros de cajas reales; pero urgidos sus ministros por auto del cabildo al reconocimiento del alcalde con exclusion de Bermudez, tomaron la medida pacífica de llevar este asunto a consulta del pesquisidor Mutiloa. Según la expresión de una real cédula, expedida sobre lo mismo, después de haberles advertido Mutiloa lo que a cada uno dictaba de su obligación respectiva, los remitió al Obispo, que lo era entonces Fr. Gabriel de Arrregui. Fue de sentir este pralado debían conformarse los oficiales reales con el tenor del auto intimado, mientras el virey y la audiencia de Charcas terminasen la competencia por el respetuoso lenguaje de las leyes: así se ejecutó. Barrancos se aprovechó entonces de una coyuntura tan favorable a sus intenciones, y habiéndose hecho proclamar gobernador de las armas, fué reconocido de la caballería, y parte de la infantería. Este era un artículo distinto del pasado, en que sólo se trató del gobierno político; por lo mismo, no desesperando Bermudez de entrar al ejercicio de alguna autoridad, se encerró en la fortaleza con quatro capitanes de su facción, resuelto a no abandono una causa que la juzgaba fundada sobre principios legales. Con todo, esperanzado de llegar a su.
CAPÍTULO I.

sin por un camino menos arriesgado, convino con Barrancos en que se dirimiase esta contienda por los juicios de Muñola y del Obispo. El éxito hizo ver que sólo se había comprometido Bermúdez en quanto se prometía sacar ventajas de su sumisión; pues siéndole adversa la sentencia de los árbitros, volvió a encerrarse en la fortaleza, y se propuso llevar esta discusión a los extremos más odiosos. Al efecto cargó la artillería, amunicionó la guarnición, y publicó un bando exigiendo la obediencia de la tropa. No era este uno de esos lance en que bastaba que una prudencia ordinaria diera á la fermentación el tiempo de calmarse. Barrancos con dos compañías de caballos cogió las avenidas de la fortaleza, y sitió por hambre a su competidor; quien, no teniendo subsistencias para veinte y cinco soldados de que constaba su guarnición, bajó detono, y expuso al diocesano por un papel hallarse aparejado á rendirse. Una entrevista de ambos en casa del prelado acabó de terminar por ahora esta discordia civil; pero el genio inquieto y atrevido de Bermúdez, quien miraba su obediencia como una necesidad del momento, y no como un deber, recurrió á la audiencia de Charcas pidiendo la confirmación de su nombramiento. Las pequeñas pasiones atraviesan perpetuamente las ventajas del sosiego publicó. Este tribunal halló justa la pretensión de Bermúdez, y lo puso en posesión del mando.

Preciso era que este ruidoso asunto llegase á los tribunales de la corte. En efecto, después de un maduro examen en que se pesaron los funda-
momentos de uno y otro partido, y en la que apa-
reció la razón de Barrancos armada de toda la fuerza
que da siempre la justicia, mandó el rey, que a ex-
cepción suya fuesen reprehendidos severamente todos
los que habían intervenido en esta causa. Pero con-
siderando que eran más reprehensibles Bermúdez y
sus cuatro capitanes por los medios inquietos y am-
biciosos con que pretendieron mezclar su fortuna
a la del estado, se les suspendió el sueldo por
seis meses y se les hizo conocer que sus excesos
eran merecedores de otro castigo.

La ciencia del gobierno no consiste tanto en
castigar delitos, cuanto en prevenirlos. Para cer-
rar la puerta a otros de esta clase se creó por cédula
del 15 de marzo de 1716 la plaza de teniente del
rey, con calidad que el que la obtuviese exerciera
ambas jurisdicciones, política y militar en ausencia
del gobernador.
CAPÍTULO II.


Los exámplos de gobernadores despeñados que sucesivamente nos presenta la capital del Paraguay, nos ponen a la vista de lo que es capaz un pueblo puesto a una gran distancia de los que pueden reprimirla. Unido a esto el peso de una costumbre por la que los subalternos no estaban más sujetos a los géfes, que estos a la ley, es que hallamos las verdaderas causas de estos excesos. Uno de esta especie nos presenta la historia en el gobierno de D. Antonio Escobar, natural de Santa Fé de la Vera Cruz, que empezó a mandar el año de 1702. Imputaronle a este gobernador una cierta demencia, que le hacía incapaz del mando, en que entregado a los brazos del placer, daba un predominio absoluto a las mujeres, por lo cual lo depusieron, sustituyéndole en su lugar un hermano suyo.

Pudiera discutirse que fue bien calificada la incapacidad de Escobar, supuesto que el virey de Lima, conde de la Moncloa, confirió esta plaza a
otro sujeto. Lo cierto es que los anales de estos tiempos nada nos dicen en orden a la prehensión que merecía el atentado. ¿Pero basta experimentar desórdenes en la sociedad para que un pueblo tenga derecho a sublevarse? Grocio y Puffendor nos enseñan que cuando los males tocan los extremos puede hacerlo. A la verdad, sería un error grosero armarse en tal caso de esa paciencia que petrifica a los hombres, y los priva de unos derechos que nunca pudieron renunciar. Pero ¿era este el estado de la provincia del Paraguay en el gobierno de Escobar? Creemos que no. Lorano aun nos dice que ignora si era cierta, es falsa la imputación; de que inferimos, que fue más bien exagerada, y que la demasiada licencia que se tomaba este pueblo, había hecho sus pasiones inquietas, impetuosas e insopportables.

Los casi dos años siguientes a la deposición de Escobar gozó el Paraguay de días más tranquilos. D. Baltazar García Ros, cuya pericia militar dexó bien acreditada en el sitio de la Colonia, y cuya modestia lo hacía tratarse con indulgencia que el último de los soldados, es en quien se depósito el mando de la provincia desde principios de 1705. Sus costumbres suaves en la paz sirvieron de calma en aquel asiento de quiebrellas. Encargado de comenzar el ejercicio de su gobierno por la visita de todas las reducciones, desempeñó esta confianza con una legalidad correspondiente al concepto que se la había mereci-
CAPÍTULO II.

An. En carta que escribió al rey asegura haber encontrado estos pueblos en un estado tan florenciente, que á quererlo dar á conocer iba arriesgada la verdad sin el apoyo de la propia experiencia. Bajo la pluma de Ros nada se podía añadir á la policía y buen órden de estos pueblos: la inocencia de las costumbres, la piedad, la unión que allí reynaba, el amor tierno y respetuoso á los doctrineros, no están sujetos á la expresión: en fin su fidelidad á Dios y al rey eran á prueba del último sacrificio.

El gobierno de Ros parecía un presagio feliz del desalojamiento que debían sufrir los portugueses en la antigua Xeres, pero su corta duración disipó estas esperanzas. Verdad es que á ser prolongado, otras atenciones de mayor consecuencia lo hubieran impedido.

D. Manuel de Robles, que le sucedió á fines de 1707 hubiera querido desde luego poner mano en esta empresa, pero los peligros multiplicados del gran Chaco no le permitían distraerse á otros menores. Hallábanse ya muy adelantados esos fatales tiempos en que temiendo por sí mismos los bárbaros del Chaco las crueldades que un pueblo vencido no puede evitar del vencedor, y que habían ya devastado las tierras de sus vecinos, continuaban con gran suceso la desolación de estas tres provincias límiteñas. Este práctico conocimiento: que daba la experiencia de los males, les había ya enseñado que la guerra no debía ser para ellos un arte de pelear á cuerpo descubierto, sino un sistema com-
linado en que entrasen por únicos elementos la sombra del descuido, el enemigo ejercido con astucia, la fuga á lugares inaccesibles, en fin todo lo que pudiese dar al flaco la ventaja á pesar de sus debilidad. Lo que hay de cierto es, que apenás habia parte donde no alcanzasen sus estragos, y en que ellos no hubieran conseguido tener como apri- sionados en muchas de las ciudades á sus mismos vencedores. Véase aquí la causa de esa general consternación que agitaba los pueblos, y la que los inducia á contener los efectos de una invasión pro- vocadora. El gobernador del Tucuman D. Estévan de Urizar Arespacochea era el héroe de esta em- presa, y el que poniendo un freno á la ferocidad de los bárbaros, debía en breve preservar de sus ins- cursiones las tierras de su provincia. Pero al mis- mo tiempo que con ejército bien formado entrasen al Chaco por su frontera en 1710, seiscientos Paraguayos debían hacer lo mismo por la suya. En efecto en este mismo año que era emplazado, movió sus tropas la provincia con ánimo de cooperar al común designio; pero le salieron instructos to- dos sus esfuerzos, porque inaudadas las campañas, se vieron en la necesidad de volver sobre sus pasos.

Si la corte de España, por el interés de estas provincias y por el suyo, hubiese levantado desde los principios un plan de poblaciones con que llenar estos vastos terrenos y facilitar la comuni- cación interior del reyno, no es dudable que hubieran sido menos las sangrientas devastaciones de-
los bárbaros (a). Estos no habrían tenido como mover un pie sin ser sentidos, y cada población venía a ser entonces custodia de su vecina. La facilidad con que los salvajes ejecutaban impunemente sus estragos, no emanaba de otro principio, sino de que viendo en los campos cada familia aislada dentro de sí misma y a distancias considerables, ni era tan fuerte para resistir sus ataques, ni tenía como apelar al auxilio de otra cercana. La tiranía constitucional de la metrópoli, por un cálculo de interes mal entendido, se oponía indirectamente a ese progreso de poblaciones. En su sistema colonial ninguna industria podía fomentar los precios donas de estos climas felices; y sin esa industria ¿cómo podía nacer ni progresar ninguna población? Además de esto las poblaciones debían formarse principalmente de españoles americanos y de indígenas domesticados, y esto también lo resistía el sistema absurdo de los peninsulares. Los indígenas no debían habitar en los pueblos de españoles, porque mezclados entonces con otras razas, vendría con el tiempo a confundirse y acabarse la clase tributaria. Esta estudiosa separación minoraba enormemente el número de pobladores, y era origen de otro mal mucho mayor. Hablamos aquí con relación al odio eterno que los indios alimentaban contra el español, y su esperanza inextinguible de volver algun
día a lo que fueron. Reconcentrados en sí mismos hacia diversión a sus pesares la memoria de sus mayores. Cada paga de tributo era un recuerdo de quienes eran, y un nuevo estorbo del vínculo social. La política siempre condenará un sistema de gobierno que tie a conservar en el seno de un estado otro estado distinto de intereses opuestos.

La esterilidad que presenta la historia en estos gobiernos de rutina, debe también atribuirse a estos principios. Sin embargo en el de D. Juan Gregorio Bazan de Pedraza, natural de la ciudad de la Rioja del Tucumán, que empezó el año de 1712 se levantaron dos poblaciones nuevas de españoles, la una en el valle de Guarnipian frontera de los Guaicuris, y la otra en Curuguati, al revaro de los Mamelucoos brasileros. Ambas tuvieron principio en 1714.

Aunque la de Curuguati iba en aumento, y servía a los fines de su destinación, los muros inexpugnables contra los esfuerzos criminales de los brasileros continuaban siendo las misiones jesuíticas. En tiempos más expuestos se tuvo por una medida necesaria repartir armas de fuego entre los neófitos de estas misiones. La sabiduría de esta medida la había acreditado la experiencia, y se hallaba encerrada en la evidencia de los hechos; con todo, algunos gobernadores del Paraguay tuvieron arte para fascinar el concepto de la corte, y conseguir que no pudiesen moverse sin su permiso para ningún hecho militar. Pero duró poco la ilusión; mejor informa-
CAPÍTULO II.

durante la corte derogó este mandamiento en obsequio del pronto remedio que exigía la seguridad. Jamás hubo imputación más temeraria, que la que ponía en duda la fidelidad de esos pueblos y sus doctrineros. Estos neófitos defendían a sus propias expensas los dominios de la España, y el salario que debía pasarle esta corona se lo pagaban ellos mismos, añadiendo a sus servicios un odioso tributo. (a) Esta es una de las injusticias de que tantas veces han sido el teatro estos desdichados países.

Este tributo que empezaba a pagarse desde los catorce años hasta los cincuenta puede calcularse a lo que ascendería, sabiéndose que por estos tiempos subía la capitación a ochenta y nueve mil, quatrocientos noventa y un individuos de que se componían las veinte y nueve reducciones existentes. No sin razón se advertirá el poco aumen- to de esta población. Oyamos como raciocina sobre este punto Raynal, uno de los filósofos más eloquentes y más despreocupados. «Parece que los hombres, dice, deberían haberse multiplicado enormemente bajo un gobierno donde nadie se halla odioso, donde ninguno es sobrecargado de fatigas, donde la comida es sana, abundante, igual para todos los ciudadanos, quienes se encuentran cómodamente alojados, cómodamente vesti-

(a) Por cédula de 1656 se mandó que los indios de estas mis- siones fuesen incorporados a la corona, y pagasen un peso sin tributo...
LIBRO IV.

todos; donde los viejos, las viudas, los huérfanos, los enfermos tienen socorros desconocidos al resto de la tierra; donde todo el mundo se casa con elección, sin interés, y donde la multitud de hijos es una consolación, sin poder servir de peso; donde el desorden inseparable de la ociosidad, que corre la opulencia y la miseria, no precipita jamás el término de la degradación, más bien de la decadencia de la vida humana; donde nada irrita las pasiones ficticias, ni contraria los apetitos ordenados; donde se gozan las ventajas del comercio sin exponerse á la contagión del lujo; donde troces abundantes, auxilios gratuitos, de naciones confederadas por la fraternidad de una misma religión son un recurso asegurado contra la carestía que traen la inconstancia y la intemperie de las estaciones; donde la venganza pública jamás se ha hallado en la triste necesidad de condenar á muerte, á la ignominia, á castigo de alguna duración un sólo criminal; donde se ignora hasta el nombre de impuesto y de proceso, dos terribles azotes, que afligen por todas partes la humanidad: un país se mejante debería ser, á mi juicio, el más poblado de la tierra. Con todo no lo es. »

«Se ha sospechado mucho tiempo ha, prosigue el mismo, que estos religiosos, legisladores disminuían el número de sus súbditos por privar á la España el tributo á que se sometieron, y la corte de Madrid ha dado á conocer sus inquietudes sobre este punto. Indagaciones exactas han disipado esta sospecha tan injuriosa como infundada. ¿ Era vero
CAPÍTULO II.

simil, que una compañía, cuyo idolo fue siempre la gloria, sacrificase a un interés obscuro y bajo un sentimiento de grandeza proporcionado a la majestad del edificio que ella levantaba con tantos trabajos y cuidados?

Después de refutar otros sentimientos igualmente arbitrarios, concluye este filósofo atribuyendo los efectos de esta poca población a las guerras con los Mamelucos, a las de las naciones salvajes, a los estragos de las viruelas, y a otras enfermedades contagiosas provenidas del clima.

Las virtudes del gobernador Bazan le habían adquirido siempre los primeros cargos de la república. El de gobernador de esta provincia le adquirió también un grueso caudal con que debió hacer sus virtudes sospechosas a la filosofía. Jamás el arte de gobernar una provincia pobre ha podido conciliarse con el de amontonar caudales, porque jamás la virtud ha capitulado con el vicio. Murió el gobernador Bazan en 1717 antes de concluir su gobierno, y su quántosa hacienda se deramó como el agua, cuando se quiebra el vaso;
LIBRO IV.
CAPITULO III.

Barona en el gobierno del Tucuman: es proveido por la corte en el gobierno D. Estevan de Urizar Arce pacochecha, quien suspende su entrada en el mando y representa a la corte: su entrada en la provincia: deplorable estado de ésta: declarase la guerra contra los bárbaros: púntese el ejército en campaña: son sorprendidos los españoles por una partida de enemigos: el general Alurralde cayó sobre los Mocovies: suceso de Coquini: un ejemplo memorable de amor filial y paternal entre dos indios: la nación Albacas se sujeta al yugo: el maestre de campo D. Juan de Elizondo va en busca del tercio de Jujuy: sujeción de los Ójotas: los Lules rinden vasallaje: operaciones de Urizar en el Chaco: muerte heróica de Coquini: Urizar levanta su campo y se retira.

Las provisiones futuras para caso de vacar los empleos de lucro y de poder, son en política un síntoma cierto del deterioro de las costumbres y de la corrupción de los gobiernos: Ese apresuramiento por obtenerlos, sólo tiene lugar donde no se buscan las plazas por lo que son, sino por lo que valen. A esta ciega y loca codicia de los españoles había debido su futura para el gobierno del Tucuman D. José de la Torre Vela en el reinado de Carlos II; pero previniéndole la muerte el tiempo de gozarla, sólo tuvo el necesario para nombrarse un sucesor en D. Gaspar de Barona. El exceso mismo de este desorden fue un
motivo para que Felipe V anulase esta especie de gracias abortivas conseguidas como por asalto, en que era comprendida la de Vela; con todo, fundadas en razones nugatorías las audiencias de Lima y Charcas la sostuvieron a favor de Baraona, quien en Jujuy tomó posesión del mando año de 1702.

Al tiempo mismo que esto sucedía arribó a Buenos-Ayres el gobernador propietario del Tucumán D. Estévan de Urizar Arespacochega. Las virtudes y servicios de este caballero eran muy superiores a este puesto, y la justicia de su causa bien podía autorizarlo para poner en litigio la posesión del intruso; pero como el mérito siempre módesto obra sin inquietud, se contentó con hacer sus representaciones a la corte, y esperar su resolución.

Por desgracia del Tucumán siguió su giro este negocio con la más tardía lentitud; porque obscurida la comunicación de la península a causa de las guerras, no pudo tener su resultado hasta el año de 1707 en que a virtud de nueva cédula entró a gobernar la provincia. Por el vergonzoso desahogo con que la había administrado su antecesor, sólo ofrecía el quadro de una provincia en desorden, débil, pobre y escandalizada con sus crímenes. Todo ocupado este Épicuro con los placeres de su vida voluptuosa y con la inquieta sed de acumular caudales, consagró solo a estos objetos los casi cinco años de su gobierno. No se oiría sin escándalo que un país tan faltó de recursos pudiese fructificar la crecida suma de
trescientos mil pesos.

Un gobierno esclavo de las más baxas pasiones no era posible que se entretuviese en los objetos útiles que exigía la patria. En efecto, el descuido y abandono de las fronteras siguió como en tiempo de sus inmediatos predecesores, y cubrió de duelos las campañas. Los infieles del Chaco, ricos con las presas, y orgullosos con el buen éxito de sus empresas, tomando por medida de su audacia el profundo letargo de los españoles, creyeron que era llegado el tiempo de insultarlos donde se juzgaban más al abrigo de sus hostilidades. Fué en este infeliz gobierno que entrándose una noche à la ciudad de Salta, pasearon libremente sus calles, degollaron a un ciudadano en su propia casa, intentaron quebrantar las puertas de la iglesia de San Francisco, y pudiéron a su salvo incendar todo el pueblo.

El gobernador Urizar vió también por sí mismo en los dos primeros años de su gobierno descargar sobre sus subditos los más crueles golpes de esa rabia mortal. Un capitán del presidio de Esteeco con treinta soldados que salieron a correr el campo fueron todos degollados a manos de los bárbaros: la misma desgraciada suerte corrieron cuarenta y ocho personas en el paraje llamado San Agustín, a seis leguas de Salta, la noche del 14 de octubre de 1708, en que por una invasión furtiva fueron atacadas del enemigo: en fin, estando el mismo Urizar en la ciudad de Salta fue buen testigo de la altiva presunción con qué se
presentaron en sus arrabales amenazando exterminarla. Bien comprendiendo Urizar la necesidad de imitar a D. Angelo de Peredo entrando al Chaco con una fuerza activa y represora; pero también preveía que era ponerles barreras impotentes sin haber fixado la inconstancia de los infieles con el freno suave del cristianismo. Deseoso del aciertó llamó a consejo sus más experimentados capitanes. Estos fueron de sentir, que el proyecto de los fuertes y de la guerra defensiva sólo servía para apartar la imaginación de los verdaderos peligros, y que el camino más breve de los combates era el camino de los valientes. Sin embargo, el circunspecto gobernador consultó también los tribunales regios, de quienes en 1708 obtuvo el permiso para la guerra apoyada en una decisión de teólogos. Esta circunstancia nos hace concebir que la consulta no estaba limitada a la guerra contra los bárbaros agresores, sino que se extienda a las naciones pacíficas a título de su infidelidad. No es de admirar que muchos de los teólogos de estos tiempos se decidiesen a favor de un partido tan conforme a los principios del fanatismo. Pero debían admitir que Jesús Cristo dexó la fuerza á los falsos profetas, que no tenían en su apoyo ni el ejemplo, ni la razón; y que en doctrina del Evangelio los soldados nunca han sido los diáconos de sus ministros, como dice el gran, Bosuelt. Los tribunales regios se fundarían en que los pueblos cazadores no eran propietarios de terrenos. Después que son mejor conocidos los de
LIBRO IV.

raehos del hombre sabemos, que la caza en buen nos principios equivale a la cultura, y que la const- trucción de una cabaña es un título contra el que nada se puede alegar. Por lo demás la ferocidad de estos bárbaros, aunque grande, la continua guerra que hacían a los españoles tenía sus raíces, ya en que viviendo sin leyes es imposible preservarse de caer en excesos, ya en que sus injurias precedentes creían darles derecho para vengarlas. Por estas razo- nes, a toda hostilidad debieron haber precedido re- querimientos de una paz ingenua acompañados de le persianación y el beneficio.

No pudiendo ignorar Urizar que guiados los con-quistadores de una codicia feroz en las campañas pasadas, estaban acostumbrados a celebrar sus cri- menes como victorias, quiso que el primer prepa- rativo de esta guerra fuese que un jesuitas excita- dos en el arte de conquistar el corazón de los salvajes, y defenderlos de la opresión. A solicitud suya se le remitieron del Paraguay los padres Francisco Guevara, Baltazar Texeda, Joaquín de Yegros y Antonio Machoni, los que, retenido este último cerca de su persona, distribuyó en los diferentes cuerpos que debían olir por separado. Jamás había visto el Tucuman un ejército tan numeroso, ni tan bien organizado. Obligado cada ciudadano a poner su contingente en la masa de los gastos, (a) y eximidos todos con el heróico ejemplo de su go-

(a) Urizar contribuyó con sesenta mil pesos.
CAPÍTULO III.

Bernador creció su fuerza en proporción de los contribuyentes. Componíase el ejército de mil trescientos diez y seis hombres, sin contar las milicias de Tarixá y un cuerpo de Chiriguanos. El justo recelo de que acosados por esta parte los Mocovíes, Tobas, Mataguayos, Aguilotes y sus aliados, se recostasen á otras fronteras, hizo que se adoptara la prudente medida de salir á campaña al mismo tiempo seiscientos paraguayos, doceientos corrientinos, y treceientos de Santa Fé (b).

Nada había omitido en sus instrucciones el gobernador de quanto pudiese contribuir á un feliz éxito ni estratagemas que enseña la guerra, ni acontecimientos que podía sugerir la ocasión. El maestre de campo D. Fernando Lisperguer y Aguirre, comandante del tercio de Salta, debía dar su asalto á las rancherías del Dorado, al mismo tiempo que hacia lo mismo por su frontera D. Antonio de Alurralde gobernador del tercio tucumano. Executado este primer asalto, debía seguirse el alcance á la ligera, llevando municiones, y bastimentos para dos meses hasta el Río Grande, donde se formaría un fuerte. Caso que el enemigo se le hiciese, debió seguir Lisperguer hasta encontrarse con Alurralde, y si por el contrario, hasta dar con el tercio de Uruqu, comandado por D. Antonio de la Texera. Dadas estas disposiciones, y habiendo

(b) Estos cuerpos nunca debían unirse al ejército del Tucumán.
los tercios de Salta y Jujuy entrado cada uno por su frontera, movió el suyo Alurralde, año de 1710, quedando el gobernador en el presidio de Esteco, de donde poco después se encaminó con muchos reformados en alcance del tercio de Catamarca, mandado por D. Estévan de Nieva.

Aunque el silencio y la soledad de las campañas excitaban a olvidar las precauciones y la proximidad del peligro, hizo el gobernador que Nieva con 150 soldados las reconociése diligentemente, estando á la mira de la sagacidad y los ardides de que usaba el enemigo. Pero no fué bastante toda esta conducta cautelosa; porque hallándose emboscado más cercano de lo que se creía, y no pudiendo dudar que sorprendida la caballada de la montura hacia inutiles las fuerzas de sus implacables perseguidores, se arrojó sobre ella, y logró robarla á sus propios ojos. Pero le salió vana su esperanza, porque perseguido de D. Gerónimo Peñalosa recuperó la presa, y lo obligó á buscar un asilo entre los bosques. Vueltó Nieva de su reconocimiento se supo por este cabo que los indios acababan de abandonar una gran ranchería, cuyos fuegos aun humeaban. Eran estos (como se supo después) los Mocovies con su cacique Notiviri. Ese mismo cacique, que entregado á los extravíos de la mas brutal inhumanidad, hizo muchas veces abrir el vientre de las mujeres españolas para tener el placer de degollar sus fetos, mandó desenterrar los cadáveres sólo por insultarlos; se presentó por escarnio á las puertas de Salta; llenó de asesinatos las campañas, y pretendía
CAPÍTULO III.

ahora llevar la muerte y la desolación de los españoles donde le fuése mas fácil su exterminio.

Hallábase a la sazon el gobernador Urizar en el río del Valle, centro de todas las divisiones de su ejército, desde donde le fué fácil batir los enemigos en diferentes encuentros; hacer que se precipitasen a los bosques, y reducirlos por hambre y sed a la mas penosa extremidad. El Rio Grande era el punto de reunión: Urizar levantó el campo en su busca, y aunque por caminos impracticables, gracias a sus esfuerzos, pudo forzar el tránsito. Entretanto Alurralde, dexado el bagaje en el río del Valle, atravesó el campo hasta el Dorado, y dió sobre dos tolderías de Mocovies, que halló vacías por haber sido descubierto. Un destacamento de salteños con su comandante Lisperguer se le había incorporado al dar el asalto en esta última. La gran carestia de agua obligó a que se separasen los dos cuerpos de tucumanos y salteños. Este último siguió su ruta al Río Grande, y logró alojarse a sus orillas en una grande toldería abandonada de los indios, que habían ya pasado el río. Los hárbaros intentaban retirarse a mas distancia, pero temían el alcance de los españoles. Para lograr su desigual, Coquini, caudillo de una parcialidad de Mocovies del cacicazgo de Anegódi, tuvo el generoso atrevimiento de venirse a las manos de los españoles, esperando que entretenidos con su prision, tendrían tiempo los suyos de retirarse. La centinela que lo vió venir intentó matarlo, pero sin efecto, porque le faltaron los fuegos a su fusil. Mas el indio quiso prevenir otro tiro; y le dió
LIBRO IV.

un hote de darlo, que á no defenderlo el colecto, lo hubiese atravesado. Por dicha del centinela no faltó quien le ayudase en esta lucha, con cuyo auxilio fué conducido al real bien asegurado. Coquini era valiente, astuto y prevenido, pero dándose un aire de cobarde pidió se le conservase una vida de que nada podía recelarse. Aunque fué descubierto el artificio se contentaron los españoles con asegurarlo, y él con haber saldado su nación.

Alurralde, recogido su bagaje, había ya pasado el Río Grande. La nación Malbalá era señora de estos suelos, y no sin amargura los veía profanados, temiendo en consecuencia la ruina enterá de su patria. Un pueblo de esta nación que tenía su alojamiento no muy distante de Alurralde y Lisperger, fiado más en la ventaja del sitio, que en sus fuerzas verdaderas, tuvo el atrevimiento de provocarlos. Pero sostuvo muy mal esta arrogancia, porque embestido aceleradamente, y apoderado del espanto á la primer descarga, buscó su salvación en la fuga, dexando algunos muertos y prisioneros. Un año hacia, que Alurralde tenía á su lado un joven Albalas, llamado Ays en su gentilidad, y ahora Antonio, el que tomado prisionero criaba con amor. El imperio del beneplácito y la docilidad de su carácter lo habían ya aficionado al trato español, y le excitaban vivos deseos de reconciliar las dos naciones. Poseído de este pensamiento abrió conversación con una india de las del cautiverio; en que le ponderó las ventajas de la vida social y la clemencia de los
CAPÍTULO III.

españoles, siempre dispuestos a recibir con agrado los que se sometiesen a su imperio. La buena acogida que encontraron en la India estas insinuaciones, hizo que Antonio la creyese el mejor instrumento de su proyecto, por lo que acercándose al general le hizo presente seria bien darle la libertad a aquella India, y comprar a tan bajo precio el rendimiento de una nación. Alurralde prestó gustoso su consentimiento. No bien había partido la cautiva, cuando avisó la cautinela la venida de un indio que se aproximaba a rienda suelta. Puesto este en presencia del general, dijo en tono franco y sencillo, haber sabido por una indígena de su nación hallarse entre los españoles un hijo suyo a quien lloraba muerto, y que este era el objeto de su venida. Era este indio el padre de Antonio, quienes al mirarse mutuamente, dexando un vuelo libre a mociones de la naturaleza, se abrazaron a presencia de todos con toda la ternura del amor filial y paternal. Antonio entomó, no pudiendo mirar sin rubor la desnudez de su padre, se despojó de sus vestidos y lo cubrió.

Esta nueva ocurrencia proporcionó al fiel Antonio la ocasión de adelantar el pensamiento de ligar su nación a la española con los vínculos más estrechos de reprocesidad. Así fué, que aprovechándose de la intimidad del trato, expuso a su padre no era justo que por seguir una barbaria sancion de castigo, quisiesen sus gentes vivir siempre persiguiéndose, rodeadas de la consternación, y esclavas de sus errores; en fin, que la alianza con los españoles
afianzaría su estabilidad sobre bases firmes y seguras. El padre de Antonio oyó estas razones con toda la docilidad de un hombre en quien obra el convencimiento, y le aseguró que este negocio tendría el buen efecto que se deseaba. Instruido Alurralde de todo lo que pasaba, dió al indio un salvoconducto para salir y entrar al real, encargándole al mismo tiempo hiciese entender a su nación, que el medio de ser feliz era poner sus derechos bajo la custodia de un gobierno paternal; que cesaran las hostilidades todo el tiempo que durase esta negociación; y que le sería de sumo agrado una conferencia amistosa con el cacique. Corrió el velo a las desconfianzas todo tuvo el resultado más feliz, y cuatrocientas familias establecidas á las orillas del Balbuena, fueron otros tantos pregones de la paciencia y del valor del general.

El general Alurralde dió cuenta de todo lo acaecido al gobernador Urizar, quien arrastrando una lucida escolta, vino á consumar la obra comenzada. Él fue recibido con todos los honores militares: los españoles le hicieron una salva, y los indios, poniendo la mano sobre los labios arrojaron un gran grito en señal de aplauso y rendimiento. El cacique de los Malbalas se acercó después al gobernador, y le presentó en su asta una banderola con este mote: YONASTETÉ, CACIQUE DE LA BELICOSA NACION DE LOS MALBALAS, VIENE EN SU NOMBRE A OFRECEROS LA PAZ. El gobernador recibió el presente, lo abrazó, le respondió con bondad y la
CAPÍTULO III.

aseguró corria de su cuenta el establecimiento de su nación.

El lugar donde debía tomar su asiento este pueblo era un asunto de los más serios, y exigía toda la lenitud de la prudencia para tomar un partido que previniese el arrepentimiento. Hacer que se fixasen en el río de Balbuena, era dexar á estos indios en el peligro de recibir sugestiones malignas de los infieles Mocovies; era desatender el poderío de sus antiguos resabios, y era en fin poner á la república en la orilla de una pública subversion. Por otra parte trasladarlo á remotos países, era hacer odiosa la sujeción, faltarles a lo prometido, y marchitar la esperanza de que otros se rindiesen. En este conflicto llamó el gobernador á un consejo de guerra, en que la divergencia de opiniones hizo más difícil la resolución, no faltando quienes juzgasen era preferible al establecimiento de Balbuena el partido bárbaro de degollar todos los adultos. Sin embargo, teniendo presente que un pueblo feliz jamás se olvida de la mano á quien debe su suerte, fue acordado cumplirles la palabra; pero á condición de que se les diese un doctrinero, y se levantasen un fuerte; que á pretexto de defenderlo, estuviese en vigilia sus operaciones. Hecho esto se formalizó la capitulación.

Todo buen general de ejército prevé de lejos los sucesos por un talento práctico, que le hace huir los escollos en que suelen tropezar las grandes obras. El silencio del maestre de campo Ti-
LIBRO IV.

xera, comandante del tercio de Jujuy, traía insquieto el ánimo del gobernador. El maestro de campo D. Juan Elizondo, con ciento veinte soldados los más intrépidos y vigorosos, tuvo orden de averiguar su destino. Las falsas promesas con que los Tobas y Mocovies se ganaban el tiempo necesario para refugiarse a los bosques, y con que tenían como paralizadas las operaciones del ejército, dijeron también mérito en la ocasión para que el general Elizondo llevarse órdenes perentorias de hacerles experimentar todos los rigores de la guerra. Aunque Elizondo se presentó en campaña con un calor de sangre que parecía criarle un sentido nuevo, fue poco lo que ejecutó; porque unos pueblos movedizos sólo le dexaban en sus vestigios la estéril gloria de saber donde estuvieron. A excepción de algunos encuentros de poca consecuencia nada otra cosa consiguió que llegar al fuerte de san Francisco levantado por Tixera en los campos de Ledesma, antigo asiento de Guadalcázar, ciudad ya destruida.

Aquí supo Elizondo de hecho de Tixera, que la poca confianza en sus fuerzas había retardado el curso de sus operaciones. Los cuerpos de que se componía el ejército de Tixera obraban por intereses distintos. Los auxiliares Tarixaños y Chiriguanos, cuyas tierras no se hallaban expuestas a los estragos de los Tobas, Mocovies & no podían tener contra estos enemigos el mismo espiritu emprendedor que los Jujeños, siempre hos- tilizados y perseguidos de su saña; de aquí es
que faltando ese interés común era necesario que al fin se desuniesen. En efecto, aunque puestos en campaña todos juntos se desempeñaron con bizarra, cargados los Chiriguanos de prisioneros Tobas, tercamente desertaron su puesto. Los Tarixeños no buscaban mas que un pretexto para libertarse de unas fatigas que aborrecían, y con el mismo criminal desembarazó volvieron las espaldas. No pudiendo Tixera entonces detenerlos ni por la autoridad, ni por los ruegos, se encontró débil para el progreso de esta campaña.

Con todo, la voluntaria sujeción de los Ojotas se creía resarcir esos contratiempos. A la verdad unos pueblos que se ofrecían por sí mismos a fin de gozar las ventajas de la humanidad y la religión, eran sin duda una conquista mas gloriosa. Pero para que su obediencia fuese duradera, era preciso mitigar el exceso de sus sacrificios. En- tre tanto que la autoridad, se descarría facilita los límites que el creador ha puesto en su poder. Los españoles de esta jornada no siempre obraban segun estos principios. Instruido el gobernador Urizar de esta sujeción de los Ojotas previno al general Tixera les hiciese entender, que en tanto eran admitidos a la paz, en quanto consintiesen darse las tierras de su naturaleza y ser trasladados al remoto puerto de Buenos-Ayres.

Entre las muchas naciones del gran Chaco los Lules, divididos en dos tribus bajo la denominación de grandes y pequeños, no eran de los de menos nombrada. El ninguno acogimiento que ha-
LIBRO IV.

Raron en tiempo del gobernador Baraona y del obispo Mercedillo, había producido en ellos un germén de descontento que alimentaban en sus pechos. Un feliz encuentro del cacique coronel de los Lules grandes con el sargento mayor D. Nicolás Vega le trajo a las manos la ocasión de desahogar sus sentimientos, y de protestarle la sinceridad con que deseaba su nación estrechar sus relaciones al español en odio de una vida salvaje que ya le hacía aborrecible su existencia. Vega condujo al cacique a la presencia del general Nieva, a quien con Alurralde se había confiado la emigración de los Malbalas hasta el fuerte de Balbuena. El cacique le ratificó sus promesas, y Nieva después de aceptar sus ofertas, le hizo ver con su agazajo que sabía templar la acrimonia del poder, y la baseza de la obediencia. Poco después el cacique de los Lules chicos, llamado Galban, vino también a ofrecer la paz y la sujeción, las que como a los otros le fueron admitidas por el gobernador bajo de ciertas condiciones honorosas.

Mientras que esto acontecía en la frontera del Chaco, desplegaba el gobernador en el Río Grande todos los resortes de su actividad y su política por ganarse la afición de otras naciones de mejor índole. Eran estas los Chunipues y los Vilelas, quienes aunque enemigos de los Tobas y Mocovies, siempre sobre la defensiva, no venían a las armas, sino cuando cansada la paciencia les eran insosportables las injurias. Los maestres de campo Lisper
CAPITULO II.

guer y Elizondo recibieron la comisión de buscarlos por ambas riberas del río, al mismo tiempo que hacían la guerra a las naciones enemigas, y previnían el descontento que podían causar, sin advertirlo, docientos auxiliares corrientinos próximos a llegar: Elizondo tuvo en breve la oportunidad de hacer un ensayo sobre su empeño con un cacique Chunipín a quien ofreció la paz, y que al abrigo de las vexaciones gozaría con los suyos de sus bienes y de su libertad. El cacique aceptó estas proposiciones con todas las señales de la amistad más sincera; pero hablándole Elizondo de un establecimiento fuera de su suelo nativo empezó a huir con cuidado el peligroso honor de su familiaridad, y al fin no le disimuló la repugnancia con que entraría su nación en este ajuste. Elizondo tuvo la discreción de no insistir en un empeño que se escuchaba con desagrado, y dio la vuelta al campo del gobernador.

Lisperguer por su parte no se desempeñaba con menos zelo. Puesto en su presencia un cacique de los Vilelas, fue su primer cuidado el de conquistarle con la dulce y saludable violencia del niños y del beneficio. «El gobernador de la provincia, le dijo, ha puesto sobre las armas sus grandes fuerzas para humillar a las naciones enemigas, y poner fin a sus perpetuas devastaciones. No intenta envolver en esta catástrofe las naciones pacíficas y tranquilas.» Y pues la vuestra es de esta clase, sólo os ruega quieras gozar de su protección al lado de vuestros fieles amigos los Malbaís. »El cacique se rindió de pronto a una propuesta que era tan análoga a la...
manoseámbre de su carácter, y prometió volver luego con su gente. La larga experiencia que se tenía del odio con que su prisionero Coquini miraba estos sufrimientos de los españoles sobre la sencillez y candor de sus compatriotas, debió advertirle el peligro de admitirlo al trato reservado del cacique. Aca-
só se persuadió Lisperger no se atravesaría a serle in-
útil un hombre, cuya vida tenía entre sus manos; pero se engañó. Una siera elevación de sentimien-
tos poseía el alma de este bárbaro, y era poca cosa perder una sola vida para satisfacer el odio que pro-
fesaba a sus únicos. Sabiendo de cierto que moriría sin remedio, no temió disuadir al cacique de una condescendencia tan-humilde, y tan contraria a la independencia en que nació. Esto a la verdad,
era mezclar la ferocidad con la virtud misma, pero todo es de aplaudir en un bárbaro atípico y generoso.
Las persasiones de Coquini produjeron todo su efecto, y Lisperger, conociendo aunque tarde sur-
iparaventura, lo mandó aborcar en un arbol. Res-
cibió Coquini esta sentencia, y la misma muerte con la más imperturbable serenidad; lo que exec-
quido retocó di Lisperger.
Sumergidas las campañas, por el desbordamien-
to de los ríos, ya era de necesidad poder sin a esta
gran jornada. El gobernador Uriarte levantó su camp-
po con el mejor orden, y vino a asegurar el fruto
de sus sufrimientos. Por lo que respecta a los Malabás, se fueron instructivos todos los enen-
satos del gobernador. Ellos se colgaron con los enemigos del Chaco, abusaron de la confianza, olvidaron sus solemnec;
CAPITULO III.

tratados, y se dispusieran a una invasión de la frontera. Después de un tal exceso de inconstancia y atrevimiento en que fueron sorprendidos, creyó Urizar que no le quedaba otro recurso para contener las pasiones demasiado vivas de estos insurgentes, que expatriarlos donde no les fuese fácil volver á ser promovedores de levantamientos. Así fue, sin que pudiese valerles la inmunidad de las leyes fueron todos emigrados al puerto de Buenos-Ayres. Otra era la conducta de los Ojotas y los Lules. Los obstáculos á que provocaba el común natural de los salvages, no se dexaban sentir entre ellos. Su docilidad, su inclinacion y su amor al español, los hacía cada vez mas dignos de sus favores. De aqui fue que Urizar pensó seriamente en formar de ellos dos reducciones, de que en 1711 quiso se encargasen los misioneros jesuitas. La penuria de operarios, de que por entonces se resentia este cuerpo, sólo les permitió admiri la de los Lules en san Estevan de Balhuena, que después se trasladó á Miraflores.

El establecimiento de esta reducción, y la dellos Ojotas no fue el único fruto de estas expediciones militares. Las medidas fuertes y vigorosas del gobernador Urizar, al paso que escarnentaron á los indios, restablecieron á la provincia esa tranquilidad que habia echo meno en tiempos de otros goffos ineptos.

Mientras que en la corte de Madrid se ventilaba la contienda entre el sargento mayor Bermúdez y el gefe de la caballería Barrancos, de que hicimos mención en el capítulo primero, y se daba un gobernador propietario a la provincia de Buenos-Ayres, se confirió en interim esta plaza por el vicerrey de Lima á D. Baltazar García Ros.

Hacían diez años poco más o menos que se hallaba España en posesión de la Colonia del Sacramento desde la rendición de esta plaza por el gobernador Valdés Inclán. Los aprovechamientos que la corte de Portugal se prometía del comercio ilícito con Buenos-Ayres, y el propósito inalterable de no abandonar unos derechos sobre la
CAPÍTULO IV.

blando septentrional del Río, que los éreia indiscutibles, alimentaban de concierto la esperanza de recuperarla. El congreso de Utrecht donde las otras potencias europeas, algo corregidas de su ambición por las pérdidas que habían sufrido, pretendían terminar sus rivalidades, lo pareció buena ocasión de hacer valer sus pretensiones a la colonia del Sacramento y su territorio. Por los artículos 5 y 6 del tratado entro, España, y Portugal celebrado el año de 1715, en que le fue cedida en pleno dominio y recogió el fruto de su inquieta actividad a fin de conseguirlo.

Antes que la corté de España comunicase de oficio lo estipulado a estos tribunales de América pudiese el gobernador Ros instruirse de este resultado por una gaceta de Inglaterra, y se creyó en obligación de instigar el proyecto de la Lisitana. En carta 7 de diciembre del mismo año expuso, pues, al rey los males que iban a renacer de esta sesión, entre los que contaba la privación de muchos frutos necesarios para el abasto de esta capital, y la decadencia que experimentaría su comercio sin el artículo de noviembre. La corté de España previó a bienes lucros las consecuencias funestas del tratado, y se propuso reformarlo no teniendo ociosa su política. Por el artículo 7 del convenio, se hallaba sancionado la retrocesión de la colonia a su dueño primitivo; siempre que su majestad fidelísima aceptase el equivalente que dentro de año y medio le propondría. Verdad es que esto debía ser sin perjuicio de la pretensa entrega de la plaza; con todo al mismo tiem-
po quie por el cabildo de las indias se expidieran las providencias relativas a su puntual cumplimiento, se le dirigieron otras por la via reservada para que, haciendo intervenir pretextos simulados, retrasase la entrega todo el tiempo que exigia la negociación del equivalente. No daba a producir efectos alguno este artificioso manejo, pues consta de documentos contemporáneos, que Portugal entró en posesión de la plaza el quinto de noviembre de 1516, por lo que el tratado se debía cumplir.

Si la corte de Portugal hubiese sido bastante prudente para no consultar sino los intereses que alegaba de su existencia y estado de guerra, pues había sido el sucesor de la colonia de España en la misma cuestión de posesiones, hubiera evitado muchas mismas discusiones y preparado otro rompimiento de relaciones. No expandiéndose a nada más que las pretensiones del comandante portugués Don Ónega, Guzmán Borrás, arreglado de recibirlo de esta plaza, que al aceptar el título de teniente adyacente de las islas de costas septentrionales hasta la boca del Río de la Plata, otorgó tanto espacio hacia lo interior del territorio y en las costas y pueblos, que quedarían bajo su jurisdicción, y levantadas las guardias de la Orquídea y río de san Juan como quería, se opuso con firmeza el gobernador Rosales, diciendo que debían ser consultados los otros que estuvieran en el mismo estado. A pesar de que el portugués no podía quejarse, porque por estos medios se transgredían los términos del tratado de Fregenal, porque no habiendo recibido la soberana de sus análogas
los portugueses establecidos en la Colonia del Sacramento no protegían el comercio ilícito de los extranjeros. Verdad es, que esta cláusula se eludía frecuentemente con artificio, y se violaba con audacia; pero no por eso Buenos-Ayres podía florecer, antes por el contrario esto mismo perpetuaba su languidez, porque llevándose por alto los caudales enflaquecía los fondos del estado.

Creyó la corte que para atajar el progreso de este mal debía confiar este gobierno a la vigilancia de un hombre respetable por su graduación, sus servicios y su fidelidad. Era él este el brigadier D. Bruno Mauricio de Zabala, que tomó posesión de su empleo por julio de 1717. El miserable estado en que encontró esta ciudad, sin más movimiento de vida que el que daba una cultura desatendida, y un comercio interrumpido, se daba sentir bien por lo que en estas tiempos escribía el virey, príncipe de Santo Bono. Dando la cuenta de haber cesado por mandato del rey la exacción de un nuevo impuesto en toda la provincia sobre la tierra del Paraguay, los cañones, cerros y ganados, se hace presente, al mismo tiempo, quedar reducido el fonde público, al estrecho recurso de tres mil pesos, producto del mismo impuesto sobre el vino y manzana, que habían pagado, continuase por generosidad de esta ciudad. Esta pobreza inseparable de la debilidad de un estado, era una consecuencia, necesaria, ya del, y en el comercio que hacía la metrópoli con esta colonia, o y, ya también de que en ...
rica las rentas de la corona siempre han desaparecido entre las manos de los que las han administrado. Pocas y mal equipadas, las embarcaciones españolas continuaban siendo la presa de los corsarios y de las expediciones marítimas del extranjero. El decidido empeño de éste por destruir el comercio español crecía en proporción de la mayor facilidad que hallaba entonces el comercio fraudulento con unos pueblos, que faltos de todo, debían buscar a cualquier riesgo como cubrir su desnudez. Sin embargo, la vigilancia de Zabala, luchando contra el portero del contrabando, logró por algún tiempo desarlo sin provecho y bien que a precio de nuestras más duras privaciones. De aquí, que representando al rey poco después el mismo la imposibilidad de atajar perpetuamente las furtivas negociaciones de la Colonia del Sacramento, en razón de no encontrar en esta planza ningún preciación solo artículo comerciable, le propone de dos cosas una, o que se ab_sorteda de un modo, o que se aniquile aquel establecimiento. Ni uno ni otro, era del fácil excusión.

La zelosa vigilancia de los monopolistas gudinones había encontrado el secreto, como observa Robertson, de ganar más y arriesgar menos en un sistema limitado, cuyas apropiaciones eran más exorbitantes, que en un comercio extendido del cual hacían simultáneamente las plazas más móviles. Era de su interés circunscribir la esfera de su actividad en lugares agregando objetos de mayor hacer a las explotaciones anteriormente adelantadas en
repe$$as en suficiente cantidad para hacer su precio equitativo, las extendían con escasez; de suerte que la codicia, con invención de los compradores, obligada a sujetarse en un mercado mal provisto, y ponía a los vendedores, en estado de hacer ganancias excesivas.

Por lo demás la guarnición de esta plaza era muy corta, y debía serlo de necesidad. Sin más cuidado el soldado que dos pesos mensuales y, cuando la canela del grano llegaba el subido precio de cebolla dura, sin quartel para su alojamiento, y sin la montura necesaria, no había quien no hubiera querido un monto en esta milicia. Título
Zabala la alta indolencia de estos soldados; porque se escondían los que habían venido de refuerzo, y dispuesto por gran favor pasaban un real diario, pero le hicieron estas medidas, porque resistiendo a recibir un sueldo tan menguado, se disiparon a una alejada colonia. De acuerdo el gobernador con los oficiales creyó que era peligroso recurrir a medios violentos, y les aumentaron el real. Los situados del Perú sufrían en adejanzas los gustos de esta plaza, si les dijera:

Los indios salvajes de esta parte, de mirar con un ojo de aspersion las poblaciones de españoles, De cristiana y en empeños expuestos las ciudades de Ébano, y de esta forma, se defendían principalmente de sus hambre; Verdades que con el azotes de sus innumerables sociedades, y las destrucción a un repuesto 0 exagerado al mejor que el pasar uno hallaba en honor, y no procuraban defenderlas con el que valor que
dialieron heredas de sus mayores: Las impenetrables Payaguas asalieron este año la Isla de Santa Rosa; donde dijeron muerte a cinco personas, y tomando dos balas en que navegaban cerca del pueblo de Juan Bento Bns. de Silva y José Mancio; los sacrificaron a su venganza con todos los de su comitiva. La corte de España no se había contestado con poner bajo su dominio estos países a expensas de algunos locos europeos y la agradeció también la mano de llevarlos, poniendo dos capitanes por los principios de su constitución colonial a costa de los de América. Nadie dudaba de asuntos brutos, que sirviendo como un medio de sufrir a mil milicianas de esta milicia, se las exigían militares por sus huérfanos. Nadie así mismo del este principio se aversion al servicio. Los de Corrientes consiguieron por fuerza libre de una opinión que ésta de recogimiento se hallaba magnificada en búsquedas partes. Habiendo los distintos habitantes y magistrados de Santa Fe en el camino de ganados que hay en estas provincias limitrofes, no pensaban su vecindad como en la defensa de sus países. En este estado de sucedido, lejos de respetar a sus vecinos, huían habilidad como una ciudad defensada, y recibían estorbas, en tanto a los, a pesar de su hastío, debían consignar los bienes de que habían en 1728. Multísimos fueron víctimas de tales desdichas causadas por los españoles, quiniendo en las colonias de San Luis de los habitantes de los más obstinados villanos, cuando a menudo casi destruían los castillos y calles, y se apoderaban de los más obstinados villanos, cuando a menudo casi destruían los castillos y calles, y se apoderaban
sólo era una prosperidad esfumada; los solfages dispuestos con igual tezón sus devastaciones, talan- 
gando los campos, y reduciendo a cenizas cuanto en- 
contraban. 

Los oficiales de Santa Fe llegaron al distrito pueblo el 
mismo año, al gobernador Zabala, quien para juz- 
gar con acierto, quiso examinarlo todo por sí mis- 

lo. Su sorpresa debió de ser bien grande, cuando 
advirtió de la impunidad con que los indios bárbaros 
enrulan las campañas, porque abandono, de sus 
abandonados labradores, y sin guarniciones los 
presidios no había quedado otra frontera que la mis- 
ma ciudad. Esta, plaza situada en uno de los pun- 
tos más importantes para la escala, del comercio con 
Buenos Aíres, Paraguay, Córdova, y los Para- 
ares; pedia conservarse con el mayor interés. Zab- 
ala, echa de ver, que el único medio de curar sus 
llagas, profundas e insalvables, era el de una guarni- 
dia de seis hombres, a distancia de treinta leguas 
e un paraje que abría la puerta a las avedidas 
de los bárbaros. Sin fondos la real hacienda, sin 
mas propios de ciudad, que ochocientos pesos, cuya 
muerte se consumía en fiestas públicas, y en su casi 
solitaria por la emigración de sus moradores a otras 
ciudades vecinas parecía inasequible esta me- 
dida; con todo, a beneficio de varios arbitrios que 
se tomaron, pudo formarse un plan de defensa, que 
sé consultó a la audiencia de Charcas para su apro- 
hación. Recurso, bien estéril, que por de pronto de- 

zaba expuesta esta población a las mismas calamiti- 
gades. En efecto, la noche misma, del día siguiente.
CAPÍTULO IV.

en que Zabala se puso de regreso a su capital cayeron los indios sobre una población en la que hicieron sus acostumbradas hostilidades.

Sin embargo el mismo comprometimiento público en que ponía a todos la preponderancia de los bárbaros, reanimaba de cuando en cuando los espíritus abatidos. Es digna de memoria la acción que en 1719 les ganó el teniente D. Martín de Barua a la frente de un corto número de soldados. Atacados los salvages por este intrépido general, los puso en gran aprieto y quebranto, dexando muertos a los que no tomaron el partido de la fuga.

Uno de los abusos más notables en estos tiempos y una de las causas, que aumentando las pobreza, impedían la seguridad pública, era el que sufría el comercio de cueros en esta capital. Por un privilegio concedido a los descendientes de los que introdujeron en estas tierras el primer ganado vacuno, se hallaba establecida la práctica de que los ingleses del asiento, y los navíos de permiso formalizasen sus compras con el cabildo de esta ciudad: este cuerpo avaluaba dicho artículo por el precio de doce reales, adjudicaba quatrocientos pesos por su trabajo a cada uno de sus individuos, repartía entre ellos y los accionistas el número exigido, y concertaba con los del registro (ménos con los ingleses): remitía en pago los dos tercios en ropa, y el uno en numera rio. La libertad del comercio, esta primera conseqüencia del derecho de propiedad y una de las leyes más esenciales del orden social, se veía proclamada al sórdido interés de los contratap-
tes. Llegaba éste a tanto exceso, que las ropas se topaban dándose a los registrantes un treceientos por ciento de ganancia. Los del cabildo toleraban esta usura escandalosa, así porque los cueros les salían a muy bajo precio, como porque con este sacrificio se aseguraban en Cádiz protectores de sus conveniencias. Zabala representó al rey contra estos abusos ficticios, que quitando la libertad del comercio, eran un obstáculo pernicioso al precio natural de las cosas, y un manantial inagotable de odiosos resentimientos.

Los Portugueses por otra parte no disimulaban sus intenciones de usufructuar la banda oriental por cualquier medio que fuese, y aun era muy fundado el recelo de que pretendían establecerse en Montevideo. Convencida la corte de España de que era preciso tomar precauciones anticipadas, comunica sus órdenes a Zabala para que asegurase este puesto, levantando una población, si fuese posible, con familias del Tucumán o de otra parte. Mientras que este pensamiento criado de mil dificultades, llegaba a sasonarse, seguida Zabala su plan de vibrantes controversias por los campos y por las costas. Treceientos Tapas de su orden cruzaron las campañas quemando con un odio indiscriminado las harazas de cueros que tenían los portugueses, y aun algunos de estos vecinos. Los efectos de esta administración obscura producían un estado permanente de hostilidad; prevalecía el sistema de las prohibiciones, no había otro recurso para contener la especie de freno que por la consecución de espac
CAPÍTULO IV.

frutof se había apoderado de los extranjeros.

El poder caído de la España a todos convi-
daba para disfrutarla. Los Franceses intenta-
ron por este tiempo establecer su comercio con los
ináles de la costa marítima. Dando fondo en la
casenada de Maldonado quatro buques de esta na-
ción, se alojaron en tierra, y dieron principio al
acopio de cueros, ayudados de los Guenos. Zabala
despachó con un destacamento a
las órdenes del capitán D. Martín José de Echaúrri.
Por dos indios del servicio de los Franceses se
supo que se hallaban bien fortificados; sin embargo,
Echaúrri resolvió atacarlos, pero embarcándose pre-
cipitadamente los enemigos, desembarcaron el cam-
pó con quatro piezas de artillería, treinta barracas
y algunos despojos.

Aunque arrojados los Franceses de este puesto,
no desistieron de su empeño. Creyéndose instrui-
dos por sus fatas pasadas, tomaron meses después:
cómo más seguro el lugar de Castillos, donde se
asentó de nuevo con más de cien hombres bien arma-
dos. Pero el diligente gobernador Zabala seguía:
durante sus viajes; y estaba al cabo de sus opor-
tunidades. El capitán D. Antonio Pando en orden de
desalojarlos con cincuenta y quatro vecinos, veinte
y siete milicianos, y veinte y cinco indios amigos de
la reducción de Santo Domingo Soriano. Concienda;
esta pequeña tropa por un mulato que acababa de
survivir a los Franceses; se unió Pando sobre la
prima barraca hecho de ese atrevimiento que ins-
pira el genio, donde muerto un capitán enemigo,


se entregó este puesto a discreción. Sucesivamente se rindieron otros dos puestos con algo más estrago que el primero. La pérdida de los franceses fue de ochenta y tres hombres entre muertos, heridos y prisioneros. El primero que cayó de los muertos fue el capitán Moreau, tomado prisionero años antes en un combate naval por D. Bartolomé Ur- dinzu, que pasó a la mar del sud a incorporarse con la esquadra de D. Blas de Leso. Los vencedores quemaron ocho mil y más cueros, un lanchón y otras embarcaciones pequeñas, que echaron al mar toda la presa por no poderla conducir.

Ménos avara la corte de España, mas sabía para calcular sus propios intereses y más sensible a la miseria de estos sus vasallos, no es dudable que permitiendo el comercio extranjero, al mismo tiempo que hacia a éstos mas ricos, y poblaba los desiertos, acrecentaba su mismo poder. Los cueros tan buscados por los extranjeros, eran de esas vaquerías salvajes, que aumentadas enormemente, vagaban sin dueño por inmensos desiertos. Con el comercio extranjero, esas mismas vaquerías se hubieran domesticado, y manejadas con más economía, hubieran venido a ser un origen de vida y de actividad. Pero toda la política de España la hacía consistir en el talento funesto de quemar, destruir y hacer a estos habitantes unas tristes víctimas de su obediencia. De aquí nació esa soledad de los campos, ese desastre de los sucesos, esa pobreza de las ciudades y esa imbecilidad de la monarquía.
CAPITULO V.


Las agitaciones del Paraguay sólo cesaban lo que era necesario para tomar un nuevo aliento. Su teatro no podía estar vacío mucho tiempo de esos dramas revolucionarios que lo habían ocupado tantas veces. El que ahora va a representarse servirá para hacer ver hasta donde puede extenderse la ceguera de un ambicioso, la terquedad de un partido, el disimulo más paliado y la persecución más injusta.

Para el gobierno de esta provincia había llegado de España con la futura, D. Antonio Victoria. El aspecto sombrío de esta república turbulenta lo hizo temer las consecuencias de un mando tan ex-
puesto; y sin entrar en más vacilaciones, benefició la prescripción por cierta cantidad de pesos, trasponiendo su derecho en D. Diego de los Reyes Balmaceda, alcalde provincial de la Asunción. Este primer paso que se veía señalado por tantos desórdenes, era ya un presagio fatal de los que debían sobrevenir. Su vecindario en aquella capital y la naturaleza de su mujer formaban un obstáculo legal, que lo excluía de este puesto; pero según refieren algunos autores, a que no subscribimos, él supo con tiempo aplanar este tropiezo, haciéndose habilitar por una provisión del obispo de Quito, virey entonces de estos reinos, y a despecho de algunos capitulares tomados posesión el 9 de febrero de 1717.

La oposición que había experimentado Reyes hacía principalmente de un exceso de amor propio en los contradiictores, por el que no les era soportable ver sobre sus cabezas de un instante a otro a quien siempre tuvieron a su lado. Es cosa natural de los hombres, dice Tacito, mirar con malos ojos las nuevas felicidades de los otros, y desear mayor tasa en la fortuna de aquellos que han sido sus iguales. Pero, esto mismo le hizo tomar a Reyes un aviso de prudencia y desconfianza; por el que empezó a hacerse sospechoso para con ellos. Entre los de la oposición hacía cabeza el regidor D. José de Abadía, hombre suspiroz, de un talento para la instrucción que hacía gustar a todos sus sentimientos danzadores propios; en fili de una dureza en el manejo de los negocios; que le debía la primera reputación. Aunque Reyes se desviaba de su trato,
no quería tener por enemigo a un hombre, de cuya astucia y poder había tantas que recelar. A fin de remover de si toda sospecha, y tener la igual distancia del odio y la amistad, la ofreció la plaza vacante de teniente de Rey. Abalos había penetrado sus intenciones, e interpretando su procedimiento por una prueba de su flaqueza, rechazó con desprecio la propuesta de un hombre que acaso había ya resuelto sacrificár a sus resentimientos. Lo que más convenía al interés de sus pasiones era espiar la conducta de Reyes para aprovecharse de todo aquello en que la ingenuidad de la malicia pudiese derramar su veneno.

Por un permiso poco premeditado del antecesor de Reyes habían conseguido los Payaguas situarse en el puerto de Tucumán, llegan y media rio abajo de la Asunción. La seguridad que les daba la amistad y que ellos sabían entreteñía jugando astutamente el disimulo, y la perfidia, los resolvió a destruir todo el país. El proyecto estaba concebido de maravilla que se sintiese, el estrago, sin que apareciese una mina. Para esto se obligaron secretamente con los Guaycurúes, capitanes enemigos del hombre español. A sombraste la amistad dada a los Payaguas, ellos se espesparon de noche por los campos, y echaron rúbricas, lecciones, nombres y todo género de buenas cualidades. Cada cual con su plata, el pliego de fierro y la banda de la estrella, se unían y embriagabanse de regocijo. En las trincheras de la campaña esperaban en la Asunción. Se hacían verdaderos bautizos y se creía encontrar la senda con vida do que estaba, y porque recobraría.
nidos los Payagüaes hacían concebir a los Guaicu·
ríes como únicos autores de un desastre tan con-
forme a su aversión. Aunque los Payagüaes pudié-
ron por algún tiempo eludir el concepto haciendo
valor sus prestigios, no les era fácil mantener el
engaño estando tan a riesgo de la deposición de
los sentidos. En efecto, acusados por muchos, pe-
ro principalmente por un indio Tupi llamado Pa-
ronandú y no sin pruebas sobradas de que inten-
taban dar un golpe de mano y retirarse, resolvió
el gobernador Reyes, de acuerdo con el cuerpo con-
sistorial, retirar esta plaga, incorporando estos
indígenas en las misiones del Uruguay.

A toda precaución bajaron por el río cinco cha-
lupas con sesenta hombres, mientras que el go-
bernador con trescientos de a caballo hacia su mar-
cha por tierra. La orden del grito estaba dada pa-
ra requerir a los indios que entregasen sus armas
sin resistencia, pues no se trataba de hostilizar-
los. Las chalupas se adelantaron a la caballería,
y los indios rompieron la guerra con sus flechas;
uego que comprendieron lo que se exigía de su
obediencia. Los lamentos de un español, de otros
que fueron heridos, inflamaron en cólera a los
soldados, quienes haciendo uso de sus armas, las
convirtieron contra el enemigo. Descudiendo en-
ces el gobernador templar el ardor de las chalupas,
mandó cesase el fuego, pero estaba demasiado en-
cendido para que pudiese apagarse sin abrasar a
muchos. De los indios, unos huyeron, otros se
precipitaron al río, de los que se ahogaron algunos;
CAPÍTULO V.

No pocos murieron de las balas, en fin los restantes quedaron prisioneros. En seguida de esta acción bogaron las chalupas río arriba, y la caballería se dirigió por tierra con designio de sorprender las tolderías situadas junto al castillo de san Ildefonso. Ignorantes estos indios de la matanza de sus hermanos, exáctos de temores, gozaban de la más perfecta tranquilidad. De estos, unos andaban dispersos por lo interior de la tierra en busca de subsistencias. Avistados de la caballería, les mandaron rendir las armas; pero puestos en orden de batalla, sólo las entregaron con sus vidas. Entretanto las tolderías tuvieron aviso del suceso y se pusieron todos en fuga.

El tiempo que gastaba el gobernador Reyes en asegurar la tranquilidad de su provincia, lo ocupaba el regidor en formarse un partido, y en disuadir todos los medios de emponzinar las acciones de su rival. La expedición antecedente era a sus ojos un temerario arrojo, por el que, sin pruebas suficientes, muchas víctimas inocentes fueron sacrificadas a su antojo. En fin toda la vida pública de Reyes le suministraría abundante materia para la más rigida censura. El regidor D. José Urutaga, D. Antonio Ruiz de Arellano y D. Tomás de Cárdenas eran los principales confidenciantes de Abalos, y con los que unidos de intención se urdió el proceso que debió perdurar en Charcas al inocente Reyes. Los complotados no podían dudar la falsedad de sus imposturas; per
ro ellos se fiaban en que la ignorancia prestaba vuelo y larga carrera a la mentira, y en que sus engaños, al abrigo de la distancia, serían tanto más persuasibles, cuanto eran menos los medios de conocerlos. Abalos, Ururaga y Arellanos, alentados de esta confianza, llevaron su atrevimiento hasta el extremo de ultrajar de obra y de palabra al gobernador cuantas ocasiones se les venían a las manos.

Estas injurias sacaron de sí mismo al gobernador Reyes, y agitándolo más de lo justo lo hicieron correr a la venganza. Sin considerar que la cólera, como dice un filósofo, es una madrasta que paga mal sus pérdidas consejos, hizo prender en 1719 al regidor Abalos y a Ururaga, confinando al primero a una estrecha cárcel, en que lo tuvo incommunicado y embargándole sus bienes y papeles. Arellanos, yerno de Abalos, debía correr la misma suerte; pero habiéndolo escondido con la fuga, sólo no pudo evitar el embargo de sus papeles. El humor atrabiliario y la falsa delicadeza de Reyes lo arrojaba ya de un precipicio en otro. A estos excesos añadió también el de cortar la correspondencia: «Los guardias apostados en los caminos, para que no llegasen a la audiencia las quejas de los que creía delinquentes. Estas incon sideraciones de Reyes pusieron a la audiencia de Obras en la necesidad de castigarla a expensas de sus haberes y de su crédito. Por queja que introdujo Arellanos en el tribunal fue reprendido y multado en cuatro mil pesos.»
CAPITULO V.

Cuando la corte de Charcas prunciaba esta sentencia en 1721 ya se hallaba pendiente la causa de capítulos, que contra el mismo Reyes había instaurado el capitán D. Tomás de Cárdenas. Estos capítulos se reducían a seis. Primero: que transgrediendo Reyes la fé debida á los Payagües, había movido guerra contra unos indios que se mantenían en paz. Segundo: que había también desmantelado los pueblos reducidos, cuyos indios empleaba en su servicio. Tercero: que con quebrantamiento de las leyes exercía la negociación, y ponía trabas al comercio á fin de reportar un mayor lucro. Cuarto: haber impuesto en propiedad una nueva gabela sobre las embarcaciones del tráfico. Quinto: haberse introducido en el mando sin dispensa de la naturaleza. Sexto: tener interceptada la correspondencia con las provincias y entorpecido el giro de los negocios. Estos cargos exagerados y multiplicados por los enemigos de Reyes seduzieron al tribunal, haciéndole concebir que la provincia imploraba el socorro de su justicia contra la opresión de un poderoso. Poseído de este pensamiento y no queriendo fiar su juicio á la incertidumbre de los informes, creyó que era preciso mandar un juez pesquisidor tomado de su mismo cuerpo. Por desgracia, recayó esta confianza en el único ministro que menos la merecía, como observa Charleycoix.

Esté fué D. José de Antequera y Castro, natural de Lima, caballero de la orden de Al-
cántara y protector general de indios (a). Naci-dó de un padre que a beneficio de un fondo de rectitud natural se había sostenido siempre con decoro en la carrera de la magistratura, recibió desde su infancia una educación correspondiente a los caballeros de su clase. Sus primeros estudios en el colegio de los jesuitas lo dispusieron para abrazar otros más serios, y en especial el de las leyes. En todos hizo progresos muy rápidos, porque dotado de un entendimiento claro, de una memoria prodigiosa y de una imaginación muy vi- va, la cultura de las letras desenvolvió muy en breve el germén de estas felices disposiciones, y las ciencias se le hicieron familiares. Por desgra- cia su corazón no estaba tan bien formado a la virtud, como su entendimiento a la instrucción. Incapaz de sostenerse ante la imagen severa de la obligación, encontraba recursos en sí mismo para

(a) Esta es una plaza creada en las Américas que mas ha servido en utilidad del protector, que de los protegidos. A vista de este ministro siempre se han exígido de los indios trabajos que no podían soportar; y se han cometi- do injusticias que hacen gemir a la razón. Las minas de Potosí y el régimen de latrocinio erigido en principio por los corregidores del Perú, son dos hechos que cubrirían de oprobio al gobierno peninsular. Los protec- tores autorizaban estos crímenes y sólo trataban de dis- frutar las ventajas de sus plazas.
eludirla y contentar sus pasiones. Eloquente, persuasivo, fecundo en coloridos y de un talento distinguido para la insinuación, hacía consistir sus triunfos en mostrar la verdad donde no estaba, y ocultarla en su propio lugar. Siempre muy prevenido á su favor nada era bueno ni acertado, sino lo que aprobaba su vanidad. Por estos caminos torcidos vino á caer en tales crímenes que fueron su ruina y la de muchos.

Parece que Antequera no encontraba en su plaza de protector aquel interés personal que siempre busca una loca pasión de enriquecer, y que á una alma corrompida sólo puede hacer soportables los trabajos asiduos del tribunal. Nació sin duda de este principio su pretensión al gobierno del Paraguay, el que en futura fué concedido por el arzobispo y virey de Lima, D. Diego Morcillo Anón, para el caso que Reyes hubiese concluido su tiempo. Asentado este dato, un prodigio de imparcialidad hubiera sido que la buena causa de Reyes triunfase entre las manos interesadas en su ruina... Todo lo que avanzase su criminalidad aceleraba la fortuna del protector, porque debiendo este entrar en el gobierno finalizado el tiempo de aquel, pertenecía á su industria hacer que se acortase lo posible, sacándolo delinquente. Para evitar en los juicios esta criminosa parcialidad, había ya dispuesto prudentemente una ley real, que ninguno pudiese ser pezquisidor de aquel á quien debía suceder. A pesar de esto, la decidida predilección que para sus colegas infundiese siempre pre el espíritu de cuerpo, hizo que la audiencia,
de Charcas se desentendiese de esta ley, e invistie-
se al protector con el empleo de justicia mayor siem-
pre que Reyes resultase delinquente del proceso.

Sin malográr momento hizo el pesquisidor su en-
trada en la Asunción y fié reconocido el 30 de ju-
lío del mismo año con todo aquel aparato fantoso-
que era tan conforme a la temperatura de su carác-
ter, y que tanto convenía para la ilusión popular.
No se descuidaba el regidor Abalos en hacer gene-
rosos esfuerzos a fin de ganarse la confianza del pes-
quizador, y bien puede asegurarse, que para el ma-
yor enemigo de Reyes no podía serle muy ardua es-
ta conquista. Este se hallaba ausente en prosención
de su visita; pero luego que se supo el arribo del pes-
quizador regresó a la Asunción.

A pedido de Cárdenas que ya estaba de vuel-
za, abrió su juicio el pesquisidor, poniendo al go-
bernador un entredicho en las funciones de su car-
go, y haciendo se retirase a una distancia del pue-
blo con los regidores y personas de mas respeto que
se creían de su facción. La absoluta libertad de los
depoventes era el colorido de justicia con que se
cohonestaba este procedimiento. Pero si quería el
juez socorrer por este medio al capitulante ¿por
qué se olvida del capitulado? ¿Por qué se purga el
pueblo de los parciales de este, y se le deixa infi-
cionado con los sequaces de aquel? Cierto es, que
por un vicio capital de nuestras leyes criminales la
deposición de los testigos no debe tomarse en pre-
sencia del acusado. Pero no es menos cierto, que
este defecto es el escollo en que por lo común nau-

CAPÍTULO V.

fragan la inocencia y la verdad. Un testigo que de-
pone á solas, entregado á su inadvertencia, á la con-
fusión de sus ideas, al olvido de muchas circunstanc-
cias, á la confianza de no tener quien le contradiga,
o así, al arte suelto de un juez que por pre-
guntas capciosas pretende descarriarlo del camino
de la verdad, un tal testigo, decimos, difícilmente
puede producirse sin ofender la fidelidad de los
hechos. No sucedería así, si como entre los roma-
nos el acusado pudiese rectificar sus conceptos,y
estar á la mira de la sorpresa. Pordonénsenos estas
reflexiones por la oportunidad de un suceso en que
jamás se vieron mas bien verificadas las consecuen-
cias fatales de este vicio legal.

Dueños del campo los enemigos del goberna-
dor, favorecidos de un juez que no necesitaba
del convencimiento para tenerlo por culpado, sólo
trataron de acumular pruebas sobre su cabeza. Es-
tas se reducían á dichos de testigos tachables
ó por enemigos del acusado y parciales del acu-
sador, ó por pusilánimes prostituidos al temor.
Con todo, concluido el sumario, y por consiguien-
to, sin haber sido oído ni citado el gobernador,
hizo Antequerá convocar el cabildo para la apen-
tura de un pliego de la audiencia que traja á pre-
vención. El contenido de este pliego se reducía
á mandar, que en caso de resultar culpado D. Dias-
go de los Reyes, cesiese el protector Antequerá
al cargo de justicia mayor. La prueba de la
culpa era de las mismas ilegales y calumniosas; sin
embargo, afectando un aire triste por no que-


Darle ningún camino para eludir la severidad de la ley, pero disimulando mal la alegría que sentía en su pecho, mandó poner preso al gobernador y embargarle sus bienes.

Esta política, digna de un hipócrita consumado, hizo pronosticar a los sensatos lo que había que temer en el plenario sobre la inocencia de Reyes. En efecto, atemorizando por medio de Abalos y sus parciales a todos aquellos que se declaraban a su favor, ganando por el halago a los indiferentes, alentando a los que ya veían empeñados en esta causa, y en fin alucinando a los incáutos con un juego artificioso de sofismo, que debían darles el triunfo sobre su debilidad, así fue que se organizó este proceso.

A juzgar de la veracidad de los capítulos puestos al gobernador Reyes por el primero y principal que tiene la tendencia a la guerra contra los Payaguas, es preciso calificarlos de imputaciones groseras en todo el rigor de la expresión. Todo el que se halle algo versado en la historia del Paraguay verá con admiración, que en odio del gobernador Reyes aparezcan estos indios por la primera vez dóciles, mansos y fieles observadores de su palabra. Na hay página de la historia que no nos retrate a estos salvajes como unos hombres los más astutos, y más enemigos del nombre español. Envolventos siempre en una falsedad negra y profunda, hicieron caer a los españoles en los lazos que les sugirió el artificio y la mentira. Pero lo más digno de reparo es, que el prevaricador de la justicia, al mismo tiempo que la vendía, hiciere intervenir en la apariencia la exactitud
CAPÍTULO V.

mas escrupulosa de las fórmulas legales. De este modo era como aspiraba Antequera a que se respetase en él una virtud que no tenía, y a perder con más seguridad a su rival.

Dada por concluida la causa en 1722, mandó el protector se le notificase a Reyes, y se le citase para oír sentencia en los estrados de la audiencia de Charcas. No ignoraba Antequera la disposición de este tribunal para desechar todo lo que dañase su opinión, ni la parte que tenía en sus intrigas. Pero, ya Reyes había puesto en práctica su evasión clandestina, con lo que, burlados sus contrarios, entraron en la más inquieta consternación. Después de infructuosas diligencias, supo por fin Antequera que su prisionero, en trance de esclavo, había tomado las Misiónes del Paraná; por lo que se contentó con remitir los juicios a la audiencia, llamarlo por edictos y despachar a Santa Fé doce mil arrobas de yerva, producto de sus bienes embargados.

La audiencia de Charcas, muy prevenida a favor del protector, ya se había anticipado a dar al arzobispo virrey una relación de los sucesos del Paraná, fabricada sobre los modelos de Antequera, y a pedir fuese sustituido éste en lugar de Reyes. El virrey cayó por la parte pronto en este lazo, y no dudó acceder a una solicitud, de que en breve se arrepintió, Antequera por su parte, haciendo uso de las delicadezas de su arte, y de su espíritu versátil, consiguió también que los cabildos eclesiástico y secular, los gobernadores, y otras personas de respeto dijesen gracias a la audiencia en nombre de la
LIBRO IV.

provincia por tan acertadas disposiciones, frutos de una prudencia consumada.

Libre el protector de un concurrente tan contrario a sus designios, no trató más que de atesorar. Esté era el centro a que desde lejos había tirado sus líneas. Poniendo un precio antojadizo a la yerba, la hizo caer de su valor, y se proporcionó las ganancias del que compra barato y vende caro. No fueron menos indecentes otros arbitrios que le sugirió su codicia.

El gobernador Reyes, o por sí o por sus confidentes, no se había descuidado en hacer que llegasen a oídos del virey la historia lastimera de sus ultrajes, la escandalosa usurpación de su gobierno y el espíritu de calzada con que la audiencia de Charcas se dirigía a fin de protegerla. Eran demasiado justas estas quejas para que de juzgar que el virey era de Antequera, quisiese ser su cómplice. Mejor instruido de la verdad, mandó expedir un despacho datado el 3 de marzo por el que restituiría al Reyes en su plaza, hasta que el rey le diese un sucesor. Fué éste ese despacho que á pretexto de prevenir males de consecuencia, hizo retener la audiencia de Charcas, y por cuya retención se acusó de justa indignación del virey. El gobernador Reyes, después de haber sufrido todo lo que podia imaginarse de más humillante y cruel, se hallaba en Buena-Ayres cuando recibió el nuevo despacho. O demasiado prevenido á favor de su justicia, ó persuadido que el temor no adopta constantemente un proyecto, escribió al cabildo de la Asunción saliendo su obd.
decimiento. Pero Antequera ya estaba muy resuelto primero a consumar su crimen, que a dejarlo imperfecto; y así tomó de su cuenta persuadirlo en la falsedad del despacho, y sobre todo hacerlo entrar en la temeraria resolución de no abandonar un negocio tan empeñado. Todo lo consignó de unos hombres, cuyos intereses se hallaban ya identificados con el suyo; mirando el cabildo la carta de Reyes con desprecio, acordó que era envilecerse, entrando en contestación con un reo convicto y fugitivo.

Sin embargo del silencio del cabildo, Reyes se puso en marcha con la más desechada satisfacción, y llegando al pueblo de la Candelaria, uno de las Missiones de los jesuitas, se hizo allí reconocer por gobernador. En prosecución de su camino llegó después hasta Tabati, veinte leguas distante de la capital. Luego que estas noticias llegaron a la Asunción, empezaron a sufrir los enemigos de Reyes todo el sufrimiento de su conciencia. Es imposible huir de este tormento siempre que se haya merecido. Pero esto mismo los puso en una extremosa agitación. Ellos indujeron al cabildo eclesiástico, a los ayuntamientos de la Asunción y Villa Rica, en fin a los géneros militares, para que conjurase al protecor en nombre de la patria, la libertada de los males que tan de cerca la amenazaban con la entrada de Reyes. Antequera no podía rechazar un pensamiento que era su propia obra. En vista pues de lo prudentemente expidió auto, mandando se hiciera saber a Reyes volviese a la prisión, desde donde haría presente
sus despachos, y de no verificarlo así, se le prendió. La ejecución de este mandato fue encargada a D. José de Arco, alcalde de la hermandad, auxiliado del capitán D. Ramón de las Llanas con su escolta, quien aunque, partió a su destino, no pudo verificar su comisión, porque ya Reyes había vuelto sobre sus pasos en busca de las Misiones.

La evasión de Reyes, por cuya captura tanto se suspiraba, llevó los ánimos a unos extremos desesperados. El comisionado mandó azotar a los indios para obligarlos a que le descubriesen su paradero; hizo sufrir tratamientos indignos al diácono D. Augustín de los Reyes, hijo del gobernador, y al padre José de Frías, dominicano; condujo presos hasta la Asunción al primero, y hasta cinco leguas antes de la ciudad al segundo(a); y en fin se apoderó de D. José Caballero, obra del Yaguaron, por haber dado auxilio a Reyes para su fuga. Por lo que respecta a la facción de Antequera, poseída del pensamiento que Reyes sólo había retrocedido para volver más pujante con la tropa que le suministrasen de Misiones, los jesuitas, y dando ya por abiertas a sus ojos las tristes escenas del obispo Cárdenas, se sirvió de su misma desesperación para emprenderidas. No se hacía caso de todo, y a expensas de tanto peligro en una carta dirigida al obispo, Antequera, desde la prisión de Lima, que escribió a los procuradores y demás dignatarios de este cargo pero en vano.
CAPITULO V.

der acciones atrevidas, redoblar sus animosidades y libertarse del peligro.

Pero algo diferente era la situación del protector. Él no podía ya dudar que el nuevo despacho de Reyes era legítimo; y de aquí le nacía la sospecha de que acaso se nutría de puro humo, prometiéndose permanecer en un puesto ganado a fuerza de delitos. Para el caso pues que le saliese ilusoria su esperanza creyó que era preciso recurrir a un expediente menos expuesto a una desgracia. Este fue el de convocar su consejo secreto, y hablarle de esta suerte: «es cierto, les dije, que en las provincias distantes de la corte se pueden hacer al mismo rey hasta tres representaciones antes de ejecutar sus mandamientos: ¿pues con quanta más razón se le podrán hacer a un virey?» Dicho esto, manifestó su resolución de no abandonar un puesto que lo debía al consentimiento común; y a quien solo totaba decidir si estaba al abrigo de todo insulto, poniéndose de nuevo entre los manos de un gobernador irritado. Hizo juntar después en 1720 un cabildo pleno al que se reunió con una imparcialidad estudiada a todo el placer. La substancia de este discurso se reducía a decirles, que él había aceptado aquel gobierno sin otro interés que el de sacar la provincia del itis estado en que gemía; y disfrutando la gloria de haberla servido al que los nuevos despachos del virrey favor de Reyes lo permitían en la dura necesidad de retirarse; pero que en su estimación no era menos urgente la que le impo-
nía al reconocimiento, para no abandonar a las venganzas de Reyes unos hombres de bien, acrecentores de mejor suerte. Los que opinaron por la pronta obediencia a los despachos del virey fueron pocos, y pagaron bien cara su temeridad: la mayor parte fué de sentir se recurriese al virey y se obligase al protector a continuar en el mando.

En el espíritu de Antequera había ya tomado mucho imperio la sospecha de que Reyes, fomentado por los jesuitas, volvía a Misiones con un ejército poderoso. Sin malograr instantes se puso con mil hombres de sus mejores tropas sobre el paso de Tepiquaque en observación de sus movimientos. El se imaginó desde luego que su propia seguridad se interesaba en tener el azote levantado contra los que reprobaban sus excesos. Dirigido de este principio proveyó aquí un auto haciendo comparecer en su presencia a los corregidores, regidores y capitanes militares de las Misiones más cercanas, para que diese razón de su conducta sobre haber reconocido a Reyes por gobernador de la provincia, sin haber presentado sus despachos al cabildo de la Asunción. Dos jesuitas doctrineros les condujeron a su campo, temiendo su abusarse de su inocencia y simplicidad; pero Antequera los embargó de tal modo con sus amenazas, el tono imperioso de su voz y sus preguntas caprichosas, que al fin se hallaban ellos mismos sorprendidos de su propia confesión. Ocurrió también que ellos hablaban por intérpretes elegidos de Antequera, quienes verbien en castellano, no
CAPITULO Nº.

lo que habían dicho los indios, sino lo que se quería que dixesen. El usurpador concluyó este acto exigiendo una obediencia entera a sus mandatos, y haciendo entender a todos que nadie los quebrantaba sin pesar. Hecho esto y conociendo que nada había que temer, levantó su campo, y tomó el camino de la Asunción.

No bien se había puesto en marcha cuando un ataque de apoplejía le llevó de su lado al regidor D. José Abalos, autor principal de estos disturbios. El gran talento de este conspirador, unido a la costumbre de que siempre se defendía a su voluntad, hacía que exigiese ya de todos como un tributo lo que al principio fue un favor; y como si tuviese un derecho natural a su condescendencia, creía haber adquirido un título para gobernarlos. Los mismos cómplices de sus desórdenes se hallaban ya algo irritados, y no muy lejos de un renombre. De aquí es, que no les fue muy sensible su muerte, principalmente entrando Uruguay en su lugar.

Antes que ya no disimulaba sus deseos de sacar cómplices de Reyes a los jesuitas; a pesar de su gran circunspección. Luego que llegó a la Asunción abrió nueva pesquisa sobre los autores de estos disturbios. El procurador fiscal pidió civil y criminalmente contra los indios; pero este era un artificio para que recayesen los cargos sobre sus directores. Así fue; porque vido el señor de esos, alegó que los indios gran cosa almas abiyentes, sin relación propia y autóctonas, a la
veneración de sus directores. Con estos nuevos documentos dirigió Antequera sus informes a la corté, al virey y a la audiencia de Charcas.

Parágrafo que este tribunal no se ocupaba en otra cosa que en prevenir los deseos de su colega. A petición de su ministro fiscal libró por este mismo tiempo una real provision, por la que mandaba, que entre tanto el virey, a quien se le había remitido lo actuado, resolvía este negocio, y esta resolución fuese comunicada por el canal de la misma audiencia a los interesados, nadie intentase alguna novedad bajo la pena de diez mil pesos. Llevaba por objeto este provecho paralizar el despacho del superior gobierno, ganado antes a favor de Reyes. Pero la fecundidad de Antequera le dio una interpretación aún más extendida de lo que querían sus patronos. El persuadió a todo el Paraguay, que el asunto, como de mera justicia, era del único resorte de la audiencia, sin cuyo consentimiento nada podía ser firme y vallele.

Sobre otros principios más legales giraba el virey sus resoluciones, y lejos de misarse con sujeción a la audiencia, cuyos ministros ya le eran sospechosos, creyó de su deber separar de este consensoimiento unos hombres que sólo parecían ocupados en fatigar el buen derecho, y sacar victoriosa la peor causa. Sí, entrar en comunicación con la audiencia, hizo expedir sus providencias con fecha 27 de febrero, por las que mandaba, que así, Reyes, como todos los que habían sido después...
tos fuesen restituidos a sus empleos: que los bie-
nes confiscados por Antequera se devolviesen a sus 
dueños, y que el mismo Antequera saliese de la 
provincia, y sin entrar en Chuquisaca, se presentase en su tribunal con copia de todas las provi-
dencias que hubiese dado. La audiencia de Char-
cas tuvo sin duda noticia de estas órdenes peren-
torias, y conociendo el riesgo a que se exponía 
con la protección de Antequera, quiso separarse 
poco a poco de unos intereses tan criminales. Con 
estas miras escribió al virey una carta por la que 
le decía, que habiendo Antequera evasado e 
asunto de su comisión, le parecía conveniente llama-
marlo a que sirviese su plaza. El virey dió con-
testación a esta carta asegurando sin disfraz que 
el verdadero motivo de su llamada debía ser el 
de sus excesos: excesos que no podían darse 
de imputar a los que en contravención de las le-
yes, le habían dado aquella comisión. Con esta 
carta bajó de tono este tribunal y tomó el que 
dictaba la más rendida satisfacción. El partido 
que Antequera debía tomar en tan críticas circun-
tancias era el de abandonarse a su propia inocen-
cia, si se creía inculpable, y salir de la provin-
cia. Este era el medio de hacer recaer lo odio-
so del delito sobre su verdadero autor. Pero el 
estaba obstinado a obrar por contradicciones abier-
tas, y sin mezcla de la menor deferencia. No só-
lo protestó sostenerse en su puesto a despecho 
del virey, sino también rompió sus relaciones pri-
vadas con la audiencia, de quien nada tenía ya
que esperar.

Las nuevas órdenes del virey debían notificarse al usurpador de un modo público y auténtico para quitarle todo velo con que cubrir su inobediencia. Pero este era un paso bien arriesgado, sabiéndose que aun la virtud temblaba en su presencia. Sin embargo, prevenido el diácono D. Agustín de los Reyes con las instrucciones de su padre, y haciendo valer una gran firmeza de alma, sorprendió a Antequera en un recogido público para entregarle los despachos del virey. Antequera experimentó en este acto ese desorden del alma que es consiguiente a un hombre enamorado de la colera, y habiendo por el ministerio del provisor hecho encerrar en la sacristía de la iglesia a Reyes, con dos eclesiásticos más que lo acompañaron, llevó los despachos a cabildo. Ya se sabe que este era un cuerpo pasivo entre las manos del usurpador. El gran bien que le había hecho concebir de su posesión, y los males con que los amenazaba la de Reyes, lo hizo olvidar lo que tenía que tener, o que esperar del gobierno superior; y sin detenerse en cosa alguna declaró que los despachos no hacían fe; como el que Reyes se hallaba incurso en la pena impuesta por la audiencia a virtud de su mandamiento provisorio.

Pero por lo que más suspiraba era por la persona del mismo Reyes. Hallándose este en la ciudad de Corrientes con toda la seguridad que debía darle su independencia del Paraguay. No cá-
reces de probabilidad que auxiliado de las justicias ordinarias ejecutaba, embargos en los bienes de algunos que arribaban de aquel destino, para reintegrarse de los que se le habían confiscado. Pero sea de esto lo que suene, la inmunidad del lugar hubiera siempre contenido á cualquiera otro menos asevido que Antequera. Sin escrúpular en tan notable circunstancia llenó dos barcos de soldados, y confiándolos á su fiel Ramon de las Llanas, le dio orden de prenderlo. Valiéndose de una negra perfidia, cumplió su misión; al nivel de los deseos de Antequera, quien tuvo el bárbaro placer de cargarlo de cadenas y encarcelarlo en un calabozo. Un hecho tan violento y desahogado llenó de indignación al magistrado de Corrientes, quien por uno de sus miembros hizo que se diese su respeto á Antequera con su osada libertad; y se le reclamase por la restauración del prisionero. Antequera dio una respuesta, qual convenía á la altivez y severidad de su enemigo.

No podía dudar el virrey lo expuesto que se hallaban sus providencias á quedarse ilusorias por los sublevados de Antequera. A fin pues de asegurarse el más puntual cumplimiento, por despojo de 9 de junio, había encomendado su expedición al teniente, rey de Buenos-Ayres, D. Balmaseda García Ros, y por otro de 8 del dicho mes de haber encomendado al mismo Ros el gobierno de la provincia. Las recomendables circunstancias de este oficial, unidas al buen concepto que
le había graneado su gobierno del Paraguay, acre-
ditaban la elección y debían prometer el mejor
éxito a estar menos tiranizada por Antequera la
libertad de la provincia. Se encontró Ros con estos
despachos al mismo tiempo que la prision de Reyes
causaba en su ánimo el gran sinsabio que por
su clase merecía. Ya no trató sino de acelerar
des las disposiciones relativas al objeto de su comisión.

Puesto en la ciudad de Corrientes, en 14 de di-
ciembre escribió a Antequera y al cabildo de la
Asunción, dándoles aviso de su destino. Cuando es-
tas cartas llegaron a aquella capital, ya un tenor su-
persticioso y pánico afectaba los ánimos de los del
partido de Antequera, y los tenía en una inquieta
vivacidad. Convencidos de que García Ros era in-
timo amigo de Reyes, realizaban en su idea todas
las tristes consecuencias que se tenían de su gobier-
no. El protector Antequera ingeniosamente tirano de
este pueblo, no hacía mas que seducirlo para au-
mentar su espanto y confusión. En tan crítica con-
yuntura creyeron que era preciso consultar la vo-
luntad general por medio de un cabildo pleno. La
resolución de este congreso debía ser de necesidad
favorable a las intenciones de Antequera, pero como
él no quería que se le tuviese por autor, dispuso las
cosas de manera que se les complicase su salida luego que
hubiese propuesto el asunto de la deliberación. Per-
mitásemos valernos aquí de la ocurrencia de un gran
sibilo, hablando de estos chismes de políticos, y decir que
Antequera no parecía sino que tuviese en sus ma-
nos ese anillo fabuloso para hacerse visible o invi-

sible cuando convenía a su interés. Dado pues este paso, se tuvo presente en esta junta que por instancia de los amigos de Reyes, la comisión de García Ros hacia ya un año que se sabía: que las cartas interceptadas de Reyes nada otra cosa respiraban sino la destrucción de sus émulos, luego que fuese repuesto: que la incertidumbre de la provincia generalmente sucedería cualquiera de los dos que gobernase: en fin otros muchos artículos que se dirigieron al mismo objeto. En vista de lo cual fué resuelto que no convenía la restitución del gobierno en D. Diego de los Reyes, como ni que cualquier parcial suyo lo tuviese.

Parece que se tuvo este cabildo días antes que se recibiesen las cartas insinuadas de Ros. Lo que hay de cierto es, que habiendo este oficial adelantado sus jornadas hasta el paso de Tabiquart, se le exigió por el cabildo la exhibición de sus despachos; los que rehusando entregárselos, le fue notificado un acta del Antequera, mandándole retrocediese hasta salir de la provincia, intimándole de nuevo la real providencia de la audiencia para que nada se inmoviese. Ros no se hallaba con fuerzas suficientes para entrar en competencia con gentes que llevaban sus pretensiones con un empeño de común y, por lo que consistía ésta, que resistir con mala providencia, como que, habiendo recientes disposiciones del virrey, iba llegado el caso de innovación, retrocedió hasta el Antequera. Su dicha obra quedó en buen lugar, y el pueblo cupo obstinado en obstacul no se movio.
CAPITULO VI.

Antiquera remite tropas auxiliares a Buenos-Ayres; Zabala, autorizado, por el virrey para cortar las disensiones del Paraguay, manda a García Ros; se propone el Obispado para seducir del propietario, y los jesuitas. Antiquera explica a su Agente la intención del virrey.

Los vendedores de graines, se encargan de que las deben hacer presente en el capítulo antecedente, y continuarán con el empeño de resguardar a Montevideo de las insinuaciones paraguayas, y obispo, que proceden de Buenos-Ayres. El mariscal de campo: El príncipe: Maitz, jefe de Zabala, y gobernador de Buenos-Ayres, se declara hecho cargo de esta empresa. La vergonzosa desviación de esta plaza obligada sin estas ocasiones a solicitar socorros efectivos de las provincias adyacentes. Persuadido Zabala que el gobierno del Paraguay estaba en manos de D. Blázquez de los Santos, imploró de este gine la fuerza militar disponible de esta provincia. Al verpadra entonces se aprovecha de esta oportunidad para ostentar su zelo de un modo que fijase la atención.
CAPITULO VI.

Publicados los dichos soldados, contados sus expensas
señor, viéndolos en auxilio de Buenos-Ayres (a). 1730.

Pero no por esto se obsesionó menos fuerte para su
reverso en el gobierno. Estaba asegurado que la so-
la prohisma de repartir entre los particulares las Mis-
iones esas mismas, le daría infinitos servidores, tenien-
dos que recibir en recompensa tan grandes y ricos
intereses. En efecto, fueron pocos los que con este
artificio no se vieron ladosados al extremo de sus en-
modidades, y hechos partidarios del usurpador. La
inseguridad era tan apresuradamente codiciada; que el
mismo Antequera se vió en la obligación de detener
por otra este torrente. Pero no reflexionaban, que
un pensamiento tan desastrado, dirigido a destruir
los establecimientos más celebrados, era desde que-
sego inasizable; teniendo contra sí todo el peso de
tas primeras autoridades.

El virrey de Lima, señor de la suya, queriendo
por este tiempo dar un nuevo y mejor apoyo a las
mandatos, contundente y fuerte escribió una carta
de gobernador Zárate, por la que después de signi-
ficarle que su alta representación no le permitía
un espectáculo útil de los estranguladores del Pa-
tray y la autoridad cabal. En tanto que los
apagase los gritos imprudentes de los marranos de
sediciosos, y reinundando preso al usurpador Ant-
queura, establecería orden y subordinación
y quitaría la presencia de dos mil fuerzas indiscri-
binadas, el ab suelto limbo cobraba el esp-
nombre se imponía y siempre se oía, no con
un muro abigarrado de refugios, sino profundo nicho de

aría en este puerto para no dexar, á contingen- 
los derechos del soberano. No pudiendo pues por,
si mismo satisfacer esta ardua comision, la traspa-
só á García Ros, que acababa de llegar, y expidió
sus órdenes á las Misiones jesuiticas, para que lo di-
se todo el fomento que pidiese; La ventura en
asunto de tan gravedad hubiera sido un crimen
de estado. Ros, que miraba aquella sublevacion con
todo el horror de que era digna, tomó las mas pro-
prias medidas para su marcha.

Hacia tiempos que la iglesia del Paraguay se hai-
llaba sin su propio Obispo, porque detenido en Es-
paña el que lo era á causa de sus graves enfermeda-
dos, se gobernaba esta siilla por el ministerio de vicar-
rios. El desorden debia ser la consecuencia necesa-
ria de una ausencia que enervaba el vigor de la dis-
ciplina. Para remedio de este mal se le dió al prela-
do propietario un coadjutor en persona, de D. Fr.
José de Palos, Obispo titular de Tariján en la Ma-
ritisania. Al tiempo mismo que García Ros hizo los
preparativos de su viaje, arribó á Buenos-Ayres, por
la via del Perú, el obispo Palos. La compañía de es-
te prelado la estimaba Ros de un gran suerte para
el feliz éxito de su empresa; pero el obispo Palos
juzgó que no era propio de él que iba á conciliar los
corazones, entrar en aparato bélico.

Entre las disposiciones que tomó Ros para poder
sufocar las semillas de esta guerra civil, fué poner so-
bre las armas dos mil indios de las Misiones jesuiti-
cas en el paso de Tepinquiri, y hacer que se apron-
tasen docientos españoles de Cormientos para may
CAPITULO VI.

char al primer orden. Al arribo de Ros a Tebiquari encontró las tropas de Misiones, y con algunos pocos españoles que se le unieron, de los que huían los rigores de Antequera, pasó el río sin contradicción. Ramón de las Llanas, que con docientos hombres se hallaba al otro lado, no se atrevió a correr los riesgos de un combate; pero acantonado a una distancia, intimó a Ros de parte de Antequera saliese de sus límites, y dió cuenta de todo a la Asunción. Si la primera venida de Ros alarmó los ánimos de esta capital, esta segunda causó una conmoción inexplicable. Ella se miraba por muchos como el pronóstico de una catástrofe, a no prevenir sus efectos por una resolución intrépida y puntillosa. El rey, la patria y todo lo mas caro se creía defender con esta guerra, cuando sólo se defendían sus preocupaciones.

Las relaciones de amistad entre el gobernador Reyes y los jesuitas, unidas a las circunstancias de componerse el ejército de Ros de los indios de Misiones, hacían concebir que estos religiosos eran los principales autores de la guerra, y los que lo habían llamado para ponerlo todo a sangre y fuego. La imputación no podía ser mas grosera y calumniosa. La carta que en esta coyuntura escribió a Ros el rector del colegio de la Asunción, Pablo Restivo, en la que lo conjura por todo lo que hay de mas sagrado desista de una guerra, que á mas de ser injusta, va á ser el teatro de los horrores, es un convencimiento irresistible.
LIBRO IV.

Con todo, como las pasiones habían ya llegado a ese grado de enardecimiento que sólo permite delirar, era preciso que rompieran todos los términos de la moderación. Los cabos militares, los soldados y muchos vecinos, con asistencia de los vocales de cabildo se juntaron el 27 de julio en casa de Antequera y le manifestaron su decidida resolución de defenderse, y de expatriar de su seno sus aborrecidos huéspedes los jesuitas. Antequera afectó en este lance que se hallaba desnudo de toda míra personal, y recomendando a los concurrentes la más estrecha madurez en sus deliberaciones, tomó el partido de retirarse. Los de la junta se atriﬁcaron en su opinión. Pero a fin de que esta tuviese doble ﬁrmeza se ﬁjó por un auto de cabildo expedido el 7 de agosto del mismo año. Por esta solemnísima pieza en que se halla recogido todo lo que puede inventar el odio más inﬂamado, e ingenioso, fue resuelto que se pusiesen en movimiento todas las fuerzas de la provincia para hacer frente al ejército de Ros, y se le suplicase a Antequera tomasse el mando de estas tropas con la representación que le daba su carácter de capitán general. Fué después de esto indicado el día de la marcha, y en ese mismo se notiﬁcó a los jesuitas un auto del cabildo, dictado privadamente por Antequera, para que dentro del perpetuo término de tres horas saliesen de la ciudad. Fuéron infructuosas las más sólidas y patéticas reﬂexiones con que el rector del colegio procuró trastornar a mejores sentimie-
CAPÍTULO VI.

... sus corazones se hallaban cerrados, y por desgracia tenía la llave una furia la más activa y ponzoñosa. Puéstase la tropa sobre las armas, atravesaron el pueblo estos religiosos de dos en dos por entre una multitud que corrió a ver este espectáculo. El sentimiento de la compasión es el que hace mas honroso a la humanidad, porque a ella es llevado el hombre naturalmente quando no hay cosa que pueda sufocarlo. A vista de la virtud perseguida, muchos se olvidaron de su propio daño, y una indignación generosa contra el poder arbitrario las arrancó no pocos lágrimas. También hubo algunos regidores de los mismos que firmaron el auto de destierro, quienes viéndose desperezados por los remordimientos de una conciencia que les ponía a los ojos su vergüenza, se retractaron ante el ordinario eclesiástico...

... Antequera su pasó en marcha con un ejército de tres mil hombres; pero entre los movimientos tumultuosos de su alma deixó antes de partir una orden cerrada al alguacil mayor D. Juan de Mena para que degollase a Reyes en un calabozo. Lnue que Antequera se aceró a sus tropas, las arregló con un ayre de grandeza y prodigalidad, que les granse muchos aplausos. El alguacil Mena, recomendable para Antequera por su inviolable fidelidad, bien hubiera querido ejecutar la sentencia contra Reyes; pero el sargento mayor D. Sebastián Ruiz de Arrellanos, que quedó en el mando de la ciudad, no pudo menos que horrorizarse de un mandamiento tan exorable, y lo mas...
díó suspender hasta otra orden. Mejor advertido Antequera por las reflexiones de Arellanos, echó de ver que sólo había escuchado los consejos peligrosos de su pasión, y revocó el mandamiento.

Cuando los dos campos contendores se pusieron a una corta distancia, queriendo García Ros que la rebelión de Antequera fuese un crimen sin refugio, le despachó de nuevo un oficial con los despachos del virey. La primera respuesta de Antequera fueron ocho tiros de artillería con bala. La lectura de los despachos no hubiera causado en él otra impresión, que la que puede causar el agua que corre sobre el mármol, y así, retirándose después a más distancia, respondió definitivamente: «que él no había venido allí a entretenerse en leer papeles, sino a decidir por un combate las diferencias que había entre ellos.» Las fuerzas de Ros no le permitían por su indisciplina aventurar un combate, y los docientos hombres de Corrientes aún no habían llegado a su campo. Le fue preciso disimular una respuesta tan insultante. En este estado de inacción, los indios llevados de su candor natural, llegaron a persuadirse que esta guerra mas tenía de perspectiva que de realidad. La ignorancia del peligro los hacía descuidados, y aun no faltaron quienes de entre ellos se dieran arrastrar de una estúpida curiosidad hasta el mismo campo del enemigo. Antequera poseía el arte de conducir su empresa por caminos más disimulados y diestros, que los de Ros. El supo aprovecharse de este acontecimiento,
CAPÍTULO VI.

...te imprevisto; y con palabras disfrazadas llegó a persuadir a estos indios que era su amigo y protector. El día de san Luís, en que se celebraba el nombre del rey, estaba próximo. Antequera les habló de él como de una fiesta, en que la guerra debía dar lugar al regocijo común. Con esta red que les tendía, esperaba apoderarse de muchos más, y no se engañó. Cien indios del pueblo de Santiago se acercaron aquel día al campo de Antequera, pintando en todo su exterior la sencillez de su alma y la ignorancia del peligro. Cuando Antequera los tuvo a tiro de fusil vino sobre ellos con un cuerpo de caballería. Tan alucinados estaban estos indios, que esta primera marcha la miraron como el principio de la fiesta; pero cuando menos lo pensaban se hallaron derrotados. Este primer desastre trajo al de todo el ejército, porque aprovechándose Antequera del movimiento convulsivo que causó esta sorpresa, lo embistió con furia el 25 de agosto, antes que pudiese tomar ninguna precaución de defensa. En vano Ros se esforzó a rehacerlo: su demasiada negligencia en observar la conducta de un enemigo astuto, y en prevenir las inconsecuencias de una tropa inadvertida como la suya, ya no era tiempo de reparar. Antequera hizo penados su ejército, mató muchos, tomó otros prisioneros, se apoderó de todo el carreaje, papeles, armas, municiones, y García Ros se salvó precipitadamente hasta tomar el puerto de Buenos-Ayres. Entre los prisioneros fueron dos jesu-
las, a quienes afectando no creer que lo fuesen; y mandó escoltarlos al provisor. Con ellos fueron también muchos indios atollados de dos en dos.

Antequera tenía ganadas las tropas de su mando por caminos criminales: permitiéndoles todo género de licencia y de maldad, y tentando su codicia con el interés más suspirado de hacer entrar los grandes pueblos de Misiones en el número de sus propiedades, era el secreto de que se tuviesen por bien pagadas, y siempre a su discreción. Pero era preciso que alguna vez se realizase un deseo tan arraigado. Ecitado vivamente Antequera de este pensamiento, propuso a sus capitanes el proyecto de apoderarse de las cuatro reducciones más cercanas del Paraná. El maestre de campo general D. Sebastián Fernández Montiel con algunos otros se oponían a esta empresa abierta, fundando sin duda en la reflexión de que, por un latrocinio momentáneo no se hacía más que caminar muy aprisa la per- 
dición. También tendrían presente que invadir de propia autoridad unos establecimientos sostenidos por las leyes era ya dar a sus empresas todo el carácter de una rebelión. A pesar de esto, adelantados los demás con la fruición de una fortuna que nunca tuvieron capaces de adquirirse, sino por un delito, opinaron en contra y firmaron a Antequera en su propósito. Pero éste no pudiendo jamás tener ocio-
so el sustento presente que la naturaleza le había hecho de un génio seductor, se hizo rogar del cabildos de la provincia a fin de que cometiesen 
estas reducciones al servicio de los particulares.
CAPÍTULO VI.

La pasada desgracia de los indios los había hecho más cuerdos. Ellos estaban en continua observación de los movimientos de Antequera. A su primera marcha, el terror de su nombre y el cuidado de su conservación los hicieron refugiarse donde no tuviesen que temer la suerte de sus hermanos.

Entre los pueblos que habían reconocido la autoridad de D. Baltazar García Ros fué uno de ellos la Villa Rica del Espíritu Santo. Esta prueba de fidelidad hizo que Ros le diese por teniente a D. Teodosio de Villalba, quien llevándole un auxilio de cincuenta hombres, cayó prisionero en manos de Antequera. El hombre valeroso se contentaba con ver rendido a su enemigo: sólo el cobarde se compliece en derramar sangre. Antequera, que nada tenía de valiente, juzgó que era preciso sacrificar a su seguridad la vida de este prisionero, y lo condenó a muerte. La ejecución de esta sentencia, que debía hacerse en la misma Villa, fué encomendada por Antequera al sanguinario Ramón de las Llanas, tan malvado como él. Era este un hombre valiente, que de golpe de navio había subido a los primeros puestos por un ascensoamiento de seis años. Había sido preciso que tuviese la hábita y valía de la canalla. Luego que se vio con Villalba a su disposición, le hizo sufriros los tormentos más inhumanos, llevando su crueldad al extremo no sólo de ejercerlo tranquilamente, sino también de decías con los gemidos de este infeliz. Por último, apresuradamente lo pasó por las armas antes que Antequera, como él decía, tuviese la debilidad de perderlo.
Antequera seguía su marcha a la reducción de Nuestra Señora de Fé, cuando se le unió Llanas después del suplicio de Villalba. No fue pequeño el sinsabio del rebelde cuando vio que la dispersión de los indios había dexado ilusoria su palabra y la esperanza de sus secuaces. Este tirano falaz y disimulado intentó ganarse los indios tratando con mucho agrado los pocos que encontró en la reducción, y convidando a los fugitivos con su amistad; pero fue poco lo que adelantó entre unas gentes que tenían bien conocida su perfidia. De la reducción de Nuestra Señora de Fé pasó a la de santa Rosa, donde no pudo gloriarse de mejor éxito. El desatamiento de sus soldados por una deserción, que los dexaba con las manos vacías, traió inquieto el ánimo de Antequera. Pero lo estuvo mucho más cuando supo que no muy lejos de su campo venían marchando cinco mil indios contra él. Estos indios eran de otras reducciones más lejanas, quienes considerando que las leyes no podían socorrerlos, se creyeron autorizados para recurrir a la fuerza contra un injusto agresor como Antequera, que violaba sus derechos, y pretendía reducirlos a una perpetua esclavitud. La verdad histórica no permite disimular: no se puede negar que este movimiento de los indios fue inspirado por los jesuitas. Nos mueve a pensar así la perfecta conformidad de este procedimiento con la respuesta del provincial Ruiz de la Roca a la consulta que le hizo el superior de las Misiones, padre Pablo Benites, para el caso que Antequera pasase el Tebiquari. La noticia de esta
Capítulo V.

La marcha llenó de pavor al intruso gobernador, y lo obligó a retirarse con la mayor celeridad.

El gran partido que tenía Antequera en la Asunción se hallaba consagrado a lisonjear sus pasiones, y aplaudir hasta sus crímenes. Su entrada en la capital la creyó digna de ser celebrada con una profusión de aplausos propios de un vencedor. Arcos triunfales adornados de trofeos, calles entapizadas, repique de campanas, nada se omitió de cuanto podía dar dignidad a este acto. Sus partidarios dispensaban estas aclamaciones sin medida, y Antequera las recibía sin pudor, porque a todos interesaba que un velo brillante cubriese lo negro de la acción.

Deshamos al obispo coadjutor Palos en camino al obispado del Paraguay. Es fácil de persuadirse, que por un efecto de su prudencia no quería acelerar la entrada a su capital, hasta ver el éxito de la expedición de García Ros. En efecto, con estas miras ocupaba únicamente el tiempo en las santas funciones de su ministerio, visitando algunas reducciones. Las noticias de la expulsión de los jesuitas, la derrota de Reis y la vuelta de Antequera a la Asunción lo determinaron a no dilatar por más tiempo su entrada. Aunque plenamente convencido de la torpe resistencia de Antequera y de la conducta ciega y alucinada de su pueblo, creyó que no, sino por un solo indicio: no a favor de la verdad, podía desde sus primeros pases abrir su corazón y derramar indiferentemente los sentimientos de su alma. Recibido por so-
LIBRO IV.

dos, con las demostraciones de la más cumplida urbanidad, correspondió a estas señales de benevolencia por medio de una afabilidad circunspecta, unida a una conducta reservada, que le hacía estar sobre sí mismo para no dexarse penetrar. Entretanto él procuraba informarse de todo, y no malograba las ocasiones de dar a conocer que deseaba reunir en lo posible las ventajas de todos con los intereses de la justicia y la verdad.

Una de las cosas que más lo afirmaron en su concepto contra Antequera fue saber los medios violentos de que se valía, para sacar por extorsión el consentimiento de los vecinos. Gobernados no pocas de una prudencia pusilánime, y sin nervio en sus almas para resistir los males que les representaba su temor, habían entrado en esta rebelión contra las reclamaciones de su propia conciencia. La presencia de este prelado tranquilizó esas agitaciones de sus espíritus que había introducido el miedo, y los indujo a reparar por una retracción justa, aunque tardía, el agravio hecho a la verdad. El maestre de campo general D. Martín de Chabbarri, y el regidor D. José Caballero y Añasco, el primero ante el vicario general, y el segundo ante el coadjutor protestaron solemnemente contra las firmas que habían echado a peor de los remordimientos de su conciencia. La virtud respetable de este prelado y su zelo por apagar el fuego de esta rebelión, hicieron también que los demás del pueblo empezasen a conocer su descarrío, y que los negocios fuesen
CAPÍTULO V.

tomando una faz nueva. « Los perversos mismos, dice el autor de las notas del poema sobre la elo-
quencia, tienen momentos de reflexión, y su re-
greso es siempre al partido de la virtud; esta se 
procura en los corazones mas corrompidos un ne-
gociador secreto que aboga por su causa, y los 
prepara a reconciliarse con ella. »

Don José de Armendariz, marques de Castel Fuerte, se hallaba en posesion del vireynato de Lima. 
En el fervor naciente de su gobierno, una rectitud 
inflexible lo hacia mirar con odio esta rebelion es-
candalosa, y deseiar con eficacia el restablecimiento 
del orden. No bien satisfecho con las medidas toma-
das por su antecesor, expidio órdenes executivas al 
gobernador de Buenos-Ayres D. Bruno Mauricio 
de Zabala, á fin de que sin malograr momentos pa-
sase al Paraguay, prendiese á Antequera, lo remi-
tiese á Lima con buena custodia, confiasese sus bien-
es, aplicando el fisco diez mil pesos, ofreciense mil 
doblones al que en caso de huída lo entregase vivó 
ó muerto, y confiasese este gobierno al que pareciese 
mas digno de él. Estas órdenes iban acompanadas 
de una carta al provincial de los jesuitas, entome-
daendo tuviése á disposicion de Zabala los indios 
de guerra que le pidiera; y en fin otra al obispo 
coadjutor en la que le daba cuenta de las medidas 
tomadas con el objeto de la pacificacion. Queriendo 
Zabala á allanar el camino de la obediencia, ó ha-
 cer mas responsable á los rebeldes, puso en manos 
de Antequera y del cabildo la orden relativa á su 
compision, y la que ofrecia un indulto á los que en-

trasen en su deber. Eran muy capitales sus delitos para que fácilmente diesen crédito al cumplimiento de una gracia, que en su concepto no la merecían. Viendo pues acercarse el desenredo de este drama fatal abrazaron el expediente de poner a prueba la fiel- delidad del coadjutor. Ramón de las Llanas tomó de su cuenta hacer una tentativa para traerlo a su partido. Pero este mal hombre, que había perdido hasta el instinto de la virtud, tuvo que sufrir la con- fusion que merecía la malignidad de sus intentos. Avergonzado, hubo de retirarse llevando un diseño bien dibujado del abismo a que corrían él y sus cómplices. Por mucho que perdiése en la boca de Llanas el discurso del coadjutor, tuvo sobrada fuer- za para que se mirasen los diputantes como unos transfugos de las banderas del rey, y quedasen sinceramente resignados a rendir su obediencia. No está el albedrío del hombre apagar enteramente las luces de la razón. Los dos regidores en ejercicio, D. Antonio Ruiz de Arallones y D. José de Uranea, principales autores de estos males, como huyendo de sí mismos, fueron a echarse a los pies del coadjut- tor, y le prometieron una sujeción enter a las ór- denes del virrey, cualquiera que fuese la conducta de Antequera.

El arrepentimiento de estos dos regidores causó en Antequera una acedia de espíritu tan grave, que bien debía hacerle conocer que todo crimen lleva consigo mismo su castigo. Con todo, lejos de reprobar su conducta viciosa, apeló a la intrigue, recurso de almas bajas, para rebajar su
CAPITULO VI.

partido que iba en derrota, prometiéndole sembrar de tales incidentes y embarazos la pretensión de Zabala, que la dexase sin efecto. Pero tenía en el coadjuvador un concurrente muy autorizado, muy firme y muy advertido para que pudiese recoger el fruto á que anhelaba. Siempre á la brecha este prelado le desbarató sus baterías, y después de una larga conferencia entre ambos, tuvo por fin la gloria de rendirlo. Antequera y el cabildo escribieron al gobernador Zabala llenos de deferencia, ofreciéndose recibirlo con entera sumisión: Arellanos y Montiel le escribieron por separado, haciéndole las mismas protestas.

La prudencia abre camino á las virtudes, y lo abre lentamente para hacerlas andar con prudencia. Si este tiento se necesita con las virtudes verdaderas ¿quanto mas con las aparentes? Observa aquí juiciosamente Charlevoix, que hay circunstancias en que exige la prudencia se afecte el creer inocentes aquellos culpables, que podían causar mucho mal, si se rehusase aceptar su sumisión; como sería prudencia dejar libre el camino á un enemigo que se retira, y á quien la desesperación podía dar las fuerzas capaces de hacer arrepentir haberlo persiguido demasiado. El gobernador Zabala no conformó su conducta á esta sabia máxima. El conocimiento anticipado que tenía de Antequera, le hizo temer en sus protestas alguna oculta maquinación, y dió bien á conocer ese temor, expediendo órdenes preventivas á Corrientes y Santa Fé, para que se previdiese á su captura siempre que arribase á esos
puertos: Antequera entonces rompió el velo de un disimulo que ya no podía aprovecharle, y fiado en la impresión que sobre algunos hacían sus discurso, retrogadó de su palabra. No hubo medio de seduccion que no pensiese en uso: no es de admirar ganase á muchos: él tenía necesidad de engañar, y ellos de ser engañados. Mas con todo, los regidores D. Martín Chabarri, y D. Juan Caballero de Añasco, de acuerdo con Arellano y Uría, le salieron siempre al encuentro en sus caminos obliquos, y desvanecieron sus proyectos.

Desesperado por este lado, se echó á los brazos de los gánse militares; pero tampoco entre ellos halló acogida, porque ya había recorrido tarde. Sin embargo, á fuerza de artificio y mano consignó á lo menos que para el año entrante de 1725 recayese la elección de los alcaldes en Ramon de las Llanas y D. Joaquín Ortiz de Zarate; dos sujetos de quienes estaba asegurado les sostendrían en todo trance.

Las graves atenciones del gobernador Zahala retardaron su salida de Buenos-Ayres hasta principios de diciembre de 1724 en cuyo tiempo se puso en marcha con ciento treinta soldados del presidio, y veinte y cinco de la compañía de voluntarios á sueldo del rey. Poco antes había ya despachado por el río cuatro barcos armados y seis piezas de campaña con órden á Corrientes, para que se le aprovisionaran de hombres de guerra. Su arribo á Santa Fé le propició el trato con D. Martín de Barua, sujeto cuyo atractivo exterior le hizo formar el designio de colocarlo en el gobierno.
CAPÍTULO VI.

del Paraguay, y lo admitió a su compañía. La resistencia de Antequera y de los vecinos del Paraguay hizo que el virey los mirase con la odiosa calidad de rebeldes. En consecuencia de este principio, no sólo había mandado se cortase toda relación de comercio con esta provincia, sino también se la reduxiese por armas, como violadora de los empeños más sagrados. Aunque con este objeto se alistaban de superior orden seis mil indios de Misiones, ciertas consideraciones políticas indujeron a Zabala para mandar no se moviesen de sus pueblos.

Los alcaldes de la Asunción, inspirados de Antequera, hicieron mirar estos preparativos de guerra como injuriosos a la lealtad que esta ciudad profesaba a su soberano. En esta virtud excitado el cabildo por el procurador general D. Miguel de Garay, pasó un exhorto al obispo coadjutor, a fin de que por su parte requiriese a Zabala entrase a la provincia sin estrépito, y no como a tierra de enemigos, pues a mas de atacarse por este medio su crédito y reputación, se exponían sus vecinos a ser tratados con las violencias a que siempre cree tener derecho un conquistador. El fin que Antequera se proponía no era otro que adquirirse un título, con el que poniéndose de su parte el vecindario, pudiese disputar el terreno a fuerza armada, caso que Zabala entrase con estrépito; o en el evento contrario proporcionarse la ventaja de poderse manejar según le sugiriese un espíritu como el suyo, que sabia con destreza girirse a cualquier lado.
La vista rápida y profunda del coadjutor lo puso al cabo de todo este manejo; y aunque conoció el sin degradado, temiendo que su resistencia no diese un nuevo pretexto a la insubordinación, prestó con docilidad su condescendencia, pero añadiendo que en su concepto nada convenía tanto a la seguridad de los interesados como ratificar a Zabala la promesa que se le había hecho de una sumisión sin otros límites que los de la ley y la razón. El cabildo escribió de nuevo a Zabala, suplicándole quisesen dexarle integro el mérito de la obediencia, sin equivocarlo con la sumisión forzada del que se rinde a vista de un ejército; y así dexase en Corrientes los preparativos militares. El gobernador Zabala respondió a estas cartas; que la gente, que llevaba, era la que correspondía a su carácter, y que fiado en la debida lealtad de aquel pueblo, haría se suspendiesen los demás aprestos de guerra.

Entre las invenciones fraudulentas, con que procuraba Antequera hacer caer en sus lodos a la multitud inculta, había sido una de ellas hacer correr que los poderes de D. Bruno Zabala se habían respetados por el virey. Para dar crédito a esta falsedad discorrió otro nuevo embuste, quedando ya en camino quien le traía nuevos despachos para que continuase en su gobierno, en cuya aprobación manifestaba cartas que el mismo fabricaba. Esta perdía era un abuso de la confianza, que de él hacían sus seguidos sobre el garante de la amistad. El alcalde Llanas llegó a
CAPITULO VI.

conocerlo, pero no a mudar de conducta. ¿Sería fácil que este hombre perverso abandonase una carrera que era para él como su estado natural? Se dice bien que hay hombres, que encuentran menos inconvenientes en obrar mal, que en corregirse. Llanas era de este carácter. Antequera que lo tenía bien penetrado, juzgó que para más asegurar el debía hacerle gustar el pretexto de su iniquidad. Investido del mando, de comandante, le encomendó la visita de los fuertes, y de ponerlos en tal pie de defensa, que no pudiera Zabaleta apoderarse de ellos.

Al paso que Antequera hacía sus últimos esfuerzos por sostener una causa desesperada, el coadjuntor hacía los suyos para agobiarlo bajo el peso de la obligación, y quitarle toda esperanza de que se fructificasen sus esfuerzos. D. Braulio deslantó su marcha hasta el pueblo de San Ignacio, uno de las Misiones, donde visieron a cumplimentarlo el obispo Palacio y un diputado de cabildo. Aquí se recibió con más afán, la prevención de que se le desarmaba, defraudando la confianza; y de manera que nunca quedaba tranquila. Las novedades que Zabaleta no se descuidaba en recoger, todas concurrieron a confirmar, el concepto de que había el deseo de una amistad fingida, tratando de envolverlo en una trasciencia premeditada. Con todo, sin dar a conocer esta sospecha, respondió con firmeza, que él no podía desprenderse de una escolta que hacía honor a su persona, y que sobre todo, ninguna ciudad sujeta al rey po-
día reunirse la entrada de sus tropas. La cercanía de D. Bruno disipó enteramente el nublado, que sobre las verdades más notorias extendían las fraudes de Antequera, y le hicieron conocer que ya era tiempo de poner su persona en seguridad, saliendo fugitivo de la provincia. Influyeron mucho en este acontecimiento las eficaces persuasiones del comisario, quien considerando inconciliable la pacífica entrada de Zabala con la residencia de Antequera, le aconsejó como menos nocivo el partido de su evasión. Preparadas, pues tres chalupas, y llevando consigo al maestro de campo Montiel y al alguacil mayor D. Juan de Menía, se embarcó el 5 de marzo de este mismo año. El pueblo quiso hacerle los últimos honores concurrendos en tropel a su salida, y él se aprovechó de esta circunstancia para dirigirle un discurso, en el cual se declaraba su decisión con la esperanza de una vuelta triunfante. Con la retirada de Antequera entró D. Bruno pacíficamente el 29 de abril, y después de haberse puesto en posesión del gobierno a D. Martín de Batres, saliendo de la prisión al gobernador Reyes, restituido a sus oficios otros génesis depuestaos, en fin entablar las confusas relaciones, retrocedió a Buenos Aires el mismo año de 1725.
CAPÍTULO VII.

Generosidad del gobernador Urizar: continuó en el gobierno por un convenio con su sucesor, arbitrario, que se tomaron para la dotación de una milicia perpetua: impuestos graviosos a la América: cesaría contra el gobierno civil de otros vicios: Raynal: ciudad de Urizar: empero frustrado para el descubrimiento de un camino: gobierno útil: Urizar: su muerte.

El gobernador del Tucumán D. Estevan de Urizar Arestédococoga, habiendo sujeto muchas naciones del gran Chaco, continuaba repartiendo por un justo gobierno los males causados por sus antecedentes, y adversidad la paz de la provincia, sobre bases menos frágiles que las puestas. Poniéndose en el origen de la facilidad, con que los bárbaros habían causado tantos estragos, reconoció desde luego que la falta de un cuerpo permanente de milicias, abarrotado, que copiaría en el antiguo de la historia de la conquista, que en su ausencia, que las ciudades mismas, a sus expensas, demandando abandono de sus familias y los pocos bienes que proveían a sus subsistencias, después de suscomisiones y el servicio personal de los indios, miraban en él, de salario, a los descorazonables, las fatigas de la guerra; pero después que cesaron estos beneficios militares, el desabrimiento se apoderó de todos, y quedaron los ciudades de discricción de los bárbaros. A fin
de prevenir esto desgraciadamente Urizar los medios de levantar esa fuerza armada, que distribuida en diferentes puntos, hiciese las fronteras respectivas por un esfuerzo siempre continuo. Aunque no podía dudarse que era preferible este proyecto a de armar por intervalos hombres sin sueldo, cuyas victorias nunca concluían con el enemigo, la dificultad de encontrar un fondo público suficiente a su dotación era una empresa más ardua que la de muchas campañas.

Entretanto que maduraba este pensamiento, destitujo Urizar de lo suyo, sino lo bastante a llenar una medida tan dispesa, a lo menos lo que podia exigirse de una noble magnificencia. Por este medio y lo que contribuía cada ciudad tuvo siempre bien distritos los presidios de soldados, armas y municiones, como también los almacenes para acudir prontamente a cualquier socorro del enemigo. Esta largueza de Urizar no era el fruto de la vanidad y la ostentación: todo el mundo conocía su justicia, y sabía que la felicidad pública era el único término de sus servicios. Por ello se ganó el reconocimiento universal de la provincia; y nadie abririó la puerta de la rumorosidad.

1. Petrol, quando la virtù d'amor e d'intrepidezza ha estàto il amico di la nobiltà! Està sì è il mio punto, del quale quasi in ogni altro trovi; chi non amano, la occasione di desarrollar sus golpes sobre el que menos no merece. No faltó un malvado de este carácter el cual, viendo llegar el día, aunque empalidecidos los cinco años, sin el gobierno de Urizar, hi-
CAPÍTULO VII

La vispera tocar a muertos las campanas de la matriz de Salta. Ese punto de honor, formado de la estimación que uno hace de sí mismo, y del derecho con que se juzga al buen concepto de todos, en ninguna profesión es más delicado que en la militar, y en ninguno debía obrar con más fuerza que en Urizar. En efecto, mirando este tiroteo como un menoscabo de su honor, negoció de manera con el provisto sucesor suyo, que, dexándose el gobierno, quedase enteramente burlado el odioso autor de la maldad. El rey confirmó este trasiego en 1712 según hemos podido conjecturar, y mandó se le abonasen de sus reales cañas las erogaciones que había hecho.

En los dos años siguientes volvió a hacer Urizar otra segunda entrada al Chaco con el mismo éxito que la anterior. Pero siempre penetrado del convencimiento que sus conquistas no tendrían más que una existencia momentánea, debided a unos sucesos pasageros, mientras un cuerpo permanente de milicias no quitase a los bárbaros toda esperanza de invadir con buen éxito el territorio de las ciudades, hizo presente al rey su pensamiento en 1714. Reduciase el proyecto a que se aumentasen docenas de plazas pagadas a las quarenta que tenía de dotación el presidio de Esteque, y que con ellas se guarneciesen tres fuertes avanzados que había hecho construir. Para dar estabilidad a esta milicia, con un fondo competente a su dotación; propuso los arbitrios siguientes: primero, que fuese doble la tarifa conocida con el nombre de sisa, que para...
salarío de la guarnición de Esteco ascendían las mulas, vacas y otros frutos transportados a las provincias del Perú (a): segundo, que se impusiera una pensión sobre cada carga ó carro de efectos comerciales, cuyo gravamen nunca igualaría al costo de las escoltas, de que se libertaba el comercio á beneficio de esta milicia: tercero, que los arrereros conductores de estos géneros desde Salta y Jujuy á la interior del reyno pagasen por cada mula un peso, menos los de la provinicia en consideración á sus sacrificios: quarto, que el vacío que dexasen estos arbitrios para la provision de pertrechos de boca y guerra se llenase por los cabildos de las ciudades con los frutos de su respectivo territorio: quinto, que se concediesen terceras vidas á los encomendados contribuyendo estos un donativo, que no haza- se del usufructo de dos años. El rey aprobó este plan de arbitrios, y el odio activo y profundo de los bárbaros quedó por ahora bien escurridado.

Veásemos aquí cerca del origen de esa sisa que ha servido de tentación á muchos codiciosos, de presas á manos rapaces y de materia al lamento á las ciudades. La historia nos irá presentando estos desórdenes, que se aumentan á favor del poco cuidado y del exceso de la corrupción. Las manos

(a) Por estos tiempos entraban a las provincias del Perú 1000 mulas y otras tantas vacas poco más ó menos. La pensa en su origen fue un real por mula, y medio por cada vaca.
CAPÍTULO VII

De Urizar eran muy puras, y su zelo por el bien público muy grande, para que dexase de sacar partido de esta aprobacion real, teniendo a los indios en perfecta sumision. Este tiempo de tranquilidad, que duró todo lo que su gobierno, lo aprovecharon los vecinos para restablecer sus fortunas harto estropeadas con las continuas invasiones del enemigo. Verdad es que ellos compraban la paz a muy alto precio, pues siendo poco haber expuesto sus vidas, también era preciso que sacrificasen sus haberes. Ellos podían asegurar que si a sus padres debió la España estos dominios, a sus hijos era deudora de su conservación.

La cédula en que el rey aprobó este plan de arbitrios y defensa, no omitió el hacer m rito de la escasez del erario; pero nadie ignora que ya por estos tiempos gemía la América bajo el enorme peso de los tributos; de la tasa impuesta sobre los géneros europeos; de la alcabala reiterada en todo lo vendible; del producto de esa cruzada que dio un valor venal a las gracias espirituales, y puso en crédito la superstición; de esas capacidades paliadas con el nombre de donativos; de esas trabas indisolubles, con que aprisionado su comercio, caminaba a pasos lentos y tardios; en fin: de esos subsidios sobre el estado eclesiástico, que desnaturalizaban las rentas sacándolas de su destino. No ignoramos que España recogía muy poco de todo ese inmenso capital; pero es culpa nuestra que sumergida en una noche tenebrosa, mientras sus arcas estaban vacías, permitir-
LIBRO IV.

llenar sus cóntras a los que confiaba su autoridad? Estos eran los dueños de esas riquezas, y los que las empleaban, aunque en vano, en abusar el disgusto que causa la misma sociedad.

Lo que puede asegurarse es, que de esos empleados opulentos y voluptuosos raro o ninguno sería americano. Esos empleos que los conquistadores creían haber comprado con su sangre a beneficio de sus descendientes, siempre fueron ocupados por los españoles europeos. El premio de los americanos no se creía que debiese ser otro que el honor de servir a la España y conservarle estos dominios. Son pocos los que en la carrera del mérito caminan con paso firme bajo el ojo del deber. La mayor parte de los hombres, como dijimos en otra ocasión, débiles por naturaleza necesitan todo el apoyo de la recompensa. No hubiera sido mucho, que viéndose los americanos excluidos de los empleos de alguna consideración, y convencidos que el mérito, siempre inútil, dañaba las más veces su fortuna, fuesen poco solicitos en adquirirlo. Pero se engaña mucho el autor de los establecimientos europeos en las dos Indias, cuando en su tono magistral nos dice: a la costumbre de un desprecio injusto, que ellos experimentan (habla de los españoles americanos) los ha hecho al fin despreciables. Ellos han acabado de perder en los vicios, que nacen de la ociosidad, del calor del clima y de la abundancia en todas cosas, esa constancia y esa especie de altivez, que caracterizará en todos tiemps.
pos su nación. Un luxo bárbaro, placeres vergonzosos e intrigas romancescas, han enervado los resortes de su alma. » Nosotros le dirémos, señor filósofo, con su licencia, es muy rápida, muy universal y a muy larga distancia esa mirada política para que pueda ser fiel y verdadera. Si la ociosidad, el calor del clima, la abundancia, el luxo, los placeres y las intrigas, engendran vicios que destruyen la energía del alma, por la razón contraria, donde no sea común ese eterno catálogo de causas corruptoras, no serán universales esos vicios que la degradan. ¿Y quien es aquel tan temerario o ignorante en las cosas de América, que se avance a decir se hallan acumuladas indiscriminadamente sobre su territorio todos esos incentivos del mal moral? Pues todo este fondo de candor o de malicia se necesita para poner a un nivel la degradación de los españoles americanos. Por piedad, no exceptuará su ceño filosófico siquiera las provincias cuya historia escribimos? Nosotros la sacamos por garant de que en estas regiones no hay un calor tan excesivo que alterando demasiado la masa humoral de los cuerpos humanos, impida los movimientos regulares del alma en el ejercicio de las virtudes; de que los bienes no son tan abundantes que puedan satisfacer las necesidades sin acción; ni tan escasas que obliguen por lo general a valerse del crimen para vivir. Aquí no hay ricos ociosos como en la Europa: el que lo es, lo debe a su sudor: tampoco es tan general la pobreza que sea un origen fecundo de desórdenes. Por lo que ha -
LIBRO IV.

e a ese lujo bárbaro, esos placeres vergonzosos y esas intrigas romancescas es un dialecto, cuya significación no la sabríamos, si por la historia no conocísemos al mundo viejo. En fin no es comprensible, como pudiera Raynal extender a estos pueblos su autoajudiza censura después de habernos asegurado «que nada de lo que había dicho de lo físico, de lo moral y de las riquezas del Paraguay (comprende también a Buenos-Ayres) era propio á darle celebridad.» Seguramente que no podían ser recomendables unos pueblos sin comercio y sin riquezas en aquel grado que dan esplendor á las fortunas, y excitan la codicia de todos; pero, si estás son las principales causas de los vicios, deberá concedéternos en recompensa mas frugalidad, mas amor al trabajo, mas buena fó y por consiguiente mas dónis de ese vigor del alma que es el producto de esas virtudes.

Es muy de presumir, que si los primeros puestos de la América, y aquellos subalternos por cuyas manos corria mas inmediatamente la administración de los caudales, los hubiesen ocupado los americanos, es muy de presumir, decimos, que los fondos públicos se hubieran encontrado menos apurados. A lo menos era de esperar respondan por su propia utilidad los que debian destinarse á la seguridad de su patria, de sus posesiones, de sus deudos, de sus conciudadanos, y los que al mismo tiempo los libertada de sufrir nuevas imposiciones. Esto no debia prome-
CAPÍTULO VII.

tarse por lo común de los empleados europeos. Ellos se creían destinados a ser el campo, y retirarse con la mies. En este tiempo de su administración sucedía puntualmente lo que Catón decía del suyo: los que robaban a los particulares pasan su vida en las prisiones; pero los que pillan el dinero público, viven en la opulencia y la gran-
deza.

Pero al fin, el Tucumán se consolaba de haber encontrado en Urizar un magistrado vigilante sobre todos los ramos de la administración; desinteresa-do, y que sabia tener en sus manos las riendas del gobierno sin peligro de que alguna se aflojase. A esta firmeza de ánimo le acompañaba una dulce sensibilidad, y una actividad bienhechora, que le hacían mirar como propias todas las necesidades age-
nas. Tan buen general, y tan buen político, como buen cristiano, veía, aun en los terrones de unos templos mal construidos como los de su pro-
vincia, la majestad de todo un Dios; y tratando de repararlos, sin detenerse en los crecidos gastos que exigían, sólo sentía la actividad de su zelo. El templo de la Merced en Jujuy y el colegio de jesu-
tas en Salta le debieron su existencia; pues a costa de crecidos gastos, que seguramente no entrarían en los cálculos de una prudencia humana, los hizo construir a sus expensas, o a lo menos contribuyó a ellos con mano pródiga.

Por mucho que le debiesen estas iglesias, era más ardiente su zelo por los templos vivos del Señor. Aumentando sus correrías anuales los vecinos de su
Miguel del Tucumán por el año de 1719 dijeron con un río, que se creyó ser el Pilcomayo. Este descubrimiento, unido a los influjos de los jesuitas excitó en Urizar un vivo deseo de abrir nuevo camino a estos misioneros para que entrando al medio de tantas naciones bárbaras, pudiesen ilustrarlas, darles instituciones, y levantar un nuevo edificio social. Tenía también de ventajoso este proyecto dar una comunicación más directa a las Misiones del Paraguay y Tucumán con las de Chiquitos. Para el logro de esta grande empresa se concertaron tres expediciones. Los tercios del Tucumán, con el jesuita Juan Antonio Montija, debían salir por su frontera en busca del Pilcomayo; por Chiquitos desde la población de Zamucos los misioneros Felipe Suárez, y Sebastián de San Martín con el mismo determinado objeto; y en fin entrando los misioneros de Guaraníes por la boca que hace el Pilcomayo al descargarse en el río Paraguay, debían seguir su ribera hasta encontrarse con los anteriores. Dispuestas así las cosas, se dio principio a esta jornada el año de 1721. No correspondió el éxito a tan laudable diseño. Ni los tucumanos, ni los de Chiquitos pudieron conseguir pisar las orillas del Pilcomayo, por lo que se vieron todos obligados a volver sobre sus pasos.

El gobernador Urizar, había trabajado lo bastante para abrirse el camino de la gloria, y para asegurar la felicidad de esta provincia. Cansado de mandar, dirigió al rey un memorial respetuoso en que le hacía la renuncia de este gobierno; pero no
quiereado el monarca español exponer la provincia a un nuevo torrente devastador, saliendo de sus manos, hizo vitalicio este gobierno en su persona. Con todo, su muerte acaecida en 1724 no dexo gozar por mas tiempo la felicidad de poseer un magistrado lleno de méritos y de virtudes, y por lo mismo tan digno de mandar.

CAPITULO VIII.


At paso que las felices expediciones de D. Esteban de Urizar Arespacochega restablecian la calma del Tucuman, venian á ser ellas mismas para las provincias vecinas una causa indirecta de nuevas tempestades. No en vano se temia que guiados los bárbaros del Chaco por el instinto de su libertad agravada, buscasen donde exercer su venganza impunemente, ya que la constancia de Urizar la reprimia con vigor. Los lugares que se creian mas expuestos eran las fronteras del Paraguay, Corrientes y Santa Fé. De aqui fue, que á fin de preve...
LIBRO IV.

mir los efectos de esa cólera ciega en el plan de aquellas expediciones la concurrencia de estas ciudades, segun diximos en el capitulo III de este libro. Los documentos coetaneos a estas épocas nos instruyen que ellas miraron con un ojo menos que indijente una campaña tan unida a sus intereses, y que dexando de tomar las armas con la constancia que debian aumentaron el curso de sus calamidades. Verdad, es que se habian hecho algunos esfuerzos, como diximos en otro capitulo, pero no fueron los bastantes.

La ciudad de santa Fé en especial tuvo que pasar la amargura de ver en este año de 1720 y los siguientes devastado su territorio, y muy en duda su existencia. Los fértiles pagos del rio Salado por una y otra banda, los del arroyo del Culula, del rincón de Antonio Martín, costa del Saladiillo, Ascochinga &c, que en otros tiempos no solo satisfacieron con su abundancia las comunes necesidades, sino tambien hicieron nacer otras facticias, acabaron de entrar en la mas lugubre soledad; por todas partes no se encontraba sino cosas quemadas, sementeras destruidas, ganados fugitivos, cadaveres dispersos y todas las huellas profundas de un odio matador. No ofreciendo ya la campaña por este lado nada en que pudiesen cebarse las manos homicidas de los bárbaros del Chaco, tomaron a la ciudad por objeto de su furor, y no fue una vez sola que pisaron sus mismas calles, dexándolo bien señalado. Esta altivez del enemigo llenó de tal consternacion el pueblo,
que las familias enteras de los arrabales, desde el
anochecer, seguidas de la muerte y precalidias del
terror, se refugiaban a los templos buscando su se-
guridad. Las demas gentes lo pasaban en continua
vigilia hasta el extremo de entrar los hombres a la
iglesia con arma en mano y caballo a la puerta,
porque ignorándose la hora del asalto, cada nue-
vo momento era un nuevo peligro.
Asombraría sin duda el grado de debilidad a
que había llegado esta antigua ciudad. Pero con-
currían varias causas que debían producirla como
un efecto inevitable. Las almas habían perdido
esa energía primativa, que era concomitante a las
costumbres duras de los conquistadores, y la que
hacia toda su fuerza moral. Los hombres pudien-
tes de Santa Fé, ocupados mas en sus ganancias,
que en la defensa de la patria, empleaban en el
ejercicio de las vaquerías, un crecido número de
brazos, que debían manejar las armas. Otro nú-
mero mayor de los menos apropiados, huyen-
do de unas guerras en que entregados los héroes
ara un espíritu de venganza y de pillaje, no
daban treguas al descanso, se habían ya avencio-
dado, en otros pueblos más expuestos a esta ca-
logenidad. Enfascada, así la población llegó apél-
mas, a pesar que hizo en sacando el teniente
D. Lorenzo Gárcia Ugartes, el constante número de
doscientos sesenta y ocho hombres cepos de car-
tar, las armas; número muy ininsuficiente para sa-
bir a campana, y defender el mismo tiempo guarni-
ciada la ciudad. Así, así, atesor no hubiera sido
imposible llenar estas atenciones, si hubiesen mi-
litado a sueldo; pero careciendo de este socorro
y debiendo su subsistencia al único auxilio de su
salario, no podían ser compatibles las ocupacio-
nes de guerriero y jornalero al mismo tiempo. En
informe que hace al rey el gobernador Zabala añ-
de a estas causas la discordia de los mismos ciuda-
danos, cuyos odios mutuos impedían esa unión que
debió ser el mejor punto de apoyo de la ciudad.
De aquí esa osadía del enemigo, que mirando
los fuertes avanzados como quatro hombres tras
de unas despreciables estacas, se pasaban por sus
costados y se arrojaban con impetuosidad a los arraba-
les de la ciudad, donde encontraban una presa se-
gura de bastimentos y ganados. De aquí también
esta confianza en invadir los mismos reductos y
cuerpos de guardia, donde el 11 de julio mu-
rieron degollados los capitanes Ambrosio Alsa-
garay y José del Peso Montiel. De aquí en fin la
pretensión de un prelado de santa Fé conjurando
al gobernador Zabala le suministrase armas
de fuego para defensa de su convento y comuni-
dad.
Aunque las fuerzas de santa Fé se hallaban de-
bilitadas, y sus recursos agotados; sin embargo,
sus vecinos se animaban de cuando en cuando su
vapor; teniendo sobre sus hombros la masa de un enem-
igo implacable. No sin gloria suya pueden con-
tar que quantas veces daba la cara este enemi-
go era vencido y derrotado. Entre estas acciones
galerosas se refiere la del 2 de mayo en que per-
CAPÍTULO VIII.

anguidos los bárbaros, los atrevidos cayeron a sus pies. La del 21 de agosto, en que pretendiendo el enemigo invadir el pueblo en tres trozos, fue rechazado y puesto en fuga, y la del 28 del mismo mes, en que fue despojado de la presa y obligado a precipitarse al río para evitar la muerte que lo buscaba acelerada, también hacen honor a los santafesinos; aunque en el concepto de los bárbaros, ellos vencían siempre que lograban escapar.

La ciudad de Corrientes no fue tan maltratada de este terrible azote; pero no dexó de tener sus días de aflicción. Hostilizados sus vecinos de los Payaguas por una parte, y de los Abipones por otra, no podían dexar de conocer, que después de más de dos siglos aun se hallaba mal afirmado su poder. Muchos de sus establecimientos fueron destruidos por los bárbaros, y aun tuvieron éstos la osadía de intentar un ataque a la ciudad, de la que fueron rechazados.

Una serie tan continuada de infelicidades enseñó a los españoles que la pura guerra defensiva no era bastante barrera para preservar la nueva. Estimándose por necesaria una entrada general, se concertó ésta en Santa Fé para el siguiente año, bajo las órdenes del maestre de campo D. Antonio Marquez Montiel, al que debían concurrir dieciséis comandos, y un tercio de santafesinos.

Esta grande expedición militar se hacía cada vez mas necesaria, para contener el esfuerzo de unos bárbaros, cuyo odio se reproducía cada día con nueva hostilidad. Reproducían las gestas que exigían esta
LIBRO IV.

empresa eran sus periores al decadente estado de Santa Fé, y pedían en su auxilio una mano socorredora. El gobernador Zabala le suministró, con cargo de re- integro, cuatro mil pesos de la real hacienda. ¡Pres- tar dinero a los vasallos para que defendan el esta- do! ¡Veáse aquí todo el auxilio que podía darles una monarquía como la España, reducida por estos tiempos al esqueleto de un gigante! Con este fondo, y otro tanto que aportó la ciudad de Santa Fé, pudo darse principio a esta campaña el 13 de octu- bro de 1721. Componíase el ejército de quatrocientos quarenta y cinco hombres, incluso ciento cincuenta auxiliares de Corrientes y algunos indios amigos, a los que debían unirse en adelante los de Santiago, Treinta y dos carros, cerca de tres mil caballos y ochocientas cabezas de ganado seguían sus pasos.

Fácil es conjurar el éxito desgraciado de esta campaña, llevando una marcha tan pesada. Las más de las expediciones de estos tiempos salían infructuosas. Ellas se dirigían contra un enemigo, que desconociendo las comodidades de la vida, y en- contrando lo necesario en todas partes, se movía con la mayor agilidad; y con todo se le buscaba con la lentitud que exige el curso tardío de los ba- gages. No fue este el método de nuestros mayores. Sin llevar a campaña poco mas tren que sus armas y sus personas, nos adquirieron la herencia que go- zamos.

Una feliz casualidad, lograda a los primeros pa- sos, parecía presagio de otras mayores. Un trozo de enemigos que reposaban a la orilla del Paraná,
CUADRO VIII.

Fueron sorprendidos por los españoles; pero se recogió muy poco fruto de este menguado triunfo; porque a excepción de algunos que cayeron, los demás dieron vuelta a la esperanza, precipitándose al agua con rapidez. Una mezcla de audacia y de temor, de astucia y de candor, al paso que producía en estos bárbaros un odio irresistible al español, no era este un obstáculo para que se acercasen a su trato siempre que esperaban lograr algún favor. En la acción precedente se habían tomado dos prisioneros, de los cuales uno era hijo de Lariguá, cacique de mucho séquito entre los Abipones, y uno de los que escaparon. El interés de rescatar al hijo, y el de aprovecharse de las dádivas con que acostumbraban los españoles aficionarse los indios para dividirselos después como despojos, hizo que el cacique con su gente se desase ver a la ribera opuesta del río en ayre de querer parlamentar. No malogró este accidente el general Marquez Montiel para hacerles las invitaciones más expresivas a fin de que se trasladasen a la ribera donde él se hallaba. Los indios bien conocían que ellas nacían de un origen impuro; pero exigiendo que se retirase la soldadesca y se les recibiese desarmados, convinieron en que pasaría el río su cacique Lariguá. Quie, dando sólo Marquez con su sargento mayor D. Antonio Vargas Maglunca y algunos pocos oficiales, se presentó Lariguá en la atitude más respetuosa y puso en manos del general una estrella con varias plumas de vistosos colores, en señal de aprecio y amistad. El general recibió este obsequio con
LIBRO IV.

agradó, y lo correspondió con la corbata de su casillo. A poco rato pasaron el río cinco indios más con iguales dádivas, que repartidas entre los oficiales tuvieron la misma aceptación. El cacique pidió entonces por gracia ver a su hijo; la que otorgada, se abrazaron a presencia de todos, deshaciendo entre su regocijo otro tanto de pena y de tristeza. Tratóse entonces de paz y de amistad, prometiendo Marquez de su parte dar a los indios una subsistencia más cómoda, más segura y más agradable, que la que gozaban en su rusticidad. Las demostraciones exteriores de Lariguá hicieron concebir esperanzas de un ajuste ventajoso. Pero ni uno ni otro se manejaba con franqueza, porque ambos sólo ponían en práctica eso oscuro que sólo puede sacar fruto a la sombra del disimulo. Marquez sólo trataba de tener estos indios bajo su férula para aplicarles un castigo, y Lariguá había aprendido muy bien a falsificar la verdad cuando convenía a su interés. Después de promesas y protestas, que no pasaban de los labios, se retiraron sin haber concluido esta negociación. Al día siguiente levantó su campo Lariguá, y aunque el general Marquez le hizo prodigar por el intérprete toda clase de ofrecimientos, nada otra cosa pudo conseguir que la fría promesa de que se abriría la misma conferencia en otra parte.

A los pocos días de la marcha Lariguá cumplió su palabra; pero sin mudar de intención, ni voluntad. La pasada ocurrencia había dexado muy in
CAPÍTULO VIII.

Quieto el ánimo del general español, quien no sin razón recibía falsas y engañosas las promesas del cacique después de haber examinado su probabilidad. Para el caso de ser burlado dispuso las cosas de manera que no sin su escarmiento pudiese contar haberlo conseguido. Dos pedreros fueron colocados con arte a la margen del río, y doce soldados tuvieron orden de aproximarse llevando bien ocultas sus armas. Tomadas estas medidas hizo Marquez se convidase a Lariguá para tratar de igual a igual un asunto de tanta consecuencia a ambas naciones. La buena acogida anterior produjo en Lariguá una ilusión favorable a los designios del general español, y sin reflexionar en su peligro se puso a su presencia con nuevas de los suyos entre quienes se contaba un cacique de Aguilotes. Halagos, persuasiones, promesas y dádivas, todo se puso en obra para acomodar al yugo unas cervizas, que siempre habían vivido sin ninguno. Pero Lariguá y los suyos estimaban en nada estas ventajas en cotejo de su libertad, el más precioso de todos los bienes que hombre puede poseer. Viéndose ya muy importunados, volvieron las espaldas, huyendo dar sobre ellos a ningún un derecho de propiedad. Fué entonces cuando el general español, invocando a Santiago, mandó hacer una descarga contra los de la opuesta ribera, y contra los que se retiraban, de que murieron muchos, y entre ellos los dos caciques mencionados.

No era posible que sellado el odio español con
esta atrocidad; en que se enseñaba a los bárbaros a ser sanguinarios y traidores, llegase esta expedición a producir frutos saludables. Los que escaparon de la catástrofe, fueron otras tantas trompetas, que instruyieron a los demás para que alejasen sus familias, y observasen con vigilancia al enemigo. Después de mil y mil correrías estériles a fin de encontrar indios que batir, después de muchas dilaciones reiteradas por desiertos y bosques impracticables, en fin, después de todas las innumerables del clima y la estación, vino por último el ejército en una noche obscura y tempestuosa a verse cercado del enemigo mismo que perseguía con ardor. Para él todos los tiempos eran iguales, y si había alguna diferencia, consistía ésta en que el peor para los nuestros ponía la ventaja de su parte. De aquí fué, que al abrigo de la oscuridad y de la lluvia pudo hacer presa en el ganado del consumo y retirarse con seguridad. Los caballos, más de ser ya pocos se hallaban extenuados, y los hombres, principalmente los corrientinos, no disimulaban su descontento e insubordinación. El general Marquez no poseía ninguna de esas calidades que debieron dar a esta empresa un fin glorioso. Sin genio para calcular los medios con los fines; sin talentos militares; sin vigor de alma para contener sediciosos y hacerse obedecer, concluyó esta campaña dejando a los bárbaros más atrevidos, y a Santa Fé con el pesar de haberlos provocado. A los muchos contratiempos de esta empresa se unió también el
CAPÍTULO VII.

de haberle sido inútil el socorro de Santiago. Fal-
to este tercio, ó de conocimientos, ó de prudencia, no tomó las justas medidas para incorpo-
rase con la armada, y por distinto rumbo vino
a dar en Santa Fé un espectáculo anticipado de
sinsabor y desconsuelo.

Tantos melancólicos sucesos excitaron en el go-
bernador Zabala un vivo deseo de terminarlos.
Considerando que sus medidas tomadas anterior-
mente a fin de prevenirlas habían sido con-
fiadas a tenientes nada capaces de hacerlas res-
petar, tomó la resolución de transladarse a San-
ta Fé el siguiente año de 1722. Como el retrato
que forma la vista, es siempre una copia más fiel
del original, no parece sino que la providencia le
preparó en este viaje un gran peligro de su vida
para que acabase de ver en este lance todo el que
corría esta ciudad. No bien había atravesado Za-
bala el paso de santo Tomás en la confluencia del
río Salado y el de Colastiné, cuando observó con
asombro atacada su guardia por un trozo de ene-
migos que parecían haberse olvidado de lo que era
el valor español. A las inmediaciones de este pas-
so se hallaba situado un fuerte que servía de asi-
lo a los pasajeros de Coronda. Los soldados de
esta fortaleza vinieron prontamente en auxilio del
gobernador y su gente. Encendióse entonces con
mas viveza el choque, y no tardó mucho, sin que,
cayendo muertos de una y otra parte, se viese
bien ensangrentada la campaña. Los vecinos de
Santa Fé, que acababan de salir a rendir sus reç-
petos al gobernador, todos conmovidos a presencia de un riesgo que iba a llenar la medida de su aflicción, volaron a rodear su persona, y aunque los bárbaros disputaron el campo con valor, fueron obligados por último a ponerse en huida.

Zabalá encontró a santa Fé en una horrible languidez y desorganización. Para suspender el curso de estas calamidades le era preciso reconciliar sus vecinos divididos por odios y celos heredados; hacer que el amor exclusivo de sí mismos diese lugar en algunos al de la patria; llamar a sus antiguos hogares a los que renunciando la ciudadanía, los habían abandonado; en fin, volver a poner a los bárbaros el freno que habían quebrantado. Aunque no le faltaba a Zabalá la talento de conciliación, paciencia inalterable, rectitud de alma y ciencia de gobierno, fue poco lo que adelantó. Pero al fin debióse a su ser el fondo de arbitrios que se creó, y que hasta el día sufraga los costos de su defensa.

Las atenciones del gobernador Zabalá se hallaban divididas entre el cuidado de preservar estos establecimientos de las irrupciones de los bárbaros, y el de impedir que los portugueses diesen un paso más fuera de los límites señalados. No eran desconocidas las miras ambiciosas de esta nación por fijarse en los puertos de Montevideo y Maldonado; todas las señales inducían esta novedad, y avivaban el racelo inquieto de la corte de España. Zabalá, como dijimos en otra parte, se hallaba ya reverencias de antici...
parse a poblarlos, y si no lo había ejecutado, era porque la empresa excedía sus facultades. Mas diligentemente los portugueses vinieron con cuatro na-
vios año de 1723, y fundaron una nueva colo-
nia en el puerto desierto de Montevideo. Los au-
xilios que se prometían de la ya establecida con
el nombre de Sacramento, contribuían a engranar-
cer su vano orgullo, y a creer que ya habían
abierto una nueva y vasta carrera a su ambición.
Pero las ventajas que muy en breve adquirió so-
bre ellos Zabala debieron llevarlos al conocimiento
de que esta empresa era muy arriesgada. Tan-
to por mar como por tierra todo lo puso en
movimiento este gobernador, a fin de conseguir
su desalojo. Tres navios del registro y uno del asien-
to de negros fueron destinados a esta empresa, mien-
tras que puesto en su quartel general del río de san
Juan, dirigía desde allí las demás operaciones de
la guerra. El sufrido e infatigable Zabala hizo sen-
tir a las dos colonias su intrepidez y sus esfuerzos.
La del Sacramento vió quemadas sus semeneras
y perdidos mil caballos, al paso que la de Mon-
tevideo, privada de cuatrocientos y cincuenta de es-
tos quadrúpedos, y trececientas vacas con que iba a
ser socorrida, se hallaba reducida a un estrecho si-
tio. Una situación tan crítica hizo perder a D.
Manuel Freites Fonseca comandante de la plaza
la lisonjera esperanza de poderla conservar, y re-
embarcándose con su tropa, la abandonó precipi-
tadamente el 22 de enero de 1724.

Eran tan puzantes las desazones que causaba
LIBRO IV.

a la corte de España el temor de que Portugal se apoderase de este puesto, que no se dió por satisfecha de este feliz acontecimiento. Se hacía responsable a Zubala, que por no haberse anticipado a poblarlo, hubiese dado lugar a la expulsión. Este proyecto, al que daban un vigoroso impulso los vireyes de Lima, librando gruesas cantidades contra las casas de Potosí, empezó a realizarse por estos tiempos. Zubala hizo construir allí un reducido, el que fortificó con seis piezas de artillería y un destacamento de ciento cinquenta plazas.

Por urgentes que fuesen los cuidados, las grandes agitaciones del Paraguay lo llevaron al centro de esa tumultuaria provincia a los principios de 1755. Hemos dicho ya en su lugar la suspensión entera con que fué recibido por los mismos partidarios del usurpador, y dado cuenta de su regreso después de haber llenado los objetos de su ardua comisión.
CAPITULO IX.


Después que el gobernador de Buenos-Ayres D. Bruno Mauricio de Zabala puso un término á las agitaciones del Paraguay, restaba dar un paso, no menos conforme á la justicia, que favorable á la autoridad. Contra los mandatos regios los jesuitas habian sido arrojados con ignominia de su colegio de la Asuncion por un cuerpo de faccisos. Reconocida su inocencia por la equidad de los tribunales, se creyeron éstos obligados á mandarlos reponer. Este era el medio de desagraviar el trono, borrar la afrenta de los injuriados y hacer que recayese sobre los mismos autores de su ultraje. Por justo que fuese este paso no podía darse sin peligro. La tranquilidad del Paraguay era una tranquilidad temeraria, y si había alguna cosa poderosa para turbarlo, era puntualmente este regreso. Verdad es, que la audiencia real de los Chacras en 1736 tenía ordenado el
te restablecimiento de los jesuitas, y que el obispo Palos había exigido del cabildo secular su puntual cumplimiento; pero no lo es menos que prevenido este cuerpo por Antequera protestaba reclamar contra el tenor de este rescripto. En la provincia del Paraguay eran mirados estos religiosos como enemigos de la fortuna de sus vecinos. Su aversión crecía como crecen las plantas poneñosas á la sombra de los árboles. Bajo la de Antequera hizo los grandes progresos que hemos visto, y aunque parecía sufrida, como sus raíces vivían, empezó á brotar bajo la de Barua. Tanto más, que este prevaricador de las obligaciones afectas á su puesto, y defraudador de la esperanza pública, había ya dado á conocer su inclinación al partido de Antequera, cuya causa corría unida á la de estos religiosos. Los regidores Urungaga, Arellano y Garay, y los dos alcaldes, habiendo antes excluido á sus colegas Otasú, Benites, Caballero de Añasco y Chabarri, celebraron en 1727 tres cabildos consecutivos, cuya resolución fué que se reclamase contra el restablecimiento de los jesuitas. Los oficiales Llanas, Ortiz y Curtido por su parte, espardidos por el pueblo, recogían firmas dirigidas al mismo intento. No se diría, sino que Antequera respiraba en la Asunción; su ausencia era suplida por el pesar de haberlo perdido. Esta era la disposición de los espíritus cuando á favor de los jesuitas se dixó oir el virey de Lima en aquel tono fuerte á que tiene derecho la autoridad para hacerse obedece.
Barná, que a pretexto de conservar la tranquilidad pública se había resistido a poner en ejecución los despachos de la audiencia, tembló de miedo, y se apresuró a que tuviese su cumplimiento la orden del virrey. Los jesuitas fueron puestos en posesión de su colegio el 19 de febrero de 1728, con igual pompa al vitupear que sufrieron. No comprendemos como estos religiosos, tan puntuales observadores de las máximas del colegio, hubiesen podido solicitar volver a la Asunción. Jesu-Cristo no dejo a sus apóstoles otro partido en caso semejante que sacudir el polvo de sus sandalias a la puerta de la ciudad, y retirarse. Mientras no hubiesen cesado las antipatías personales, su ministerio era inútil en aquel pueblo. Tomando el ejemplo por maestro, él nos enseña, que en las materias importantes y difíciles sólo cuando las pasiones han callado es cuando el sabio puede hablar. Entonces él descubre sin fausto la verdad, y es escuchado sin envidia. No era esta la situación en que se hallaban los jesuitas.

Entretanto que esto pasaba un comisionado regio se presentó en la Asunción llevando por destino la práctica de ciertas actuaciones de conducción a la causa de Antequera. El orden de la historia pide volver la vista un poco más atrás. Dexando burlados Antequera todos los esfuerzos del gobernador Zabala, dirigidos a la consecución de su captura, llegó a la ciudad de Córdova por caminos extraviados, y se refugió en el convento de san Francisco. El justicia mayor D. Ignacio de Ledesma la
puso guardias, que im pidiesen su clandestina su- lida. Este estado de humillacion no era un estorbo, para que Antequera procurase por medio de una exterioridad engañosa manifestar su mérito, su dignidad y su poder. Con todo el aparato de magnificencia correspondiente a un ministro togado y a un capitán general se presentaba en el mismo templo que servía de asilo a su debilidad, para no ser preso por sus crímenes. Sin embargo, al mismo tiempo que por estos medios pretendía imponer al pueblo, se publicaba por las calles el bando del virey, en que declarándolo por preso de alta traidoría, se prometían cuatro mil pesos al que lo entregase vivo o muerto, y dos mil al que descubriese su paradero. Aunque estos actos de potestad coercitiva mortificaban mucho el amor propio de Antequera, todo era manana en comparación del miedo, que le causó la deserción de sus banderas, hecha por López Carvallo su secretario. A este hombre, digno ministro de tal juego, le había confiado ese depósito de iniquidad, cuyos arcanos iban a descubrirse para su eterna confusión. En efecto, Carvallo, o por temor de su conciencia, o por evitar el castigo, hizo ante Ledesma una deposición jurídica, en que juntó como en un punto de vista exacto y preciso todos los procedimientos mas ocultos de aquella vida criminal.

A pesar de esto, la esperanza de ser protegido por la audiencia de Charcas no lo había abandonado enteramente. Dirigiendo a este objeto todos sus donativos escribió al marqués de Arco gobernador de
CAPITULO IX.

la provincia, y residente en Salta, implorando su protección a fin de que Ledesma le dexase libre el tránsito. El desprecio de las leyes, y la costumbre del crimen habían dado a estos dos hombres una conformidad de carácter que hacía simpáticas sus operaciones. El marques de Aro dio una acogida favorable a la pretension de Antequera; pero este tuvo que recurrir al arbitrio de una fuga vergonzosa y precipitada, porque no hubo medio de contrarrestar la firmeza de Ledesma.

Salrió muy vana la esperanza de mejorar de suerte en la audiencia de Charcas. Esta corte había ya corregido sus juicios, y había mérito en perseguirlo para acabar de expiar sus pasados yerros. Con el mismo empeño que antes lo había protegido hizo ahora que fuese preso a Lima por la via de Potosí. Puesto en la carcel de corte, todo el mun- do se apresuraba por conocer un hombre de altivos pensamientos, cuyos hechos extraordinarios parecían dirigidos a allanarse el camino del trono. El prisionero se aprovechó de estas concurrencias para desplegar todo lo que el arte tiene de mas seductor, e infundir en sus oyentes movimientos practicos, que los pusiesen en sus intereses. Fuéron tan contagiosos sus discursos, que viendo el virey de Lima, la parte mayor del pueblo decidida por su causa, descendía vivamente condescendiente el rey (como se lo había ya pedido) en su remisión a los tribunales de la corte. Estas eran las disposiciones del virey, cuando recibió una real orden de Felipe V, en que pidiendo a Antequera como un hombre
que arrastrado por una desesperación ciega, había pisado todas las leyes, a fin de mantenerse en el gobierno del Paraguay, y soplando en esta provincia el fuego de la rebelión, lo reputaba reo de lesamagestad, y quería que lejos de ser remitido a España fuese juzgado, y sufriese la pena de que era digno en el mismo reyno, donde cometió los delitos.

Después de una orden tan precisa, la secuela del proceso se hizo necesaria. El virey echó la vista sobre un ministro de la audiencia de Lima cuyas luces y providencia le habían ganado el concepto público, y fue a este a quien lo encomendó hasta ponerlo en estado de sentencia. Un proceso tan sobrecargado de incidentes y en que se había procurado asegurar el triunfo a sombra de la confusión, necesitaba esclarecimiento, para asentar el pie sobre bases firmes y seguras. Esto sólo podía conseguirse en el Paraguay que había sido el teatro de los hechos. De aquí fue que teniendo el oidor la mas completa opinion de D. Martías Angles, justicia mayor de la ciudad de Córdoua, le encomendó esta ardua diligencia, autorizándolo al mismo tiempo con todo aquel poder que ella exija. Al arribo de este comisionado a la Asunción, se formó inmediatamente un nuevo torbellino de inquietudes y animosidades, que, aunque de situaciones nuevas, renovó las mismas calamidades. Pero Angles era hombre muy firme y prevenido, para que sucumbiese bajo los esfuerzos de los discolos. Guiado por los consejos,
CAPITULO IX.

de una sabia política hizo entrar a todos en su deber; y poniendo preso á Llanas, autor principal de los disturbios, concluyó las actuaciones encomendadas.

El gobernador Barua había sido testigo de estas agitaciones con cierto género de complacencia, que no supo disimular. Claro está que el mero hecho de no reprimirlas, era autorizarlas. Pretendía sin duda sacar partido de los disturbios, para perpetuarse en su gobierno, cuyo término no estaba lejos. Instruido de todo el virey de Lima, creyó que era preciso romperle sus medidas dándole un sucesor. La buena reputación, con que D. Ignacio Sorocot se había desempeñado en el corregimiento del Cuzco, le ganó á su favor la preferencia.

El nuevo electo gobernador partió sin tardanza á su destierro, y puesto en la ciudad de San Felipe, se comunicó con la capital del Paraguay el año de 1736. Desde la salida de Antequera, la acedia de esta provincia, como hemos visto, se hallaba en fermentación. El gobernador Barua había sostenido la audacia que inspiraban las preocupaciones populares. Por desgracia un nuevo conductor se dexó ver, y sobradamente fué poderoso para asolar los ánimos, y causar una horrorosa peor que las pasadas. Era el de un aventurado llamado Fernando Mompos, que escapado de las prisiones de Lima, se había refugiado al Paraguay. La buena acogida que le dieron todos los partidarios de Antequera, y el catolicismo, con
que hablaban en ahumo de su causa, diciéndoles tan
tantamente a correr su oculta coligación. Por
obra parte, la calidad de letrado, las hechuras que
disfrutaba, tomando asiento en cabildo, después
de los dos alcaldes, y sus disposiciones acreditadas,
siempre favorables a las pasiones, la hicieron
fro tomar en breve el tono de oráculo. Fácil en
colgar con que gusto oírían de su boca la máxi-
amá, que la autoridad del común era superior
la del rey mismo. Con todo, los paraguayos
aunque resistían a sus ministros, siempre recono-
cieron la autoridad del soberano. Pero de aquí
resultaba que una mezcla, confusa de ideas democ-
écicas, de poder absoluto, de asombría e ino-
obediencia, de esfuerzo y de venganza, se establecía
mas que nunca en sus cabezas. No era posible
que en este estado de cosas desasease causar agita-
tiones muy violentas de aprecia del nuevo go-
brnador Soroeta... A la verdad, no deseaban des-
tenerse las consecuencias; pero habló el oráculo
de Mompos, y todos quedaron satisfechos: se
acercó, les dijo, oponerse a la recepción del
este nuevo gobernador, en nombre del común, ya
esto no podrá atribuirse a ninguno en particular.
El pensamiento pareció inspirado.

Sin embargo, el gobernador Barna, que aunque
que adherido invisiblemente a esta conspiración,
no quería que se le formase de ella un crimen,
detuvo los progresos de este arrastre. Justificado el
cabildo pleno fue de parecer se recibiese el noved
vo gobernador. Este era un resorte de política y
CAPÍTULO IX.

con que procuraba solapar sus intenciones, y asegurar su personal interés. Sabia muy bien que iba a cometer más enemigo el incendio por el mismo medio que parecía apagarlo. En efecto, aunque por entonces se le mandó una diputación respetuosa a Soroceta, era bien público que Llanos y Montiel irritaban los ánimos y los disponían a una sublevación. No tardó mucho sin que estos géneros de partido se presentaran en la Asunción con trescientos de sus seguidos proclamando altamente con toda la rabia de las fisiones, que ellos no querían otro gobernador que Barría. 

Mas este, siguiendo siempre el plan de seducción que había adoptado, reunió el raro expediente de dimitir su empleo. Las personas sensatas, entre ellas el obispo Palos, a quienes no alucinaba estos artificios, llevaron muy a mal su abandono de la república al señor de la anarquía. A sus eficaces representaciones afectó Barría, que se reanudó tomando de nuevo el bastón, con tal que ningún se opusiese a la recepción de Soroceta. Pero no ignoraba que el común rechazaría esta condición. Los tumultos se obtuvieron mucho más en su propósito, y sin guardar ninguna medida distribuyeron los empleos públicos, y se desarrollaron a los extremos más obstantes. En aquel exceso de furor renació de nuevo el propósito de expulsar a los jesuitas para siempre, sin que los días y saludables consejos del obispo pudiesen remediar la demencia de sus ánimos.

Se que Soroceta ignoraba estos movimientos tan-
multanios del comun, ó que fuese en la fuerza de sus títulos, con demasiada credulidad, él se puso en el paso de Tebiquari. Aquí recibió una carta de Barua, poniendo en su noticia las resoluciones del comun, y otra del obispo Palos, previniéndole su peligro. De la anarquía á los bandos y partidos sólo hay un paso que dar. Los facciosos se dividen con ocasión de confiar el mando á quien los gobernase en nombre del comun. La parte prepotente colocó á la cabeza del cuerpo á D. Alonso Reyes, intimo amigo de Barua.

Entretanto que esto pasaba avanzó Soroceta su camino bajo la fó de un falso salvo conducto de los magistrados de la ciudad. Los comuneros en número de cuatro mil, vinieron á asegurarse de su persona, fingiendo hacerle los honores, y con esta excusa entró en la Asunción año de 1731. Hablaba Soroceta á todos con aquel agrado y urbanidad propias de su carácter, puso de su parte el juicio de los hombres de bien, y debió calmar las inquietudes, si en el calor del fanatismo conociese algún término el espíritu de facción. Lejos de esto, los comuneros pusieron guardias á su casa, lo tuvieron inocomunicado. El día siguiente de su arribo pasó Soroceta á las casas consistoriales, llevando por objeto presentar sus despachos. La resolución sobre la obediencia que debía dársele, pendía de este cuerpo, cuando el comun la previno, prendiendo al nuevo gobernador, y mandándole con gritos sediciosos saliese fuera de la provincia. Soroceta advirtió su peligro, y se retiró llevando consigo mu-
CAPÍTULO IX.

Baruna, aunque en perfecta inteligencia con los conjurados, se mantenía siempre constante en no entrar, lo nuevo al mando; a fin de no hacerse responsable a estos disturbios. Así es cómo alimentando las discordias, pretendía al mismo tiempo ganar el puesto por el mérito de su fidelidad. Abandonados los conjurados a sí mismos, sólo escuchaban los consejos perniciosos de Mompox, árbitro soberano de sus deliberaciones. Pero, el mismo caso de confusión en que se hallaban, les hizo conocer la necesidad de constituirse alguna clase de gobierno. Ellos, pues formaron una junta, cuyo presidente tendría la primera influencia en los negocios públicos. La conducta del alcalde Luis Barreiro era mirada como prueba de un gran zelo para ejecutar grandes violencias. De aquí fue que la elección recazó en su persona. Pero apenas hubo esto tomado el mando, cuando desmintió ese concepto, y dijo bien a conocer que se habían engañado. Por vez de males, que afligián la provincia, se propuso restablecer el orden y haberlas pasiones. Para esto era preciso libertar el fueso Mompox, tan digno de castigo por la insolencia, con que abusaba de su confianza. Bajo el salto de un fingido viaje al Yaguaran, donde necesitaba de un consejo, pudo Barreiro llevarlo hasta Tebiquari. Aquí lo prendió en nombre del rey, y lo hizo conducir a Buenos Ayres.
dos se conmueven; pero tomando el justicia más
yor cierto ayre de seguridad amortigua sus bríos
y no se atreven a respirar. Infusa también en es-
te desaliento, la fuerte inesperada del famoso Lla-
mas acerada por este tiempo: Con todo, dos hom-
bres de los que más habían atizado el fuego de
la discordia, se unen 'entre sí; y consientan la
pérvida de Barreiro. Estos eran D. Bartolomé Gal-
ban; y D. Miguel de Garay. Uno y otro parti-
do procuró haderse de fuerzas competentes, en-
tanto que padecía la república la más terrible con-
vulsión. Barreiro estribula el estándarte real en las
casas consistioiales; y seguido de mucha pueb-
lo prende á Galban; Sota, Gades, Blanço y Rey-
es; hacedles intimar su sentencia de muerte: Galban
tiembra; ofrece entrar en religión: intercede el
provisor; Barreiro se mantiene inextorable: se rín-
de al fin con tal que los comuneros entren al pue-
blo desarmados: escriben los reos al común pi-
idiendo desistan de su empresa; no son oídos; los
del band de Barreiro se unen á sus contrarios:
los comuneros en número de mil descientes entran
tumultuarismente á la ciudad: Barreiro y el pro-
visor, teniendo en medio el real estandarte, los
reciben en la plaza: arrebatan la insignia real,
dan libertad á los presos; ponen otros en su lu-
gar; en fin todo es un abismo y confusión. No
fué pequeña dicha de Barreiro poder tomar entre
mil riesgos un pueblo, de Misiones. Su puesto fue
ocupado por Garay.

En el sonido de esta horrores veían los indios dé
Mientras se formaba una nube grueña, que no daba fundamento temían vendria a descargar sobre ellos mismos. A fin de repeler estos esfuerzos criminales, combatidos por la equidad y contrarios al interés público, hablan arrinconado sus fuerzas al paso de Tabiquarí. Estos movimientos que sólo tenían por objeto estar a la defensiva, posibi en grandes cuidados a los insurgentes del Paraguay, quienes se miraban a las vísperas de una irrupción. El presidente Garay requirió por un exhorto al rector Antonio Alonso el motivo de hallarse quatro mil indios en apresto militar, a que satisfizo diciendo, no eran cuatro sino diecinueve, quince, nada que se propusieron estar en guarda de sus derechos naturales. Tomando entonces los conjurados esta ocasión como la más favorable para evitar el odio contra los Jesuitas, pusieron en marcha la columna de que intentaban invadir la capitanía y pasar a aquéllas las habitantes. Los mas ciéreros no se vieron libres de fluctuar entre la incertidumbre, que engendraba esta imposible colusión. La resolución estaba tomada de deshacerse de unos hombres tan peligrosos a la patria; pero en este paso un escabroso se buscaba la mano de la audiencia de Charcas. Dos diputados de orden de Arellano subrogados en lugar de Garay fueron remitidos a este fin en 1752. No lejos arribaron a la ciudad de Córdova, quedando las noticias de Lima descontentaron todo su plan, y los obligaron a volver sobre sus pasos.

Las actuaciones de D. Matías Angles, y la exposición...
sión que hizo a su regreso el gobernador Sorrell, al paso que en el ánimo del virey presentaron al Paraguay como el espectáculo del desorden y del tumulto, le hicieron concebir al mismo tiempo que era Antequera el que agitaba esa bandada de perturbadores. Temió entonces el virey, que permitir más dilaciones en su causa, era eternizar aquellas discordias; por lo que estrechada su prisión y la de Menía, mandó a la audiencia, que, composición de todo otro negocio, fueran terminados estos procesos. Después de un tiempo estos dos reos fueron condenados a perder la cabeza en un cadalso, como se ejecutó, sin una gran confusión popular y los peligros que la son consiguientes.

Estas fueron las noticias, que hicieron variar de plano a los diputados de la Asunción, y los que hallaron hicieron los mismos a esta capital. En la situación en que se hallaba la provincia no podrían las mismas desanudar una llana o ensañadora. Los más de los principales condenados eran reyes de los mismos crímenes; en el cadalso de Antequera y de Menía, debían pues tener levantado el ser y propio; en efecto, del asombro que causó en ellos este hecho, la perada novedad pasaron rápidamente a la sublevación más caracterizada con toda la fuerza que podían comunicar al entusiasmo la rabia y el peligro. Los pueblos se acostumbraban a no respetar la autoridad. Reunidos los comuneros a los actos inusuales de un gobierno, que en su concepto no conocía límites, creía que podían continuar uno...
CAPITULO IX.

317

de los hechos, que les hiciese mas honor en la historia. ¡Glorioso esfuerzo, si no fuese el fruto de la ambicion y la sed del pillaje! Habiéndose casado la hija de Mena con Ramon de las Llanas, se hallaba en duelo por la muerte de su marido. Desde que supo la de su padre, se vistió de gala, para dar a conocer que su afliccion se habia perdido en el regocijo que le causaba una victima tan gloriosa à la patria. Los nombres de Antequera y de Mena se repetian con aplauso en la boca de todos, y se creyó que los jesuitas se debian sacrificar á sus dichosos manes.

Instruido el obispo Palos de lo que intentaban los conjurados, creyó de su obligacion contenerlos, conminandolos con el terror de las censuras. Pero ¿qué efecto podia causar este remedio contra unos hombres fieros, la mayor parte agresivos, en cuya comparacion los Catilinas parecian moderados? Verdad es que ellos pronunciaban los nombres de virtud y de patria; pero era porque en todos tiempos el bien publico ha servido de pretexto a los crimenes. En efecto, á pesar de la conminacion dos mil comuneros, despues de haber cercado la casa del obispo, el 19 de febrero de 1732 se arrojaron sobre el colegio de los jesuitas, quebrantaron sus puertas, saquearon quanteo tenia y expulsaron á sus dueños.

La expulsión de los jesuitas causó en el obispo Palos un disgusto mortal. Era este hombre uno de esos prelados celosos, fieles a sus obligaciones, y que sabían poseerse a sí mismos en medio de las tempestades más violentas. En estos tiempos de confusión y de desorden lo hemos visto muchas veces oponer a los designios atrevidos una generosa resistencia; otras hacer que por medio de una prudente conducta calmanse por sí mismas esas agitaciones; pero nunca comprometer por una pusilánimidad reprehensible los derechos del sacerdocio, ni tampoco por motivos menores puros conciliar sus ventajas particulares con la utilidad común. Inminente en los prue-
CIPÍOS DE SU SIGLO, MIRABA CASI CON IGUAL VENERACIÓN LAS INMUNIDADES DE LA IGLESIA, QUE LOS DOGMAS DEL CRISTIANISMO (a). DE AQUI SÍ QUE CREYÉN-
DOLAS VIOLADAS CON IMPICACIÓ EN LA EXPULSIÓN DE
LOS JESUITAS, DECLARÓ INCURSOS EN LAS CENSURAS A SUS
AUTORES, Y PUSO EN EMERGENCIA LA CIUDAD. EL CA-
HIDRO SECULAR NO PUDO MIRAR SIN ESPANTO LA DE-
SOLOCIÓN, A QUE LOS ANATÈMÁS HABÍAN REDUCIDO EL
PUEBLO, Y EL PELIGRO A QUE ESTABA EXPUESTA LA
PROVINCIA, TENIENDO A LOS GUARANÍES CASI A LA
VISTA, CUANDO LAS TROPAS DE SU DEFENSA ERAN DI-
VERTIDAS A OTRO OBJETO. FUNDADO EN ESTAS CONSI-
DERACIONES DE PESO, SOLICITÓ EL OBISPO LEVÁNTASE LAS
CENSURAS. ESTE PRELADO HABÍA SIDO ARRASTRADO, A PES-
AR SUYO, A UNOS EXTREMOS TAN SENSIBLES; POR LO
QUE EXIGIDA LA CAUCIÓN DE NO VIOLAR EN ADELANTE
LAS INMUNIDADES DE LA IGLESIA, VINO EN LO QUE SE
LE PEDÍA.

LA RABIA QUE LOS COMUNEROS PROFESABAN A LOS
JESUITAS ERA COMÚN A SUS PUEBLOS DE MISIONES. NO
SIN FUNDAMENTO SE TEMÍA QUÍSÉN ENVIARÍALES. EL
GOBERNADOR ZABALA HIZO CELEBRAR EN BUENOS AIRES
UNA JUNTA DE GUERRA PARA DELIBERAR LOS MEJORES
MEDIDAS PARA OBLIGAR A OBTENER DE ESTAS HOSTILIDADES, DE CUYAS
RESULTAS RECIBIO SUS ORDENES EL COMANDANTE DE COR-
TIENTES, PARA QUE DUCIENTOS ESPAÑOLES MARCHASEN

(a) EN LA CARTA QUE ESTE PRELADO EScribió AL PROVINCIAL DE
LOS JESUITAS, CARACTERIZA LA EXPULSIÓN POR ACRÍLEGA Y CÁSS
дарственно ARROYO.
LIBRO IV.

en diligencia de unirse a las tropas apostadas sobre el Tefiquari. Esta precaución fue del todo inútil; los conjurados estaban muy distantes de querer experimentar todo lo que puede un valor irritado.

El obispo Palos deseaba vivamente salir de la Asunción, donde las preocupaciones habían llegado a punto de cegar a muchos eclesiásticos, quienes esparcidos por todas partes hacían concebir esta rebelión como un deber sagrado. La súplica que por este tiempo le hacía Fr. Juan de Arregui, electo obispo de Buenos-Ayres, para que viniese a consagrarlo, favorecía desde luego sus intentos; pero el común atravesó una salida que podía precipitar su ruina. El influjo del obispo en Buenos-Ayres lo creía muy poderoso para vengar sus resentimientos, y transformar una situación tan aborrecida como la suya. A más de esto, impidiendo la salida del obispo Palos, se prometía oponerle en la Asunción un concurrente tan autorizado como Arregui, de cuya decidida adhesión estaba bien asegurado.

Al mismo tiempo que el común tomaba estas medidas, negociaba en la ciudad de Corrientes un tratado de alianza. Los corrientinos se unieron a los Paraguayos prometiéndose recibir en recompensa de sus riesgos los pueblos de Misiones, y los frutos de la libertad. Al tiempo mismo que su teniente alistaba docientos hombres, que debían ir en auxilio de los indios, y apoderarse de Itati, levantaron todos el grito profiriendo, COMÚN COMÚN. Esta era por estos lugares la señal de enarbolarle el estandarte de la rebelión. Prendieron en el acto a su gefer
CAPÍTULO X

Lo entregaron a los comuneros de la Asunción, y concertaron entre ambos un hecho militar contra las tropas del Tebiquarí. Quinientos soldados de cada parte debían juntarse en el camino antiguo de Corrientes, salir de improviso por San Ignacio Guasu, dar sobre los pueblos, y batir por las espaldas el campamento. La vigilancia de los indios todo lo había prevenido; no sólo dexó frustrados estos vanos conatos, sino mezclando el deseo de la venganza al de su libertad, hicieron una incursión en las tierras del enemigo, que lo dexaron bien humillado.

La corte de España no ignoraba que los disturbios del Paraguay eran un origen de males para la patria. Confiriendo su gobierno a D. Manuel Agustín de Ruloba, capitán del Callao, esperó su pacificación. Pero el virrey, que tocaba las llagas más de cerca, no estaba persuadido que aun pudiesen curarse sin dolor. A toda precaución escribió al gobernador Zabala y al provincial de jesuitas lo díesen todo auxilio para ponerse en estado de ejecutar las órdenes del rey. El obispo Palos por su parte nada omitía, a fin de allanar los caminos de afirmar su autoridad. Aunque el cabildo manifestó a Zabala las mas favorables disposiciones, y aun destinó sujeto de su cuerpo, quien lo condujese desde Buenos-Ayres; con todo un gusto de licencia y libertinaje no permitía a los conjurados reflexionar sobre su nueva suerte en beneficio de la tranquilidad, y los excitaba a valerse de otras medidas, para romper las que se tomaban contra ellos. El arribo
del obispo Arregui a la Asunción, y la retirada de las tropas acantonadas en Tebiquari eran los dos puntos, en que mas apoyaban sus esperanzas; uno y otro lo consignaron. El obispo Inés pad llegó a su destino, y los indios por mediación del señor Palos fijaron su campamento sobre las riberas de Guapay.

Nadie mayor que el obispo Arregui pudo hacer inclinar la balanza al lado de la legítima subordinación y autoridad. La opinión favorable, que tenían los conjurados de su persona, le daba sobre ellos un imperio, que lo hacía dueño de sus juicios. Pero falta de política y de talento, justificando sus atentados, y arriando sus pasiones, vino mas bien a ser el cebo con que volase el carro de una sedición, que apretó a muchos, y a él entraron ellos. Con todo, la discordia se hallaba introducida entre los conjurados. En este choque de pretensiones opuestas, mas de una vez hubo de remitirse la deserción a la esquila, y ser la capital el campo de batalla. a Un poder ilimitado y una libertad sin freno, dice Raynal, deben tener las mismas consecuencias. El magistrado s lo ve sediciosos en un pueblo, que de su parte más se usurpadores en el mando.}

Mientras que esto sucedía en la Asunción llegó el gobernador Ruidóh a al pueblo de Itati en 1753, de donde se trasladó al de San Ignacio. Bien instruido de lo que pasaba comunicó sus órdenes, para que guardasen su puesto los siete mil indios de Guapay, y se alistasen en los pueblos todos los espacios de tomar armas. Esta mez,
CAPITULO X.

Dicha fuerte y vigorosa inspiró en los conjurados alguna más docilidad: no parecía verseles ocupados, sino en ganarse la estimación del nuevo magistrado. Puesto Rulobba en Tebíparí, fue solicitado por los diputados del cabildo de la Asunción, y del general D. Sebastian Fernandez Monsíed, quienes le protestaron una obediencia enteramente a las órdenes del rey. Después de otros cumplidos de estilo, en que se distinguió el obispo de Buenos-Ayres, hizo su entrada pública en la capital el 27 de julio del mismo año, por entre mil aclamaciones y acentos musicales. Rulobba era valiente, afortunado, lleno de cualidades nobles; pero le faltaba ese fondo de prudencia, que exigía una situación tan difícil como la suya. En el mismo día de su entrada dirigió al pueblo una alegoría, en que pintó la confederación de los comuneros con las tintas más odiosas, y los propios caracteres de una verdadera rebelión; mandando no se nombrase en adelante esa voz común, expresión de tantos crímenes. Dictaba la prudencia que Rulobba hubiese enseñado a callar con su silencio lo mismo que prohibía profesar, y que, afectando ignorar había delincuentes, hiciese concebir no venía dispuesto a castigar. El discurso lleno de bien dictado dio a conocer los oficiales con minucias de sus empleos. Rulobba no la admitía de pronto, pero restituyendo a los regidores excluidos en el ejercicio de sus cargos y colocando después en los puestos de la milicia militar de los que causó un temor, obligándo
LIBRO IV.

los depuestos a buscar su seguridad en ellos mismos.

La levadura para la formación de otro común empezó a fermentar de nuevo. El gobernador tenía órdenes positivas del virey, y la audiencia de Lima para el restablecimiento de los jesuitas en su colegio de la Asunción. Pero los obstáculos, que en el día presentaba este arduo empeño, preparaban grandez disgustos, y el bien que iba a conseguirse apéns era preferible a los males que costase. Divisando el mismo Ruiloba las agitaciones a que exponía la provincia, consultó el asunto con el provincial de jesuitas, quien mejor instruido por lo pasado, dio una respuesta digna de si. Otro mejor convencimiento tuvo Ruiloba en la llama que levantó a su vista una sospecha de lo que se trataba; llama que pareció apagarse, para salir después más inflamada.

Aunque el gobernador procuraba ganarse la affi-
ción por un agradable y graciosos acogimiento, no había alguno de los comuneros a quien sirviese este manejo de una sólida consolación. Ellos no descubrían en su cordialidad, sino un anzuelo para atraerse partidarios, y cogerlos indefensos. Montiel, comandante general, y Martínez gefe de la caballería, acababan de ausentarse; aquel en di-
jigencia de reformar los cabos de Tebiquari, y este los de Villa-Rica. Aprovechándose pues de esta ausencia los descontentos, celebraron su con-
greso, y ajustados los artículos de su nuevo plan marcharon en orden de batalla al valle de Guay-
CAPITULO IX.

Luego que el gobernador fue instruido de este movimiento, juntó la gente que pudo, y se puso al oír día en campaña, antes que tomase mas cuerpo la sedición. Sus soldados no eran muchos; porque los mas se hallaban alistados bajo las banderas del comun. Con todo no hallando otro recurso que su valor, avanzó su marcha hasta ponerse dos leguas distante del enemigo. El obispo Arregui tenia la primera influencia sobre los conjurados. Ruiloba le escribió quisiése aplicar sus respetos para hacerlos entrar en su deber. El oficio de conciliador le pareció a este prelado muy propio de su ministerio. Sin detenerse pasó a ensayar el medio de terminar esta contienda, proponiendo al gobernador reformase de sus cargos a Montiel, Martínez y Cabañas, únicos puntos a que los comuneros limitaban sus pretensiones. Inflexible Ruiloba, sin consideración a las circunstancias, quiso mas bien aventurarse al ultimo peligro, que recibir la ley de los que debian obedecerla. Con un rigor de principios, que reprobará siempre la prudencia, rechazó la propuesta del obispo, como injuriosa al rey y a su persona. No bien el prelado se había separado de su lado, cuando llevando a su frente los comuneros a Juan de Gadea, Ramon Saavedra y José Peña, acometieron su pequeño campo. No desconcertó al gobernador este atrevido paso. Conservando entera su firmeza, le asustó un tiro de pistola a Saavedra, aunque por desgracia sin efecto. Cayó...
ron entonces los conjurados sobre él y lo derribaron muerto del caballo al halaro y cubierto de arcos. El regidor Baso perdió la vida a su lado; el caballo de Manuel recibió el tiro que le destinaron. Aragones fue defendido por el obispo Arregui, que acudió desde el primer tiro; de los demás, unos se incorporaron al común, y otros huyeron. Esta fue la última escena de esa execrable jornada, sucedida el 15 de septiembre de 1735.

En la marcha común de las pasiones y sucesos felices las hacen más insolentes y atrevidas. Cae fuera de la expresión los excesos de aquellos que abandonaron los parricidas del Hidalgo, deseando que vieran coronada su rebelión. Las leyes sin vigor, y rotas las ataduras de la sociedad civil, fue consiguiente ver pillada entre otras casas la del gobernador disfrazado, profanados los lechos conjugal y perseguidas muchas víctimas por un furor brutal. Por completo de los males, los bienaventurados con sus excesos, buscaron también un protector que los autorizase. Decidieron consensualmente se apizara el miedo en el obispo Arregui, y fue proclamado gobernador. A los ojos de la religión y la política no asombrará tanto ese nombre, cuanto la concepción de un hombre que abandonó su diócesis, interplicado en el sombrío deber de mandar en el reino rebelde entre el humo de los linajes mudones. (a)

(a) Segun los monumentos originales, los nombres de la viuda ose de Aragon a su marido antiguo
CAPITULO X.

Balsulto y la confusión. Hecho un vil instrumento de los comisarios consignaron; éstos por su mano las amargas satisfacciones de la venganza. Aní
que el obispo Arregui fue investido al mando de gobernador de la provincia y el comisario adjunto, sí mismo el título de juzgado general, tenien
to a su cabeza un presidente. En este congreso seguido se tomaron la deliberaciones más absurdas, planteando reducidas a forma legal; se publicó
ron en nombre del obispo gobernador. Entre las tasas fué el proceso criminal contra el desgra
cido Autiloba; en que valiendo las imputaciones por pruebas se cargó su memoria de crímenes odiosos, los despachos a favor de los enemigos del sistema. El gran
dío obispo Palos no podía ser testigo de tan indecentes intentos; se reconoció al fingido gobernador sin hacerlo su cómplice. A pesar de las instancias de su enliste, y más del partido de evadirse.

El obispo Arregui conocía muy tarde sus dolores y quejas en parte rematadas. Quiso más profundizar en su corazón; tanto mas se horroriza
ba de la fábrica con que había condenado en el decreto de confiscación. Él se vuelve a ro
parar esto agravio hecho a la justicia, y sofocar los dolores de estos principios indecentes re
ducidos a la maldad. Sin que escuchase que su conciencia reyó aquel primer decreto. Los

do la junta general no habían autorizado al obispo Arregui para ponerse una cadena que impri

nase sus pasiones. Ellos se indignaron contra el prelado, y exigieron con imperio el espolio de los bienes, la lucieron, conocen su triste destino. Con todo, no deseaban el obispo de hacerlos abrazar mejor partido. Los de la junta habían mendigado de su favor un socorro de cinco mil pesos para habilitar los apoderados, que destinaban a la costa. Persuadiéndose, pues, el prelado, que podía complacer con las donaciones viciosas, alargó su generosidad hasta diez mil pesos.

«Mi permanencia en esta provincia, les dije en un oficio, fue por la paz y unión de todos. ¿Cómo es pues que se me corresponda, tan mal?»

No; obstante, porque haya quietud que es mi placer cuidado, alargó hasta diez mil pesos, para que conste a todos la sinceridad de mi ánimo; con tal que se acaben las injurias. Nada tiene de platitudinaria una largueza, cuyo fin era cubrir también las propias faltas. Los de la junta aceptaron el donativo; pero no por eso fueron menos inexorables. Aunque murmurando el obispo, gobernador, no se creyéron, romper un freno, que se habían puesto. El mismos, los alegres perdieron veinte mil pesos; y en el acto, y en encomienda, González Caballero de Añasco y todos los demás, sufrieron la misma pena.

En un gobierno arbitrario, cuyas reglas eran dichas, con el antojo y la insulsicia, no podían dejar de ser mortificadas las ahorrecidas jesuítas. En memoria de que dirigía la junta el obispo gobernador los trataba con severidad. Era
que los jesuítas transportaron
todas sus propiedades fuera de la provincia, aunque
tenían, aún, vestigios que pudiera recordar su memoria. Por el,
seguíanse leídos con el más vivo
rencorimiento, que los siete pueblos del San Ignacio
Cura, Nuestra Señora de Fó, Santa Rosa, Santiago,
Luján, la Trinidad y el Jesús, situados a
la banda del Paraná y pasen el Paraná, dexando
libres las tierras de la república (a).
Añade de la medida del camino legal de los tirones.
Empujado por la junta el obispo gobernador signó
por ella, y, siendo bien, estos absurdos pretendimientos.
Pero sus ojos habían temblado a libertades de la
república que los debían; lanzando una del amor
de someterlos, se regañaron, temeroso convidados con
la junta, y, al que los inspiraban sus desvaríos, sólo
necesitaba de un impulso para inclinarse a lo mejor.
El obispo, pues, y el provincial, de Jesucristo le ha
喊叫, por su parte con Jose Tomás de las casas,
sentimientos, a que no es posible resistir cuando
se entiende lo verdadero. El buen hombre no pudo más
que comprometer a un transporte, de indignación
sentir en su mismo, cuando el año luego en abril, hasta
descubierta de la golpeada, descubriéndose el obispo,
con sus mandamientos, y, aburrido su conducta, par-
ando, lo que también se celebra a nuestro, lo que
veía en el hombre el a haber quería sollo, emitiendo
un oficio con una grandiosa vara de madera
(le). Pone en torno que por cierto, realzándose, según
se celebra, a solicitud de los jesuítas, estaba resuelto, que
se ordenen varios alegatos, etc., de tal tipo, que
pronto cesó su diócesis. Era muy de sentarse que la misma se propagase hasta el extremo de oponerse a su salida. Para salvar este mal paso fue preciso adormecerlo y habiéndolo oprimido a medias delante de un prelado, Baez de Ayres, que lo desvaneció para disipar las impresiones más favorables a su causa; tomó para trabajar las memorias que pretendía dirigir al rey. Dando pues en su lugar a Cristóbal Doñé y de Obejar, pero a su relato por diciembre. El obispo de Saldo siguió también poco después la misma ruta.

Desde que el gobernador Zabala tuvo noticias de las providencias arrancadas con violencia contra las Misiones del Sur y el peligro en que se hallaban, y la necesidad de extender a ellas sus cuidados, se vio tanto por estar el ultraje de su persona, cuanto los males de otros pueblos, precisó hacer la protección. El mismo logró encontrar a principios de julio una orden para que se investigue de guerra en todas las fronteras; y se allanó el vía.

La misma vía del gobernador Ruiz de La Oñate, en virtud de Lima por Zabala, el cual se vio en anterior habían extendido en su última red de obligación, de que se hallaban los últimos, y del deseo que ardiente de hacérselos. No debía esperarse otra cosa. A más de ser unos criminales, ellos habían perder a la autoridad su veneración, su más fuerte apoyo aun en medio de los abusos. Con acuerdo de la audiencia de Lima mandó el virrey que se rompiese toda comunicación por la provincia del Paraguay, que se comiences
CAPÍTULO IX.

En Corrientes y Santa Fe los efectos de su tránsito; que los rapiés de misiones hacían sentir por todos sus vecinos, y que Zabala, haciéndose cargo del gobierno, despejaba a éstas la persona al restablecerse orden en ellas, había destruido la rebelión. Pero, al exceso de estas órdenes, no se hizo exacta puntualidad, y a pesar de que la peste, el hambre y otras calamidades tenían muy estrechados esos pueblos, el teniente D. Francisco Correa, que los dirigió, se puso en las Misiones, y abrió una escuela de ejercicios doctrinales. (a)

(a) Por lo que se refiere al teniente Correa, es interesante recordar que el teniente D. Francisco Correa, que fue el encargado de dirigir las Misiones, se puso en ellas con el objetivo de establecer una escuela de ejercicios doctrinales. Esta iniciativa fue un intento de mejorar la educación y el bienestar de los indígenas residentes en las Misiones, pero como se menciona en el texto, no se hizo exacta la puntualidad en la aplicación de las órdenes que se les dieron. Las condiciones de peste, hambre y otras calamidades seguían siendo problemáticas, y las medidas tomadas no lograron contener la situación. El teniente Correa intentó abordar esta situación de la mejor manera posible, pero es evidente que la realidad era dura y las condiciones de vida de los indígenas tenían un impacto significativo en la implementación de estas iniciativas educativas y de orden.
Cuando estos aprestos militares debían estrechar los conjurados para correr al común defensa, sucedía todo al contrario. No es de admirar porque siento altos de esos hombres que confunden el amor de la patria con el amor de sí mismos; debían caminar por tantos rumbos, quántos diera el interés personal. El regidor Lobera codiciaba el mando del general Dominguez; apara él, o para su suegro Juan Ortiz de Borgava, defensor de la junta. Una presunción ahí que realizaba en su alma las quimeras del orgullo, le hizo formar un común, bajo el pretexto de desterrar de la provincia a D. Alonso Delgadoillo, tesorero de aquella iglesia; pero con el fin primario de derribar a Dominguez, a quien se le imputaba tener vendida la provincia a sus contrarios. Cuando los comuneros se lisonjeaban de su empresa, tomó Dominguez la cordillera, con cuya gente la de Tobati, Arecataqua y San Roque vino a poner su campo al frente de ellos. Los retos de una y otra parte duraron desde el amanecer hasta las doce del día, en cuyo tiempo amenazado los comuneros con pasar a nación extrana, metió Dominguez espuelas al caballo, y puesto en medio de ellos pidió primero la muerte, que un extremo tan desesperado. Este acto generoso desalentó a los con-
CAPÍTULO IX.

términos, y aunque la gente de Dominguez prendió a algunos, los ánimos se reconciliaron.

Una guerra intestina que desaba abiertas las fronteras a los enemigos exteriores, no podía des- zar de ser muy funesta a la patria. Los Mbayas cayeron sobre Tobati, mataron diez personas, y se retiraron cargados de despojos. Con no menor fuerza los portugueses invadieron a los aliados Payaguáes, Carignes, causando en ellos un mortal estrago, y llevándose muchos cautivos.

Mientras que esto pasaba, se supo en la Asunció n, que el obispo Arregui era obligado a comparecer personalmente en la corte de Lima a dar razón de su conducta, y hacer una reparación a los derechos ofendidos del trono. La avanzada edad de este prelado le sustrajo de esta comparecencia, porque prevenido por la muerte, salió de la jurisdicción de los mortales. Otro igual suceso en su línea presenta la historia con la muerte de Juan Ortiz de Bergara; pero tiene de característico este acontecimiento la retractación que hizo de sus yerros en aquel momento decisivo; en que desaparecen las sombras y sólo queda la realidad. Por cláusula expresa de su testamento, que mandó se leyese a presencia de su cadáver, declaró Bergara hallarse mezclado a pesar suyo en las disensiones de la provincia; y que habiendo contribuido al descrédito del sacerdocio en especial contra los jesuitas, daba por falsas, irritas y nulas, quantas expresiones hubiesen salido de su pla ma y de sus labios.
Todo parecía que iba concurriendo, para que fuese pacífica la entrada del gobernador Zabala, y sucedió al contrario. Con quarenta infantes y cien dragones sacados de Buenos-Ayres emprendió su marcha, e incorporado a su ejército de seis mil judíos, vino a establecer su campo cuatro leguas de Teguiqui el 25 de enero de 1735. La proximidad de Zabala causó en los comuneros una gran consternación. Sacando alientos de su propio peligro salieron la tierra a sus pasiones. De orden de Zabala se hallaban ya presos en la Asunción los sublevados de Corrientes. Los comuneros entraron en la ciudad, les dieron libertad, encendieron el estandarte real, mandaron con pena de la vida tomar armas los que fuesen capaces de empuñarlas, y con dos piezas de artillería vinieron a situarse en Tabapuy. Zabala observaba estos movimientos temerarios; pero considerando que iba muy expuesta la suerte de la provincia, si sólo se iban a las armas su pacificación, tentó primero, y no sin efecto, todos los medios de formarse un partido entre ellos mismos. Dado este paso, extendió su auto de requerimiento, mandando a todos reconociesen su autoridad, y desistiesen de los empeños perniciosos a que los conducía su obstinación. Aunque este auto, dirigido al provisor del obispado, se le dio toda la publicidad, que exigía por su naturaleza, y se fortificó con las censuras, sólo produjo en los conjurados la mofa, y el escarnio. Pero eso era un veneno, que exhalaba la embriaguez de sus...
CAPITULO X.

Sucurs. Su ruina estaba próxima.

Sabiida por Zabala la disposicion de los comue
mberos destaco contra ellos cincuenta veteranos, ciento cincuenta paraguayos de los que se lo ha
bian unido, sesenta y ocho de Villa Rica, y do
cientos indios de Misiones; todos a las órdenes del capitán D. Martin José de Echaurre. A mar
chas bien forzadas vino á apostarse este bravo oficial sobre el mismo lugar del Tabapuy, el que en
contró vaciado, porque siendo por las avanzad
zas, habian levantado el campo los contrarios. Se
guido el alcance por D. Bernardino Martinez los
atacó por retaguardia, les tomó la artillería, les
hizo muchos prisioneros, les quitó la caballada, los dispersó en derrota y recuperó el estandarte
real. Hace mucho honor á los indios el juicio del oficional en gafe que desempeñó esta acción.

Es bien sabido que Zabala era naturalmente in
clinado á la alemença; pero no pudiendo desen
sancionarse por ahora que tambien era un venga
dor de la justicia, creyó de su obligacion hacer
violencia á su carácter, para dar á los delitos su pena merecida. Se hallaban entre los prisioner
os las principales autores de la conspiración, y otros que fueron entregados por los mismos vecinos. Inse
gura sido su proceso en un consejo de guerra cinco
de ellos fueron pasados por las armas después de haber hecho una solemn retratacion, y quin
es condenados á destierro. Sometida ya á su obediencia toda la provincia, y censuradas las tropas Guar
tianas á quienes cobra de caricias, hizo su en}-
trada pública en la Asunción a principios de junio. Fue su primer cuidado afirmar la autoridad real por los medios más convenientes al sistema del poder absoluto. El privilegio de elegirse un gobernador en caso de vacante que a pesar de leyes posteriores conservaba el Paraguay, había sido el origen fecundo de tantas turbulencias. D. Bruno de Zabala declaró por abusiva esta facultad, mandando que cesasen en adelante las resoluciones populares, y que se conformase el cabildo con lo nuevamente dispuesto en la materia. Con no menor vigilancia extendió sus cuidados a los demás artículos de la administración. Los regidores despojados de sus cargos fueron restablecidos a sus ejercicios; dio reglamentos para corregir los desórdenes introducidos por la malicia, y el descuido; depositó las plazas en manos menos expuestas a la infidelidad, restituyó a sus dueños los bienes de que habían sido expoliados por el común; aplicó la pena de muerte a los matadores de Ruiloba. En fin, tomó todas las precauciones, que podía dictar la prudencia para una paz sólida y duradera.

El obispo Palos supo en su retiro de Buenos Ayres, que ya se había apagado esa rabia de las discordias civiles, desaparecido los lobos, que destruían su rebaño, y podía ya contar con un pueblo dueño a sus instrucciones paternales. Estas felices nuevas apresuraron su regreso; y aunque a costa de un naufragio en que perdió su secretario y veinte y dos personas más, entró a su capital con el consuelo de ver reinar el orden y las leyes. Consumó
CAPÍTULO IX.

Este regocijo del prelado la eficacia, con que solicitaba la provincia el restablecimiento de los jesuitas expulsos. Zabala se aplaudió de un hecho, que le dispensaba el disgusto de mandarla en fuerza de las órdenes, de quien no podía rehusar su cumplimiento. Los jesuitas fueron puestos en posesión de su colegio.

Consolidada la tranquilidad de las provincias, y conferido su gobierno al benemérito D. Martín José de Echaurri, dexó Zabala el Paraguay en 1735.

CAPÍTULO XI.

Entra a gobernar el Tucumán el marqués de Aro; sus latrocinios: descuido de la guerra: es depuesto; gobierno de Alfaro: fundación de los ejercicios de san Ignacio: goberna Abarca la provincia: los indios vuelven a la guerra renuncia el gobierno: entra Árache en él; vence a los indios: le sucede Armasa: es depuesto; gobierno de Angles: vencen los indios a los tucumanos; son vencidos por Angles.

Quiso la suerte, que para que fuese mas célebre el gobierno de D. Estevan de Urízar Arespacocha viniese á ocupar el medio entre dos extremos viciosos. En sus principios salió el Tucumán de un abismo de males. En, sus finales volvió á sepultarse en los mismos desórdenes. En una historia de América siempre deben ser raros los gobiernos muy recomendables. El favor, y no el mérito, era el que deslumbraba los que de-
Lian ocuparlos. Según los principios absurdos de su política, debía de ser muy indolente sobre su fortuna el que no sabía saquear los pueblos para gozar en los placeres el fruto de sus rapiñas.

La muerte del gobernador Urizar abrió la entrada de esta provincia a D. Isidro Ortiz, marqués de Aro y alcayal mayor de la audiencia de Charcas. Nombra gobernador por la misma audiencia tomó posesión del mando en 1724. Si hubo alguna cosa, que pudiera consolar la patria, fue la rapidez con que pasó como sino hubiera nacido sino para enriquecer, lo sacrificó todo a la pasión de acumular. Poco escrupuloso en los medios, aquel era mejor que contentaba su inclinación. Con estas sordidas calidades en breve se vieron agotados los fondos destinados a las fronteras de los pueblos, y cuyo establecimiento, como hemos visto, costaba crueldades sacrificios á sus vecinos.

Desde que Urizar cerró el ojo, abrieron el suyo los bárbaros del Chaco. Aunque estúpidos, no daban de alcanzar, que un hombre de su constancia y sus virtudes tendría pocos imitadores. Su presagio lo daban por cumplido, cuando advertían sin cuerpos volantes los campos, y sin soldados los presidiós. Asegurados de su impunidad recomendaron sus latrocinios, muertes y hostilidades.

Con todo que la adulación había hecho ya por estos tiempos que se respetase tanto los vicios de los mandonés, como en otros sus virtudes, viniendo al cabildo de Salta que el avariento marqués de Aro metía también la mano en los sandales del sep
CAPITULO XI.

63, abrazó el partido horroroso de denunciarlo ante el virey de Lima. El marqués de Castelfuerte, que lo era, no pudo menos que escandalizarse de estos latrocinios; y de que en menos de un año, desde la muerte de Urizar, hubiese destruido su sucesor, lo que edificó aquel en diez y siete. Con fecha 6 de febrero de 1725 despachó sus órdenes positivas para que el presidente de la audiencia de Chacas, D. Gabriel Antonio Matiés, anulase el título de gobernador despachado a favor de Aro. Éste ministro regio obedeció el mandato superior, y aunque Aro quiso hacerse fuerte en el mando se coló de recurso, todo lo que produjo este arbitrio fue exponerse a la ira del nuevo presidente D. Francisco de Hordoso. Éste confirmó el acto de su antecesor, y mandó no saliese de la provincia sin reponer en arcas las sumas extraviadas. El cabildo de Salta disfrutó los aplausos del virey, que merecían su firmeza y fidelidad.

Por estos tiempos empezó ya a formalizarse en esta provincia una fundación, de que hemos creído deber hacer memoria, aunque sea a riesgo de la sensibilidad de los cabildos. Los cabildos que estamos escribiendo no nos perdonarán los helados espíritus del siglo. Hecha la separación del marqués de Aro, provoqué el virey de Lima este gobierno en D. Baltasar de Abarca, quien embarazándose en el Callao a 90 de enero de 1726 arribó al reyno de Chile. No pudo este año atravesar la célebre cordillera por las dificultades que se le presentaron. En consecuencia de este atraso la audiencia de Chacas depositó este interina...
LIBRO IV.

D. Alonso de Alfaro, vecino fundatario de Santiago. Era este sujeto uno de esos hombres, que por medio de una juiciosa economia saben salir de una condicion pobre, obscura y elevarse insensiblemente, a la clase de ciudadanos distinguidos. Las bellas prendas de que se hallaba adornado, y que le habian adquirido la primera reputacion, no dexaban de eclipsarse con una vida lujurica, en que deseaban verlo corregido sus mejores amigos. Pero la gracia del Senor se habia reservado este triunfo a la ocasion de unos ejercicios espirituales por el metodo que acostumbraban los jesuitas. Alfaro salio de aqui arrepentido, y resuelto a expiar sus escandalos, sacrificando parte de su caudal a favor de un instituto que sabia trocar malos en justos. En efecto con una porcion de sus bienes y cincuenta mil pesos que se unieron de otro piadoso caballero (a) se fundamento en la jurisdiccion de Cordova la celebre finca de san Ignacio, cuyos productos estaban destinados al costo de los ejercicios en las tres provincias del Paraguay, Buenos-Ayres y Tucuman.

"Invencion supersticiosa de sacerdotes fanaticos, è interesados, que no debio manchar las paginas de este Essayo." oymos que nos gritan los que se jactan de fino gusto y despreocupados. Nosotros estamos asegurados que si hay pasiones en el hombre y peligros en el mundo, à ninguno de san.

[a] La historia no nos ha conservado su nombre.
CAPITULO XI.

juicio puede parecer supersticioso un instituto, que hace consagrar ocho días del año para ver a favor de una luz pura desacreditados los falsos bienes, con que sabe brindar una imaginación falsa y seductora. Importa mucho a la sociedad que haya buenos padres de familia, buenos amigos, buenos súbditos, buenos guerreros y buenos ciudadanos, para que no sea laudable un establecimiento, que por principios de religión promueve las obligaciones de cada estado, y no deje entre su infracción y cumplimiento otros extremos, que ó el de una miseria sin límites, ó el de una eterna felicidad.

El que diga que los ejercicios, de que se trata, no se dirigen a estos fines, ó no los conoce, ó la fuerza de las prevenciones sobrepuja en el las de la razón. Confesaremos de buena fe, que quisieramos ver desterrados de su uso algunos libros, que entre grandes verdades traen mezcladas ridículas visiones y cuentos fabulosos, frutos de la ignorancia y la superstición. Quisieramos que un aparato lúgubre no hiciera concebir que la virtud es por carácter triste y amarga. En fin quisieramos que sin valerse de calaveras y condenados, se debiesen los gemidos del alma más al aborrecimiento del crimen por sí mismo, que a la impresión pasagaria del terror.

El corto tiempo que gobernó Alfaro no le permitió reparar los males que causó su antecesor. Pero como libre de los gastos que consume un pródigo insolente y una elegancia afeñinada se ha-
Lía adquirido mucho caudal, donde encontró recursos asegurados para señalar su gobierno con limosnas, y otras buenas obras que prescribió la caridad. No parece, sino que la providencia le inspiraba con tiempo ese desprendimiento de sus bienes para ahorrarle a la hora de una muerte cercana el pesar de haberlos dexado. Murió Alvaro aun gobernando en 1726.

D. Baltazar de Abarca pasó la cordillera de Chile, casi en las mismas circunstancias, y se encargó del mando. La carrera de Abarca solo nos presenta un flujo y refluxo de acontecimientos y retiradas a los puestos políticos y militares. Tan pronto lo vemos en España seguir las armas hasta obtener el grado de coronel, como tomar la cogulla en la orden de san Gerónimo; luego retrogradando a su primer estado, y pasando a esta América con el virey, príncipe de Santo Bono, conseguir de Castelfuerte este gobierno para renunciarlo poco después. A las enfermedades de que adolecta se atribuyen comúnmente estas mudanzas momentáneas. Nosotros discutimos que no daria de entrar, aunque con vejez de muchos años, para quienes sólo es apetecible lo que no tienen. No era de esperarse que en manos tan imbéciles prosperase el Tucuman. Los bárbaros del Chaco se llenaron de orgullo, recuperaron mucho de lo perdido, consiguieron se abandonase la nueva reducción de Miraflores, y destruyeron muchas haciendas de las mismas pingües.

La ciudad de Córdova que hasta estos días,
CAPÍTULO XI.

pos se hallaba preservada de sus terribles incursiones, empezó ya a ser la triste víctima de su venganza. Pero al fin hallaba recurso en el valor y las virtudes de su teniente D. Mátias Angles, de quien esperaba escarmentaría un enemigo, que relanzando la paz y los combates, confesaba su cobardía. No le salió fallida su esperanza, porque haciendo una entrada por el paraje del Tió en 1727 a beneficio de cien carabinas que le remitió por Chile el virey de Lima, y de algunos pertrechos suministrados por Zabala gobernador de Buenos-Ayres, lo batió y derrotó completamente. Una ojeada rápida sobre la historia nos descubre el carácter indomable de estos salvajes. Desde tiempos bien remotos no faltan varones apostólicos, penetrados de patriotismio y filantropia, quienes se dedican a atraerlos por un plan de educación moral, conforme a su constitución física, en que entraba por elementos criarles pasiones nuevas, que combatiesen las antiguas; ponerles objetos cercanos capaces de interesarlos; templar la fuerza con la dulzura, y hacerles amable la obligación; pero todo fué poco menos que en vano. Idólatras de su libertad natural, sacrificaron cuanto podía ofrecérselas al bien de conservarla. Los ciudadanos cabizbajos en aquel silencio que suelen causar, las grandes calamidades, hacían entender su disgusto al gobernador Abarca; pero no pudiendo remediarlo, ni pareciéndole justo que tuviesen apoyo los males públicos en sus defectos particulares, aunque ya confirmado por la corte, hizo dexación
del mando en manos del viery.

La conservación del Tucumán era una de las atenciones más sésiles del gobierno, desde que se observaba al gran Chaco embravecido con sus nuevas ventajas. El crédito de valeroso, que sirviendo el corregimiento de Cinti, se había adquirido D. Félix de Arache en la guerra contra los Chiriguanos, hizo que el virey de Lima le confiase este gobierno. Arache se puso luego en marcha, y tomó posesión de él en octubre de 1750. La guerra contra los Chiriguanos le había sido una escuela muy provechosa para instruirse en el método común de combatir a los salvajes. Fue en ella misma, que advirtió que era un enemigo no acostumbrado a dar, y recibir cuando peleaba con españoles, sino a combatir en provecho suyo los descuidos, levantar sus poblaciones, poner los ríos, y bosques de por medio; seguir las retiradas a distancia, caer de improviso sobre las haciendas, luego que han visto desechos los ejércitos; matar indiscriminadamente, y retirarse con la presa.

Con estos conocimientos prácticos apénsa puso el pie en la provincia, donde se propuso libertarla de su tribulación, llevando la guerra al Chaco. La ciudad de Salta, aunque de las más interesadas, puso el obstáculo de la pobreza, a que la habían reducido los bárbaros, y aun más la conducta vituperosa de los mandones; pero el gobernador allanó este tropiezo. Con no menor empeño, pasando personalmente a Catamarca, metió en calor la actividad algo remisa de sus vecinos, y acrecentó con es...
CAPÍTULO XI.

... y así se halló las fuerzas que había preparado. Después de esta misma, dio principios a la entrada en julio de 1751, llevando un grueso de cerca de mil hombres. Los trabajos de esta campaña debían ser excesivos, porque los rigores de la estación y el corto tren de los bagajes no daban otro recurso que el sufrimiento; pero el gobernador, llamando por su nombre al más triste soldado, no admitiendo más distinción que la de ser el primero en los peligros; haciendo a veces oficio de centinela; en fin alentando a los cobardes, y empeñando a los valientes, comunicó a su tropa esa firmeza, que sabe burlarse de los obstáculos. Después de cuatro meses de campaña, en que atravesó todo el país enemigo, sin tener a veces otro alimento que la insípida fruta del chañar y la algarroba, concluyó esta expedición, haciendo concebir que habían resflechecido los gloriosos triunfos de Urizar. En ella se mataron muchos salvajes, otros se hiciendo prisioneros, y por fin se consignó una presa de 800 caballos, principal nervio en que el enemigo ponía su confianza.

Otra expedición de esta clase se disponía en Córdoba este mismo año, bajo el mando del teniente D. Bartolomé de Ugalde, la que en un cuerpo con otra de Santa Fé y Corrientes debían obrar de común acuerdo. El ejército de Córdoba se avanzó hasta el Tio, cuando por una deserción vergonzosa, que hizo la gente de la sierra, se vio Ugalde obligado a renunciar la sequía de estas operaciones militares.
Pero fue muy transitoria esta felicidad de la provincia. Cuando apenas empezaban a disfrutarse las ventajas de la paz y la seguridad, vino a arrabatárselas un nuevo gobernador, indigno de mandar. Fue este D. Juan de Armasa y Arregui, natural de Buenos-Ayres y sobrino de los dos obispos Arregui (a). Así lo disponía la fortuna para infalibilidad común. La aceptación universal, que se había ganado Arache, y la esperanza de poseerlo por más tiempo, fundadas en las reclamaciones del virey, quien lo pedía a la corte como hombre necesario, indispusieron todos los ánimos, hasta imputarle a culpas al cabildo de Córdoba la ligereza de haberlo recibido. Por lo que hace a Arache miró esta mudanza con suma modestia, contentándose con el poder, que le daba su mérito.

Recibido Armaa en su gobierno el 8 de mayo de 1752, fue inflamándose la discordia con el cabildo de Salta hasta que hizo su explosión. Como en todo pueblo nunca faltan hombres ruins, que allí se inclinan, donde descubren su provecho, no le fue difícil el gobernador formarse un partido a pesar de su mala causa. Estuvo tan encendida la disension, que dividida en bandos la ciudad hubieren de venir a las manos. Mientras que el gobernador se entretenia en sus venganzas, los bárbaros del Chaco se aprovecharon de la discordia para los

(a) Tuvo su educación en el colegio de Monserrat de la ciudad de Córdoba.
CAPÍTULO XI.

Las sultanas. Las poblaciones vecinas a las fronteras lloraron muchas desgracias, pero ninguna igualó a la que sufrió Salta en medio de sus quejas. Fué en estas circunstancias cuando invadió su fértil valle el 5 de enero de 1735, murieron cerca de trescientas personas, cayeron otras en cautiverio, y perdieron muchos sus haciendas. La historia no hace mención de un acaecimiento tan funesto. Veáse aquí, se decía entonces, para lo que se quitó la provincia al inmortal Aráche. La sangre de tantos desgraciados pidió venganza ante el virey de Lima, quien no pudiendo contener su ánimo ayudado, mandó a la audiencia de Charcas quitese el gobierno a un hombre que era el suplicio de los pueblos; y le sustituyese otro en su lugar. Y así se usaron en aquellas cosas.

La elección de nuevo gobernador era un paso bien arriesgado en la delicada situación del Tucumán. Con todo, asegurada la audiencia, que puesta la provincia en manos del benemérito D. Martín Angulo no haría cosa con que no aumentase su gloria, se decidió a su favor. A la verdad Angulo tenía prendas mercedoras aun de mejor suerte; pero los males se hallaban tan avanzados que parecían inevitables. Recibido el nuevo gobernador al fin del mismo año pasó en diligencia a la ciudad de Salta, llevando en su ánimo hacer una jornada próxima que liberase a todos de temores y de peligros. Salta se aplaudía de un suceso tan lisonjero, y pretendía borrar con negocios de la prémontría de sus desgracias. Pero la
fortuna aún no se había cansado de ser infiel. En ellos se hallaba como embriagada, cuando llegó una noticia que consternó los ánimos. Los bárbaros del Chaco siempre feroz en sí del peligro, y medrosos en ellos, se vellían ya de sus mismos desastres para irse formando a los combates. Alentados nuevamente con la afortunada invasión de Salta, tuvieron resolución para hacer frente a un tercio de tucumanos, que salió a batirlos. Qiso también la suerte favorecerlos por esta vez, pues, derrotados sus contrarios, cantaron la victoria, y se hicieron dueños del bagaje. Esta fue la noticia que llenó de asombro todos los ánimos.

Este reves de la fortuna, aunque de mucha cosequencia no quebrantó el espíritu del esforzado Ángel. Desde este momento empleó todos sus cuidados en los preparativos militares que había abandonado, cuya negligencia de su antecesor. Tanto más, cuanto que contando el enemigo que con sus victorias pasadas había ya decidido a su favor las vencedoras, se acercaba a la ciudad en marchas precipitadas. Salío Ángel al encuentro, y dispuso una emboscada que debía serle fatal; pero descubierta por los bárbaros, la evitaron con su retirada. Aun logró el general español con las milicias de Tucumán y Salta les fue al alcance hasta las márgenes del Río Grande, nada pudo lograrse, capaz de reparar tanto infortunio. Escapar para el concepto de este enemigo, también era vencer. Luego que las inundaciones desagotaron transitables las campañas se echó
sobre el valle de Sumanó en 1756 donde murieron algunos adultos, echó a las llamas dos niños tiernos. El gobernador se puso luego en campaña con sólo setenta hombres, y persiguió al enemigo que se retiraba. Una caída del caballo, en que fue rodando algún trecho, no lo hizo desistir de su empeño; bravo y diligente volvió a tomarlo, y continuó el alcance hasta que lo tuvo a su presencia. Aún peleó dichosamente por ver rompiendo el enemigo hizo que se fuese la fortuna.

CAPITULO XII.

En el capítulo VIII. de este libro dextamos advertida la viva impaciencia que le causaba a la corte de España no ver a Montevideo en un estado de brillantez y de fuerza, capaz de prever los acontecimientos desastrosos, con que de continuo amenazaban las naciones rivales. Impedia la corte de su mismo deseo, y no encon-
capítulo pobladores en número suficiente de esta lado del mar, echó la vista sobre sus vasallos europeos. En diferentes reales órdenes se le avisa a Zabala que veinte y cinco familias de Galicia y otras tantas de Canarias yacían destinadas a llenar este importante objeto. Siempre atenta este gobernador a la mejor ejecución de este designio, excito entonces con varios privilegios la indulgencia y la misericordia de los que quisieren agregarse para enriquecer esta fundación, y agregarse decersen ellos mismos (a). A fin de dar nuevo im-

(a) Primero: el de la ley 6 tit. 6 lib. 4; por la que se declaran hijos-dáligos de soltan conocido los pobladores y sus descendientes legítimos.

Segundo: que el pasaje y transporte de sus bienes ha de ser de cuenta de la real hacienda.

Tercero: que se les han de repartir solares.

Quarto: que a cada uno se le dará docientos vacas y cien ovejas.

Quinto: que se apropiará un número de carretas y bueyes correspondiente para el acarreo de materiales, de que se han de construir las casas.

Sexto: que se auxiliará con las herramientas necesarias.

Séptimo: que se les darán granos para semillas.

Octavo: que se les señalarán terrenos para las vacas.

Noveno: que estarán encargados de pagar alcabalas, por el tiempo que fines del agro de del.
CAPÍTULO XII.

pálido á la obra bosquejada, hizo también Zabala que junto el cabildo de Buenos-Ayres, se designaron suyos de su cuerpo, quienos promovieran en estas gentes la noble ambición de pobladores. Este cabildo merece la gloria de habér contribuido a este establecimiento no sólo con la personal diligencia de sus miembros y el sacrificio de algunas familias de su jurisdicción, sino también con ciertas estimaciones que la dieron su generosidad. Véase aquí, como Buenos-Ayres engendraba ella misma esa hija ingrata, que no sabiendo disimular la mudanza de la fortuna, vendría á rasgar alguna vez el seno de su madre. De las cincuenta familias prometidas por la corte sólo arribaron veinte de Canarias, después de haber sufrido en el viaje de más todos los males tratamientos de un capitán mezquino e inhímano. Con estas familias y las patricias de estas partes se verified la fundación en 1726 bajo el patrocinio de san Eilope y Santiago.

Una de las utilidades que se esperaban recoger de este establecimiento era la destrucción del comercio fraudulento. Pero la corte calculaba muy mal en este punto, debiendo persuadirse que este era el medio de adecuarse. La experiencia de muchos años habia hecho comprobar que esta clase de comercios tenía iguallos atractivos respecto de los extranjeros que de los negociantes nacionales, en razón directa de los mayores mercados que les atraían, porque, y que por consiguiente, estarían en manos de otras gentes los intereses del estado.
se manseaba la comunicación de unos y otros. No se le ocultó nada de esto a la penetración de Zabala. A pesar de haberlo tomado al extranjero, mucha confidencia cubría en todo el tiempo de su gobierno; a pesar de su acorde número de decréndidos, entre los que mencionaba especial memoria el de 78 españoles de plata y hechos a dos vecinos de Buenos-Ayres el año de 1727; a pesar en fin de los castigos con que se prorrogaba vengar las leyes; Zarbala hallaba por imperdonable el proyecto de destruir el contrabando en costas tan dilatadas, principalmente teniendo a los portugueses por vecinos, y no pudiendo dispensar el tráfico de las embarcaciones de la otra banda. Por más menos inductivo de defraudar el asiento de ingleses establecido en Buenos-Ayres, desde que la debilidad de la España se vio obligada a recibir la ley de esta nación: Nunca olvidará la insolución con qué el capitán Tomas King, violando las condiciones del asiento, y amenazando hacer fuego, negó a Zabala y a los oficiales reales la entrada a su navío, el duque de Cambridge, ricamente cargado de mercancías prohibidas. Por no darse de hacer alguna mas expresa indicación de los caudales extraídos por esta vía, recordarémos también los dos millones en efectivo, y sesenta mil pesos en cueros, que de su viaje a Londres introdujo por estos tiempos el navío llamado el Carteret.

El mismo empeño que hacia Inglaterra por aprovecharse de su superioridad contra España, ponía en estado a esta nación de adoptar cualquier medida.
CAPÍTULO XI.

dar por absurda que, fuese, con tal que le indemnizase de sus pérdidas. Desde 1726 se hallaba ya Zabala con órdenes reservadas de la corte para una represalia sobre los bienes del asiento, siempre que Inglaterra, poco satisfecha de la paz celebrada con el imperio, invadiese los dominios o bauxales del rey. Noticioso pues en este año de quedar atacada la plaza de Gibraltar, verificó en este puerto la expresada represalia. Los ingleses fueron arrestados, y confiscados todos sus bienes. Diximos que esto era una medida absurda, porque a pesar de quanto se alegue a su favor tenemos por política bárbara el derecho que autoriza un enemigo a sacrificar inocentes por delitos que se imputan al soberano. El siguiente año de 1728 se ajustó la paz entre estas potencias beligerantes, siendo uno de los artículos se volviesen mutuamente lo apresado.

- La guerra que nunca terminaba era la que hacían los bárbaros del Chaco contra las ciudades de Santa Fe y Corrientes. La primera en especial había declinado a su ruina por todos los períodos de la decadencia; y si algo había que admirar era no le hubiese llegado la última escena de su tragedia, como a otras muchas que destruyeron los bárbaros. Seguramente su situación entre islas y bosques vecinos era la más favorable a las invasiones fluctuantes del enemigo. Era, por esto que intentaba Zabala transladarla a5 leguas más abajo; pero desistió de este pensamiento, así porque los costos de esta mudanza eran muy superiores a las fortunas arruinadas de sus vecinos, como por no dar lugar a un suceso...
se marsella la comunicación de años y otros. No se le ocultó nada de esto a la penetración de Zabala. A pesar de haberle tomado al extranjero, mas de acción en todo el tiempo de su gobierno, le pidió al cesar, creció número de descreídos, entre los que merezco especial mención el de 738 marcos de plata, hechos á dos vecinos de Buenos-Ayres el año de 1727; á pesar en fin de los castigos con que se proponía vengar las leyes; Zabala hallaba por inmejorable el proyecto de destruir el contrabando en costas tan dilatadas, principalmente teniendo á los portugueses por vecinos, y despuendiendo dispensarse el tráfico de las embarcaciones sobra otra banda. Por cierta manera inductiva de defraudar el asiento de ingleses establecido en Buenos-Ayres, desde que la debilidad de la España se vio obligada á recibir la ley de esta nación. Nunca olvidará la historia la insolencia con que el capitán Tomas King, violando las condiciones del asiento, y amenazando hacer fuego, negó á Zabala y á los oficiales reales la entrada á su navío, el duque de Cambridge, ricamente cargado de mercancías prohibidas. Por no dejar de hacer alguna mas expresa indicación de los caudales extraviados por esta vía, recordaríamos también los dos millones en efectivo, y sesenta mil pesos en cueros, que de su tornavuelta á Londres introdujo por estos tiempos el navío llamado el Carteret...

El mismo empeño que hacía Inglaterra por aprovecharse de su superioridad contra España, ponía en estado á esta nación de adoptar cualquier medio.
CAPITULO XI.

Por absurda que fuese, con tal que la indemnización de sus pérdidas. Desde 1726 se hallaba ya Zabala con órdenes reservadas de la corte para una represalia sobre los bienes del asiento, siempre que Inglaterra, poco satisfecha de la paz celebrada con el imperio, invadiese los dominios ó báseles del rey. Noticioso pues en este año de quedar atacada la plaza de Gibraltar, verificó en este puerto la expresada represalia. Los ingleses fueron arrestados, y confiscados todos sus bienes. Dizimos que esta era una medida absurda, porque a pesar de cuanto se alegue a su favor tenemos por política bárbara el derecho que quoríamos un enemigo a sacrificar inocentes por delitos que se imputan al soberano. El siguiente año de 1728 se ajustó la paz entre estas potencias beligerantes, siendo uno de los artículos que se convino mutuamente lo apresado.

La guerra que nunca terminaba era la que hacían los bárbaros del Chaco contra las ciudades de Santa Fe y Corrientes. La primera en especial había de clinar a su ruina por todos los periodos de la decadencia; y si algo había que admirar era no le hubiese llegado la última escena de su tragedia, como a otras muchas que destruyeron los bárbaros. Seguramente su situación entre islas y bosques vecinos era la más favorable a las invasiones furtivas del enemigo. Fué, por esto que insistiendo Zabala transladóla 25 leguas más abajo, pero desistió de este pensamiento, así porque los costos de esta mudanza eran muy superiores a las fortunas arruinadas de sus vecinos, como precisar lugar a un suceso
que deshonraba su gobierno. A pesar de la sumisión escasez del crerio tomóse por fin la resolución de fortificar esta plaza con una compañía de sesenta vecinos pagados, otra de cincuenta dragones de la dotación de Buenos-Ayres, cien cordoveses, y otros tantos corrientinos.

Dado a conocer la experiencia que por responsables que fuesen estas fuerzas, aun no la pusieran a cubierto de nuevas hostilidades, dispuso el gobernador Zabala una entrada general, a la que debían concurrir las tropas del Tucumán y docientos cincuenta corrientinos. A fin de dirigir con más acierto las operaciones de esta empresa pasó él mismo a Santa Fé. Docientos y cincuenta guerreros se habían ya alistados y pronto a marchar, cuando avisó D. Baltasar Abarca, gobernador del Tucumán, no ser posible que su tercio pudiese penetrar por este año a tierras de enemigos. Esta noticia no alteró las medidas que se habían ya tomadas para asegurar la salud de Santa Fé. Zabala puso su gente en campaña bajo las órdenes de D. Manuel de Soto, contando con que se le asociase la de Corrientes, que atravesando el Paraná debía esperarla en el río del rey. La insubordinación de los corrientinos no era una vez sola que se había hecho conocida. En esta ocasión se echó de ver lo que puede de contagiar la furia de un ejemplo. Puestos a las orillas del Paraná invadieron algunos de ellos en sus cualidades sediciosas; de los que resultó que pusieron este tronzo retrocedieron a Corrientes, y quedaron frente al resto seguir a disparar la misma batalla.
CAPÍTULO XI.

Sin embargo de esto el general Sota no perdió esa presencia de espíritu, que acompaña al coraje, y guiando a sus santafesinos hasta las mismas toldejas de los bárbaros, pasó a muchos de ellos por el filo de la espada. El sosiego de algunos meses fue el fruto de esta expedición; pero Zabala aspiraba a otro más duradero y sazonado. Con igual número de gente al mando de D. Francisco Xavier Echagüe y Anda hizo que se repitiera otra semejante campaña el siguiente año de 1739, la que tuvo el mismo resultado. Por otra parte un trozo de enemigos fue deshecho en campaña rasa por el capitán de dragones D. Martin José de Echaurri, comandante de la gran guardia. La feliz suerte, que acompañó a nuestras armas, impidió que por algún tiempo fuese turbada la tranquilidad de estas ciudades. En paz, ó en guerra la nación con las de más potencias, no mejoraba de fortuna. Las hostilidades indirectas que causaba el extranjero con su comercio ilícito seguían por todo el reyno sin la menor alteración. Los baxeleños españoles ya no podían aparar por estas radas ni las de Lima, porque habiéndose las plazas abastecidas de extranjería, y no pudiendo sus cargamentos entrar en la balanza, preciso era que abandonasen esta carrera. Debe encontrarse el origen de estos males en las extravagancias del gobierno español. No pudiendo ignorar que Buenos-Ayres era uno de los caminos más trillados por donde el extranjero introducía sus géneros de ilícito comercio, había discursido tres arbitrios, frutos de la política más desastrada. Primero
que los navíos de registro sólo pudieran cargar quinientas toneladas para el preciso consumo de estas tres provincias limitrofes. Segundo: prohibir que por estas vías se internasen al Perú las mercancías europeas, debiendo proveérsel del único punto de Lima. Tercero: limitar por otras prohibiciones a una escasa suma el capital que, o bien en numerario, o en pastas de oro y plata, pudiesen refluir a estas provincias de las interiores del Perú. No se puede dudar que en el caso de ser exequiables estas restricciones del tráfico no podía sacar ventajas el comercio fraudulento. Pero ¿quién no advierta que la inhominidad y dureza de estos medios, al paso que debían estropear estas provincias, debían también por último arrancarle restar su vigor al comercio clandestino? Reducidos el Paraguay, Tucumán y Buenos Ayres a sufrir la dura ley de abastecerse de los menudos y tardíos cargamentos de los registros, les era inevitable el perjuicio de recibir estos artículos al subido precio de carestía. Pero aún esto acaso hubiera sido soportable, si las mismas restricciones que escasearón el género, no hubiesen multiplicado también la masa pecuniaria. La situación de estas provincias preciso era que fuese la más triste y deplorable de cuantas conocía la monarquía. "Ellas recibían por nula medida muy pequeña las cosas que más necesitaban, y por otra aún más pequeña el dinero para comprárselas. ¡Qué debía resultar de aquí, sino la esterilidad de sus campios, el antijubilamiento de su industria, el deter..."
CAPITULO XIII

tierno de la población, y un nacio. espantoso, no sólo de comodidades, sino también de lo necesario. El estado de las provincias del Perú, aunque bien digno de inspirar la compasión, no podía ser tan lamentable; porque, aunque obligados a recibir las mercancías europeas al precio que dictaba la escasez, el fin siendo las señoras de los títulos que abrígaban sus suelos, no era ese precio superior a su capacidad. Una necesidad extrema no sufre el freno de las leyes: violarlas en tal caso, lejos de ser un crimen, es un deber. Por estos principios, advirtiendo estas tres provincias que la perjudicaba con su sistema destructivo pascero, que intentaba reducirlas a cementerio, antes de perecer, se aplicaron al contra-liendo, que con tantas facilidad y ventajas les ofrecía la Colonia del Sacramento y el asiento de los ingleses. Así, fue como perdieron la antelación, los conocimientos españoles, y quedando inferiores en concurrencia de los extranjeros, se vieron excluidos de estas puestos y rica del mismo Perú. En cambio, que escribía a Zabala el virey, se aprestó a Castelnuvo, después de quejarse ámargamente que los serranos del Perú ya no habían a Lima a verificar sus compras, porque les cobraban las ropas que les iban de Buenos Aires; lo cortesano, que castiguó la deslealtad de aquellos en quienes depositaba su confianza. Zabala respondió que toda precaución era innecesario, estando de por medio el incentivo de las comodidades, y la esperanza de la ganancia. A vista de lo expuesto...
to es 'preciso conferir, que ha habido sido mucho
mas fuil a las del 'Espana, tan rara la cantidad que no ha
sido apropiado que realicen la obra de las viandas de
Angeles; y ahi quiera a perfecta manera de amparar
las 'milicias' reales, que pudiera resultar mejor reparo de
las viandas a quien en algunas cosas
CAPÍTULO XII.

A la innumerables misiones que realizó, P. Á. la bendita Santa Inés era digna del gran Zavala. Para de un cabildo de América podrían ser más connotados en materiales, en favorables condiciones, en el bien público, que a los civiles. La única profesión era el arte de adquirir y mucho de ellos habían hecho sus primeros empeños; solía materias, entre humildes; por el mismo instinto al interés individual, debían, haciendo como el filósofo bien, a qué era preciso sacrificarse a sí. El instituto de la muerte daba derecho a esperar que templasen la acrimoniosa celosía; podían desencadenar los gabinetes murales; pero para obtener a conciencia alabado, se necesitaba disimularse, y siempre sometidas a la unidad moral. Esto es lo que va en una vez solía encontrarse en los cabildos de América.

El espíritu de piedad, que los gabinetes murales desquinaban y fomentaban; ha prevalecido, siempre en él, y ha sido el origen de las distancias más odiosas. Las dimensiones del cuerpo consistorial procedían invariablemente de la forma, llenaban muchas páginas. Con la historia, se fue llenando con papeles con lo que está mejor en el olvido

Hecha la descripción del cabildo, extendió Zavala sus atención a los demás objetos de una sabia administración: Delánzase el lugar, por ser propicios, repartiendo, solares para librar de aquellas que los habitantes pendían de las mismas y arcas de armas para el servicio; y una quinta y dióse a los
mas necesitados alguna ropa; fundamento era la existe-
tancia del rey con quatro mil quinientas vacas y
dos mil ochenta caballos; nombrése cura de al-
mas, abriéronse los cimientos de la parroquia,
con promesa de costear madera, teja y clavazón;
on fin, nada se omitió de cuanto dictaba la hu-
manidad. Zabala miraba este establecimiento co-
mo de una existencia transitoria, a no tener a su
frente un gobernador propietario, que esperase su
recompensa por el mérito de sostenerlo y llevar-
lo a su perfección. En carta que dirigió al virey,
propuso este pensamiento con otros de mucha
utilidad.

Las vivas instancias de la corte eran compre-
hesivas de otro igual establecimiento en Maldon-
ado. Zabala no se permitía ningún descanso, siem-
pre que estaba de por medio el servicio del rey.
Acompañado del ingeniero D. Diego de Patracchi,
partió a reconocer este puesto. No nos ha para-
cido inútil transcribir aquí lo que informó al vi-
rey de Lima, sobre este asunto. «En los días,
dice, que me detuve en este paraje, habiendo vis-
tado hasta el cabo de Santa María sobre la misma
costa, pude persuadirme ser todo aquel terreno
en mucha distancia incapaz de población alguna
por las montañas de arena de que está cubierto.
La Ensenada la formó una isla del mismo nombre
reducida a menos de media legua de largo, y qua-
tro quintas de ancho, expuesta al inundarse casi
toda en los temporales. Por dos extremos se entra
en dicha Ensenada, por el de la parte del norte
CÁPTULO IX.

Dista mas de legua y media la tierra firme, y es la común entrada, incapaz de poblarla, porque en el referido extremo de la isla no se puede formar batalla, a causa de las inundaciones, y en tierra firme sería de poca utilidad. Por la parte del sud hay un quarto de legua desde el extremo de la isla a tierra firme, y esta distancia la ocupa una punta de piedras, formando una canal, que sólo admite con peligro un solo navio. El puerto se halla al corto abrigo de la isla, y es a la media-mar de ella, donde se pone una señal. Cabrán como cinco o seis navíos, pues lo demás de dicha Ensenada, aunque es muy dilatada, no tiene reparo ni agua en muchos parages para fondear los navíos, por lo que en ningún tiempo parece ser apetecida de ninguna nación &c.

Mientras que Zabala, puesto ya en Buenos-Ayres a principios de 1751 se hallaba muy complacido, viendo prosperar su colonia, un acontecimiento inopinado le llevó al borde del precipicio. Trabajados en riña particular tres indios de la nación Mina con un Domingo Martínez, portugués, casado con hija de José de la Sierra, uno de los pobladores canarios, acertó Martínez a matar uno de los contendores. Nada igualaba el sentimiento que esta muerte causó en los dos restantes, sino su propia desesperación. Fuéron en vano todos los halagos del teniente para calmar unas almas, a quienes hacia furiosas las afligeción, y que no podían acomodarse a sufrir esta desgracia. Los indios comunicaron este suceso trágico a los de su nación, quién-
nes en número de doce vinieron a Montevideo, y se llevaron el cadáver. Ellos se hallaban penetrados del mismo sentimiento; pero supieron templarse en manera, que ni callando pudiese sospecharse de su silencio; ni hablando con libertad dijéndoles conocían estaban preparados a la venganza. Con esta indefensa, asustada los nuevos pobladores creyéndose libres de sostenos y peligros, se hallaban entregados a las esperaciones pacíficas de la habitación, y la construcción de sus casas. Otra fue diferente la disposición de los Misiones. Eran una nación por carácter altiva, brava y guerrera, que desde los primeros tiempos de la conquista hizo mortal cascarrilla en los españoles; vivía con la muer te del Minas y quiso la vista en sus fuerzas; y se resolvió a vengarla. En número de trescientos se derramaron por los campos en que también trabajaban los vecinos de Buenos Aires, mataron veintiuna personas, quemaron, destruyeron y saquearon, cuanto se les hizo a las manos, hasta hirviéndose de despojos. Inchados con este triunfo brutal y creyéndose más seguros en la guerra que en el seno de la paz, desistieron a busarse al comandante de Montevideo; diciéndole saber que para tres días lo irían a buscar. El comandante destrozó una partida de soldados; pero esto fue a tiempo, según parece, que pasado el emplazamiento se habían ya retirado los Misiones. Con noticia del suceso dispuso el gobernador de Buenos Aires, que cincuenta dragones de esta plaza fueran a reforzar aquella guarnición, y que D. José Roy
Metó, hombre muy experto en la guerra, llevando armas y municiónes, situó en la gente que pudiera Romero juntarse con los demás hombres, y se puso en seguida en el lugar más peligroso, pero acompañado de esta soldadería de unos sesenta, que todo entendían ganar honramiento y victoria, sin perder reputación; con la fija, lo abandonó una gran parte al avistarlos el mismo Metó, y el mismo lo consiguió.

Zahabalechó muy que todo el mundo estaba en esperación de las medidas que tomaría para contener un enemigo que debía opositor en su cuna la población del Montevideo, y robar por las relaciones comerciables, establecidas por la enemiga. En pleno, puestos las sus atenciones, dispuso sin consideración, que reunidos los demás hombres que le quedaban a Romero, estorbo que apuntó D. Juan de Rocha, y en ciento diez dragones del presidio, avanzarse en busca del enemigo. A cinco jornadas de encuentro se hizo alto, y se reconoció que el partido de Romero se hallaba reducido a quarenta y cinco, y la de Rocha un poco más. Estaba diseminado el enemigo, y al marchar aprovisionados las rutas y para la partida de cuatro españoles fue ausencia de cincuenta hombres, pero refugiados aquellos al ejercicio quedaron en las rutas y en los dragones, que eran difíciles de subir al campo, porque la presencia de Romero dió tantas señales que se fuera muy al tiempo y siguiendo la montaña, de los que tomaron mueren tres; don Enrique Meneses de las que se almorzaron en la montaña, zarparon y pudo seguir la resolución
pocas veces acostumbrada. Mandaba en gente a los
dragones el teniente D. Francisco Escúbero, cues-
ya intrepida dexó bien acreditada en esta accion.
De una y otra parte parece que se veían incitados
del valor y de la gloria; pero á pesar de tres fur-
rioses embestidas de los indios desde las nueve
del día hasta las cuatro de la tarde en que sus-
tuvieron el combate, tocáron por fin la retirada;
contentos con la presa de toda la caballada.

Zahala deseaba retirar lejos de sus confines un
enemigo tan osado. Con este designio escribió al
padre Gerónimo Heras, provincial de los jesuitas;
mandando le apremiar quinientos Tapesí para
una nueva expedición militar. Los jesuitas no des-
perdiciaron esta oportunidad de exercitarse en ofi-
cios mas conformes á su vocacion: sin omitir los
preparativos de guerra, que exigía Zahala, se in-
tróduzco uno de ellos en medio de los bárbaros,
y animado de una caridad compasiva e industriosa,
procuró inspirarles sentimientos de paz. El efecto
 correspondió á sus esperanzas. Sus persuasio-
nes quebrantaron el ánimo de esta nación aliva
y celosa de sus derechos, y renunciando sus re-
sentimientos pudo conseguir que se aviniese á un
acomodamiento. Con todo, recelosos siempre los
Minúsoas de ser sorprendidos por alguna oculta
traicion, retardaron formalizar su ajuste hasta el
año de 1752, en que con pasaportes de Zahala
basaron á Montevideo sus caciques, y celebraron
su tratado. Zahala dio las gracias de esta paz al
palacio de Buenos-Ayres, así por la conducta de,
CAPÍTULO XII.

sus diputados, cómo por los regalos con que obsequió a los indios.

El carácter indomable de los Mocovies y Ahtózones no les permitía renunciar sus antiguas depredaciones. Después de reparar algun tanto sus pérdidas pasadas, salieron de sus asilos, y se presentaron de nuevo en los campos de Santa Fe. Salío contra ellos Antonio José Torres, comandante de la guardia del Caracarañal, quien á beneficio de una emboscada logró desbaratárlas completamente. Entre los muertos de los enemigos se encontraron dos españoles renegados, que muy bien avenidos con la vida salvaje, habían hecho propia la causa de los indios, y empleaban contra su patria todos los conocimientos de que pueden valerse los ladrones domésticos.

Si estos bárbaros hubieran sabido aprovecharse de la guerra que hacían los Minuanes, es probable que les hubiese servido de ocasión para oprimir con mejor éxito las poblaciones españolas. Pero ellos dexaron escapar esta coyuntura favorable, mientras que los Minuanes hacían sus pacces y era defendida Santa Fe por el valeroso D. Francisco Xavier Echagüe y Andía, á quien Zabaleta tenía confiado este peligroso tenientazgo. Echagüe hizo revivir en sus compatriotas aquel espíritu que los había antes distinguido, y guiándolos por sí mismo, consiguió doblar la cerviz de un enemigo que había sido su afrenta y su suplicio. No contento con negarse las mas de las noches al preciso descanso, á fin de evitar las
368

LIBRO IV.

sorpresas de los bárbaros, los buscó en los más ocultos y sombríos lugares, donde logró matar a muchos y coronarse de trofeos. Entre estas empresas atrevidas se dio cuenta la ejecutada en 1735. A treinta leguas de santa Fe, entre Cayasta y la costa del Paraná, supo Echagüe que se hallaba una tordería de enemigos, y se resolvió a sorprenderla. Puesto en campaña con su gente, tomó de ella un cuerpo volante, y al amanecer del día se arrojó sobre el enemigo. Sólo cuatro lograron escaparse; los demás fueron muertos y prisioneros. No es la gloria mayor de Echagüe la de exterminador. Esta se pierde al lado de otra que le tributa la humanidad. Con el buen tratamiento que dio a los prisioneros logró el que consentiesen que lo eran más del cariño y del beneñicio que del temor y de la fuerza. Cuando advirtió Echagüe bien establecida la afición de estos indios al trato español, destinó uno de ellos para que llevara a sus compatriotas del Chaco proposiciones de paz. Los bárbaros ehiraron al oír lo que a todos sus pasados males por gozar las ventajas que les ofrecía este mortal virtuoso y sensible. Sucesivamente fueron llegando los caciques en quienes se ajustaron unas paces ventajosas a Santa Fé, agobiada por tantos años con el peso de sus infortunios.

El gobernador Zabala había gobernado lo bastante para hacer ver en sus aciertos que era digno de cualquier fortuna, y que si los empleos adoraban su persona, ellos eran jamás los de su
mérito. Convencido de esto mismo, lo pro-
movió este año a la presidencia y capitana ge-
neral del reyno de Chile. Cuando los despachos de
este empleo llegaron a sus manos era precisamen-
te el tiempo en que las grandes agitaciones del Pa-
truguay ocupaban las más serias atenciones de los
gobiernos. El feliz éxito con que años antes ha-
ta calmado Zabala otra igual borraca en aque-
lla misma provincia hizo, que el virey de Lima
lo reputase como el único hombre capaz de re-
stituiría a su antigua serenidad, y le recomendaro
esta empresa. Anteponer este penoso y viaje,
rodeado de mil dificultades, á la satisfacción de
ir á gozar las comodidades del nuevo empleo, no
puede dudarse que debía ser un sacrificio muy
costoso para almas menos grandes que la de Za-
bala. Pero esto era un hombre que no se pro-
ponía otro fin en sus acciones que la pública uti-
lidad, ni apetecía otra recompensa que la glo-
ría de servir al rey. En el capítulo x. de este
libro hemos admirado el valor y la prudencia con
que desempeñó su comisión en 1734, y se cro-
mó de nueva gloria. No restándole mas que ha-
cer en aquella provincia regresó á la de Buenos-
Aires con designio de continuar su viaje á Chi-
le. Pero no pudo executarlo, porque arribado á
santa Fé fue atacado de la enfermedad de
que murió en 1735.
Esta muerte inesperada privó á Chile la sa-
tisfacción de poseerlo, y al estado uno de sus
mejores servidores. No es su mayor gloria ha-
ber ocupado los primeros puestos (a); sino haber llegado a ellos sin ambición, y ejercido los con dignidad. Por carácter era manso; pero usó algunas veces de severidad, porque sabía que para servir bien a los hombres, es preciso de quando en quando tener valor de desagradarlos. No hace menos honor a su memoria su desinterés. La pobreza en que murió después de tantos años de mando, es una prueba clásica de que no estaba contagiado con esa común flaqueza de los que gobiernan en América.

(a) Ya había sido condado con el grado de teniente general.
CAPÍTULO XIII.

Gobierno de Montisco en el Tucumán; el de Espinosa; creación de la plaza de teniente rey en Córdova; primeros disturbios de esta ciudad con estos motivos: guerras de los bárbaros a quienes vence D. Félix Arias; los Abipones hostilan a Córdova; obstáculos que encontraba la conversión de los gentiles; zelo apostólico del eclesiástico Bravo de Zamora; entra a gobernar el Tucumán D. Juan Victorino de Tisco; fundase la reducción de la Concepción de Abipones; victorias de Tisco; su castigo con los Malbañez; sublevación de Catamarca y Rioja; otros alborotos de Córdova; Pestaña sucesor de Tisco pacifica la rebelión de Catamarca; jueces pesquisidores en Córdova.

El sistema colonial siempre el mismo, nada había que pudiese variar los usos, las costumbres y las ideas de una provincia como el Tucumán, retirada de los puertos, sin agricultura, artes, ni comercio. Aunque todo estado que se encuentra en la infancia, experimenta una fuerza natural por extenderse y adquirir un nuevo crecimiento, como el Tucumán encontraba siempre en su constitución física y política una resistencia superior a sus conatos, era de necesidad que se adormeciese en la indolencia. Sólo un objeto puede decirse que ocupaba su actividad, y absorbía todo otro interés: hablamos del de repeler con las armas las invasiones bruscas, súbitas y múltiplas.
cadas de los salvajes.

Los diez años que corrieron hasta el de 1749, fueron llamados sucesivamente con los gobiernos de D. Juan Mantiso Moscoso, y D. Juan Alónzo Espinosa de los Monteros. Igualmente interesados en dar a la provincia su tranquilidad deseada, y reparar los males que había introducido la polilla del tiempo, hicieron los esfuerzos á que alcanzaba su poder. Mantiso se dexó ver en el centro del Chaco por los años de 1741 con un ejército respetable, y venciendo á los indios en no pocos encuentros extendió el terror de sus armas. Por frutos de su victorias, recogió algunos españoles cautivos, recuperó mucha hacienda robada, y hizo un gran número de prisioneros. Los Tobas fueron los primeros, que para evitar las calamidades presentes, vinieron a ponerse bajo la dependencia del vencedor. Mantiso los oyó con agrado, pero aunque formализó un tratado ventajoso, conoció bien presto, que aquella sumisión no fué más que un engaño medio sugerido por su agonía.

Los verémos bien presto en el teatro de la guerra todo el tiempo que duró el mando de Espinosa; quien entrando á goberná en 1743, trajo en su compañía á D. Estévan de Leon, primer tiento de rey en la provincia.

La nueva creación de esta plaza introdujo en la ciudad de Córdova una nueva calamidad. Ella no le comunicó ninguna fuerza real, y le hizo perder la poca unión de que gozaba. Leon había beneficiado este empleo, cuya jurisdicción en razón de su
CAPÍTULO XIII.

sólo se extendía al ramo militar en ausencias del gobernador. Un orgullo secreto, que lo asombraba en tan estrechos límites, lo obligó a que impetrase de la audiencia de Charcas la jurisdicción competente para presidir al mismo tiempo los negocios políticos y civiles. Este tribunal, poco escrupuloso para no traspasar sus barreras, concediéndole lo que pedía, se puso al nivel de sus deseos. Inchado con este primer suceso, creyó que a tanta autoridad correspondía otra decoración de su persona, y se arrogó la prerrogativa de tratamiento, silla y cojin. Con estas distinciones ilegales se veía desfigurada esta plaza de lo que fué en su origen, y debió ser en lo sucesivo. No era esto lo mas; sino que soltando Leon la rienda a su genio dominador, experimentaban ya los cordoveeses en sus ultrajes todo el abuso del poder. Sea por influyo del clima, ó por una delicada sensibilidad venida de sus mayores, no estaban formados los de este pueblo a las humillaciones. Apéns empezaron a sentir el peso de la afrenta, cuando le declararon a Leon una guerra abierta. Habia ya este emparentado con una de las primeras familias de este vecindario; en cuyos duelos, unidos con los que supo ganarse por el favor, contaba una considerable parcialidad. Córdova vino a ser de este punto el teatro de las competencias, los celos y los odios mas obstinados. Poseido Leon de un espíritu de prevención, se dexó arrebatar hasta el extremo de poner en arresto a los oficiales ordinarios, y trasladar el tribunal...
LIBRO IV.

suceso, que es del año de 1744, con otros no menos aborrecidos dijeron amplia materia a recursos. llevados á todos los tribunales del reyno, sin exceptuar los de la corte, y á una rivalidad de familias, que vino á ser hereditaria.

Por lo que hace á los bárbaros sustraídos de la obediencia, desde que pudieron hacerlo impunemente, continuaron con sus sultivas hostilidades. Por los años de 1745 y 46 salieron contra ellos el famoso maestre de campo D. Félix Arias (a) y D. Francisco de la Barrera á reparar la triste suerte, en que tan crueles enemigos tenían la provincia. El primero fatigó á los Tobas. Con docientos ochenta milicianos los hizo más de ciento cincuenta prisioneros, y construyó algunos fuertes, restituyó la confianza de los pueblos. A vista de estos sucesos los Mataguayos se resolvieron á abrazar un sistema pacífico. Ciento y cincuenta de esta nación, arrepentidos de la alianza de los Galluzos, ofrecieron sus brazos al gobernador. Este aspiraba á una reputación más importante que sus conquistas. Después de haber admitido la generosa oferta de los Mataguayos, los citó para que se le uniesen en la campaña siguiente. La fidelidad con que desempeñaron su palabra, hizo reconocer que no era precisamente la marcha de las circunstancias la que la había producido. Concluida la campaña felizmente, toda la nación se sometió al yugo español. No salió

(a) Se equivocó Charlesvois haciéndolo gobernador.
CAPÍTULO XIII.

Menos cubiertó de gloria el general Barrera. Los Mocovies fueron vencidos, dexándose una gran presa, con la que premiado el valor de sus soldados, sin reservarse cosa alguna, dexó muy bien acertada su generosidad.

Estos triunfos aunque momentáneos al fin daban una respiración pasagera a las ciudades de Salta y Jujuy. La de Córdova aun era más maltratada. Los Abipones mandados por el cacique Benavides atravesaban sus campañas con una audacia extraordinaria, y solaban cuanto caía bajo sus pasos. Con sólo diez y nueve hombres en 1746 atacó Benavides un convoy de carretas, que venía de Buenos-Ayres, y hubiere sacrificado a su odio implacable toda la gente, a no haberla salvado el valeroso D. José Galarza. Aun le cupo peor suerte a otro convoy, que hacía su viaje para Santa Fé; el que sorprendiéndolo por otro trozo de estos enemigos, fue pillado con muerte de veinte y cuatro españoles. Los vecinos de Córdova pusieron su gente en campaña, y a fuerza de una constancia varonil pudiéron verse libres de manos tan feroces.

La experiencia de todos los lugares, y de los tiempos ha dado bien acertada la máxima, de que la religión es la que civiliza los hombres, y levanta los imperios. Los gobernadores del Tucumán paliaban dentro de su propia provincia esta grande verdad, así por los frutos de este género, que hacía recoger la religión en el Paraguay, y aun en la reducción de las luchas, como por la indicación de las armas después de tantos años, cuando no eran...
auxiliadas de esta fuerza moral. Verdad es, que no pocas veces la misma religión no había podido dar consistencia a muchas repúblicas cristianas, que abandonaron estos mismos bárbaros del Chaco; pero esto más debe atribuirse a su natural inconstancia; y a la inaudita condición de comprar el conocimiento del verdadero Dios por el sacrificio de su libertad al rey de España, que a la falta de virtud en el medio. Para que se advirtiese todo su poder, debía habérselos predicando el evangelio en sus mismos hogares, sin hablarles de conocer un amo. Así es como Jesucristo estableció su religión, y así es también como puede manifestarse toda su energía. Sin embargo de excluirse este método puro por la misma constitución del estado, siempre era avertido, que el sistema de las reducciones era el más eficaz para poner un término a las incursiones de los bárbaros.

Los gobernadores del Tucumán, constantemente apelaban a este recurso. El Dr. D. José Bravo de Zamora eclesiástico virtuoso y caritativo había concebido el piadoso designio de sacar por una nueva creación la nación. Vilela del caos, en que vivía. Desde luego advirtió, que los fondos de que podía disponer para esta empresa, no estaban en proporción de sus buenos deseos; pero no por esto cayó de ánimo. Él hacía justicia a la providencia, creyendo que no le había inspirado este pensamiento para dejarlo ilusorio. No salió vana su esperanza. Puesto en la ciudad de la Plata, consiguió de la audiencia despachos favorables, y que no pocas
CAPÍTULO XLI.

vecinos de aquellas opulentas provincias le abrieron sus tesoros. Hasta aquí solamente había dispuesto el cielo servirse de su ministerio. Llamándolo en Potosí a mejor vida, dispuso, que otras manos protegidas por el gobernador Espinosa recogiesen el fruto sembrado por Zamora.

Los buenos efectos de estas fundaciones, en que los trabajos del apostolado tenían el principal influxo, oponiendo a todas las flaquezas de los salvajes una paciencia invencible, hacían desear cada vez más su propagación. Era sabido, que la raza estúpida y feroz de estos bárbaros derraría de ser perseguidora, desde que darse sus preocupaciones y costumbres. Fué por esta razón, que apenas hubo entrado a gobernar esta provincia en 1749 D. Juan Victorino de Tineo, cuando hizo que su teniente en Santiago del Estero levantase el siguiente año el pueblo de la Concepción de Abipones, anciándolo a los jesuitas. Otra fundación cosechó de indios pampas, puesta en manos de religiosos franciscanos, en las inmediaciones del río Quárito, aumentó el número de estas repúblicas evangélicas. Tineo era bravo, emprendedor y de una actividad superior a toda fatiga. Él partía del principio que sin seguridad de la provincia, ella nunca sería más que un quadro bosquejado; y que su prosperidad caminaría en razón de su respeto. Aplaudiendo desde su entrada este principio a su estado calamitoso, ejecuta en 1759 una expedición general al gran Chaco con las milicias de la Rioja, Catamarca, Tucumán, Jujuy y Salta. La tribu de
LIBRO IV:

los Malbaies fué la que experimentó más que todas el rigor de sus armas: oprimidos de sus invasores imploraron la clemencia de Tinco, prometiendo en gage de su arrepentimiento ser víctimas de la obediencia y abrazar el cristianismo. El gobernador se mostró sensible a su aflicción, y dispuso levantar un monumento de su zelo con la población de estos bárbaros encomendados a los jesuitas, bajo el cañón del fuerte de san Fernando, que acababa de construirse.

No se puede negar que con una existencia agradable procuró Tinco recompensarles su sacrificio. Vestuarios, ganados de toda especie, semineras de los granos más acomodados a su consumo, todo se amontonó en su alivio con generosidad. Cuando el gobernador creía más bien asegurados los efectos de este establecimiento, y que la sujeción de estos indios sería de día en día más estrecha, supo con igual sorpresa que indignación haberlo abandonado de improviso. Aunque este suceso excitó el humor belicoso de Tinco, se mantuvo paciente en la inacción hasta verse más provocado. Fuélo en efecto; pues recorriendo los fuertes con motivo de los pagamentos, le asaltaron su caballada y le mataron un soldado. Avergonzado de estos insultos, expidió órdenes severas para que mientras que aplicaba sus desvelos a la construcción del fuerte de los Ríos, y reducía la población a los Ysistentes amigos, el teniente D. Luis José Díaz, con milicias de Salta, Tucumán y Catamarca, fuese a vengar estos agravios. A favor de una diligen-
CAPÍTULO XIII.

ció de las mas empeñadas, fueron sorprendidos los Malabaláes pasado el Rio Grande; en cuyas aguas y bosques pusieron á salvo sus vidas los mas de ellos. Sin embargo se les tomaron diez y siete individuos entre mugeres y párvulos, con dos hombres de armas, de los que el uno fue pasado á cuchillo, y llevado el otro en cautiverio. No bien satisfecho Tinco, mandó colgar al cautivo en el mismo pueblo abandonado, queriendo así acomodarlos al temor de que no seria este el último castigo.

Cada vez más convencido Tinco, que las frecuentes entradas á tierras de enemigos le darían á la provincia una redondez ventajosa con que aumentase su fuerza y su poder, se afirmaba en este proyecto. Acaso lo hubiera conseguido, poniendo más templanza á su ardor marcial, y llegando á conocer que armar los pueblos frecuentemente á sus expensas, era también armar sus disgustos contra él mismo. Pero la efervescencia de su zelo le ocultó este peligro, que lo llenó de sinsabores. Las milicias catamarquinas y riojanas se sublevaron abiertamente en 1752, y se negaron á sujetarse al rol periódico, que se le había señalado en las entradas. Eran cabezas de este motín D. Antonio Salado, D. Sebastían Riso, D. Bartolo Barros, presos en el río del Valle, D. Lorenzo Hurrillo, D. Gabriel de Segura y D. Julio Casal; pero había otras manos ocultas, que atizaban el fuego de la discordia. Eran estas las del cura de Catamarca D. Juan de Adaro, y las
LIBRO IV:

de otros eclesiásticos D. Francisco Salcedo y D. Miguel Villafañe, quienes con sus sugestiones acarreadas electrizaban las cabezas, precisamente porque la veneración de su estado les daba la calidad de oráculos. Los tribunales de Lima y Charcas se vieron ocupados de esta gran causa, y aunque procuraron atajar sus progresos, la pertinacia de los descontentos mantenía en toda su fuerza esta guerra de sedición. A la verdad, no estaban destituidos de justicia. El sueldo militar de los que pagan las cargas del estado, es una deuda del soberano, y el satisfacerla la más imperiosa de sus obligaciones. Añadir a estas cargas el servicio gratuito, sólo puede entrar por elemento de la política americana. Era sin duda por esta causa, que lejos de apagarse esta llama, no dejó de prender en el Tucumán. Tisco sin embargo continuaba sin aflorar el plan de sus entradas y fortificaciones, habiendo llegado a estar en campaña más de treinta y tres meses, y retirado los límites de la provincia, a favor de nuevos presidios. Dichos presidios son los del río del Valle, río Negro, el Tunillar y el de los Pitos.

Era entrado ya el año de 1755, cuando por mano del virey de Lima recibió el grado de correel, con que remuneraba el monarca sus servicios. Lleno de reconocimiento. Tisco por los buenos oficios del virey, le significó su gratitud; pero harto acedido su ánimo con los disgustos que le rodeaban, le añadía que le reservaba otra mejor, para el momento en que le libertase de un
CAPÍTULO XNII.

Mando tan ingrato. Ignoraba sin duda ese arte de oponer sus rivales unos a otros, y desatarlos de sus tratados sordiciosos; y si le parecía arreglado su proceder, debía no ignorar que las quejas de los súbditos son una sombra inseparable de los gobiernos, cuya prudencia nunca aspira a evitarlas, sino a la satisfacción de que no sean justas. Por sólidas que fuesen estas reflexiones, no obraban en el ánimo de Tino a presencia de unos disgustos, que se multiplicaban en cada nueva circunstancia de su inquieto gobierno. Ya hemos visto que el recinto de la ciudad de Córdova, aunque unía a sus ciudadanos, no unía sus corazones. Por una consecuencia de esa perpetua discordia entre el teniente de rey y el ayuntamiento, ocurrió en este mismo tiempo, que ausente de la ciudad aquel, los alcaides ordinarios, D. José Molina y D. Juan Antonio de la Barcena, arrojaron a empellones de la Sala capitular a D. Félix Cabrera, comandante interinó de las armas, lo quitaron el bastón de las manos y arrestaron su persona. Esta animosidad tan arrojada dolió a Tino sobrado: mérito para que suspendiese de las varas a los alcaldes, y aun a Cabrera de su interina comandancia. Pero la insubordinación había echado raíces en todas partes. Tino tuvo el sentimiento de ver continuar en el ejercicio de sus judicaturas unos hombres, para quienes la obediencia no era virtud, sino debilidad.

Las inquietudes de la provincia causaban no
leves embaraños al gobierno: la paz pública se había desterrada; el orden pedía ser restaurado; y los males de la patria reparados. Tinco, aunque muy digno de mandar, repetía sus renuncias, y exponía la necesidad de un sucesor, que reprimiese los esfuerzos de los desobedientes. Estas consideraciones movieron al virey para conferir este gobierno internamente al coronel D. Juan Francisco Pestana Chumascar, quien en Jujuy tomó posesión del mando a fines de 1754. Por las instrucciones del virey debía ser la pacificación de la provincia, uno de los objetos más sérios de su atención. Pero desgraciadamente este asunto se había hecho de los más complicados. La fuerza abierta era difícil y peligrosa contra unas ciudades llenas de vecinos inquietos y celosos. Los eclesiásticos sugestores de la sedición, hallaban su patrocinio en el obispo Argandoña, a pesar de las serias inicitivas del virey. En fin, todas las fronteras de la provincia se veían amenazadas de enemigos siempre dispuestos a convertir en su provecho el menor descuido. Pestana echó de ver que todo exigía de su talento mucha prudencia y sábias medidas.

En el fuerte del Valle, o como dicen otros papeles, en el del Río Negro se hallaban presos los reyes reos de que poco antes hemos hablado. Sus enlaces de sangre con las principales familias de Catamarca; de amistad en casi todos los vecinos; y de sentimientos con unos y otros, les hacían tomar a estos un interés común en su libertad.
CAPÍTULO XVII.

Habían protestado altamente, que su rescate sería el único precio de su obediencia. Este fue el primer resorte, que manejado por Pestaña con sagacidad y destreza, empezó a dar el resultado de la conciliación. Darles repentinamente su soltura, era engraviar la ley, dexar sin freno los delitos y con la debilidad: negársela, era agriar más los ánimos, afirmar el espíritu de insubordinación, y prolongar la serie de los males. Ciertos es que a pesar de las consecuencias siniestras de este último extremo, luego que el gobernador hizo su entrada en la ciudad de Salta, expidió su indulto general con exclusión de los principales reos; pero esto no era más que una tentativa para descubrir el campo, y dar más importancia a su posterior indulgencia. Tenía efectivamente en su ánimo aliviar la prisión de estos reos; mas quería que se le sacase á fuerza de ruegos lo mismo que deseaba. No tardó mucho en interponerse á su favor el respetable mérito de algunos jesuitas. Pestaña mostró alguna repugnancia; pero afectando al fin que se reduja al imperio de sus instancias, mandó al comandante del presidio les diese algún desahogó. Preveía, como diestro político, que estos reos escribirían á sus compatriotas, pidiéndoles se aprovechasen de la buena disposición que descubría en el gesto este primer preludio. En efecto, así lo practicaron, y desde este punto empezó algún tanto á calmar la tempestad. Siempre atento Pestaña á valerse de todos los recursos de la política, que fuesen compatibles con los repectos de la autoridad...
dad, no desperdició el que se le presentaba de
ganar uno de los eclesiásticos que mas habían
aflojado la subordinación. Por intereses de fa-
milia acababa de arribar á Salta el Dr. Villaña.
Puesto en la presencia del gobernador, aunque
lo recibió con aquella fria indiferencia de que se
entre un resentido, dexó escapar algun indicio
de que pudiese deducir que no era imposible lle-
gar á su confianza. Villaña la deseaba, y no
le fue dificil conseguirla después de algunas con-
ferencias en que procuró sincerar su conducta.
Puso el último sello á esta amistad la promesa
de que, puesto de vuelta este eclesiástico en Car-
tamarca, exercería con decoro el noble título de
pacificador.

Pestaña seguía su plan con sequela, unidad y
armonía. Dados estos primeros pasos, se dirigió á la
ciudad de san Miguel del Tucumán, con resolu-
ción hecha de trasladarse á Catamarca. Aquí re-
cibió cartas de Villaña, por las que le instruía,
que este pueblo se hallaba en el día tan arrepren-
tido de sus excesos, como había estado antes, in-
safuado de sus ideas; y que con seguridad podía
hacer su entrada sin mas escolta que la indis-
pensible al decoro de su persona. Su corta man-
sión en el Tucumán le facilitó otra conquista de
este género, con que iba cada vez más consoli-
dando su opinión. Hllábase en esta ciudad un
eclesiástico de Catamarca llamado Cubas, á don-
de había arribado con el motivo aparente de dar
salida á los frutos de sus cosechas. No salió un
CAPÍTULO XXXII.

conduvo fiel por el que supo Pestaña que aquél era una espía secreta, destinada a observar cautelosamente sus movimientos. Con este aviso se conoció su alma en el distancio, y con el agasojo más estudiado lo indujo a que creyese que era su amigo. El tono de la amistad es el de la confianza. Para que no faltase este requisito, le abrió su pecho a ciertos secretos; pero éstos eran de tal naturaleza, que su misma violación lo convenía. Así supo Pestaña poner en sus intereses a Cuba, y conseguir que el que poco antes vino de espía, volviese luego transformado en su precursor.

Con tan favorables presagios entró Pestaña en Cátaracares el año de 1755, llevando en su semblante halagüeño y en sus maneras populares todas las señales de la benevolencia más ingenua. El cabildo, el pueblo, las milicias, todos se apresuraron atribuirles sus respetos y su más completa sumisión. Famílos unos de otros en el obsequio y el abatimiento, ya que se contentaban con que no se sospechara de su fidelidad; y al mismo tiempo no alcanzaban por ver gracia, la remisión de sus delitos. "Quando advirtió Pestaña la pasada audacia de este pueblo, convirtiéndose en una timidez vergonzosa, hizo hablar la autoridad en ese tono de terror que príñeia para el momento en que viera éste el último silbo de su animosidad. Hace en-
autores de la conspiración, y les vende a los demás.
por un efecto de su clemencia no levantar horcas,
en que expiasen sus delitos. Concluido este razo-
namiento, resuena el aire en esos ecos de aclama-
raciones, que hacen más audaces a los tiranos.
Así fue consumada una sublevación, que si el mis-
tro Pestaña, hablando con el pueblo, hallaba crimi-
noso, a lo menos, hablando con el virey, hallaba
muy fundado el reseñamiento que la produjo. De
aqui fué también, que movido por la fuerza de sus
disculpas, obtuvo después el perdón de los prin-
cipales reos.

Es digno de observarse, que sobre las calamida-
tes, que los bárbaros hacían sufrir a esta provincia,
tuviese necesidad de defenderse de sus propias dis-
sensiones. Las amargas quejas del cabildo de Có-
dova contra el teniente de rey habían penetrado
hasta los oídos del rey, como dije antes. Un man-
do ilegítimo y arbitrario; unas providencias injus-
tas, con las que hacía recaer desigualmente las fa-
tigas de la guerra, entre sus enemigos, y sus par-
ciales; una ineptitud absoluta para el gobierno de
las armas, por cuya causa venía a ser este distrito
la presa más digna de la rapacidad de los bárbaros;
én un espíritu de discordia llevado a la mayor
distancia, este era en masa el punto de vista, en
que el cabildo presentaba al teniente de rey. El
consejo de Indias, mandó a la audiencia de Char-
cas, que examinase esta causa, e infringiese la pena
al que la merecía. Por despacho de este tribunal fue
nombrado pesquisidor D. Tomás Guílledo, y pos-

CAPÍTULO XIII.

teriormente el licenciado D. Sebastián de Velasco. Todo lo que la nominación del primero fue grata al cabildo de Córdova, le fue odiosa la del segundo. Velasco, lejos de ejercer su comisión, se vio procesado por el cabildo como reo tumultuario; quien al mismo tiempo dispuso, que el alcalde D. Juan Antonio de la Barcena pasase a la corte con las actuaciones de Guilleón. No pudo éste verificar su tránsito, porque informado el tribunal de la audiencia de todo lo sucedido, despachó en 1757 una provision real, por lo que Barcena debía ser conducido preso a aquellos estrados y embargado sus bienes.

El gobernador Peña acabó su gobierno este mismo año, siendo promovido a la presidencia de Charcas. A pesar de los sufridos que estigian de su zelo unas ciudades, como las de su provincia, que se agitaban y se aterrorizaban con más o menos violencia, no se hizo en olvido el importante asunto de la guerra. La nación Malbala fue dominada a su tiempo, y puesta en reducción la Mataguaya.
CAPÍTULO XIV.

Un timo de guaní distrito de la Colonia del Sacramento, su introducción de los portugueses a el Río Chubut, otros insultos de esta nación; el gobernador Saladó gene sitio a la Colonia; sus dimensiones; con Giraldfes: pas de París; insinuación de los portugueses; escrituras de los españoles contra los Pampeanos; actos de venganza de los maestros de campo San Martín; reducción de los jesuitas en el Saladó; noticias del capitán Bravo de pazes con los indios; gobierno de Rosas y prisión de Saladó; presa de un corsario; exámen de los cargos contra los jesuitas; son vindicados; suceso memorable de unos indios.

Dejando que la corte de España permió a los portugueses fijarse en la colonia del Sacramento, los límites de esta plaza no habían cesado de ser definitivos; inefable de disputas y resentimientos. Al paso que los portugueses pretendían retirar los muy lejanos distancias, como hemos visto en otra parte, los españoles los estrechaban a la esas de un puño. insistiéndose por aquellos en que se hiciera una demarcación autorizada del territorio, mandó el rey al gobernador de Buenos-Ayres, D. Bruno Mauricio de Zabala, diputase un oficial, que poniéndose de acuerdo con el comandante de la Colonia, hiciere disparar de punta en blanco y no por elevación un cañón de a 24, cuyo alcance daría el resultado que se der
CAPÍTULO XIV.

se había averiguar. Así es como procuraba España hacer útil la ventaja, que por contemporizar con su flaqueza, había dado en los tratados, permitiendo a Portugal este establecimiento peligroso. Fuiron sin fruto quantas diligencias hizo Zaba- bala porque se realizase una medida tan recomendada de su corona. Los portugueses la rehusaron constantemente, prefiriendo en tal caso una equívoca indeterminación de limites, que cuando menos les dexaba un pretexto con que cubrir sus miras ambiciosas.

Mientras duró el gobierno de Zabaıá, él supo contener sus excesos por medio de un coraje activo, y una vigilancia consumada. Desde el año de 1753 empezaron los portugueses a introducirse en el río Grande. Situados los paulistas en la banda setentrional del río Yaeny; se fueron apropinándose a la parte en que danza aquel nombre, ya conocido por el de Grande, y no encontrando oposición alguna pasaron por fin á su orilla meridional. Zabaıá había alcanzado hasta donde llegaran los paseos atrevidos de esta nación, á no detenerse en sus progresos. Cuando los portugueses pasaron el pie de esta banda del río, corrían de su orden varios partidos de dragones bajo el mando del alférez D. Esteban del Castillo. El valor y actividat de este oficial los abuyentó de estas regiones. Sin embargo, todo mudó de aspecto en el gobierno de D. Miguel de Salcedo, que tomó posesión en 1754.

Aprovechándose de la guarnición de la Colonia,
de la debilidad a que el descuido de Salcedo había reducido el destacamento de San Juan, logró extenderse por lo interior de la tierra, insultar nuestros labradores, proteger abiertamente el comercio ilícito y dar principio a una dominación más conforme al sistema de su corte. Esta es la época en que puede decirse, que mientras gozaba España el estéril dominio directo de estas provincias, disfrutaban los extranjeros todo el útil que les dexaba un comercio lucroso y extendido. Instruido el ministerio español de estos desórdenes, se propuso atajarlos con todo el calor que ellos debían inspirar. Salcedo recibió órdenes positivas para poner sitio formal a la Colonia. Esta era una de esas empresas, cuyos triunfos siempre se habían dividido entre los españoles y los indios. Tapes de Misiones. A la primera insinuación de Salcedo bajaron cuatro mil de estos guerreros ejercitados en poner sitio a esta plaza, y con más de mil hombres de Buenos Aires y cien to cincuenta de Corrientes se abrieron las tripulaciones a fines de octubre de 1735.

Salcedo dio cuenta a su corte del estado en que se hallaba el sitio al tiempo mismo que agitada de los más inquietos cuidados por la rendición de una plaza, que era la ofrenda de la nación, acababa de remitirle fuerzas capaces de conseguirla. Consistían estas en dos fragatas de guerra, la Arménia y San Estévan, que con diezcientos drages se dieron a la vela desde Cádiz en 1736. Aunque estas fuerzas, unidas a las que
CAPITULO XIV.

tenía ya. Sublevo eran en el concepto de la corte, no solo suficientes para disputarle a la nacional rival, la posesión de esta plaza, sino también sobradas para sujetarla a su dominio. Con todo, a precaución del caso, qué Portugal hiciere un nuevo esfuerzo para reconquistarla, dispuso nuevamente, que á la mayor celeridad viniesen otras dos fragatas de guerra, el Xavier y la Paloma, aquella con armas, pólvora y municiones, y ésta con ciento infantes escogidos. Ninguno sacrificio le parecía á la corte demasiado, siendo á favor de una empresa, que debía restablecer su comercio, y castigar la infidelidad de un vecino inquieto y desleído. El virrey de Lima, marqués de Villagarcía, tuvo expresas órdenes para franquear los caudales conducentes á la importancia de estos fines.

No era menos activo el empeño de los portugueses á fin de conservar un puesto, que robando á la España sus riquezas, enflaquecía el nervio de su poder. Sin limitar sus operaciones á la vigorosa defensa: de la plaza, intentaron también inutilizar con un golpe de mano nuestra fuerza marítima. Nueve baxeles y un burlote se dirigieron á la Ensenada de Barragan, llevando por desigual incendiar dos navíos de D. Francisco de Alcadesa y las fragatas Armien y San Estevan; pero acudiendo prontamente el vecindario de Buenos-Ayres dexó burlada la orgullosa satisfacción con que el enemigo se contemplaba dichoso en esta empresa.
Mas de un año iba corrido en que con humillación de las armas españolas se mantenía esta plaza sin dar muestras de flaqueza, aumentando los cuidados de la corte y la injusticia que la tormentaba. El gobernador Salcedo y el comandante de las fragatas, Nicolás Giraldín, debían ponerse de acuerdo para que yendo concertadas las operaciones de mar y tierra, saliese venturosa la suerte de las armas. Sus perpetuas discordias embarazaron el logro de muchas ventajas. La isla de San Gabriel pudo ser ocupada por Salcedo, mientras la miraba abandonada del enemigo, y ser desconcertados los sitiados por ataques resueltos y vigorosos, antes que fuese reforzada su guarnición. Pero estos excesos generales, no temiendo bastante elevación de alma para sacrificarse a la patria sus resentimientos particulares, al paso, que dieron entusiasmo el primer Servo de nuestras tropas, dieron sobrado tiempo al enemigo para poner en ejecución todas las precauciones que dictaba la prudencia, y hacer la plaza inaceptable. Después de haberse experimentado todas las calamidades de la guerra, de que murieron muchos en el fuego de la plaza, y entre éstos uno de los jesuitas que servía de capellán; llegó, por fin, el año de 1707, en que intervinieron las Francia, la Inglaterra y la Holanda como potencias sin mediar de, se ajustaron en París los artículos concernientes a la cesación de hostilidades entre España y Portugal.

Aunque el temor de perder la plaza sitiada no
CAPÍTULO XIV.

era tan grande, que inquietase demasiado el gabinete de Lisboa, con todo, como los sucesos del Río Grande de san Pedro no salían a medida de su ambición, ni hallaba en sí fuerzas bastante para hacerse dueño de una presa tan codiciada, no pasase que apeló a este tratado, sino a fin de suplir con la mala fe lo que no alcanzaba su poder. Era uno de sus artículos, que verificada la cesación de hostilidades, se mantendrían las cosas del estado en que se hallasen al recibo de las órdenes, mientras se ajustaban amistosamente entre las dos cortes los demás artículos, que debían constituir la paz. A pesar de ésto contraviendo á su expresó teniénd la de Lisboa, fortificó la plaza con nueva artillería, y dio todas las disposiciones necesarias para que se levantasen dos regimientos de caballería. El gobernador de la Colonia despachó también en el propio navío que conducía estos despachos al sargento mayor de José Silva. Para provisto de artillería para que se apoderase del Río Grande. Estaba asegurado que la buena fe de sus contrarios nada sospecharía de este fraude, y que adormecidas sus armas á la sombra del amanecer, no se opondrían al intento de los que á su salvos se manejaban como enemigos. Nada le sofó mas fácil a Silva, que ejecutar en silencio su designio, después que retiradas nuestras tropas, obraba sin testigos. En efecto, este oficial se apoderó del Río Grande con 60 leguas de un terreno píngue y abundante de ganados; compró la isla de san Miguel, donde construyó un
fuerte con seis piezas de artilería, en fin, abrió en el camino diferentes cortaduras para detener el paso de nuestras tropas, y tomarles todas las avenidas. El imbécil Salcedo confundiendo la timidez con la moderación, no opuso más a estas usurpaciones manifiestas que inútiles protestas con que se agravó el desprecio del enemigo, y el desagrado de su corte. Veremos en lo sucesivo las últimas consecuencias de este manejo.

Entretanto nos llama la atención la parte austral de Buenos-Ayres, que ya por estos tiempos empieza a ser más conocida. Extiéndese esta región desde el cabo de San Antonio hasta el estrecho de Magallanes, y es habitada por los Paucliches, Tuelches, Anecases y Pelmeúches. Vulgarmente son conocidas estas naciones con el nombre de Pampas. La guerra continuada, que estos indios hacían a los españoles, venía desde los principios del gobierno de Salcedo. Por una y otra parte se habían cometido pérdidas harto considerables, sin que hiciesen perder la confianza y la resolución. Los españoles, siempre fieros, siempre despiertos, siempre tirones, se hacían cada vez más odiosos, y menos respetados de los indios. Con suma ingratitude en 1738, habían arrojado de su territorio a Mayupilequín, y al único cacique Talubet, que defendía sus fronteras del resto de los barbaros. No quedó sin encarnizarse la acción reprensible. Los caciques Hamin- camantú y Carulonco, a la frente de algunas bandas volantes, vieron sobre los pagos de Arecas y Aurenagu, donde desarrollaban satisfactoriamente su indigencia.
CAPÍTULO XIV.

El maestro de campo D. Juan de San Martín acudió con sus españoles a castigar esta osadía; pero no fué con tanta celeridad que pudiesen dar alcance a un enemigo tan diligente. Burlados sus desinganos, se dirigieron a la parte del sur, donde acampado con parte de su gente el viejo Calelán, dormía tan ignorante de lo sucedido, como de lo que le iba a suceder. Mas solicito el inhumano San Martín en aplicar la pena que en averiguar los delinquentes, antes de todo examen, mandó hacer fuego sobre ellos, causando muchas muertes. Esta cruel y cobardiz trazón llenó de enojos á los que escaparon con vida, quienes á presencia de sus mujeres, de hijos destrozados, resolvieron no sobrevivir á su desgracia. Tomadas las armas con ese vigor, que excita siempre la desesperación, causaron mucho daño en sus contrarios, pero al fin fueron degollados todos con su cascabe.

El jóven Calelán se hallaba ansiete cuando sucedió esta tragedia. Sorprendido á su vuelta de un triste espanto se determinó á llevar su venganza á los extremos mas sangrientos. No pudiendo dar el alcance á los españoles, se arrojó con treceientos compañeros sobre la villa de Luxan, y la llenó de llantos. El maestro de campo San Martín á la frente de seiscientos milicianos y alguna tropa de línea vino en su auxilio, pero tarde. Este general era de carácter, que no acostumbraba volver su acero á la vayna, como de ella salió; con tal que lo ensangrentase, para él era indiferente que fuese en sangre de amigos, ó enemigos. Una tropa
LIBRO IV.

de Huiliches, que bajo la confianza de aliados salieron desarmados a recibirlo, pagó el disgusto de no encontrar los enemigos que buscaba. Cercados de los españoles, fueron hechos pedazos por orden de su gobernador. No bien satisfecho con este triunfo bárbaro, vino a acamparse a las orillas del Salado, donde bajo la protección del gobernador Salcedo tenía sus tiendas el cacique Tolmichi. El odio indígena, discriminado de San Martín elegía víctimas a su antojo: con la carta de Salcedo en la mano, recibió el cacique de la suya un pistoleteo, que le quitó la vida. Los demás indios experimentaron la misma suerte, quedando cautivos sus mugeres y niños, con la hija menor del cacique. Por fortuna el hijo mayor se hallaba en diligencia de zarzar caballos salvajes. Estos perú en tanto grado el ánimo de este indio esta acción execrable, que unido con otras parcialidades de Puelches y Moluchas, pusieron a fuego y sangre en en 1739 un espacio de cien leguas, desde las fronteras de Córdoba, lo largo del Río de la Plata.

A pesar de esta guerra tan obstinada, dos caciques de los Puelches, y otros tantos de los Tuelches, bajaron a Buenos-Ayres en 1739 y con grandes instancias pidieron al gobernador Salcedo doctrinares jesuitas, quienes cultivase sus costumbres y los instruyesen en los principios de la religión. Tratado este arduo asunto con el provincial Machiñi, les fue encomendada su ejecución a los padres Manuel Quirini, y Matías Strobel, dos suyos no menos recomendables por su virtud, que por su
CAPÍTULO XIV.

experiencia en el gran arte de convertir fieras en hombres. Después de haber tolerado todas las in-jurias a que está expuesta una naturaleza abandonada a los desiertos, no menos que a la fuerza de las estaciones y de los climas, levantaron en 1740 el pueblo de la Concepción, cerca del río Salado, distante dos leguas del mar Magallánico había el príncipe de San Antonio.

La fama de esta reducción se extendió en breve entre los bárbaros, quienes atraídos más por la novedad, que por motivos racionales, concurrieron en gran número. Ignorantes, indolentes y sin pudor, pretendían ser cristianos con todos los resabios de la más brutal bestialidad. Excediendo toda ponderación los trabajos de sus doctrineros por cultivar una tierra crizada de abrojos y hacer que apareciese el germén soñado de la razón. Los frutos de la paciencia son seguros, y su duración igual siemem su utilidad. A fuerza de constan-cia ellos llegaron a hacerlos más tratables, y convirtieron en habaneras. El ascendiente que por gra-dos tomaban estos doctrineros sobre sus neófitos, y la prosperidad con que caminaba el establecimiento suavizaban sus alunes. Todo les era soportable, menos los sustos de la guerra, no tanto por el peligro de sus vidas, que ya habían desti-nado al cielo, cuanto por el que corría una pri-mera fundación que debía servir de puerta al cultivo de una inmensa región salvaje. El ejemplo de los cuatro caciques no interrumpió la guerra que soste-nían sus compatriotas. El cacique Cangapel, lla-
mado por oronomasia el bravo, se distinguía por estos tiempos. La elevación de su talla correspondía a la de su alma (a), sus estragos en tierras de españoles al odio que les profesaba y el número de sus seguidores al crédito de su fama. En un encuentro con sus contrarios había tenido la desgracia de perder un nieto, suyo y cincuenta de sus soldados. Resolvió a afrontar y lastimar muertes de sus enemigos los Huilliches, que obscurcían la gloria de sus armas, se precipitó a la frente de mil hombres con una rabia desenfrenada sobre el pago de la Magdalena, donde sacrificó a su cólera docientas vidas, hizo muchos prisioneros y se apoderó de una gran presa. Esta noticia llenó de sustos la ciudad de Buenos Aires, cuyos habitantes en un estado de distracción corrian por las calles, y se refugiaban a los templos. No bien satisfecha la venganza del cacique que solía ir a caer sobre el reciente pueblo de la Concepción, y hacerle que pagase la ofensa de haber dado conductores a sus contrarios, para que invadiesen su territorio. Pero no pudo lograr su designio, porque socorrida en tiempo aquella colonia por el gobernador de Buenos Aires, no se atrevió el cacique bravo a ponerse en riesgo de un desastre.

Con todo, no por esto era menos sufrimiento a

(a) Tenía siete pies de alto y era bien proporcionado. **Falta en descripción**
los españoles el odio de Cangapó. No había fuerza que no insultase, estancia que no aruinase, ni convoy que no pillase. Todo era consecuencia de hallarse estas posesiones mal defendidas por un número do vagabundos casi sin armas ni disciplina. Estas desgracias hacían apetecer una alianza con los bárbaros, de que pudiese prometerse la prosperidad del comercio, y el adelantarmento de las operaciones rurales. Con este designio escribió el gobernador Salcedo (a) al padre Quiroga, ordenándole le hiciese intervenir la hermana del cacique, una de sus proscritas. Esperaba que su influjo mitigaría las iras del hermano y lo haría desistir de sus proyectos sanguinarios. Esta India raronil fue autorizada con esta lega-
cia, que desempeñó confidencialidad. No lo sabía todo el gobernador á esta medida pacífica, que teniendo un ayre de ruego, al mismo tiempo que en-

(a). Parece que se equivoca Charlevoix, el I. P. Perumal en su obra, vida y costumbres de sus sacerdotes, del Paraguay, atribuyendo esta carta al gobernador D. Domingo Ortiz de Rosas, sucesor de Salcedo. Tenemos á la vista la carta original que D. Tomas Arroyo y Esquivel escribió á D. Cristóbal Cabral, teniente de maestro del campo, dándole las gracias por su buena negociación con los caciques infeles. Esta carta es de 8 de noviembre de 1741, tiempo en que aún no gobernaba Ortiz de Rosas.
vilecía las armas del rey, era de recelar lo insolente. El teniente de maestre de campo D. Cristóval Cabral, llevando en su compañía al jesuita Estroul, tuvo orden de ponerse en campaña con quatrocientos hombres, y reducir al bárbaro ó por la amistad, ó por la fuerza. Luego que Cabral abrió la conferencia en la sierra de Casuati á presencia del cacique Bravo y de otros sus aliados, fué de su primera atención hacerles presente lo mucho que iban á ganar estando en paz con los españoles, cuantas armas siempre sería peligroso despreciar. Uno de los caciques hizo entonces un largó texido de las injurias con que los españoles habían provocado á los de su nación, y añadió que se hallaba preparado á hacerles ver que nadie los ofendía impunemente. El cacique Bravo por su parte dió á conocer en la alvez de sus respuestas que quedaba tan entero entre las amenazas como entre los halagos, y que no daba mucho crédito á su hermana sobre la sinceridad de la paz á que lo inclinaba. Después de haber hablado todos, tomó la palabra el jesuita Estroul, quien habiendo demostrado con dignidad las ventajas de la paz, insistió en que no era cordura entretenerse en buscar los agresores, y sembrar de disgustos el momento que iba á servir de consolación. Sus razones inspiraron sentimientos de paz, y se acordó por fin en 1741 que de una y otra parte cesarían las hostilidades, y se haría el cange de los prisioneros.

El disgusto del ministerio español contra el gobernador Salcedo crecía en proporción del senti-
CAPÍTULO XIV.

miento con que veía irse afirmando los portugueses en sus usurpaciones. Persuadido, pues, que estos males no tendrían otro origen que la falta de inteligencia, vigor y actividad de Salcedo, resolvió separarlo del gobierno y abrirle su proceso. El mariscal de campo D. Domingo Oriz de Rosas, que tomó posesión de esta plaza en 1742, conformándose a sus instrucciones, lo prendió, le embargó sus bienes, y hecho formal inventario de sus papeles, los entregó a su auditor de guerra D. Florencio de Morillas, comisionado de la corte para la sección de esta causa y la del capitán de fragata D. Nicolás Giraldín. Aunque la corte de Madrid ardía en celos por la insolencia con que la de Lisboa abusaba de su buena fe bajo el exterior de una fingida reconciliación, echó de ver que el estado de las cosas ya no permitía pasar los límites de las reconvenencias y protestas. El gobernador Rosas las hizo muy formales sin otro fruto que dar más crédito a la causa, y que nada favorable se arguyese de su silencio.

Con la cesión de hostilidades debía empezar de nuevo el comercio de contrabando. En efecto no tardaron mucho los nacionales y extranjeros en cometer este fraude lucrativo, de que sacaban tantos provechos, principalmente la Inglaterra. Oriz de Rosas aplicó todas las precauciones que pudo a fin de prevenirla, y fue bastante feliz para apoderarse de algunas presas, que resarcieron en parte los perjuicios del erario. Entre éstas fué un paquete-boat inglés bastante interesado, que por estos tie


pos echó el ancla en las aguas de la Colonia. Dos lanchas con sesenta hombres bien armados salieron de Buenos-Ayres con ánimo de sorprenderlo. Los que las mandaban eran dignos de esta confianza por su valor y fidelidad, pero no pudieron poner en práctica su designio, porque luego que el paquebot los tuvo a tiro, les hizo fuego, izó sus gavías, y se hizo a la vela. Aunque frustrado el lance, no perdió el gobernador la esperanza de apresar un aventurero que habiendo hecho ya otras dos expediciones, amenazaba su mando con un atrevimiento tan acerbo. Por medio de las más cautelosas diligencias pudo ganar un español de los principales introductores, quien presentándose en un lugar de asilo, prometió entregar el buque a precio de un indulto y de la mitad de su carga. El gobernador aceptó la propuesta. Así es como los gobiernos débiles no tienen reparo en premiar los crímenes, cuando son útiles al estado, e implorar el auxilio de los mismos que los han ofendido. Para la ejecución de este proyecto pidió el introductor nuevo de sus mismos compañeros, los que franqueados, fue admitido a bordo del paquebot con toda la seguridad que le daba la calidad de cómplice y amigo. Perdida así toda sospecha sobre su conducta, y libre de toda vigilancia, asesinó al capitán con otros dos más, y puso el buque a la disposición del gobierno. Importó esta presa 175.715 pesos, incluyendo 168 que se encontraron en numerario. La, escrupulosa fe de Ortiz de Rosas, no permiéndole faltar a su palabra, entregó la mitad de esta capital.
CAPÍTULO XIV.

a los mismos que, con sus fraudes acostumbrados causaban la impotencia del estado. Con esta y otras presas, cuyo total unido montó a 215,995 pesos, se prometía el gobernador aniquilar la vergonzosa dependencia del contrabando, y aun minar los citados de la Colonia hasta el extremo de verla abandonada de sus odiosos dueños. Fundaba su halagüeña opinión en ver retroceder al Janyiro muchos de los negros que en mas de veinte y seis navíos se habían conducido en solos seis meses, desde su arribo. Él debía por convencimiento abandonar después esta inducción seducente, que era el fruto de su inesperanza.

Las mal fundadas imputaciones que de tiempos atrás se habían acumulado contra las misiones de los jesuítas, se examinaron por fin el año de 1745 a la luz pura de la verdad. La malignidad inquieta de sus enemigos nada había dejado por observar, de que pudiese conseguir su abatimiento y su desgracia. En su lenguaje la población se manaaba por estos doctrineros; a fin de defraudar al rey, sus legítimos tributos, los frutos de estas misiones reducidos al tráfico formaban un objeto inmejorable de exportación tan lucroso para ellos, como estéril para el estado; los indios carecían de propiedad, sobre aquello mismo que era el producto de sus sudores; a los indios no les era permitido el cultivo del idioma castellano, ni la comunicación con los españoles; sin más fin, que poseer un estorbo al canno, que engendran el trabajo, y mantenerlos como fuera de la república. Los jesuítas hacían trat.
bajar toda clase de armas para ponerse en estado de proteger su insubordinación e independencia. Estos fueron los principales capítulos con que la malignidad procuró manchar la fama de estos religiosos. Para la averiguación de estos puntos mandó el rey que con presencia de lo representado en años pasados por D. Bartolomé de Aldunate, gobernador electo del Paraguay, gobernador interino de la provincia, del resultado de la comisión dada á D. Juan Vázquez Agüero, y de otras muchas piezas, ya anónimas, ya suscriptas, los ministros Dr. Manuel Martínez Carvajal, fiscal del consejo de Indias, y D. Miguel de Villanueva, secretario del mismo tribunal, oyendo al padre procurador general Gaspar Rodero conferencias en estas materias, hasta poner en descubierto la verdad, y discurriendo al consejo.

Los efectos de la impostura y los de la hipocresía duran poco. La experiencia de todos los siglos nos enseña que para parecer malo ó virtuoso, mucho tiempo, es necesario serlo en la realidad. Evacuada esta indagación, procedió el consejo de Indias á juzgar definitivamente. Por vivos que fueron los colores, con que se desató la calumnia, cedió por fin su plaza á la verdad, y las mismas sombras con que se procuró obscurecer la justicia, le dieron nuevo lustre. Los ciento cincuenta mil indios capaces de tributar de Aldunate, se hallaron reducidos á diez y nueve mil ciento diez y seis; y la pequeñez de un peso de tributo se vio que era una justa, pero siempre exigía recompensa del in-
menso capital ganado por estos indios, así en las guerras, como en las obras públicas, y cedido a la corona con generosidad. El producto del comercio, que hacían estos pueblos en yerva, tabaco, algodón y azúcar, se descubrió ascender a cien mil pesos anuales, y que rebasado el tributo, el sínodo correspondiente a los doctrineros de treinta pueblos, lo que se insinúa en la decoración de los templos y la manutención del culto, en fin el importe de lo que no producían estos establecimientos, y lo que necesitaban para su existencia, era muy corto su residuo para que pudiese sufrir las pensiones de los que parecen no se proponían otro objeto que exigir en sistema la avaricia. La falta de propiedad en estos indios se echó de ver que no era tan absoluta como se exageraba, y que si no tenía toda la extensión de su nombre, era porque la limitaba su propia incapacidad. Pudo también haberse examinado la cuestión de que si era preferible esa propiedad absoluta (aun en caso de ser escasas) al beneficio de tener asegurada su subsistencia. Este examen hubiera decidido la duda a favor de la administración establecida; porque al fin no faltando nada a estos indios, venían a gozar de una propiedad ilimitada. En cuanto a la falta de instrucción en el idioma castellano fue reconocida la calumnia, escuchando sus escuelas públicas esos admirables manuscritos, que se tuvieron por prodigios del arte. Con igual imparcialidad se les hizo a los doctrineros la justicia de creer que más de no ser tan rigurosa esa separación de los
indios, y de los españoles (a); exigía la estabilidad
de su república la precaución de no dejar aportar
de ella tales huéspedes por cualquier título que fuese.
Se hallaban bien asegurados los doctrineros, y la
adviertió bien el consejo, que los españoles llevarían
con su ejemplo la semilla de los vicios, donde des
pués de tantos años aún eran desconocidos muchos
de los crímenes que reyaban en las ciudades.
Ultimamente juzgaron los ministros del consejo que
la fabricación de armas había sido una medida dise
uada por la necesidad, y aprobada por el virey, conde
de Chinchon, á fin de poner estos pueblos al abrigo
de las invasiones que hacían los mamelucos de San
Pablo. Pudo tenerse bien presente las trece poblaciones
que en 1631 destruyeron, estos bárbaros, y
que de los ochenta y un mil indios que las compor
nían, perecieron los más de ellos por el hambre, la
hambrienta y la esclavitud.
La censura que sentían los jesuítas, nunca era
un obstáculo para que fuesen apreciados los establecime
ntos de esta clase. Buscando el cacique Ahuea
la seguridad de una subsistencia suficiente, sacrificó
dó a este beneficio su independencia natural, y
pidió reducción para los indios Moconíes, a quienes
era su cura, bajo la tutela de los jesuítas.
Después de bien probada la serenidad de sus inten

(a) Les era permitido mercaderes en todas las ocasiones
que salieran de los pueblos, ó por comercio, ó por las guerra
eras, ó por las obras públicas.
CAPITULO XIV.

...dones, condescendió el gobernador con su suplica, y le señaló el pueblo viejo, 30 leguas distante de Santa Fe, por lugar de su establecimiento. Llamóse esta reducción de san Francisco Xavier, y debió su origen al zelo del teniente D. Francisco Antonio de Vera Muxica. La desacordada resolución, con que una partida de soldados cordobeses invadió un pueblo pacífico de Abipones, próximos a reducirse, hubo de ser funesta a estos establecimientos, pero se remedió en tiempo.

No eran vanos los recelos, del gobernador cuando exigían pruebas que acreditasen su buena fe. Los bárbaros en general salían cubrir sus designios crueles con el velo de la perfidia. Dió de esto un buen testimonio los serranos de Valdivia en 1744. Bajo el pretexto de comercio pidiéronse les señalase lugar, donde abierta una feria, pudiesen dar salida a sus ponchos. Aunque Ortiz de Rosas deseaba fomentar un medio, que es la atadura ordenada por la providencia, para la reunión de las naciones, temiendo con todo no fuese esta feria una ocasión de desórdenes, hizo que la presidiese una partida de dragones con su oficial. La vigilancia de esta tropa puso un estorbo a los excesos de la embriaguez, y para que careciese de intereses contrarios una comunicación que debía ser igualmente ventajosa, impidió también que los judíos comprasen armas. Esta restricción de las armas que era el objeto oculto de su venida, los dejó muy descontentos, y suició en ellos la venganza por el camino más corto de una sorpresa. Verificaron este aten-
LIBRO IV:

tado en su retirada, cayendo sobre tres casas de la frontera de Luxan, donde mataron trece personas, y cautivaron hasta veinte y uno. El gobernador mandó en su seguimiento un destacamento de sesenta dragones, los que unidos a las milicias que los seguían, embistieron con denuedo a los bárbaros. Éstos se habían aumentado hasta ochocientos, y aunque muy superiores en número, fueron derrotados con pérdida de tres caciques, y cincuenta de sus gentes pasados á cuchillo.

Un año antes de este suceso, el cacique Caledian, distinto de los pasados, con su parcialidad se hallaba establecido de paz una legua mas afuera de las últimas estancias de Luxan. Era ya bien averiguado, que á la sombra de la amistad se había formado este cacique un plan metódico de robos y hostilidades disimuladas, de que murmuraba el vecindario. Por esta vez se supo también el abrigo que acababa de dar á los serranos para el feliz logro de su empresa. El gobernador Rosas, no habiendo podido ganarse esta parcialidad por medio del beneficio y el halago, convirtió contra ella toda su indignación, y se resolvió á dispersarla. Las milicias de la frontera se echaron sobre esta tolvería, la que constando de noventa y siete personas, fueron sesenta de ellas incorporadas en los pueblos de Misiones, veinte y uno destinados á las obras de Montevideo, y el cacique Caledian con doce indios de los más robustos y tres muchachos, embarcados en el navío el Asia, para que fuesen conducidos á España. Estos últimos quisieron aventurar su,
CAPÍTULO XIV.

vidas á un riesgo cierto, por evitar un destino que ignoraban. Al desembocar el río de la Plata acometieron una noche la guardia, mataron algunos, hirieron muchos; pero viéndose rechazados, se arrojaron al agua, donde perecieron.

No fué menos memorable la acción que en 1745 lograron los corrientinos sobre una toltería de Abipones. El teniente de esta ciudad con ciento noventa soldados españoles, y algunos indios amigos, se arrojó de improviso sobre ella á sangre y fuego y tuvo el inhumano placer de exterminarla toda entera, sin que quedasen más que veinte y cinco jóvenes, desolador resto de esta devastación, á quienes contra la reclamación de las leyes, redujo á esclavitud. El salario de esta soldadesca consistía en lo que pillase. No quedó descontenta por esta vez, habiéndose repartido, á mas de los caballos, el precio de los veinte y cinco cautivos, con las alhajas, plata sellada y ropas, que se encontraron, de las que estos indios robaban en los caminos. El despojo de más valor, fueron sin duda diez y ocho cristianos de la jurisdicción de Córdova, que se li-braron del cautiverio.

FIN DEL TOMO SEGUNDO,
INDICE
DE LOS CAPÍTULOS DE ESTE VOLUMEN.

LIBRO TERCERO


PÁR. II. Establecense la aduana en Buenos-Ayres: entra Céspedes á gobernar esta provincia: sus disgustos con el obispo: los indios de la Concepción del Hermejo la destruyen: el gobernador Duvilla intenta restablecerla, pero en vano: entra á gobernar D. Mendo de la Casa, batalla con los Caracarás: otra con los del Hermejo, muerte de D. Mendo; batalla
con los Mamelucos; gobierno de Laris y su encuentro con el pelado; gobierno de Baigorri, y lo que en él acarició. Pág. 24

CAP. III. Gobierno de Albornos en el Tucumán: levantándose los Calchaques; guerras sangrientas de esto; viene al Tucumán un fiscal de Charcas; Cabrera contra los indios Copayanés; muerte de un religioso mercedario; Albornos persigue a los Calchaques; prisión de Chelemín; gobierno de Aréchaga; suceso trágico del panaño; decadencia de la población; gobierno de Negrete y de Nistores. Pág. 39

CAP. IV. Entra a gobernar el Paraguay D. Alonso Sarante; sublevación de Arecayá; carácter del cacique Yaguariguay; sitio que los indios hacen a los españoles; son vencidos; suplicios que se mandaron hacer por Sarmiento; estos no escarmientan a los Guaycurús, quienes caen sobre los Itatines del Casanguá; gran miseria que sufren los Guaycurús; son reprehendidos por la veta y se le da sucesor a Sarmiento. Pág. 59

CAP. V. Suceso extraordinario del impostor Bohorquez en el Tucumán; gobierno de D. Alonso Mercado; le da protección a Bohorquez; se reprehendió por el viney; el impostor se finge Inca y subleva a los indios. Pág. 73

CAP. VI. Prosigue la materia del capítulo antecedente: Mercado vió perdida la esperanza de repue- rarse de Bohorquez sin el recurso de la fuer

CAP. VIII. D. Juan Díez de Andino hace varias expediciones con felicidad: acción heroica de desinteres ejecutada por Andino: D. Felipe Rega Corvalán entra a gobernar el Paraguay: los Guacuríes y Albayúes se convuyen: Rega hace una entrada general contra estos y sale infructuosa: invasión de los Mamelucos de san Pablo: es depuesto Rega y remitido a Charcas: Villa Rica acabó de perderse re-
gresó de Rags al mando: los Guaycuru es-
tentar apoderarse de la Asunción; liberta-la
los españoles con un arbitrio indecente: vuel-
ve Andino a gobernar: entra D. Antonio de
Vera Musica: gobierno de D. Francisco Mon-
forte: el de Mendiola fue desgraciado: su pri-
sion y su restablecimiento. pag. 128

CAP. XX. Vuelve a gobernar el Tucuman D. Alonso
Mercado: entra a Calchaqui con un exército:
política astuta de este gobernador: se recha-
zados los españoles por los Quilmes: al fin
éstos se rinden por capitulacion: todo el valle
de Calchaqui es sujegado: los indios son es-
patriados: las naciones del Chaco se albor-
tan: entra al Tucuman D. Angelo de Pere-
do: su grande y feliz expedicion al Chaco:
gobierno de D. Fernando de Mendoza Ma-
te de Luna; expedicion de dos jesuitas con el
livenciado D. Pedro Ortiz de Zárate: muda-
se la ciudad de Lòndres á Catamarca: glo-
rosa muerte de Zárate con uno de los dos
misioneros: D. Antonio de Vera Musica toma
el mando de las armas: fundacion del cole-
gio de Monserrat. pag. 129

CAP. XXI. Entra Robles a gobernar á Buenos-Ayres:
su codicia; es depuesto del mando: primer es-
tablecimiento de la Colonia del Sacramento:
accion heroica del capitán Juan de Aguilera
antigesino: otra del portuguez Manuel Gal-
van y de su consorte; la Colonia del Sacramento
de rinde al general D. Antonio de Vera y
Munica; la corte de Portugal arrima tropas
a las fronteras de España: devuelves la Colonia por un tratado; breve resumen de los derechเอส de ambas potencias: el gobernador Carro es remitido a Buenos-Ayres; gobierno de Robles.

LIBRO QUARTO

CAPIT. I. Inquietudes del gobierno de España por los movimientos de los extranjeros: los portugueses se unen con los indios y estos son desbaratados; primer asiento de los negros: el gobernador Inclan sobre la Colonia del Sacramento: accion heroica de tres indios: se rinde la Colonia: estragos de los Yarás y los Charrúas: entra a gobernar D. Manuel de Velasco: D. Francisco de Vera derrota a los indios: codicia de Velasco y su prisión: ruidosa competencia acaecida con la muerte de D. Alonso de Arce su sucesor: creación de la plaza de teniente rey.

CAPIT. II. Deponen los paraguayos al gobernador D. Antonio de Escobar; gobierno de D. Baltasar García Ros: entra D. Manuel Robles a gobernar el Paraguay: sesientos paraguayos salen a campaña: censura sobre la falta de poblaciones: fundación de las villas de Guaymípitam y Curuguati: juicio de Raynal so-
bre el poco aumento de la población de Misio-
nes; gobierno de Rasen.

CAP. III. Barazona en el gobierno del Tucumán: es
proveído por la corte en el gobierno D. Este-
van de Urisar Araespacochea, quien suspende
su entrada en el mando y representa a la
corte; su entrada en la provincia; deplora-
able estado de ésta; declárase la guerra contra
los bárbaros; pónese el ejército en campaña;
son sorprendidos los españoles por una par-
tida de enemigos; el general Alurralde caúd
sobre los Mocovíes; suceso de Coquini: un
ejemplo memorables de amor filial y paternal
entre dos indios; la nación Albalá se sujeta
al yugo; el maestre de campo D. Juan de
Elizondo va en busca del tercio de Jujuy; su-
jecion de los Ojotás: los Lules rinden vasa-
llage; operaciones de Urisar en el Chaço; muer-
to heroica de Coquini; Urisar levanta su cam-
po y se retira.

CAP. IV. Gobierno de Ros en Buenos-Ayres: la Co-
lonia del Sacramento es cedida a Portugal;
artificial manejo de la corte de España; los
bárbaros son reprimidos; efectos permiosos del
contrabando; empresa el gobierno de Zabala;
miserable estado de Buenos-Ayres; efectos del
monopolio; sublevación de algunos soldados
españoles; los Payagüales matan dos jesuítas;
victoria de los santafesinos contra los salva-
ges; obstrucción de éstos; triunfo de Baruac
perjudicial abuso en la venta de cueros: zelo
de de Zabala contra el contrabando: los fran-
deses contrabandistas son atacados y venci-
dos.

CAP. V. D. Diego de los Reyes benefició el gobierno

del Paraguay: odio de Abalos a su persona:
hostilidades de los Payaguas: los ataques Re-
ey son vencidos: sus émulos censuran esa
victoria: imprudencia de Reyes: es acusado en la audiencia de Charcas: comision
de Antequera para formarle su proceso: carác-
ter de este ministro: ilegalidad de su nom-
bramiento: entrada de Antequera en la Asun-
ción: sus primeras tropelías: prisión de Re-
ey: nulidad de los cargos: huida de Reyes:
es previsto Antequera gobernador del Parag-
aguay: mejor informado el virey manda reinsti-
tuir a Reyes en el gobierno: contradicciones,
de esta providencia: esfuerzos de Antequera
por sacar cómplices a los jesuitas: conducta
criminal de la audiencia de Charcas: provi-
dencias vigorosas del virey a favor de Reyes:
Antequera lo prende en Corrientes.

CAP. VI. Antequera remite tropas auxiliares a Bue-
nos-Ayres: Zabala, autorizado por el virey
para cortar las disensiones del Paraguay, man-
dó a García Ros: es promovido el obispo Pa-
llos por coadjutor del propietario: los jesuitas
fueron expulsados de la Asunción: derrota del
ejército de Ros: resuelve Antequera entrar a
las Misiones: muerte cruel de Villalba: retirada de Antequera: el obispo Palos entra en la Asunción: buenos efectos de su prudencia: Zabala es nuevamente autorizado por el virey: esfuerzos de Antequera para inutilizar su comisión: Zabala se acerca a la Asunción: Antequera huye: desa Zabala de gobernador a D. Martín de Barua, y se retira. pág 258

CAP. VII. Generosidad del gobernador Urisar: continúa en el gobierno por un convenio con su sucesor: arbitrios que se tomaron para la dotación de una milicia perpetua: impuestos gravosos à la América: censura contra el gobierno español: otra contra Raynal: piedad de Urisar: empresa frustrada para el descubrimiento de un camino: gobierno vitalicio de Urisar: su muerte. pág 259

CAP. VIII. Desolable estado de santa Fé: causas de su debilidad: algunas acciones vigorosas de sus vecinos: estado de Corrientes: grande expedición al Chaco y sus fatales resultados: el gobernador Zabala parte para santa Fé: le atan a los indios antes de llegar à su destino: establecimiento del arbitrio para la defensa de este pueblo: los portugueses se establecen en Montevideo: son arrojados por Zabala: primera población de este puerto: viaje de Zabala al Paraguay. pág 389

CAP. IX. Los jesuitas son restituidos à su colegio de la Asunción: un comisionado regía viene al


CAP. XII. Fundase la ciudad de Montevideo; efectos perniciosos del contrabando; represas contra los ingleses; esfuerzos de Zabala por la conservación de Santa Fe; expedición al Chaco de los santafesinos; política inhumana de España; creación del cabildo de Montevideo; otras medidas tomadas por Zabala para el arreglo de esta población; informe sobre Maldonado; guerra de los Minuanes; su reconciliación; guerra de los Mocovíes y Abipones; paz acordada con Echagüe; muerte de Zabala en Santa Fe. pág 349.

CAP. XIII. Gobierno de Montes en el Tucumán; el de Espinoza; creación de la plaza de teniente regio en Córdoba; primeras disturbios de esta ciudad con estos motivos; guerras de los barbudos a quienes vence D. Félix Arias; los Abipones hostilan a Córdoba; obstáculos que encontraba la conversión de los gentiles; se propone apostólico del eclesiástico Bravo de Zamora; entra a gobernar el Tucumán D. Juan Vicente de Tisco; fundase la reducción de la Concepción de Abipones; victorias de Tisco; su castigo con los Malbaías; sublevación de Catamarca y Ríoja; otros alborotos de Córdoba; Postaña, sucesos de Tisco, pacifica la
CAP. XIV. Un tiro de cañón distrito de la Colonia del Sacramento; introducción de los portugueses en el río Grande; otros insultos de esta nación; el gobernador Salcedo pone sitio a la Colonia; sus disensiones con Giralda; pas de Paris; infracción de los portugueses; crueldades de los españoles contra los Pampas; estos se vengan; hechos del maestre de campo San Martín; reducción de los jesuitas en el Salado; hazañas del cacique Bravo; paces con los indios; gobierno de Rosas y prisión de Salcedo; presa de un corsario; examen de los cargos contra los jesuitas; son vindicados; suceso memorable de unos indios.
<table>
<thead>
<tr>
<th>Pág.</th>
<th>lín.</th>
<th>dict.</th>
<th>leer si</th>
<th>erratas</th>
</tr>
</thead>
<tbody>
<tr>
<td>3</td>
<td>idt.</td>
<td>as</td>
<td>las</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td></td>
<td>id.</td>
<td>inquiriéndose</td>
<td>inquiriéndose</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>5</td>
<td></td>
<td>fundado</td>
<td>fundando</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>8</td>
<td>24</td>
<td>condensación</td>
<td>condensación</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>12</td>
<td>23</td>
<td>guado</td>
<td>cuando</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>13</td>
<td>8</td>
<td>acentuado</td>
<td>Sacramento</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>19</td>
<td>20</td>
<td>Uruguay</td>
<td>Uruguay</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>26</td>
<td>26</td>
<td>del Río de la Plata</td>
<td>del Río de la Plata</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>25</td>
<td>26</td>
<td>hubiese</td>
<td>hubiese</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>26</td>
<td>22</td>
<td>apareció</td>
<td>apareció</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>28</td>
<td>1</td>
<td>desvendar</td>
<td>desvendar</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>32</td>
<td>19</td>
<td>lleno</td>
<td>de lleno</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>35</td>
<td>25</td>
<td>Guarismas</td>
<td>Guarismas</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>41</td>
<td>24</td>
<td>partido</td>
<td>partido</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>52</td>
<td>72</td>
<td>matones</td>
<td>matones</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>62</td>
<td>26</td>
<td>repartirse</td>
<td>repetirse</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>65</td>
<td>13</td>
<td>echó el distintivo,</td>
<td>echó el distintivo,</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>73</td>
<td>20</td>
<td>Paytali</td>
<td>Paytali</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>74</td>
<td>25</td>
<td>averiguar</td>
<td>asegurar</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>75</td>
<td>9</td>
<td>Paytali</td>
<td>Paytali</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>80</td>
<td>19</td>
<td>sin esperanza</td>
<td>sin esperanza</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>92</td>
<td>20</td>
<td>Calchaqui</td>
<td>Calchaqui</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>100</td>
<td>14</td>
<td>Mungui</td>
<td>Mungui</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>107</td>
<td>5</td>
<td>semblante</td>
<td>semblante</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>119</td>
<td>12</td>
<td>28 Salcedo</td>
<td>Salazar</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>120</td>
<td>27</td>
<td>Salcedo</td>
<td>Salazar</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>121</td>
<td>1 y 15</td>
<td>id.</td>
<td>id.</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>125</td>
<td>26</td>
<td>Corbalán</td>
<td>Corbalán</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>127</td>
<td>9</td>
<td>no desistimos</td>
<td>desistimos</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>138</td>
<td>15</td>
<td>Corbalan</td>
<td>Corbalan</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>141</td>
<td>22</td>
<td>el orgullo</td>
<td>el orgullo</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>142</td>
<td>23</td>
<td>con mirabales</td>
<td>con mirabales</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>147</td>
<td>25</td>
<td>y se encontraba</td>
<td>y se encontraban</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>151</td>
<td>26</td>
<td>vestigios</td>
<td>vestigios</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>156</td>
<td>19</td>
<td>sus diferencias</td>
<td>Seis alzamos</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>160</td>
<td>8</td>
<td>tiempo</td>
<td>tiempos</td>
<td></td>
</tr>
<tr>
<td>261</td>
<td>26</td>
<td>Salcedo</td>
<td>Salazar</td>
<td></td>
</tr>
</tbody>
</table>
176 1 Mamelucho  Mamelucos
176 2 el enemigo  al enemigo
176 3 virtud  utilidad
176 4 Moncloa  Moncloa
176 5 caprichos  caprichos
176 6 protasis  por
176 7 huerfanos  las
177 23 23 trastornos  trastornos
177 24 24 trastornos  trastornos
177 25 25 trastornos  trastornos
177 26 26 de la  de los
177 27 27 a las emociones  a las emociones
177 28 28 en su poder  a su poder
177 29 29 grandes  grandes
177 30 30 ponía  ponía
177 31 31 el  el
177 32 32 de propias autoridades  de propias autoridades
177 33 33 el  el
177 34 34 contenta  contenta
177 35 35 en el plano  en el plano
177 36 36 Evangelio  Evangelio
177 37 37 públicos  públicos
177 38 38 D. Francisco  D. Francisco
177 39 39 licenciadas  licenciadas
177 40 40 Arespacecoche  Arespacecoche
177 41 41 embajador  embajador
177 42 42 embajador  embajador
177 43 43 primera  primera
177 44 44 combatir  convertir
177 45 45 Armas  Armas
177 46 46 engaños  engaños
177 47 47 Timebando  Timebando
177 48 48 la  la
177 49 49 las dos partes donde se partían  las dos partes donde se partían
178 12 12 Cuba  Cuba
178 13 13 representaciones  representaciones
178 14 14 que  que
178 15 15 por la que  por la que
178 16 16 Armanía  Armanía
178 17 17 Moreira  Moreira
178 18 18 serenidad  serenidad